

HUNTER



Andrew Macdonald

EL CAZADOR

de

Andrew McDonald

Título: **El Cazador**

Traducción: Equipo de Europans (www.europans.org/books)

Editado en: Noviembre/2009

Título original: “Hunter”

Autor: William Luther Pierce (*con seudónimo Andrew McDonald*)

Editorial: National Vanguard Books (www.natvanbooks.com)

Primera edición: 1984

ISBN: 0-937944-09-2

¿Cómo debería un hombre de honor enfrentarse al mal?

¿Debería ignorarlo, pretextando que no es de su incumbencia?

¿Debería aliarse con él, porque ahí es donde está el «dinero fácil»?

¿O debería alzarse en armas y combatirlo con todas sus fuerzas, sin pensar en las consecuencias, aunque tenga que luchar sólo?

Oscar Yeager, antiguo piloto de combate en Vietnam, y actualmente un adinerado yupie, empleado como asesor del Departamento de Defensa, en la zona de Virginia de la capital de la nación, afronta ésta decisión. Contemplando la situación de mestizaje, homosexualidad descarada, influencia cada vez mayor de las drogas, y la tez cada vez más oscura de la población, provocada por la creciente marea de inmigración no-blanca, se da cuenta de que en verdad no tiene elección: está *obligado* a combatir la depravación que aflige América en los 90; su conciencia no le permitiría ignorarlo, y unirse a él es inconcebible.

Declara la guerra a los políticos corruptos e irresponsables que ofician la destrucción de su raza y de su país, a los intrigantes magnates de los medios de comunicación, que son los principales arquitectos de esta destrucción, y a los perversos partidarios espirituales de la «diversidad», que colaboran de buena gana con ellos. ¡Y cuando Oscar Yeager hace la guerra, harías bien en no interponerte en su camino!

....

"El cazador" es otra demoledora novela sobre la resistencia y la revolución, del mismo autor del 'bestseller' del género, *"Los Diarios de Turner"*.

- «En un registro del domicilio de Terry Nichols [condenado por conspiración para el atentado de Oklahoma City] efectuado el 3 de mayo de 1995, los agentes del FBI requisaron un ejemplar de *"El cazador"*, una novela 'de trincheras' de William Pierce, también autor de *"Los diarios de Turner"*, en la que una hipotética explosión en el cuartel general del FBI de Washington mata a más de 200 personas.» --*The Denver Post*.

- «Representa un curso de graduación sobre la política del poder y la psicología de los implacables...» --*El Nacionalista*.

Capítulo 1

Metió el coche en un hueco de aparcamiento cercano al borde de la enorme superficie de asfalto; una lata de cerveza vacía crujió bajo una de las ruedas delanteras. Apagó los faros y escrutó la zona. Efectivamente, éste era un buen sitio; tenía una vista perfecta de todos los automóviles que entraban al aparcamiento por la aislada calzada de entrada, donde tenían que reducir la marcha, hasta casi pararse, bajo la brillante lámpara de vapor de mercurio situada allí, y además estaba bien situado para ver hacia qué carril acababa girando cada vehículo. Se ajustó el cuello del abrigo, movió el dial de la radio hasta encontrar una emisora de FM que estaba emitiendo su sonata favorita de Schubert, y se dispuso a esperar.

Pasaron casi 20 minutos antes de divisar lo que buscaba. Una camioneta deportiva marrón entró casi sin disminuir su velocidad, dando botes por la rampa de entrada. Los neumáticos chirriaron al tomar la curva de arriba. Oscar pudo ver durante un instante las caras de los dos ocupantes: el conductor, un mulato con pelo tupido, a lo afro, y la mujer que iba a su lado, de pelo negro y nariz bastante ancha, pero no obstante blanca, sin ninguna duda.

La alta antena de la camioneta, con una bola de pimpón naranja en la parte superior, le facilitó seguir con la vista el recorrido del vehículo después de haber girado metiéndose cuatro carriles más allá de donde él estaba aparcado. Oscar esperó hasta que la camioneta se detuvo, y luego puso en marcha su coche, salió de su sitio, y siguió el camino tomado por el otro vehículo. Quería echar otro vistazo a la pareja antes de que entraran al supermercado, sólo para asegurarse. Luego escogería otro hueco de aparcamiento, lo más cerca posible de la camioneta, y esperaría que volvieran.

Fue rodando cautelosamente sobre el asfalto entre las dos filas de coches aparcados; hasta que no estuvo casi enfrente de la camioneta no vio a la pareja, iluminada por los faros. Estaban ambos de pie junto a su vehículo, en el lado del copiloto, aparentemente discutiendo por algo.

Un impulso repentino e implacable se apoderó de Oscar: ¿por qué no hacerlo ahora, en vez de esperar que entraran y volvieran a salir del supermercado? No había ningún otro coche moviéndose en el carril, ni peatones a la vista, excepto allá lejos, cerca de la entrada del supermercado. Pero por desgracia la camioneta marrón y la pareja le quedaban a la derecha, y tenía subida la ventanilla del lado del copiloto. Le pareció demasiado chapucero tener que inclinarse por encima del asiento para darle a la manivela y bajar el cristal mientras ellos dos le estaban mirando

¿Le daría tiempo de girar en el extremo y venir de vuelta por el mismo carril antes de que viniera nadie o de que la pareja se marchara? Quizá sería mejor salir del coche ahora mismo y dispararles a pie. Le comenzaron a sudar las palmas de las ma-

nos, y sintió cómo se le tensaban los músculos, mientras evaluaba a la velocidad del rayo todas las posibilidades.

Justo cuando pasaba a la altura de la camioneta se fijó que había un sitio vacío tres coches más abajo, también a la derecha. ¡Bien! Se metería ahí. Si no aparecía nadie, echaría marcha atrás y volvería en dirección opuesta por el mismo carril, pero ahora con la camioneta a su izquierda.

En el frío aire de la noche el sudor le caía a chorros por la mejillas, mientras intentaba controlar sus nervios. Siempre le pasaba igual antes de una operación. Incluso allá en 'Nam, cada vez que tenía que volar con su F4 atravesando aquel mortífero fuego antiaéreo norvietnamita, siempre le costaba trabajo controlar los nervios y los sudores. Una vez en el fragor del combate, el miedo desaparecía; era justo antes cuando se pasaba mal... en los momentos en que aún era posible echarse atrás.

Aferró convulsivamente el volante, haciendo que el coche marchara a sacudidas mientras maniobraba hacia el sitio de aparcamiento vacío. Metió la marcha atrás, echó una mirada rápida, y retrocedió girando rápidamente.

Cinco segundos más tarde estaba de nuevo enfrente de la pareja. Paró el coche dando una sacudida, calando el coche sin querer, ¡maldita sea! Y por el retrovisor, a poco más de 50 metros, vio a una mujer gorda que venía caminando con dos bolsas de comestibles en los brazos y un crío pequeño detrás. El mulato del pelo tupido y su más bien regordeta y cara de torta compañera, dejaron de hablar y se giraron ambos mirándolo de frente. Estaban a unos dos metros y medio de su ventanilla abierta.

De pronto la calma cayó sobre Oscar, esa calma que había estado esperando. Con un movimiento suave, ni demasiado apresurado ni demasiado lento, sino preciso y deliberado, levantó el rifle de debajo de la manta del asiento del copiloto, se lo echó al hombro y, con el codo izquierdo apoyado sobre la puerta, apretó cuidadosamente el gatillo dos veces.

Las detonaciones reverberaron ensordecedoras a través del enorme aparcamiento, pero Oscar, manteniendo la calma, bajó el rifle, volvió a arrancar el coche, y aceleró suavemente hacia la rampa de salida. Al girar al extremo de la pista, se paró para echar un vistazo hacia la furgoneta. El cuerpo del mulato estaba despatarrado en medio de la calzada; la mujer, al parecer, había caído hacia atrás junto al a camioneta y no estaba a la vista. Oscar estaba totalmente seguro de que tanto el hombre como la mujer estaban muertos; los dos tiros habían ido a la cabeza, y había visto cómo sus cráneos literalmente estallaban en una rociada de fragmentos de hueso, tejido cerebral y sangre, al impactarles los proyectiles de alta velocidad.

La gélida calma permaneció con Oscar durante todo el trayecto a casa. No fue hasta después de haber metido el coche al garaje, entrar a casa y quitarse el abrigo, que dio rienda suelta a la euforia que siempre sentía después. Silbando para sí mismo, le dio una limpieza rápida al rifle, y luego volvió al garaje para cambiar las placas de la matrícula. Sólo le llevó dos minutos quitar las placas especiales y sustituirlas por las normales.

Comprobó cuidadosamente la letras y números plásticos adhesivos que había pegado en las aplanadas placas. Le había estado preocupando que el adhesivo no pudiera mantener las gruesas piezas de plástico pegadas al metal, especialmente con este tiempo tan frío. Hizo palanca suavemente en el borde de una letra con la hoja de su navaja; el adhesivo resistió, luego cedió gradualmente, de manera que pudo meter la hoja entre el plástico y el metal y, tras esforzarse unos segundos, despegó la letra entera. Ésto era tranquilizador, porque no dejaba de acordarse de aquella vez, hace pocos días, en que al llegar a casa se había encontrado con que en la placa faltaba ¡una cifra entera! Después de aquello había hecho algunos experimentos con distintos adhesivos. Le llevaba casi 20 minutos despegar todas las piezas de plástico y recolocarlas de nuevo, en otro orden, pero no lamentaba en absoluto el esfuerzo extra requerido.

Qué suerte, pensaba mientras apagaba la luz del garaje, que su automóvil fuera un modelo tan corriente. Debía haber 10.000 Ford sedán de color bronceado en el área metropolitana de Washington, prácticamente indistinguibles del suyo. Aun así, estaba tentado a la suerte al continuar usando siempre el mismo '*modus operandi*'. Seis veces en poco más de tres semanas -22 días, para ser exacto-, con el mismo coche, el mismo rifle, la misma rutina, sólo que en distintos aparcamientos y con distintas matrículas. Eran en verdad demasiadas, se dijo para sus adentros.

Pero había tomado la firme decisión, hace más de dos semanas, de no cambiar de estilo hasta que los medios de comunicación rompieran su silencio sobre los asesinatos. Hace tres semanas, después del primer doble asesinato, hubo un gran despliegue informativo: «Pareja interracial muerta a tiros en un aparcamiento», vociferaron los titulares del *Washington Post*, y los demás medios de comunicación también habían hecho hincapié en el hecho de que las dos víctimas eran un hombre negro, y una mujer blanca, y éso que en aquellos momentos los periodistas no tenían forma de saber si el pistolero tenía algún motivo racial. Pero al parecer, la idea de que pudiera haberlo tenido era demasiado escabrosa y excitante como para dejarla pasar.

Cuatro días después, cuando tuvo lugar el segundo doble asesinato, lo mencionaron brevemente en las páginas interiores del *Post*, y para a continuación dejarlo caer en el olvido silenciosamente. El tercer, cuarto y quinto par de asesinatos habían recibido un silencio total por parte de los medios. La razón estaba clara: en algún momento entre el segundo y el tercero se les hizo obvio a los medios que los asesinatos tenían una motivación racial, y aquello los asustó. No querían animar a posibles imitadores, y mucho menos dar esperanzas a la gran mayoría de americanos, que jalearían a quienquiera que fuera el que anduviera merodeando por ahí cargándose a parejas raciales.

A estas alturas los muy bastardos, seguro, estarían trabajando a tope para evitar que el asunto saliera a la luz, pensó Oscar, sonriendo de buena gana. No podrían evitarlo mucho más tiempo. Tenía un fuerte presentimiento, casi la certeza, de que la faena de esta noche les obligaría a sacarlo en toda su crudeza.

En el pasaje entre el garaje y la casa Oscar titubeó. Si quería tener la nueva propuesta lista a tiempo para su cita del jueves con el Coronel Ericsson, tenía que termi-

nar un poco de papeleo en el estudio. Pero no aguantaba la idea de más papeleo por hoy, y era ya un poco tarde para llamar a Adelaida. Decidió meter un par de horas en el taller antes de irse a la cama. Contento de su decisión, chasqueó los dedos y comenzó a silbar otra vez mientras se dirigía escaleras abajo al sótano.

Oscar Yeager era de profesión asesor de ingeniería, y de vocación aficionado al bricolaje, e inventor ocasional. Después de abandonar las Fuerzas Aéreas en 1976, había vuelto a los estudios y se licenció a la vez en ingeniería eléctrica y ciencias de computación. Había comenzado a trabajar por libre como asesor incluso antes de acabar su tesis de licenciatura en la Universidad de Colorado. Después de éso había puesto una tienda en la zona de San Francisco, y gracias a un conocido de sus días del Vietnam, ahora funcionario contratista del Pentágono, había conseguido una serie de contratos de diseño. Eran estos contratos los que le habían impulsado a mudarse a Washington, hace ahora cuatro años.

En realidad, Oscar no tenía ninguna necesidad de trabajar; los royalties procedentes de una de sus patentes sobre antenas le daban más que suficiente para cubrir sus bastante modestas necesidades. Trabajaba, no sólo porque le entusiasmara ir apilando dinero en el banco, sino porque pensaba que era una buena idea mantener las manos ocupadas. Además, los ingresos extra le permitían ir aumentando su surtido de material de laboratorio, que era condenadamente caro. En cualquier caso, el trabajo encajaba a la perfección con sus propias aficiones al bricolaje, lo hacía casi todo en casa con su propio horario de trabajo, y casi nunca le llevaba más de veinte horas a la semana.

Oscar se movió con facilidad entre los estantes de material electrónico, evitando con cuidado tropezar con los cables interconectados, y se encaminó al rincón donde zumbaba y ronroneaba el ordenador. Echó un vistazo a la hoja de papel listado que la impresora llevaba vomitando lentamente toda la tarde y observó con satisfacción que los cálculos para el nuevo sistema de antenas estaban casi acabados. Si todo marchaba bien, hasta podría ocurrir que hubiera acabado todo el trabajo, para el que pretendía conseguir otro contrato con las Fuerzas Aéreas, antes incluso de que firmaran el contrato, el próximo jueves.

Por supuesto que éso no se lo iba a decir a Ericsson. Le iría dosificando los resultados durante los próximos seis meses. Éso mantendría contentas a las Fuerzas Aéreas y a Oscar le daría un montón de excusas para justificar gastos con los que pagar el nuevo analizador de espectro que quería comprar.

Si no fuera por el maldito trasiego de documentos, el trabajo contratado por el gobierno sería ideal, reflexionó Oscar. Pero cada contrato requería rellenar literalmente cientos de páginas de formularios absolutamente grotescos, cuyas instrucciones eran exasperantemente obtusas. ¿Qué porcentaje de sus suministradores y subcontratistas de los últimos tres años eran negros?, quería saber el gobierno. ¿Cuántos de ellos tienen apellidos hispánicos? ¿Cuántos son indios americanos, asiáticos, o de las Islas Aleutianas? ¿En cada uno de los casos anteriores, eran estos porcentajes al menos igual al porcentaje de las correspondientes minorías en el mercado laboral del condado o municipio en el que se ejecutó el contrato? ¿Alguna vez había usado a sa-

riendas fondos del contrato para adquirir suministros de alguna compañía que no cumpliera con las regulaciones 148 c.(4) o 156 a.(1) de la Comisión de Igualdad de Oportunidades de Empleo? ¿Si era así, por qué? Dé detalles exhaustivos. Etcétera, etcétera, etcétera.

¡Y los muy bastardos se leían de verdad todas las respuestas! Una vez Oscar había intentado abreviar el papeleo garabateando "No aplicable" de través sobre una página entera de preguntas sobre qué porcentaje del presupuesto de publicidad del contratista se destinaba a medios de comunicación específicamente dirigidos a los mercados de las minorías; sobre si el material fotográfico o ilustrativo usado en las publicidad del contratista mostraba a los empleados y/o clientes del contratista como racialmente mixto (y si no era así, ¿por qué?); y preguntas similares.

Le devolvieron los formularios junto con una carta de ocho páginas de uno de los agentes de cumplimiento del regimiento de Igualdad de Oportunidades del Pentágono, repletas de afectada hipocresía sobre el carácter fundamental del programa del gobierno para la «justicia racial», y exigiéndole que contestara exhaustivamente cada pregunta. Al final Oscar tuvo que enviarle una copia detallada de sus libros de contabilidad para convencer al zoquete santurrón de que no hacía publicidad, ni tenía empleados ni clientes, y por tanto no podía exigírsele que explicara el porqué de que sus no-existentes anuncios ilustrados no mostraban la requerida mezcla racial de caras sonrientes negras, marrones, orientales y blancas entre sus «empleados/clientes».

Sintió que le subía la temperatura al recordar todo el papeleo que aún tenía pendiente para el nuevo contrato. Bueno, quizá pudiera engatusar a Adelaida para que lo hiciera ella mañana por la tarde. Apartó los pensamientos sobre el papeleo y encendió la luz de la tienda. Oscar había reconvertido todo el sótano, que originalmente tenía dos habitaciones, una sala de ocio, y un baño, para sus especiales necesidades.

El ordenador y el laboratorio de electrónica estaban en la sala de ocio, en uno de los dormitorios estaba el laboratorio químico, y en el otro un pequeña pero bien equipado taller de máquinas herramienta, y el baño servía a la vez como cámara oscura fotográfica. En conjunto tenía a su disposición más de medio millón de dólares de modernos instrumentos científicos y herramientas, y hacía un buen uso de ellos, tanto en el trabajo como en el ocio, aunque la frontera entre ambos tipos de actividad se volvía a menudo bastante confusa.

Esta noche, por ejemplo, tenía intención de dar los últimos toques a un proyecto que no tenía nada que ver con su trabajo contratado para las Fuerzas Aéreas, ni con cualquier otra iniciativa remunerada. Pero aún así difícilmente podría calificarse de entretenimiento, pensó Oscar mientras abría una vitrina y sacaba un objeto envuelto en un paño engrasado. Echando a un lado el paño, Oscar cogió con la mano la pistola nueva semiautomática de calibre 22, con un largo tambor cilíndrico. Desmontó la pistola rápidamente y con pericia, devolviendo al cajón todo menos el tambor.

Una hora y media después, Oscar sonreía con satisfacción mientras aventaba los últimas virutas de metal con una manguera de aire, y luego atornillaba suavemente el dispositivo tubular sobre las nuevas muescas que acababa de torneear en el exterior del cañón de la pistola: ¡encajaba a la perfección! El extremo roscado del tubo de ale-

ación de aluminio se ajustó firmemente contra el recién cortado hombro del cañón de acero, a la vez que el bloqueador de cojinete hacía clic en su sitio. Al mirar cuidadosamente por el alma del cañón, no se veía ningún indicio de desalineación entre el cañón y el silenciador. Ahora, a probarla.

Oscar volvió a montar la pistola, la cargó y volvió al laboratorio de electrónica. Un toque sobre un botón oculto encima del marco de la puerta hizo que una sección de 1'20 metros de ancho del muro opuesto girara suavemente hacia afuera hasta un ángulo recto. Le dio a un interruptor situado dentro de la cavidad que acababa de abrirse, y se encendió un foco en el extremo opuesto de un largo túnel horizontal, forrado con segmentos de 76 cm de tubos de saneamiento. Oscar deslizó una diana por el cable hasta el otro extremo del túnel y se acomodó firmemente junto al punto de observación en el banco de disparo. Este túnel de tiro del sótano, que había construido él mismo, solo lo conocía él. Una vez cerrada tras él la puerta de acceso a la bodega, podía disparar incluso sus rifles más grandes sin que se oyera ni un sonido en la casa, encima de él... o en el patio del confiado vecino, debajo del cual impactaban las balas en la zona de objetivos.

Esta noche, sin embargo, el ruido no iba a ser ningún problema, por lo que dejó la puerta abierta. Disparó diez cartuchos, cada uno de los cuales hizo un sonido parecido al de una botella de champaña al ser descorchada, pero ni la mitad de fuerte. Los disparos quedaron perfectamente agrupados dentro de un círculo de tres pulgadas de la diana, lo que era un resultado tan bueno como el que solía obtener antes de modificar la pistola. Oscar estaba satisfecho; ahora podía cambiar su '*modus operandi*'.

Capítulo 2

El tiroteo de anoche había sido demasiado tarde como para salir en los periódicos matutinos, pero en la televisión los noticiarios no paraban de hablar de ellos, mientras Oscar se preparaba el desayuno. Como había imaginado, los amos de los medios de comunicación habían decidido por fin levantar la cortina de silencio con la que hasta ahora habían encubierto sus actividades nocturnas en los aparcamientos. El locutor ladraba excitado los detalles:

--«... se conocen 12 víctimas del asesino loco... aparente motivación racial de los asesinatos... más de 200 agentes del FBI trabajando en el caso durante las dos últimas semanas... un hombre alto y rubio se considera sospechoso...»

Éste último detalle dejó pensativo a Oscar. Así que alguien había podido vislumbrar algo; debía haber sido en el cuarto tiroteo, cuando salió del coche y disparó a pie. Se apresuró al cuarto de baño y miró inquisitivamente su propio reflejo en el espejo: los ojos profundos y grises; las escarpadas líneas de su nariz y barbilla; el rastro amarillo sobre su mandíbula ancha y fuerte; las orejas un poco demasiado grandes; la fina cicatriz que cruzaba en diagonal su mejilla izquierda, consecuencia de un accidente de esquí hace algunos años; la alta y suave frente bajo su despeinado pelo rubio dorado. Desafortunadamente, era una cara que destacaba fácilmente entre la multitud.

Bueno, era casi seguro que nadie había conseguido verle la cara con claridad, o habría habido una descripción más detallada, probablemente incluso un retrato robot. Aun así, en el futuro tendría que ser mucho más cauteloso. Las últimas veces había sido casi deliberadamente temerario. Lo que le motivaba, casi tanto como el aborrecimiento que sentía hacia los objetivos que seleccionaba, era el desafío hacia la autoridad. Y había además un tercer motivo, reflexionó, que influía al menos tanto como los otros: una motivación terapéutica, la necesidad de purgarse de esa angustia espiritual que le había estado afligiendo cada vez más durante los últimos años.

¿Cómo había comenzado ese malestar?, intentó recordar Oscar. ¿Fue después de mudarse a Washington, o había comenzado antes? Probablemente antes; pensaba que podría rastrearlo por todo su pasado, hasta Vietnam. Sólo que en Washington se hizo mucho más consciente de él.

En Vietnam lo que fundamentalmente le habían preocupado eran los vietnamitas. Había llegado allí sin prejuicios específicos, pero enseguida adquirió una profunda repugnancia por los vietnamitas de ambos sexos y de todas las edades. No le gustaba su aspecto, su olor, sus valores, su conducta, ni su compañía. No apreciaba la menor diferencia en que los gobernara una banda de 'gooks' (comunistas de Hanoi, o una banda de 'gooks' capitalistas de Saigón. Si por él fuera, tan contento se habría sentido

dejándolos solos, a norvietnamitas y sudvietnamitas, para que se mataran unos a otros indefinidamente.

Por cierto que Oscar no era un pacifista; en principio no se oponía ni a la guerra en general, ni a la «acción de policía» en Vietnam en particular. Pensaba que su trabajo en Vietnam era peligroso, pero también que era un reto excitante. Pero aun así, había algunas cosas que comenzaban a preocuparle, algunas ideas irritantes que no había manera de quitarse de la cabeza.

Una de ellas era la absoluta falsedad e hipocresía de la postura del gobierno de los EE.UU. Se suponía que los sudvietnamitas eran «aliados» de América, y las fuerzas americanas estaban allí en cumplimiento de «compromisos de un tratado». Pero evidentemente ésto era un sinsentido. Éstas no eran la clase de criaturas que nadie escogería como aliados; si América alguna vez se metía en un apuro y necesitaba ayuda militar, de esta intendencia no iba a llegar ninguna.

Cuanto mejor iba conociendo a los vietnamitas, más le rechinaban las santurronas salmodias de Washington acerca de «ayudar a preservar la libertad» del Sudeste Asiático. A éstos '*gooks*' no había cosa que les importara menos que la «libertad» -pero aun cuando no fuera así, el concedérsela no merecía la vida de uno sólo de sus camaradas-. Ésto era algo en lo que Oscar pensaba cada vez que uno de sus aviadores no conseguía regresar de una misión, y cada vez que veía descargar las bolsas de plástico para cadáveres de un helicóptero.

Si el gobierno hubiera dicho a todo el mundo que las operaciones en Vietnam no eran más que un juego de estrategia militar -una especie de prácticas espartanas para mantener en forma la maquinaria militar de los EE.UU-, y que todas las tramposas restricciones de objetivos impuestas a las fuerzas de los EE.UU. eran parte del juego, habría sido más fácil aceptarlo. Pero pretender que estaban combatiendo en pro de objetivos nacionales vitales, y al mismo tiempo hacer todo lo posible para impedir la victoria militar, que podría haberse alcanzado: éso a Oscar le revolvió el estómago, y le dejaba con un profundo y amargo resentimiento hacia los políticos, hacia los amos de los controlados medios de comunicación, y hacia todos los demás que fraguaron la vuelta a casa del 'Sistema'.

Otra cosa que le había proporcionado su experiencia en Vietnam era un aprecio más profundo por la gente de su propia raza. Todos los aviadores de su unidad eran blancos -de hecho, como aviadores, eran un grupo altamente seleccionado de blancos, una élite-, y Oscar no podía evitar contrastarlos con las tropas ARVN¹ y con los soldados de infantería negros de las fuerzas terrestres de EE.UU., profundamente integradas racialmente. No era sólo su instintiva xenofobia, respondiendo a diferencias de aspecto o habla; había algo más profundo y fundamental. Las vibraciones eran diferentes.

Los negros lo sentían, y usaban para expresarlo la palabra 'alma': una buena palabra, que significaba las raíces espirituales de un individuo hacia las pasadas y futuras generaciones de su raza. De estas raíces provenía todo: lo físico, lo mental y lo espiri-

¹ ARVN: *Army of the Republic of Vietnam, Ejército de la República del Vietnam.*

tual. Ellas determinan no solo la apariencia de un individuo y la forma en que piensa y se comporta, sino toda su relación global con el mundo.

Tomemos la palabra 'orgullo', por ejemplo, que es otra palabra que usan mucho los negros. Se manifiesta de formas totalmente distintas en las diversas razas. Para Oscar y los demás pilotos significaba, esencialmente, autorespeto, y se basaba en el sentido de realización y cumplimiento del deber de cada individuo -sobre todo en la consecución de un dominio de sí mismo-; se transmitía como una especie de aura de dignidad o, hasta podría decirse, de honor.

Para los negros, por el contrario, 'orgullo' significaba una especie de insolencia fanfarrona, una belicosa determinación de subirse a la chepa de los '*blanquitos*'². Se manifestaba en forma de una jerarquía más propia aves de corral. En cuanto a los vietnamitas, era difícil decir si su lenguaje tenía o no siquiera una palabra para tal concepto. Probablemente lo que más se acercaba ser algo que se traducía como 'cara'. Como entre los negros, era primordialmente una cosa social, dependiente e las relaciones con los demás individuos, mientras que entre los blancos era una cosa mucho más privada e íntima.

Personalmente, a Oscar no le gustaban todos sus aviadores blancos; había un par de ellos a los que ni siquiera respetaba mucho. Reconocía los defectos personales de sus compañeros: sus debilidades, estupideces y mezquindades -la vida militar saca a relucir la verdadera naturaleza de los hombres como ninguna otra-, pero a pesar de todo formaban una comunidad natural. Oscar los comprendía, y ellos le comprendían a él. A pesar de sus diferencias personales, podían trabajar juntos en una tarea común, y sentirse a gusto con ello. Con los negros o los vietnamitas, ni Oscar ni sus compañeros podrían nunca formar tal comunidad natural.

Oscar no odiaba a los vietnamitas ni a los negros, mientras estuvo en Vietnam, pero era plenamente consciente de que constituían razas aparte. Llegó a ser consciente de sus diferencias innatas, así como de las diferencias en sus estilos de vida. Veía sus costumbres y tradiciones como productos de unas almas raciales completamente ajenas a la suya, y ésto le proporcionó un sentido de autoconsciencia racial más fuerte de la que había sentido anteriormente.

Entre misión y misión leía mucho, intentando comprender mejor la importancia de su recién agudizada consciencia, intentando mirarla desde una perspectiva histórica. Lo que comenzó a emerger en Vietnam, y se desarrolló más completamente en la escuela donde se graduó tras abandonar las Fuerzas Aéreas, fue una comprensión del fundamento racial de la historia y de todo el progreso humano. Con anterioridad Oscar había visto la historia como una mera sucesión de acontecimientos -batallas, revoluciones, avances tecnológicos-, asociados con nombres y fechas, y tenía una vaga noción del progreso como una especie de concatenación de acontecimientos, en la que unos sucesos políticos conducían a otros, y un inventor o artista construía sobre el trabajo de sus predecesores. Su nueva concepción colocaba los acontecimientos en

² *whitey*: (EEUU, despectivo, usado por los negros) *blanquito*.

su contexto humano, cuyos detalles íntimos eran esenciales para la comprensión del '*significado*' de lo anterior.

Tomemos por ejemplo la guerra de Vietnam. Oscar se imaginaba que fuera un estudiante de historia del siglo 25, leyendo sobre ella. El relato contenido en el libro de historia, de estar escrito al estilo de casi todos los libros de historia, hablaría sobre dos países, uno rico y poderoso, el otro pobre, retrasado y luchando por mantener su independencia frente a la subversión interna y la agresión externa. Relataría el desarrollo de una serie de acontecimientos políticos y militares en el país pobre, mientras el país rico enviaba soldados a ayudarle contra sus enemigos; describiría las reacciones políticas en el país rico a estos acontecimientos; y analizaría la forma en las que estas reacciones políticas impidieron al país rico usar sus soldados con más efectividad para ayudar al país pobre, de manera que al final el primero tuvo que retirar sus fuerzas del último y dejar que lo derrotaran sus enemigos. Podría ser que estuvieran registradas por escrito, sin error ni omisión, las fechas y lugares de todas y cada una de las batallas principales, el número de soldados involucrados, y los nombres de los líderes de las diversas facciones políticas de ambos países. Y aún así el relato seguiría globalmente, en esencia, sin sentido.

Es muy improbable que el estudiante de historia del siglo 25 lograra comprender la guerra de Vietnam a menos que supiera cómo eran los vietnamitas, y cómo eran los americanos; a menos que ya hubiera aprendido cuáles eran los valores, conductas, actitudes y estilo de vida de los vietnamitas, al igual que lo había hecho Oscar; a menos que tuviera una comprensión profunda de las decadentes circunstancias de la vida política americana en el siglo 20: de la hipocresía e insinceridad moral, de los motivos ocultos, la irresponsabilidad total de sus líderes, la ignorancia y alienación general de los ciudadanos, del papel de los medios de comunicación, de los efectos del movimiento de derechos civiles sobre la moral militar, y sobre una docena de asuntos más.

La historia es un registro de los pensamientos y acciones de personas: de líderes políticos, artistas, inventores pero no sólo como individuos, sino como miembros de comunidades -raciales, culturales y religiosas- con las cuales comparten valores y motivaciones, actitudes y tendencias, capacidades y aptitudes, fortalezas y debilidades específicas. Es, en consecuencia, un registro del desarrollo e interacción de varias '*tipologías*' humanas: de razas y grupos étnicos, por encima de todo. El registro solo adquiere significado cuando se lee con un conocimiento detallado y exhaustivo de las características físicas y psíquicas del tipo o tipos humanos concretos implicados.

Para cuando Oscar hubo comprendido esta sencilla verdad, las cosas perturbadoras que ocurrían a su alrededor tras su vuelta del Vietnam comenzaron a tomar cierto sentido. El uso creciente de drogas entre los jóvenes blancos, la exposición descarada de conductas homosexuales por parte de un número cada vez mayor de ellos, con la bendición de los medios de comunicación y de ocio; la aparición pública de más y más parejas interraciales... todas éstas cosas comenzaron a encajar en un esquema que Oscar podía entender. La comprensión de que la civilización de la que él se había sentido parte estaba perdiendo su sentido de identidad, y por tanto la capacidad de

sostenerse en pie, no solo era inquietante y deprimente para Oscar, sino también profundamente frustrante, porque quería hacer algo al respecto.

Si hubiera sido una persona más atraída por la política, Oscar a lo mejor habría pensado en presentarse candidato a algún cargo público, quizá incluso en organizar un nuevo partido político. Pero no tenía estómago para este tipo de cosas. Sentía una aversión profunda y visceral hacia todo el proceso político democrático en su conjunto, así como hacia todos y cada uno de los políticos que había conocido en persona o de los que hubiera oído hablar en la televisión. Sentía un estremecimiento de revulsión al imaginarse a sí mismo convertido en un mentiroso habitual y haciendo todas las cosas deshonorosas que se requerían para congraciarse con un público degradado e ignorante, y con la corrupta clase dirigente de los medios de comunicación, sólo para poder ganar algunas elecciones y tener la oportunidad de intentar reformar el Sistema desde dentro.

Y tampoco, pensó, era el tipo de persona que se hacía panfletero, para poder despotricar contra el Sistema desde fuera. Oscar no sólo es que fuera un hombre de pocas palabras: es que era un hombre de acción. Su inclinación natural acerca de un problema era 'hacer' algo al respecto, no hablar sobre el.

Y lo que hizo, cuando por fin se decidió a hacer algo, fue comenzar a matar a tiros a parejas interraciales en los aparcamientos de los centros comerciales. Y no es porque antes no se hubiera parado a pensar un buen rato sobre el tema: había considerado muchas posibilidades, desde usar sus conocimientos sobre electrónica para infiltrarse en las emisiones de televisión comercial con un transmisor pirata y propagar su propio mensaje, hasta alquilar un aeroplano en una aerpuerto de las cercanías y usarlo para bombardear el edificio del Capitolio durante alguna sesión del Congreso.

Si se decidió por los tiroteos fue por tres razones: primero, eran algo enormemente simbólico de la enfermedad de América y del peligro que amenazaba a su raza. Todo el mundo comprendería inmediatamente su significado y la motivación que había tras ellos. Segundo, eran acciones personales y directas; para él tenían un valor terapéutico mayor que el que podría haber tenido un atentado impersonal contra el Sistema. Y tercero y lo más importante, eran actos que podrían ser imitados fácilmente por otros. Había muy pocas personas capaces de hacer funcionar una emisora pirata, o de llevar a cabo una incursión aérea contra el Capitolio, pero matar a tiros a una pareja de mezcla-razas en medio de la calle, éso era algo que podían hacer muchos.

Los amos de los medios de comunicación, por supuesto, estaban al tanto de esta tercera consideración, y ésa fue la razón para que decretaran el anterior apagón informativo sobre sus actividades. Ahora que el apagón había acabado, intentarían impedir la aparición de posibles imitadores vertiendo un diluvio de veneno. Antes de acabar el desayuno, Oscar ya había oído cómo los presentadores de tres canales de noticias presentaban éstos asesinatos a tiros como los crímenes más depravados y censurables que uno pudiera imaginar. Hizo una mueca al oír cómo un cuarto comentarista describía sombríamente al pistolero como «una persona obviamente muy enferma». Estaba claro que no iba a sacar mucha gloria de este negocio.

Capítulo 3

Adelaida seguía aún ocupada en el rincón de la sala de estar, tecleando en el procesador de textos, cuando Oscar subió del sótano. Se detuvo un momento detrás de ella, admirando la suave gracia de su cuello y hombros. Ella constituía, reflexionó, uno de los beneficios más atractivos que le reportaba su relación con las Fuerzas Aéreas. La había conocido hace cuatro meses en la oficina que su compinche del Vietnam, Carl Perkins, tenía el Pentágono, y donde ella trabajaba como analista civil. Había crecido en una pequeña ciudad de Iowa, se había sacado un título B.A.³ en matemáticas en la Universidad Estatal de Iowa, y llevaba en la zona de Washington poco más de un año.

A pesar de ser 17 años más joven que Oscar (tenía 23), ambos se habían sentido fuertemente atraídos, y Oscar le había pedido una cita ya en su primer encuentro. La relación se había desarrollado muy bien, y últimamente ella y Oscar se reunían tres o cuatro veces a la semana. Ella era brillante, generosa y servicial, y siempre estaba alegre, lo que constituía un refrescante antídoto contra su propio carácter de tendencia más bien sombría.

A estas alturas ya tendría que haberle pedido que se mudara con él -y ella en verdad que estaba esperando que se lo pidiera-, pero no había podido encontrar ninguna manera de compaginar sus actividades anti-Sistema con una relación tan estrecha; ¿cómo se suponía que iba a poder mantener secretos semejantes asuntos a una esposa? Ya era complicado explicarle porqué a veces no estaba disponible.

Impulsivamente, se inclinó sobre ella y deslizando los brazos bajo los suyos amoldó ambas manos sobre sus hinchidos pechos. Ella continuó tecleando, pero se inclinó hacia atrás contra el cuerpo de él, mientras comenzaba a apretarle suavemente los pezones. Sintió cómo se endurecían debajo de la tela de la blusa.

--¡Eh! ¿quieres que te termine esta solicitud o qué? --dijo Adelaida con una risita, intentando valientemente seguir tecleando, pero ahora también frotando provocativamente la nuca contra Oscar.

--O qué --respondió Oscar sin dudarle, con una gran sonrisa--. Ya son las nueve, y he estado todo el día fantaseando contigo. No creo que pueda esperar más. Quédate aquí esta noche, y mañana nos levantaremos temprano para que puedas acabar la última página antes de ir al trabajo.

Le puso las manos bajo los hombros y la levantó de la silla. De pie, ella se giró fluyendo suavemente entre los brazos de Oscar. La besó ávidamente en la boca, el

3 *"Bachelor": diplomatura, licenciatura media, o ingeniería técnica (3,4 años de estudio); las licenciaturas más largas se llaman "Masters". B.A. "Bachelor of Arts", B.A., implica de Artes, Letras, o Humanidades. Para las carreras científicas existe "Bachelor of Sciences", B.Sc. (B.A. en matemáticas parece contradictorio, puede ser una errata) --Merriam-Webster, Collins, Oxford.*

cuello, las orejas, y de nuevo en la boca. Sus manos se pelearon brevemente con el botón y la cremallera del costado de su falda, dejándola caer al suelo alrededor de los tobillos, y le deslizó ambas manos dentro de la braga.

Ella se apretó contra él y le susurró al oído «Eh, chico, ¿no crees que tendríamos que correr las cortinas o irnos al dormitorio?»

--¡Ouf! me he olvidado de las cortinas --Oscar se ruborizó y corrió a la ventana, mientras Adelaida recogía su falda y desaparecía por el pasillo.

Para cuando Oscar volvió a echar un vistazo a su reloj ya era pasada medianoche. Titubeó un momento en el umbral del cuarto de baño, dudando con la mano sobre el interruptor de la luz. Adelaida estaba dormida en la cama, yaciendo a medias sobre la espalda y a medias de costado, descubierta, y la luz que caía por encima del hombro de Oscar desde el cuarto de baño destacaba los suaves contornos de su cuerpo con un nítido relieve. Era una mujer hermosa, una de las más hermosas que había visto nunca, esbelta, delgada y ágil, con una piel sedosa, unos muslos perfectos terminados en un lujurioso bosquecillo rojizo, el vientre plano, pechos magníficos, un cuello gracioso extraordinariamente largo, y una cara tan encantadora, tan pura, con ese sosiego e inocencia infantiles, que el mirarla ahí tranquilamente acurrucada en la almohada, medio escondida en su propia cabellera dorada-rojiza, larga y enredada, hacía que el corazón le doliera de deseo, de la misma manera que le dolía cuando contemplaba una puesta de sol inusualmente espectacular en el desierto, o alcanzaba una vista especialmente gloriosa cuando escalaba en las montañas. Adelaida era en verdad, pensó, una maravilla de la Naturaleza.

En vez de apagar la luz Oscar se subió a la cama, le apartó cuidadosamente el pelo de la cara entre los dedos, y la besó suavemente en los labios, intentando no despertarla. A pesar de su cuidado, ella abrió los ojos de par en par en cuanto los labios de Oscar tocaron los suyos. Durante un momento miró fijamente y en silencio al interior de las profundidades claras y azules de sus ojos, y luego sintió sus brazos atrayéndole contra ella. Le hizo de nuevo el amor, esta vez más vigorosamente que antes, casi brutalmente; luego se giró y se dejó caer sobre la almohada, mientras ella se acurrucaba en sus brazos y caía otra vez dormida, con la cabeza sobre su hombro. La luz del baño seguía encendida.

Ahora Oscar también se sentía muy adormilado, pero siguió despierto unos minutos más, pensando. Adelaida era un punto de luz brillante en su vida, y le tenía un cariño enorme. Pero lo que ella significaba para él iba más allá de su afecto personal. Ella era un símbolo de todo lo que de verdad le importaba a Oscar. Era la personificación de la belleza, de la inocencia, de la divinidad humana. La mujer prototipo de su raza. Ella era la justificación última de Oscar para su guerra privada contra el Sistema.

Nada era más importante, le parecía, que asegurar que siempre hubiera en el mundo mujeres como Adelaida. Cualquier cosa que amenazara con eliminar esa posibilidad debía ser aplastada.

Oscar meditaba sobre la diferencia entre su propio sistema de valores y el que parecía ser la norma -o al menos el que proclamaban los portavoces de los medios de comunicación-. Hablaban de derechos individuales, de igualdad y de la santidad de la vida. Para ellos, un híbrido de nariz plana, color de barro y pelo ensortijado, desovado por una de esas parejas de raza mestiza que había abatido a tiros, era tan precioso como una pequeña niña de pelo dorado y ojos azules que podría crecer hasta convertirse en otra Adelaida. Más precioso, en realidad. A pesar de toda su cháchara sobre la 'igualdad', para Oscar estaba claro que la visión que tenían del futuro era uno en el que los híbridos de color barro heredarían la tierra. Le entró un estremecimiento involuntario.

Recordó algo de lo que había sido testigo en Washington, hace algunos años, durante un periodo en el que hordas de estudiantes universitarios blancos, clérigos cristianos, activistas negros, personalidades del mundo del espectáculo, y políticos, formaban casi cada día en el exterior de la Embajada Sudafricana enarbolando pancartas y gritando eslóganes contra el *apartheid*. Estaba paseando y pasó, totalmente por casualidad, al lado de la embajada cuando salían dos mujeres sudafricanas que trabajaban allí. Tuvieron que pararse para enseñar sus pases a uno de los policías que formaban un cordón en la acera e impedían que los manifestantes se acercaran a la entrada. Una de las mujeres era una nórdica alta de belleza impactante, y la otra de pelo castaño y altura normal.

Varios manifestantes se echaron hacia delante para espetarles todo tipo de invectivas a la pareja. Se fijó especialmente en una mujer blanca, probablemente una estudiante universitaria, que probablemente y en circunstancias normales también fuera atractiva ella misma, cuya cara se contorsionaba de odio mientras chillaba una y otra vez: «¡Puta racista! ¡Puta racista! ¡Puta racista!» Estaba claro que su rencor se dirigía específicamente hacia la rubia alta, casi como si fuera ella, más que su compañera más baja y oscura, la que representaba todo lo que a la manifestante habían enseñado a odiar. Unos cuantos pies más allá, un clérigo blanco sonreía afectada y aprobadoramente. El cura llevaba una pancarta que decía «Todos los hijos de Dios, negros y blancos, son iguales». ¡Pero algunos, al parecer, eran más iguales que otros!

Pasaba lo mismo con todas las lágrimas que la gente de los medios de comunicación derramaban por las víctimas de Oscar. No dejaban de decir tonterías, una y otra vez, sobre la santidad de la vida humana, y sobre cómo nadie tenía el derecho de juzgar a otro y quitarle la vida. Oscar pensaba en las pocas lágrimas que a estos comentaristas les quedaban para las víctimas de los criminales ordinarios -violadores, asaltantes, atracadores a mano armada- que mataban cantidad de gente cada día en los EE.UU. En verdad que les importaban mucho más algunas víctimas que otras. Por ejemplo, seguro que todos disfrutarían a tope viéndolo, si a él le arrancaran los miembros uno tras otro, o lo asaran a fuego lento.

Por supuesto, preocuparse más por unas personas que por otras, querer proteger a unos, y ver destruidos a otros, era una cosa completamente normal. La diferencia entre ellos y él era que él no intentaba negar ese hecho -y que él quería proteger a los

suyos y destruir a quienes les amenazaban, mientras que ellos parecían odiar a los suyos y amar a quienes eran absolutamente distintos-

Había leído suficiente bibliografía de los siglos 18 y 19, incluso de la primera mitad del siglo 20, para estar absolutamente seguro de que eran sus propios valores los que eran normales. ¿Cómo había tenido lugar esta inversión de valores? Meneó la cabeza soñoliento. Ésta era una cuestión que nunca había podido desentrañar, ni siquiera cuando estaba despierto por completo. Bueno, la respuesta podía esperar. Él sabía lo que tenía que hacer, y mañana tenía intención de asestar otro golpe.

Capítulo 4

--¿Más café, señor?

--Sí, por favor --dijo Oscar al camarero, a la vez que depositaba sobre la bandeja el importe de su cuenta, sobresaltándose mentalmente por lo elevado de la suma.

Se reclinó hacia atrás en la silla y mientras otro camarero se acercaba a retirarle los últimos platos, siguió supervisando las otras mesas del restaurante. Había escogido su mesa concienzudamente para la ocasión. Estaba en un rincón oscuro, parcialmente oculto de la zona principal del comedor por un gran macetero, lo que permitía a Oscar observar sin ser observado. Era uno de esos restaurantes pretenciosos, a la moda, a sólo cinco manzanas del Capitolio, frecuentado por los arribistas de la ciudad, así como por un buen número de los auténticos detentadores del poder: legisladores, burócratas de lo más alto del escalafón, abogados, periodistas y miembros de grupos de presión.

En el transcurso de la cena Oscar había localizado en las otras mesas algunos interesantes objetivos potenciales. Dos mesas más allá, en un grupo tumultuosamente bullicioso, había reconocido al congresista Stephen Horowitz. Últimamente había salido mucho por la televisión, y su comité mantenía audiencias sobre un nuevo proyecto de ley para traer a los Estados Unidos a 100.000 inmigrantes haitianos por año. Tan sólo hacía una semana que había pronunciado un emotivo discurso en el que acusaba a los opositores a su proyecto de ley de ser exactamente los mismos «racistas» que se habían opuesto a su anterior proyecto, ya promulgado como ley, de vetar la entrada en el país de inmigrantes sudafricanos blancos. Vaya hombrecillo más feo y repulsivo, pensó Oscar sintiendo un inconfundible hormigueo en el dedo con el que apretaba el gatillo, mientras estudiaba la cara ratonil del legislador, con ésos penetrantes ojillos pequeños, juntos y negros y ésa boca ancha y retorcida. Pero la verdad es que para Horowitz pegarle un tiro era demasiado poco. Oscar prefería mucho mejor esperar la ocasión de pillarlo sólo y trabajárselo a fondo y lentamente con el picahielos.

Además, no quería un cambio de objetivos tan radical, aún no; durante una temporada quería seguir atacando parejas interraciales, solo que ahora las escogería de un nivel económico más alto, para conseguir una repercusión aún mayor en los medios de comunicación.

Y justo en la mesa del otro lado de la sala había unos candidatos excelentes, a los que Oscar llevaba media hora echando el ojo discretamente: un mulato alto de piel clara con dos mujeres blancas, que parecían mantener alguna relación íntima con él. Oscar no tenía ni idea de quiénes eran esas mujeres, pero al mulato lo había visto varias veces en las noticias de la televisión -de hecho una vez con el propio Horowitz, en una conferencia de prensa que tuvo lugar en la calle, delante de la Embajada Su-

dafricana-. Dirigía una organización que hacía presión a favor de una legislación punitiva contra Sudáfrica, y de ayudar económicamente a los países africanos gobernados por negros. Las mujeres, quizá fueran empleadas de su organización, o quizá solo un par de fans de los poderosos, una especie en verdad demasiado abundante en esta ciudad.

Por fin el mulato pagó su cuenta y luego se acercó a la mesa de Horowitz a presentarle sus respetos, con una mujer colgada a cada brazo. Oscar se levantó y salió del restaurante sin volver a mirar a los que iban a ser sus objetivos. Fuera, se detuvo en un dispensador de periódicos a monedas y sacó un *Washington Post*. Por el rabillo del ojo vio aparecer al mulato y sus compañeras blancas por la puerta del restaurante y girar a la izquierda, por una acera arbolada y mal iluminada.

Oscar les siguió a unos 30 pasos. En cuanto se hubo alejado de la zona delantera del restaurante brillantemente iluminada, se sacó de la chaqueta la pistola con silenciador, pasándola al interior del periódico plegado que tenía en la mano derecha. El trío que le precedía dobló la esquina. Para cuando Oscar llegó a la esquina estaban entrando a un Cadillac blanco último modelo aparcado junto al bordillo. Escudriñó rápidamente la zona haciéndose cargo de la situación, sintiendo la tensión familiar en los músculos y la transpiración helada en sus axilas. Aunque en la calle del restaurante había un tráfico moderado, en la calle lateral no había ningún vehículo en movimiento. Los peatones más próximos eran un grupo de cinco personas que habían pasado junto a él camino del restaurante y ahora ya estaban por lo menos a 30 metros, dándole la espalda.

Oscar alargó sus zancadas, dirigiéndose directamente hacia el Cadillac, mientras el mulato cerraba la puerta delantera de pasajeros, tras entrar ambas mujeres. Entonces giró bruscamente a la derecha y le interceptó en el bordillo, junto a la parte trasera del automóvil. Mientras el mulato, sorprendido y fastidiado, miraba hacia arriba al hombre blanco y grande que le bloqueaba repentinamente el camino, Oscar levantó la pistola, todavía cubierta con el periódico, y disparó a su víctima entre los ojos. El mulato se desplomó pesadamente contra el vehículo sin emitir ni un sonido, para quedar tirado en la cuneta. Oscar le disparó otros dos tiros cuidadosamente apuntados a la cabeza, luego avanzó unos pasos y abrió de un tirón la puerta del Cadillac. Las mujeres no se habían dado cuenta de lo que estaba pasando; Oscar les disparó rápidamente y con precisión un tiro a cada una en la cabeza, y luego otros dos más. Luego se giró y con vigorosas zancadas volvió hacia la calle principal.

Mientras conducía de vuelta atravesando el Potomac en dirección Virginia Oscar echó un vistazo a su reloj de pulsera: solo eran las ocho en punto -aún no demasiado tarde para ver a Adelaida. Le había dicho que ésa tarde tenía una cena con unos oficiales contratistas de la Base Andrews de la Fuerzas Aéreas, y que si acababa pronto le daría un telefonazo. Le dolía mentirle, pero no veía ninguna otra manera de salir del paso. La chica era inteligente, y sus instintos eran esencialmente buenos, pero no tenía ninguna intención de abrumarla con el conocimiento de -y por tanto con la res-

ponsabilidad moral de- su guerra particular. Ella no había pasado por las experiencias de Vietnam que tuvo él, ni había compartido su prolongada y profunda auto-búsqueda de comprensión del significado de tantas y tantas cosas que ocurrían a su alrededor -como la hibridación racial-. No estaba en absoluto seguro de poder convencerla de la necesidad moral de sus acciones. Como todas las mujeres, era mucho más probable que ella se centrara en los aspectos personales -en lo que les ocurría a los individuos que Oscar escogía como objetivos- que en la justificación impersonal de estas acciones y sus implicaciones para el futuro de la raza.

Esta noche Oscar había tenido que endurecer su resolución para matar a las dos chicas. No tenía la más mínima duda de que lo que había hecho era lo correcto, pero había algo en él que se resistía a ejercer violencia sobre una mujer de su raza -incluso si estaba claro que se lo merecía-. Había sido más fácil en los aparcamientos de los supermercados. Todas esas mujeres eran claramente de lo más bajo -despreciables pelanduscas blancas que se casaban con negros porque no tenían mejores oportunidades entre los hombres de su propia raza-. Pero las chicas de esta noche eran bastante atractivas, incluso elegantes. Era una pena.

En cuanto al mulato, al matarlo Oscar se había sentido, sin ninguna duda, más satisfecho que al matar a los otros negros. En parte porque éste en particular, con sus acciones contra los blancos de Sudáfrica, se había declarado públicamente enemigo de la raza blanca, y en parte porque ¡menudo 'negro'⁴ arrogante, fanfarrón y engreído que era! Quizá también, porque en circunstancias diferentes las chicas que le acompañaban podrían haber llegado a ser algo. En todo caso, Oscar intuía que esta mayor satisfacción suya pronto quedaría equilibrada con una mayor angustia entre las filas del enemigo.

Su sospecha se vio confirmada algo más tarde, esa misma noche. Adelaida y él se habían sentado juntos en la cama, como hacían a menudo, para ver las noticias de las 11. El desarrollo del programa de hoy estaba siendo irregular y desorganizado, una evidente consecuencia de que el equipo de redacción había conseguido la cinta con la gran noticia del día demasiado tarde para editarla. Sin ningún preliminar, el locutor comenzó «¡Parece que el asesino racial ha atacado de nuevo!»

Oscar observaba fascinado cómo la cámara recorría el escenario de sus correrías de hace escasamente tres horas, ahora convertido en un enjambre de policías uniformados, agentes del FBI, periodistas, y espectadores curiosos. Según el locutor, los agentes del FBI habían arrestado ya a un sospechoso y estaban interrogándole. Éste dato provocó un sonrisa involuntaria en los labios de Oscar.

Las noticias se centraban en el mulato que Oscar había matado, Tyrone Jones. Hubo una sumaria mención de las dos chicas blancas, y luego una largo panegírico sobre Jones y su papel en «la lucha por la libertad y la igualdad en Sudáfrica». El senador Horowitz concedió una breve entrevista, mencionando que había estado con

4 *nigger, negro: Cuando el autor escribe Nigger/Negress, o Negro/Negra (despectivo), traduzco con 'negro/negra' entrecomillado. Si escribe Black (neutro, no despectivo), traduzco como negro (sin comillas).*

Jones sólo unos minutos antes de que fuera tiroteado, y que había perdido «un querido, querido amigo». Horowitz continuó diciendo que tenía la intención de convocar una investigación del Congreso sobre el tiroteo de Jones y los otros asesinatos de parejas racialmente mixtas. Luego se inclinó hacia la cámara con una torcida mueca en la cara:

--Cualquiera que crea que con éstos asesinatos puede detener el progreso que estamos haciendo en las relaciones entre las razas, en nuestros esfuerzos por derribar las viejas barreras de odio y prejuicio que separan a las razas, está terriblemente equivocado. Vamos a aportar todos los recursos de nuestro gobierno al esfuerzo de rastrear la pista del perverso asesino o asesinos responsables. America continuará su marcha hacia una sociedad completamente integrada, y no se va a permitir que nadie se interponga en el camino.

Luego pusieron cinco segundos con los desesperados padres de una de las chicas tiroteadas. Adelaida movió la cabeza compasivamente, murmurando:

--¡Qué terrible!

--Si estaba con ese mal bicho de Jones, se merecía que le hayan pegado un tiro --respondió Oscar.

--¡Oh, Oscar! ¿Cómo puedes decir eso? Eso es horrible.

Oscar suspiró y no dijo nada, pero pensó para sí mismo que iba a tener que empezar a hablar con Adelaida de algunas cosas. Pronto.

Capítulo 5

Oscar colocó cuidadosamente a un lado el fajo de recortes que había coleccionado en el regazo, se estiró, bostezó, se inclinó hacia atrás todo lo que permitía su butaca, y cerró los ojos. Había sido una semana atareada, y necesitaba un poco de tiempo para pensar. Casi se sentía agradecido de que la madre de Adelaida se hubiera puesto enferma, y hubiera tenido que regresar a Iowa en avión para pasar el fin de semana con ella. Había pasado toda la tranquila mañana del sábado leyendo artículos y editoriales de más de una docena de revistas y periódicos que había escogido anoche en el quiosco, después de dejar a Adelaida en el aeropuerto.

Muchas de las noticias y comentarios eran sobre él -y sobre temas relacionados.

Durante los últimos diez días apenas se había hablado de otra cosa en los noticieros. Dos días después del ataque a Jones -el miércoles de la semana pasada- los medios de comunicación informaron de un atentado contra el domicilio de una pareja interracial en Búfalo, y del ametrallamiento desde un coche en marcha contra un grupo de gente que hacía cola para entrar a una discoteca de San Francisco, notoriamente famosa por su clientela intersticial. En este último incidente habían muerto siete personas y otras doce resultaron heridas; la policía había arrestado a dos sospechosos blancos. En el atentado de Búfalo no se tenían pistas.

El jueves, casi enterradas en la interminable algarabía de los medios sobre los tiroteos de San Francisco, había noticias sobre el asesinato en Chicago de dos chicas blancas -hermanas- de las que se decía que habían estado saliendo con negros, y del grave apaleamiento de una pareja interracial en su apartamento de Filadelfia.

Luego, la represa se reventó. El viernes hubo 19 informes de ataques importantes contra parejas o grupos interraciales, por todo el país. Por vez primera se admitió que había un cierto número de activistas distintos involucrados, aunque en todos los casos se hacía siempre referencia al «asesino de odio de Washington», y los incidentes de fuera del área de Washington se describían como obra de «imitadores». En más de la mitad de los incidentes se habían producido arrestos.

Oscar sacudía la cabeza con incredulidad al leer los detalles. La mayoría de estos imitadores parecían actuar con un descuido increíble. Era como si todos ellos fueran buenos mozos que habían estado holgazaneando con una cerveza en la mano viendo en la tele noticias sobre alguna de sus hazañas y se hubieran dicho «¡Oye, acojonante!, me parece que yo también voy a hacer lo mismo». Y si más habían salido y lo habían hecho, con sólo la más pueril e inadecuada planificación y preparación. ¿Es que no quedaba gente seria en América?

Algo más alentadores eran los cabezas rapadas, que habían recogido el estandarte de Oscar con auténtico entusiasmo. Había muchos, eran tremendamente visibles y no titubeaban en absoluto en abordar violentamente a cualquier grupo interracial con ba-

tes de béisbol, cadenas de bicicleta y ladrillos. Todo lo que hacían, por supuesto, era completamente improvisado y la mayoría de las veces no letal -aunque hubo un caso en que varios de ellos acuchillaron hasta la muerte a una pareja interracial, en una calle de Cleveland-. En conjunto, los mezcla-razas parecían estar más preocupados por los encuentros con bandas merodeadoras de cabezas rapadas que por los asesinos solitarios.

De hecho la preocupación había alcanzado tal punto que las parejas mixtas expresaban abiertamente su miedo a que las vieran en público. Una revista de noticias informaba que algunas mujeres blancas de la zona de Los Ángeles, que antes solían llevar con ellas a sus hijos, de raza mixta, cuando salían de compras, ahora preferían dejarlos con los vecinos. Había una entrevista con el propietario de un restaurante de Washington, que estimaba desde que los medios de comunicación habían comenzado a informar sobre los ataques, el número de parejas mixtas en sus mesas había descendido más de un ochenta por ciento.

La reacción del Sistema estaba siendo virulenta, enconada y masiva. Oscar estaba sorprendido. Había esperado un gran alboroto mediático, y un gran esfuerzo policial, pero nunca hubiera imaginado que pudiera producirse semejante desbordamiento de rabia y odio. Algunos de los políticos, clérigos, educadores y otras personas que se habían pronunciado en la televisión habían sido casi incoherentes por su visceralidad. Un cristiano evangelista temblaba incontrolablemente -no de pena, sino de ira- denunciando los ataques contra parejas mixtas como un sacrilego intento de frustrar «el plan de Dios para América». Un rabino con parecidos sentimientos echaba literalmente espuma por la boca. El presidente de la Universidad de Yale, Baldwin Giacomo, lloraba al confesar su «vergüenza de que soy blanco... [y] tengo la piel del mismo color que las bestias perversas y dementes» que llevaban a cabo los ataques raciales.

Al ver esta última actuación, Oscar se había preguntado ociosamente qué respondería el buen académico si se le sugiriera que algunos de los ataques pudieran haber sido obra de separatistas negros -de musulmanes Farrakhanes⁵, por ejemplo-, que tenían las mismas razones para oponerse a la hibridación racial que los blancos racialmente conscientes.

Al mismo tiempo Oscar se daba cuenta de que la razón no jugaba ningún papel en lo que estaba presenciando. Todos estos portavoces estaban motivados por sentimientos religiosos, en uno u otro sentido de la palabra, por mucho que algunos de ellos se declararan agnósticos o ateos. Estaban motivados por la convicción religiosa de que una América racialmente mixta era mejor que una América blanca, de que un niño mulato era mejor que un niño blanco, de que una mujer blanca que escogiera como pareja a un negro era *mejor* que otra que escogiera a un blanco. Si se les preguntara lisa y llanamente, lo negarían, éso ya lo sabía Oscar; se enrollarían con evasivas, rodeos y perogrulladas sobre la «dignidad humana», la «igualdad» y etc., pero lo que realmente creían estaba perfectamente claro.

5 musulmanes Farrakhanes: Seguidores de Louis Farrakhan (nacido Louis Eugene Walcott; 11/may/1933), negro convertido al Islam, representante 'nacional' de la Nation of Islam

De algún modo, Oscar siempre había sabido que así era como eran las cosas. Recordó de nuevo en el odio que había visto en la cara de la joven manifestante, delante de la Embajada de Sudáfrica, y la aprobación de ese odio en la cara del sacerdote que estaba junto a ella. Pero aún así, no dejaba de sorprenderle. Sabía que América se había vuelto completamente decadente, que la decadencia había echado profundas raíces, y que grandes segmentos de población conseguían su sustento de éstas raíces y combatirían contra cualquier intento de extirparlas. Pero esta reacción a sus ataques contra la hibridación racial iba mucho más allá de la defensa de intereses creados. Oscar sacudió la cabeza, asombrado. Obviamente había un abismo infranqueable entre él y esa gente -no sólo en los intereses, sino en la comprensión, en la actitud espiritual.

Los comentarios de la prensa escrita eran más coherentes que las declaraciones en la televisión, pero mostraban el mismo retorcido ensañamiento. Había editoriales que exigían nuevas leyes federales para imponer automáticamente la pena de muerte a cualquier reo de ataques de motivación racial. Uno de los más exaltados de entre ellos era un editor que durante años se había destacado como opositor a la pena capital.

El director de la Unión Americana de Libertades Civiles argüía, en una larguísima carta al editor del *New York Times*, que en el caso de un blanco acusado de atacar a un no-blanco por motivos raciales habría que suspender los derechos civiles normales del criminal. Un tercer articulista -un legislador de Massachusetts- proponía que, debido a la dificultad de demostrar la motivación, siempre que el sospechoso fuera blanco y la víctima no-blanco se desplazara la carga de la prueba al acusado: para eludir las penas especiales asignadas a los «crímenes de odio», tendría que ser él quien demostrara que sus acciones *no* habían tenido una motivación racial.

El premio a la malevolencia, sin embargo, se lo llevaba uno de los columnistas habituales del *Washington Post*, David Jacobs. En su columna del último viernes afirmaba que, a partir del modelo de los asesinatos del área de Washington, y de los ataques a parejas mixtas en todos los otros lugares, estaba claro que los atacantes eran varones blancos frustrados sexualmente, resentidos por el mayor atractivo sexual que los varones negros tenían para las mujeres blancas. Para aportar una especie de soporte histórico, pretendía que los linchamientos de negros a principios de siglo tenían el mismo motivo de inadecuación sexual de los blancos. Luego Jacobs seguía generalizando y llegaba a decir que *todo* el racismo blanco tenía sus raíces en la envidia sexual. El racismo blanco, concluía, seguiría siendo el mayor mal al que se enfrentaría el mundo, hasta el momento en que ya no existiera una raza blanca, y lo mejor que podía hacer el gobierno era acelerar ese día promocionando aún más incluso los matrimonios interraciales. Opinaba que un buen paso en ese sentido sería una exención fiscal para las parejas mixtas.

Ésta columna había puesto furioso a Oscar desde el primer momento en que la leyó, hacía ocho días. Releyéndola hoy no podía menos que asombrarse ante la gente como Jacobs. ¿Qué era lo que les motivaba? Jacobs parecía estar en una categoría distinta a la del presidente de Yale, sumido en sus complejos de culpa, o a la de los

escandalizados ministros y políticos. Las palabras de su columna irradiaban un odio frío y en estado puro. Para él la raza blanca como una cepa de espiroquetas especialmente peligrosas para la que era necesario encontrar un antibiótico.

Al menos, pensaba Oscar con considerable satisfacción, Jacobs ya no escribiría más columnas para el *Post*. Había resuelto encargarse personalmente de ello la semana pasada, en cuanto leyó su columna. Y había ejecutado su resolución hacía unas pocas horas.

Desafortunadamente para Jacobs, su columna no era el único lugar donde aparecía su nombre, en el periódico del pasado viernes. La sección "Estilo" del *Post* informaba de una «fiesta de publicación» para celebrar la aparición de un nuevo libro de otro escritor del periódico. Según destacaba el artículo, el anfitrión de la fiesta sería el «colega del autor, David Jacobs, en su moderno condominio de Jones Court». El artículo había llamado la atención de Oscar solo porque traía una fotografía de algunos de los invitados a la fiesta de Jacobs, en la que saltaba a la vista la fea y atravesada mueca del congresista Horowitz.

Una rápida llamada al *Washington Post* había dilucidado que Jacobs normalmente no llegaba a la oficina hasta las 2:00 PM. Un examen del mapa callejero de Washington mostraba Jones Court como un callejón sin salida de una manzana de largo. Como resultó ser, solo había un edificio en la calle con una apariencia razonable como candidato a albergar modernos condominios, y cuando, justo después del mediodía, Oscar condujo su coche al interior de la desatendida zona de aparcamiento del sótano, enseguida se fijó en un automóvil que llevaba en el parabrisas una pegatina de la plantilla del *Washington Post*.

Cuando una hora más tarde bajó Jacobs para entrar en su coche, no llegó a enterarse de qué fue lo que le había golpeado. Repasando en su memoria el asesinato de Jacobs, Oscar apenas podía creerse lo fácil que había sido. Ni siquiera había tenido el nerviosismo y las sudoraciones que siempre precedían a cada una de las operaciones anteriores. Había llevado a cabo todo el asunto tan calmadamente -uno podría decir incluso tan casualmente- como si hubiera ido a entregar una pizza, en vez de a ejecutar un asesinato a la luz del día. Indudablemente ello se debía en parte a una inusual concatenación de afortunadas circunstancias: haberse fijado en la pista que le llevó hasta la dirección de Jacobs, justo después de haber leído su columna; el tardío horario del escritor; el garaje sin vigilancia; la pegatina de empleado visible en el parabrisas; la pronta y conveniente aparición de Jacobs justo cuando no había ningún testigo...

La celeridad con la que se había ejecutado el trabajo le produjo a Oscar un prurito de orgullo. Sonrió al pensar en cómo debía haber acobardado a los colaboradores de Jacobs la celeridad de la venganza. Pero el orgullo de Oscar estaba atemperado por la preocupación: debía guardarse contra el exceso de confianza y los descuidos. Nunca antes había sido tan temerario como para ir a por un objetivo a plena luz del día.

Otra pequeña preocupación que fastidiaba a Oscar, mientras reordenaba en su mente los acontecimientos de las últimas semanas, era un sentimiento de desorienta-

ción, de ir a la deriva. ¿Hacia donde se dirigía? ¿Qué tipo de resultado final perseguía con sus acciones? ¿Iban a seguir siendo sus actividades una especie de pasatiempo terapéutico? ¿O bien, ahora que había conseguido su objetivo inicial de provocar una respuesta masiva a sus ataques contra parejas interraciales, y había estimulado una cierta cantidad de actividad imitativa por todo el país, debería quizá abandonar mientras el abandono era posible, y casarse con Adelaida?

Suspiró ante la perspectiva. Él sabía que no podía abandonar. Volvería a caer en la misma angustia que le agarrotaba antes. No era de los que podían apartarse a un lado para contemplar la destrucción de su raza y su civilización como un espectador al que no atañera la cosa. Él tenía que actuar. ¿Sería suficiente, se preguntaba, seleccionar algún objetivo ocasional -algún David Jacobs, algún Tyrone Jones, quizá algún Stephen Horowitz? ¿Bastaría éso para satisfacer a su conciencia y así permitirle llevar una vida más o menos normal con Adelaida?

No estaba convencido en absoluto de que lo fuera. Además, no se sentía especialmente inclinado a seguir tiroteando alguna pareja interracial cada dos o tres días. Éso apenas parecía que mereciera ya la pena, en éstos momentos. Sí iba a seguir corriendo riesgos, estaba dispuesto a subir la apuesta, a ir tras la caza mayor. ¿Pero a quién? ¿Y, por qué? ¿Cuál iba a ser el plan global?

Oscar no tenía respuestas. Suspiró de nuevo y se desplazó en su sillón. Echó una mirada ociosa a la pila de periódicos y revistas que tenía ante él sobre la mesa, y su vista recayó de nuevo sobre la foto de los invitados a la fiesta de Jacobs, en el *Washington Post* del pasado viernes. Cogió el periódico y estudió fijamente la cara del congresista Stephen Horowitz durante todo un minuto. ¡Qué fealdad! ¡Qué malevolencia tan absoluta! El espectro de una débil y lúgubre sonrisa apareció lentamente en sus labios, y musitó para sí mismo: «Lo mío no es razonar los porqués; lo mío sólo es actuar y morir».

Echó a un lado el periódico. Al menos había una cosa sobre la que ya se había decidido.

Capítulo 6

Quizá Oscar aún no fuera capaz de encontrar una cura para su falta de objetivos, pero estaba decidido a no dejar que la falta de precaución se convirtiera en un problema. Tenía la intención de matar al congresista Horowitz -eso sí, muy cuidadosamente. Daba pasos de un lado a otro pensando intensamente. Se dio un puñetazo en la palma de la mano, cada vez más excitado conforme daba vueltas en la cabeza a las distintas posibilidades e iba haciendo planes.

Sonó el teléfono. Era Adelaida.

--Hola, amor mío. Mi mamá está muy enferma, y las cosas aquí están hechas un lío. Creo que lo mejor será que me quede hasta el martes, por lo menos. ¿Te importa?

--Claro que me importa, cariño. Pero haz lo que pienses que tienes que hacer.

Adelaida pidió a Oscar que llamara a su oficina el lunes por la mañana y dijera que tenía la gripe y estaba demasiado enferma para coger el teléfono.

--¿Y el miércoles, cómo explicarás en la oficina que ya vuelves a ser tú misma, tan esplendorosa, exuberante y maciza como siempre? Si acabas de pasar la gripe, tendrías que estar pálida, agotada y apática.

--Cuento con que el martes por la noche me ayudes a conseguir el efecto deseado, follándome hasta dejarme medio muerta, queridísimo --rió ella tomándole el pelo.

--Eh, corazoncito, ya sabes que por ti hago todo lo que sea, ¡pero a ti éso te alimenta!. Cuanto más hacemos el amor por la noche, mejor pinta tienes por la mañana, y el que está más pálido soy yo. La única manera de ponerte pálida *a ti* es la abstinencia total.

La llamada de Adelaida añadió un factor nuevo a los planes de Oscar. No quería apresurar el proyecto Horowitz, pero *sería* muy recomendable que lo pudiera tener hecho antes de que ella volviera. Cuando ella estaba en la ciudad, cada vez era más difícil llevar a cabo sus faenas nocturnas sin suscitar su curiosidad.

Sabía que Horowitz era un trasnochador. Oscar había visto más de una vez su foto en la sección "Estilo" durante el año pasado, y ya en una ocasión anterior lo había visto en el mismo restaurante Capitol Hill, en el que había abatido a Jones. Fue en la primera vez que llevó a Adelaida a cenar, en la época en que quería impresionarla. Pero no creía que fuera una buena idea comenzar a comer allí con regularidad. No había forma de saber cuanto tiempo pasaría antes de que Horowitz se dejara caer por allí otra vez. Además era el típico sitio donde todo el mundo miraba a su alrededor para ver quién había en las otras mesas. La última vez, aún sentado detrás del arbusito, Oscar había sentido que llamaba la atención allí él sólo. Tenía que hallar alguna

forma de averiguar por adelantado dónde iba a estar Horowitz en alguna noche concreta.

Justo acababa Oscar de formular la pregunta en su mente, cuando ya tenía la respuesta. Carl Perkins siempre estaba invitándole a las fiestas y cócteles que uno u otro de los grandes contratistas de defensa, o las firmas de consultoría de Beltway, parecían estar dando continuamente para sus amigos del gobierno, noche sí y noche no. «Te dará ocasión de conocer algunos de nuestros líderes del Congreso», le había tomado el pelo Carl, que conocía la profunda aversión de Oscar hacia los políticos, «siempre hay por allí como una docena».

El hecho de que Oscar no era muy bebedor era sólo una de las razones por las que nunca había aceptado las invitaciones de Carl. Pero ahora recordaba la última, que le había ofrecido cuando le llamó el miércoles. General Dynamics acaba de obtener un nuevo contrato de mil millones de dólares y lo iban a celebrar el lunes, creía recordar Oscar. «Va a ser una de las gordas», había dicho Carl, «va a estar todo el mundo». Y Oscar sabía que era casi seguro que el congresista Stephen Horowitz, demócrata de Nueva York y entre otras cosas presidente del Comité de las Fuerzas Armadas del Congreso ⁶, también estuviera allí.

Oscar llamó a casa de Carl. Cuando acabaron de discutir los detalles del papeleo sobre su contrato en curso, que había sido el pretexto para la llamada, dijo «Bueno, espero tener algunos resultados preliminares sobre el diseño de la nueva antena para el lunes por la tarde. A lo mejor podríamos cenar juntos el lunes y te enseñaría lo que tengo».

--Gracias, colega, pero no puedo. El lunes tengo que estar en el fiestón de General Dynamics. ¿Por qué no me dejas que os lleve a ti y Adelaida de invitados?

--¿Donde va a ser? --respondió Oscar dubitativo, como si estuviera considerando aceptar la invitación.

--En el salón de baile del entresuelo del Shoreham. Comienza a las ocho en punto.

--Gracias de todas formas, Carl, pero me parece que mejor no. Ya sabes que no me van mucho las fiestas.

--Deberías darle a Adelaida algún descanso de vez en cuando, y lucirla - en público; es demasiado bonita para que te la guardes para ti solo.

--La verdad es que a ella tampoco le van mucho las fiestas. Además hoy tiene una jaqueca horrible y creo que está pillando la gripe.

--¡Oh oh! Mejor le dices que no venga por la oficina hasta que se le pase. No me puedo permitir coger la gripe ahora. Voy a estar demasiado ocupado hasta que estemos seguros de que se aprueba la nueva ley de presupuestos. La próxima semana tengo en mi agenda pasar la mayor parte del tiempo testificando ante el Comité de las Fuerzas Armadas.

6 *House Armed Service Committee: Comité de las Fuerzas Armadas de la Casa de Representantes (Congreso y Senado).*

Oscar sonrió. Carl no lo sabía, pero Oscar iba a intentar a fondo cambiarle la agenda.

Después de comer condujo su coche hasta el Hotel Shoreham para echar un vistazo sobre el terreno. Las perspectivas de dar el golpe en el exterior no tenían buena pinta. La disposición del tráfico en los alrededores del hotel era muy liosa. Era demasiado fácil quedarse atascado al intentar escapar en coche. Toda la acera de enfrente estaba descubierta y había focos por todas partes. No habría sombras por las que merodear en la noche. Oscar contó hasta seis coches patrulla de la policía en un radio de unos 100 metros alrededor de la entrada. Demasiados peces gordos y demasiada seguridad en este hotel, a todas horas. De todas maneras a Horowitz, que siempre iba acompañado por su chófer-guardaespaldas, era seguro que lo traerían en coche directamente hasta la entrada delantera, y lo recogerían en el mismo lugar. Excepto un ataque suicida, aquí no había ninguna posibilidad.

En el interior, las cosas parecían un poco más prometedoras. La entrada principal al salón de baile del entresuelo estaba en un pasillo lateral. Oscar se deslizó al interior de la penumbrosa sala, que no estaba cerrada con llave, encendió las luces e inspeccionó las salidas. Había varias puertas de servicio, pero ninguna marcada como "Señoras" o "Caballeros". Ésto significaba que los invitados tendrían que usar los aseos que había en el extremo más alejado del pasillo lateral.

¿Qué posibilidades habría de que Horowitz tuviera que mear a lo largo de la vedada?, se preguntó Oscar. Al menos habría un gran trasiego de idas y venidas entre los aseos y el salón de baile, lo que facilitaría el poder colarse sin invitación. Si Oscar podía entrar al salón, probablemente podría acercarse a Horowitz tanto como quisiera. Pero ¿y luego qué? ¿Intentar echar algo en la bebida de Horowitz?

Oscar hizo una mueca. Éso eran historias de cuentos de hadas. Además, si entraba al salón de baile correría un riesgo demasiado grande; Carl o cualquier otro a quien conociera del Pentágono podría fijarse en él, y no quería que nadie supiera de su presencia allí. Si Horowitz resultaba asesinado, era seguro que inmediatamente después la policía llevaría a cabo una comprobación exhaustiva de todos los presentes que habían asistido a la fiesta.

Apagó las luces y deambuló hasta los aseos de hombres al final del pasillo. Eran palaciegos. Los lavabos estaban empotrados en anchos repisas de mármol, e incluso había un pupitre para el limpiabotas. También había, en un compartimento lateral de los aseos, una doble hilera de taquillas de metal; quizá el sitio sirviera además como vestuario para los empleados masculinos, y guardarán en las taquillas la ropa de calle. El espacio de detrás de las taquillas estaba escasamente iluminado y en teoría podría usarse como escondite, pero a Oscar no le gustaba la idea. Cualquier invitado que acudiera a los aseos podría ponerse a fisgonear por detrás de las taquillas, por mera curiosidad.

En la pared opuesta a la entrada de los aseos había una puerta, probablemente un armario trastero. Estaba cerrado con llave. Las cerraduras eran una de las aficiones de

Oscar. Sacó del bolsillo de la chaqueta una pequeña caja de plástico, seleccionó una herramienta y en quince segundos tenía la puerta abierta. Era un armario, y bastante grande, pero estaba vacío, con una espesa capa de polvo cubriendo los estantes.

¡Esto era interesante! Si el armario no estaba en uso, había muy pocas posibilidades de que un empleado del hotel lo abriera antes o durante la fiesta. Oscar entró y cerró la puerta. Por la rejilla de ventilación del panel superior de la puerta podía ver como metro y medio de baldosas del suelo, delante de la puerta. Intentó doblar un poco el borde interior de una lama de la rejilla para aumentar su campo de visión, pero el metal era demasiado rígido para doblarlo con los dedos.

Entreabrió la puerta para que entrara algo de luz y se fijó que en la pared interior del armario había un gancho perchero: uno de esos antiguos, de pesado hierro colado. Lo desatormilló, luego acuñó el extremo entre dos lamas y aplicó su peso. Cerró la puerta y volvió a mirar. Ahora tenía una vista despejada de casi toda la habitación, y desde el exterior no se apreciaba que las lamas hubieran sido manipuladas. Antes de salir rasgó una página en blanco de su libreta de direcciones, la plegó hasta hacer un apretado bolo y lo metió a presión en el hueco del pestillo, en la jamba de la puerta. Ajustó la posición del bolo de manera que la puerta, aunque cerrada, podría abrirse de un fuerte tirón.

Se detuvo otra vez en la entrada del salón de baile y asomó la cabeza al interior para echar otra mirada rápida. No le gustaba la idea de estar a expensas de que Horowitz necesitara usar los aseos -y, además, de que se quedara solo durante al menos unos segundos-, pero la idea de presentarse en la fiesta le gustaba mucho menos aún. Mejor esperar a Horowitz en los aseos y arriesgarse a que se le escapara, pensó, que arriesgarse a que le vieran. Si Horowitz no se presentaba, ya le pillaría en algún otro momento y lugar.

De camino hacia el vestíbulo Oscar consideró otra posibilidad: poner una bomba en el salón de baile y matar a todo el mundo en la fiesta. Era un salón de baile pequeño, un cuadrado de unos 15 metros, y tenía un falso techo de piezas de artesonado. Podría volver a colarse esta tarde con un par de maletines llenos de dinamita y en cinco minutos tener la bomba, con detonador por radiocontrol, puesta en el falso techo. Un extraño con un par de maletines entrando a un hotel no debería suscitar ninguna curiosidad, a cualquier hora del día.

....

Mientras conducía de vuelta a casa siguió pensando en la idea de la bomba, pero al final la descartó. Para empezar no tenía explosivos a mano, y por los canales normales podría tardar más de dos días en conseguirlos. No quería apresurar las cosas. Tampoco le gustaba la idea de una masacre indiscriminada, que probablemente mataría a Carl junto con todos los demás. Aún así, no sería mala idea adelantarse a los acontecimientos haciendo acopio de explosivos para futuras necesidades. Tomó mentalmente nota de indagar sobre el tema cuando tuviera tiempo.

El lunes Oscar salió de compras. Visitó un par de tiendas de suministros teatrales y compró una peluca, un par de gafas sin graduar, un kit de maquillaje, y un surtido de postizos faciales: perillas, mostachos, patillas cortas y largas, y cosas parecidas.

De nuevo en casa, Oscar comprobó que la peluca lo transformaba de rubio en castaño de forma totalmente convincente. La transformación se completaba aplicando un poco de maquillaje a las cejas. Las gafas falsas cambiaban su apariencia aún más. Examinando su aspecto en el espejo, Oscar se dio por satisfecho en todo excepto una cosa: la cicatriz de su mejilla izquierda permanecía tan visible como siempre, y era justamente el tipo de detalle que cualquier testigo recordaría.

Se pegó un par de largas y espesas patillas. Efectivamente, le cubrían la cicatriz, pero el efecto era demasiado extravagante, especialmente con sus penetrantes ojos grises escudriñando desde en medio de todo ese pelo oscuro. Se arrancó las patillas y comenzó a experimentar con algunos de los otros elementos del kit de maquillaje. Al final se decidió por una gran verruga postiza y media docena de granos falsos. No ocultaban por completo la cicatriz, pero la camuflaban lo bastante como para que a un observador casual sólo le pareciera una tez en realmente mal estado, en vez de una cicatriz.

Estaba totalmente seguro de que cualquier retrato robot que dibujara la policía a partir de descripciones de testigos estaría tan lejos de la realidad que sería inofensivo. Por otra parte, no había forma de hacerse realmente irreconocible para alguien que le conociera -al menos no con tan poca antelación-. La forma de su cabeza, el tamaño y posición de sus orejas, su estatura y porte eran totalmente característicos; más de una vez algún amigo lo había reconocido a distancia en medio de una multitud y sólo con verlo de espaldas. Lástima no ser uno de esos tipos pequeños, ordinarios y grises en los que nadie se fija, pensó.

El día anterior Oscar había seleccionado sus armas. Una era un 'estrangulador' que se había fabricado él mismo con un trozo de cable de control de acero altamente tensionable, tan fuerte como un cable de piano pero más flexible, con mangos de madera y un bloqueador deslizante que mantenía apretado el lazo hasta que se liberaba una presilla. Lo usaría si pillaba a Horowitz a solas en los aseos. Tenía la ventaja de ser completamente silencioso.

Su otra arma era una jeringa hipodérmica con resorte a presión y montada en el tubo de un bolígrafo. Exteriormente el bolígrafo aparentaba ser completamente normal, pero cuando se apretaba el pulsador, por el otro extremo surgía media pulgada de aguja hipodérmica a través de la cual un potente muelle eyectaba el contenido de la jeringa. Oscar la había cargado con un mililitro de una solución concentrada de sincurina ⁷, un potente relajante muscular de acción rápida.

Si uno apretaba discretamente el bolígrafo contra la pierna, las nalgas, o la espalda de un hombre en una habitación atestada, y lo disparaba, la víctima sentiría el picotazo de la aguja y una sensación de escozor debida a la droga; probablemente proferiría alguna exclamación y se volvería a ver qué había sucedido, o se daría una

⁷ *Sincurine*: agente bloqueante neuromuscular, derivado sintético del curare. --wikipedia.

palmada en el punto de la inyección para aplastar a un supuesto insecto picador, pero en diez segundos habría perdido el control de las piernas y se derrumbaría indefenso al suelo, donde quedaría completamente paralizado en otros treinta segundos. Seguiría una muerte inevitable por asfixia. Si el asesino mantenía la calma y fingía inocencia, probablemente los testigos ni siquiera se fijarían en el bolígrafo que tenía en la mano.

Si no podía pillar a solas a Horowitz, pero podía acercarse a él, usaría el bolígrafo.

Por último, antes de salir de casa, Oscar se roció los dedos de ambas manos con una laca transparente de secado rápido. La laca le dejaba los dedos secos y como rígidos, pero también impedía eficazmente que dejara huellas dactilares en todo lo que tocara. Su efecto duraría un par de horas. También se lo había puesto antes de hacer su recorrido del sábado por el hotel.

Mientras conducía al Shoreham sintió la tensión y la fría transpiración familiares, y se alegró de ello; su ausencia en los momentos anteriores a disparar contra Jacobs le había preocupado, porque se temía que sin ellas se volvería temerario. Probablemente, pensó, la diferencia fue que contra Jacobs había actuado en el ardor de la ira, mientras que sus otras acciones -como ésta misma- habían sido mucho más planificadas.

Para cuando Oscar llegaba al entresuelo del hotel, justo después de las ocho en punto, la tensión y nerviosismo habían sido reemplazadas por la acostumbrada calma fría. En el pasillo, fuera del salón de baile, había como una docena de personas, algunas con bebidas en la mano. Oscar enseguida se percató de que todos los que llevaban bebidas tenían etiquetas adhesivas con su nombre en la solapa de la chaqueta. De pie junto a la puerta había dos hombres con toda la pinta de ser vigilantes, y cuando pasaba junto al abierto umbral vio una mesa de registro justo en el interior, donde se comprobaban las invitaciones y se entregaban las etiquetas con los nombres. En este momento no había ninguna posibilidad de entrar, pero quizá las cosas se relajaran un poco conforme avanzaba la velada. Oscar siguió pasillo adelante hacia los aseos.

Cuando entró en ellos había dos hombres. Ocupó un sitio en uno de los urinarios y esperó a que los hombres salieran para poder entrar en el armario. Pero desafortunadamente para Oscar, había un incesante trasiego de idas y venidas a los aseos. Durante cinco minutos aguantó de pie en el mismo urinario, sin poder hallar ocasión de entrar al armario. Empezaba a sentir que llamaba la atención, por lo que se apartó del urinario y se metió en un cubículo.

Por debajo de la portezuela del cubículo veía suficiente suelo para vigilar la ocupación de casi toda la habitación. No obstante, tras otros 20 minutos de espera comenzó a desesperarse de poder estar solo en los aseos, y más aún de estar a solas con Horowitz. Le asaltó la lóbrega sospecha de que todos los que habían venido a la fiesta-cóctel la habían anticipado pasándose la tarde entera bebiendo cerveza.

Por fin dejó de haber pies en el campo de visión de Oscar. Se levantó y escrutó la habitación. En otro extremo de la fila de cubículos había uno con la puerta cerrada, pero por lo demás la habitación estaba vacía. Se abalanzó hacia el armario, ya tenía la mano en el pomo, cuando a sus espaldas la puerta de los aseos volvió a abrirse de golpe. ¡Maldición! Se dio la vuelta disponiéndose a reocupar su puesto en el cubículo.

El hombre que caminaba hacia los urinarios miró de frente a Oscar, y a Oscar se le paró el corazón durante una fracción de segundo. Era el congresista Stephen Horowitz. Oscar intentó que no se le trasluciera la emoción en la cara, cuando él y Horowitz pasaban uno al lado del otro. ¿Cuanto tiempo tendría antes de que algún otro entrara a los aseos, o de que saliera el que estaba en el cubículo del otro extremo? ¿Diez segundos? Tendría suerte si eran cinco. Era ahora o nunca.

Cuando Horowitz llegaba a los urinarios y comenzaba a manosearse la bragueta, Oscar giró silenciosamente sobre sus talones, se sacó el estrangulador de debajo de la chaqueta y en una única y fluida secuencia de movimientos balanceó el lazo de arriba abajo sobre la cabeza de Horowitz, y estiró de los mangos separándolos uno del otro. Mientras Horowitz se llevaba bruscamente las manos hacia la garganta intentando defenderse, Oscar aplicaba a los mangos hasta el último gramo de su fuerza. El cable estrangulador levantó en vilo al hombrecillo, cuyos pies pateaban violentamente el aire. Sin esperar a que Horowitz dejara de forcejear, Oscar estiró salvajemente hacia atrás del estrangulador y se lo cargó hasta el cubículo más cercano. Aguantando al aún pateante Horowitz con una mano, Oscar corrió el pestillo de la puerta del cubículo justo cuando la puerta de los aseos volvía a abrirse de golpe otra vez. Aplastó a Horowitz contra el asiento del váter y se sentó pesadamente encima de él. Confiaba en que nadie notara los dos pares de pies por debajo de la puerta del cubículo.

Aunque pareció mucho más tiempo, no habrían pasado más que otros escasos diez segundos cuando Horowitz dio un último y convulsivo estremecimiento y cesó su lucha por el aire y la vida. Oscar vio cómo se formaba un charco de orina que se extendía por el suelo del cubículo, al vaciarse la vejiga del hombre. Aguantó la postura durante otros dos o tres minutos, y luego le buscó el pulso. No lo encontró. Alargó la mano detrás de la cabeza del hombre y con cierta dificultad liberó el bloqueo del estrangulador. El cable había cortado profundamente la carne del cuello de Horowitz, goteaba sangre, y Oscar lo secó a toda prisa con una madeja de papel higiénico.

De los lavabos venía ruido de agua corriente, pero Oscar no veía ningún pie en las proximidades de su cubículo. Intentando evitar la orina de Horowitz, se deslizó por debajo del tabique divisorio hasta el cubículo adyacente, dejando a Horowitz desplomado hacia atrás contra la pared, pero aún sentado en la taza. Antes de abandonar su propio cubículo Oscar tiró de la cadena para dar más realismo, y luego se acercó a los lavabos para lavarse las manos y comprobarse la peluca.

Mientras estaba delante del espejo estirándose la corbata -y subrepticamente empujándose el estrangulador hasta una posición más segura dentro de la chaqueta-, entraron otros dos hombres en los aseos. Uno de ellos se dirigió directamente a los urinarios, pero el otro escrutó la habitación como buscando a alguien, y luego tomó

posición contra el muro opuesto a los cubículos, cruzando los brazos sobre el pecho. Oscar no lo había visto nunca, pero sabía con toda seguridad que era el guardaespaldas de Horowitz.

Mientras se secaba las manos Oscar se fijó en que el charco de orina del cubículo de Horowitz se estaba extendiendo visiblemente sobre las baldosas, por fuera de la puerta. Cuando abandonaba los aseos oyó que la cisterna del otro cubículo ocupado se vaciaba por fin. Las cosas estaban a punto de ponerse interesantes

Cuando doblaba la esquina del final del pasillo dejando atrás a los asistentes a la fiesta, Oscar echó una mirada rápida a su reloj de pulsera. En total había estado en los aseos 32 minutos, de ellos los últimos cinco con Horowitz.

Capítulo 7

--Oscar, quiero que conozcas a Harry Keller. Te va ayudar con el papeleo de cumplimiento del nuevo contrato de acción positiva. Es nuestro experto. Además es el único tipo que conozco que es más racista que tú --sonrió Carl al presentarle al hombre grande y aspecto pesado, de pelo oscuro y enormes manos nudosas.

--Debes estar bromeando --replicó Oscar, alargando de todas maneras la mano para estrechar la del recién llegado a la oficina de Carl--. Toda tu gente de la sección de acción positiva con la que he tenido algo que ver hasta ahora son mariquitas y amantes de los '*negros*'.

--¡Oscar! --sofocó un grito Adelaida. Oscar se había dejado caer por la oficina de Carl principalmente para recoger a Adelaida, que tenía el coche en el taller, pero había aprovechado la ocasión para quejarse a Carl sobre un nuevo lote de formularios que le había enviado el Pentágono.

Harry se rió, y Carl dijo:

--La semana pasada, el día que oyó las noticias sobre Horowitz, Harry se puso a repartir cigarros por la oficina, mientras todos los demás estaban a media asta.

--¿Tú también? --Oscar dirigía la pregunta a Carl.

--Para mantener las apariencias, Oscar, para mantener las apariencias. Después de todo, el hombre era el jefe del Comité de las Fuerzas Armadas del Congreso, y todas nuestras nóminas dependían de él.

--Para algunos de por aquí eran bastante más que apariencias --le contradijo Harry--. A ese pequeño lameculos de mi sección, McGann, se le humedecieron los ojos de verdad y hasta se sorbía la nariz, durante el panegírico de Horowitz que dieron el martes por el sistema de megafonía. Y cuando el discurso del Secretario llegó a lo de cuánto había hecho Horowitz por promover la igualdad racial en las fuerzas armadas, McGann se echó a llorar de verdad. Ahora hay un hombre que realmente *se compadece* nuestros hermanos de color.

Oscar chasqueó los dedos al reconocer el nombre.

--¡McGann! Así se llamaba el hombre que me envió el año pasado esa carta tan mojigata, cuando no rellené todas las casillas de un cuestionario de la acción positiva.

--Sería muy propio de él --respondió Harry--. Le encanta revisar con lupa las respuestas a esos cuestionarios, intentando husmear hasta el más débil tufillo de mala actitud hacia los programas del gobierno de protección de las minorías.

--El hombre solo intenta hacer su trabajo y salir adelante --dijo Carl--. Sabe lo duro que es conseguir un ascenso aquí, que es más de lo que puede decirse de ti --Carl se giró hacia Oscar, apuntando a Harry con el pulgar-- ¿Sabes lo que hizo el menda éste? La semana pasada los del FBI andaban pululando como hormigas por

todo el Pentágono, porque había cantidad de hombres nuestros en la fiesta donde mataron a Horowitz. Mientras la mayoría se tomaba la investigación muy en serio, intentando contestar lo mejor que podían a las preguntas del FBI, Harry estaba en la oficina haciendo que todo el mundo se partiera de risa con sus chistes de negros. Consiguió ganarse una amonestación oficial de su jefe de sección.

--Oye, Oscar --replicó Harry-- ¿tú sabes cuáles son los tres años más felices de la vida de un 'negro'?

--Lo siento, creo que no lo sé.

--El segundo grado⁸.

Todos se echaron a reír de semejante salida, incluso Adelaida. Pero luego Carl bajó la voz y dijo:

--Por amor de Dios, Harry, habla en voz baja cuando sueltes tus chistes de negros aquí dentro. No quiero tener yo también una amonestación en mi expediente personal.

--La verdad es que para ti ya es demasiado tarde, Carl. Creo que ya da lo mismo que lo confiese: mi *auténtico* trabajo aquí es contar chistes racistas y entregar los nombres de todo el que se ría. En cuanto presente mi informe final, los únicos empleados blancos que quedaremos por aquí seremos McGann y yo.

Todo se echaron a reír otra vez.

Al final, Oscar y Adelaida acabaron llevando a Harry Keller a su casa, en respuesta a la invitación de que cenaran con él y su esposa mientras le daba a Oscar un cursillo intensivo sobre cómo enfrentarse a los últimos formularios del Pentágono. La esposa de Harry, Colleen, era una plácida y relajada mujer de unos 40 años. No pareció que le importara nada tener invitados por sorpresa a cenar, aunque ella también acababa de volver del trabajo.

Después de cenar se sentaron a tomar café y charlar.

--¿Cómo es que alguien con tus sentimientos ha acabado implicado en el programa de acción positiva? --preguntó Oscar a Harry.

--Los sentimientos no tiene nada que ver con ésto. En el Servicio Civil te limitas a coger lo que te dan. Aunque a lo mejor lo que les llevó a seleccionarme para la sección de acción positiva fuera el hecho de que enseñaba sociología en el colegio comunitario -ya sabes, NVCC⁹-. Los profesores de sociología suelen tener esa clase de reputación.

»En todo caso, antes de empezar a trabajar para el Departamento de Defensa estuve durante un par de años vendiendo equipos de radioemisión y visitando clientes; me pasaba casi todo el tiempo en la carretera, y Colleen y yo estábamos muy distan-

⁸ «El segundo grado»: chiste, juego de palabras (creo): segundo grado es el segundo curso de la EGB, y también se llama así al periodo de libertad condicional tras salir de la cárcel.

⁹ NVCC: Northern Virginia Community College, comprende varios establecimientos académicos en los suburbios de Virginia-Norte de Washington D.C.. --wikipedia.

ciados -aunque fue en ese trabajo donde la conocí-. Trabaja para uno de mis clientes de Washington. Así que eché una solicitud para un empleo en el Servicio Civil, y me plantaron en la sección de cumplimientos de contrato del Pentágono. Pero bueno, aún sigo pluriempleado para mi antigua compañía, aunque ahora hago todo el trabajo por teléfono.

--¿Cómo es que te pasaste de enseñar a vender? --preguntó Oscar

--La enseñanza se estaba volviendo muy dura para mi conciencia. Llegué a un punto en el que ya no podía seguir contando todas las mentiras, ni ocultando todas las verdades, que me exigían. No te podrías creer las camisas de fuerza que obligan a llevar hoy día a cualquiera que enseñe ciencias sociales.

--Por lo que dice Carl, muy pronto te podrías ver otra vez en la carretera --replicó Oscar--. Mi experiencia con esos tipos «*ama a tu 'negro'*»¹⁰ con los que trabajas ahora es que tienen poquísima tolerancia con cualquiera que no comparta su enfermiza visión del mundo.

--Bah, Carl exagera. La verdad es que la mayor parte del tiempo me las arreglo para tener la boca cerrada. Lo que pasa es que cuando le dieron lo que se merecía a ese bastardo de Horowitz me sentí tan a gusto que no pude refrenarme.

--Bueno, de cualquier modo no entiendo cómo te las apañas para poder trabajar en ese ambiente. Puedo entender que lo aguante un tipo como Carl, que es el tipo menos sentimental que conozco. Pero para ti debe ser muy duro tener que reprimir ahí adentro todos tus sentimientos y no poder hacer ni decir nada. La gente con sentimientos tendría que poder expresarlos.

--Estoy completamente de acuerdo contigo, Oscar. Y yo los expreso. Solo que no en el trabajo -o al menos no tanto como me gustaría-. Además de mi trabajo en el Pentágono y de mi pluriempleo, trabajo para la Liga Nacional.

--¿La Liga Nacional? He oído algo sobre ellos; creo que es un grupo neonazi, ¿no?

--Depende de lo que signifique 'neonazi'. Esa es una de las etiquetas, como 'fascista' o 'liberal', que esa gente le pone a cualquier cosa a la que se opongan. Los medios de comunicación nos llaman 'neonazis', seguro que es ahí donde has oído la palabra. A la mayoría de la gente éso les sugiere uniformes, estandartes con esvásticas, y un montón de 'sieg heiling'. Pero no es éso lo que somos, en absoluto. Yo no tengo nada en contra de los uniformes y estandartes, pero no los usamos.

--¿Y qué tipo de cosas hacéis?

--De todo, cualquier cosa que pueda ayudar a nuestra causa.

--¿Y cuál es ésa causa?

Harry se lo pensó durante un minuto, y luego comenzó lentamente:

--Nuestra causa es un futuro seguro y de progreso para nuestra raza. Queremos, algún día, un mundo blanco; un mundo blanco que sea consciente de sí mismo y de

10 «*love thy nigger*»: juego de palabras (creo) entre 'nigger' y 'neighbor', en la expresión «*love thy neighbor/nigger as thyself*» = «*ama a tu prójimo/negro como a ti mismo*».

su misión; un mundo gobernado por principios eugenésicos¹¹; en el que la meta de las familias y de los gobiernos sea la mejora continua¹² de nuestra raza; un mundo más limpio y verde, con menos gente pero mejor, viviendo más en armonía con la naturaleza; un mundo en el que vuelva a predominar la calidad sobre la cantidad, en el que las vidas de la gente tengan un objetivo, en el que la belleza, la excelencia y el honor vuelvan a tener valor y significado.

Antes de que Oscar pudiera responder, Adelaida le interrumpió:

--Harry, hablas exactamente igual que mi abuelo, que es el racista de nuestra familia. Piensa que el mundo entero se fue al infierno después de la Segunda Guerra Mundial. Dice que si hubiera sabido lo que sabe ahora, se hubiera marchado a Alemania a hacerse voluntario de las *Waffen-SS*, en vez de combatir en el ejército de Roosevelt.

--Deberías haber pasado más tiempo escuchando a tu abuelo, cariño --dijo Oscar. Luego añadió:-- Me gusta tu causa, Harry. Y dices que hacéis todo y de todo para promocionarla, ¿no podrías darme más detalles?

--Bueno, en estos momentos la mayor parte de nuestros esfuerzos son educativos, más que políticos. Estamos intentando aumentar la concienciación de la gente en asuntos raciales, y luego motivar y dirigir a aquellos sobre los que hemos conseguido alguna concienciación. Así que publicamos un montón de material con mensaje racial: libros, revistas, cintas de video. La mayoría de nuestros miembros son profesionales que de una forma u otra puedan participar en este esfuerzo. Por ejemplo, yo traduzco mucha documentación del alemán al inglés para nuestro departamento de publicaciones, y llevo el mantenimiento del equipo para nuestros trabajos en el taller de video.

--Harry es demasiado modesto --intervino Colleen--. Fue él quien *construyó* el taller de video a partir de cero, y el que proporcionó todo el equipo. Siempre que se graba cualquier cosa en cinta, él es el ingeniero del estudio, manejando las luces, el sonido, las cámaras y todo lo demás. Y luego ayuda a editar las cintas.

Harry se encogió de hombros modestamente.

--Era lógico que me lo encargaran a mí. Después de comenzar a vender equipos de radioemisión había aprendido sobre cómo funcionan y cómo repararlos. Cuando decidimos que necesitábamos un estudio yo tenía a mi alcance un buen lote de equipos usados en buen estado, para vendérselo a la organización por casi nada.

Cambiando de tema, continuó:

--Ahora Colleen es una jefa de producción de primera clase. Durante la semana trabaja de administrador auxiliar general para la KZR-TV, y los fines de semana se ocupa de las tareas de oficina para la unidad de Virginia Norte de la Liga: las com-

11 *eugenics*: eugenesia (en griego, "buen nacimiento") «ciencia que trata de la mejora de las cualidades hereditarias en una serie de generaciones de una raza o linaje, especialmente mediante el control social del emparejamiento y reproducción humanos.» --Merriam-Webster.

12 «*upward breeding*» (literalmente: "crianza ascendente"), en un contexto sobre eugenesia, la "mejora continua"; «*breed*»: linaje, casta, raza, «*a breed of Europeans*» --Collins; «*breed, breeding*»: criar; crianza, educación; linaje, casta, cuna; «*a man of breeding*» --Collins.

pras, pagar las facturas, las gestiones bancarias, contactar con los miembros para las reuniones, y todo lo demás.

--Has dicho que traduces del alemán, además. ¿Son tus padres de Alemania? --preguntó Oscar. Le preocupaba un poco la etiqueta de neonazi, y buscaba un vinculación con las imágenes que le venían a la cabeza de cientos de películas de televisión que había visto siendo adolescente: hombres uniformados de negro, con caras crueles y monóculos que centelleaban diabólicamente mientras ladraban órdenes con acentos guturales y sus subordinados azuzaban enormes y crueles perros sobre los asustados judíos. No es que creyera en la realidad literal de esas imágenes, pero aun así le preocupaban. A Oscar siempre le había repelido la crueldad, ya fuera contra los hombres o contra los animales.

Harry respondió a la pregunta de Oscar:

--Sí y no. Eran de lo que hoy se llama Checoslovaquia. Nacieron en Pilsen -de una familia que se dedicó durante más de un siglo a la fabricación de instrumentos-, y luego vivieron en Praga hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Yo nací allí en 1945. A mi padre y a mis hermanas mayores las lincharon algunos partidarios de Roosevelt de entre la población checa, después de abusar de ellas de alguna manera bastante horrible, según imagino. Mi madre nunca reunió suficiente presencia de ánimo para contarme todos los detalles, pero le produjeron pesadillas hasta el final de su vida. De alguna manera consiguió escapar conmigo a Alemania, y luego, cuando tenía cinco años, vinimos a este país.

--¿Así que eres checo?

--No. Alemán. ¿No lo ves por mi nombre? Es tan alemán como el tuyo.

Oscar se puso colorado. Pensaba que su nombre era inglés -y lo era. Pero también era alemán, ya lo sabía. La única diferencia era que los ingleses lo escribían con 'y' y los alemanes con 'j'. Significaba "cazador". Ahora que lo pensaba, también sabía que Keller era un nombre alemán. Y sabía que un alemán nacido en Checoslovaquia era tan checo como polaco un judío nacido en Polonia, o chino un sueco nacido en China. Los ingleses, los alemanes y los suecos eran todos ellos parte de la misma familia, la germánica, independiente de donde hubieran podido nacer, igual que los judíos eran judíos y los chinos chinos, sin importar su lugar de naci(--AQUI--)miento, su país o su ciudadanía.

Todo éstas eran cosas que ya había deducido por sí mismo hacía años. Algunas veces, sin embargo, si no era cuidadoso, volvía a caer en los viejos hábitos de pensamiento que habían inculcado en su mente años de adoctrinamiento en las escuelas y los medios del mundo del espectáculo. Ahora, con sus pensamientos espoleados por los comentarios de Harry, se dio cuenta de que todas las repugnantes connotaciones de la palabra 'neonazi' eran aplicables a él mismo, en la misma medida que a Harry. Esta comprensión le hizo sentirse a disgusto, pero al mismo tiempo estimulaba su interés por averiguar más cosas sobre Harry, Colleen y la Liga Nacional.

Oscar dio un pequeño giro a la conversación:

--Has dicho que tu grupo quiere un futuro para nuestra raza que sea a la vez seguro y de progreso. ¿Es que ves alguna contradicción entre esas dos cosas?

Harry se rió.

--Ha habido largos debates sobre éso. Está obvio que a muy largo plazo -o sea, a lo largo de millones y cientos de millones de años-, el progreso ha sido resultado de la lucha, de las penalidades, de las adversidades, de una brutal poda y desherbamiento de la estirpe por la cruda selección de la naturaleza; en otras palabras: ha sido resultado de la falta de seguridad. Los que están seguros se estancan, y los que están inseguros luchan y avanzan.

»Por otro lado --continuó--, las razas se extinguen. A veces las condiciones se vuelven tan inseguras que la raza entera perece. Las condiciones de ahora mismo son tales que nuestra raza está en peligro de perecer, en parte porque estamos siendo hibridados por razas ajenas que ocupan nuestro mismo nicho ecológico, y en parte porque nosotros mismos estamos hibridándonos suicidamente. Es obvio que en estos momentos estamos en peligro de demasiada inseguridad.

--Pero --respondió Oscar--, no deberíamos abandonar un principio general solo porque parezca que en estos momentos esté actuando en nuestra contra. Si no podemos hacer frente a esta inseguridad presente, y otras razas sí pueden, ¿no tendríamos que llegar a la conclusión de que serviría mejor a la causa del progreso la supervivencia de ellos que la nuestra?

--Por supuesto que no --respondió Harry, con un atisbo de impaciencia en su voz--. El progreso surge cuando todos los competidores en el juego luchan por la supervivencia, y vence el más apto. Pero nuestra raza no está luchando. Está ahí tirada, muriendo. Nuestra tarea es despertarla. Cuando comience a *intentar* sobrevivir, barrerá a las demás razas hasta con las manos atadas a la espalda.

»Sin duda, la aptitud es un concepto más sutil de lo que uno podría pensar a primera vista. Parte de la aptitud consiste en tener no sólo la habilidad, sino también la voluntad, de sobrevivir. Aún más, es tener una voluntad que no sea susceptible de ser engañada para irse a dormir, por un competidor más listo y mentiroso. Ése es el meollo del problema. Hemos sido engañados. Pero ahora vamos a despertarnos de nuevo por nuestra propia cuenta. Ésa es la tarea de la Liga.

»La única pregunta auténtica sobre la compatibilidad entre la seguridad y el progreso se da cuando uno ya ha solucionado el problema de la supervivencia racial. Entonces la pregunta es, una vez que tengamos un mundo blanco, como evitar el estancamiento. Hay muchas maneras de responder a éso, y algunos de nuestros teóricos debaten el asunto entre ellos.

»Pero en realidad ése es otro tema totalmente distinto. Quizá podríamos haber expuesto las cosas un poco más claramente desde el principio diciendo que lo que queremos es, en primer lugar, asegurar la supervivencia de nuestra raza, despertándola y volviendo a encender su espíritu combativo natural, y que luego, una vez que se haya ganado la lucha competitiva entre razas, queremos reorientar sus valores y su forma de ver las cosas, de manera que se esfuerce en seguir mejorándose a sí misma

en vez de relajarse. »Sin duda que la forma en que intentaremos asegurar el progreso será en parte cambiar las condiciones de vida, así como nuestras actitudes, de manera que no podamos relajarnos aunque queramos. Como te digo, los teóricos tienen muchas ideas distintas sobre éso.

Oscar estaba impresionado por la claridad de ideas de Harry. El hombre tenía el aspecto de no ser más que un buen mozo, con su burda apariencia y su comportamiento bromista, pero estaba claro que tenía una mente en forma y había comprendido algunas cosas que para Oscar aún seguían bastante confusas. Dijo:

--Lo siento, Harry. Supongo que estaba haciendo de abogado del diablo, cuando te he preguntado éso. La verdad es que no puedo contradecir nada de lo que has dicho.

--Así que, mi viejo neonazi --dijo Harry con una amplia sonrisa-- ahora que has salido del armario, ¿por qué no te vienes a uno de nuestras reuniones y conoces algunas otras personas con las que estar de acuerdo?

A Oscar le atraía la idea, pero también era muy precavido. Teniendo en cuenta sus recientes actividades, no podía permitirse que lo asociaran con ningún grupo sobre el que el gobierno tuviera puesto el ojo. Le dio a Harry una respuesta que no le comprometiera.

--Gracias por la invitación, pero no soy de los que se asocian demasiado. Además, me gustaría pensar en algunas de las cosas que has dicho esta noche, antes de que me bombardeen con más ideas nuevas. Tu lógica de alta potencia me ha puesto un poco a la defensiva. Una cosa que aún no puedo comprender es porqué la gente de los medios de comunicación os ha pegado esa etiqueta de 'neonazis', solo porque queréis asegurar la supervivencia de la raza. Después de todo, ellos también son blancos.

Harry y Colleen echaron a hablar ambos a la vez.

--Ten muy por seguro que no son blancos --prorrumpió Colleen, adelantándose--. Virtualmente todos los medios de comunicación están controlados por judíos, y son ellos los que llevan la voz cantante por todos los demás en los medios. Y el punto más importante de su agenda es la eliminación de nuestra raza.

Viendo la perpleja expresión en la cara de Oscar, Harry tomó el relevo:

--En primer lugar, Oscar, déjame corregirte esa impresión de que soy un lógico de alta potencia. Las cosas que te he dicho esta noche son cosas en las que todos los de la Liga llevamos pensando mucho tiempo. No es que seamos más listos que nadie, sólo es que nos hemos mantenido conscientes de ciertas cosas que creemos que son muy importantes, y en las que la mayoría de la gente no piensa demasiado. Si lo hicieran, podrían razonar sobre estos asuntos tan bien como nosotros. Yo considero que uno de los efectos más beneficiosos de la pertenencia a la Liga es el efecto que tiene sobre mi consciencia: me mantiene orientado en la dirección correcta, preocupándome sobre las cosas que realmente importan en la vida.

»En segundo lugar, Colleen tiene absolutamente toda la razón. Los medios de comunicación que se ocupan de las noticias y del ocio están férreamente controlados por los judíos, y los judíos no son blancos. Algunos parecen blancos, pero ningún ju-

dío racialmente consciente piensa en sí mismo como blanco, y los judíos como grupo son el pueblo más racialmente consciente sobre la faz de la tierra, con grandísima ventaja. Llamen a sus enemigos -y éso incluye a cualquiera a quien no controlen- 'neonazis', porque han invertido un enorme esfuerzo en convertir esa palabra en una etiqueta oprobiosa; han invertido en ello una pesada carga emotiva y de sentimientos, de manera que la mayor parte de la gente reacciona negativamente ante la palabra aún sin comprender claramente lo que significa.

Adelaida, que había estado escuchando sin hablar, rompió su silencio una vez más:

--Ahora sí que hablas otra vez exactamente como mi abuelo. Se pasaba horas hablándome sobre los judíos, pero nunca lo entendía del todo.

Oscar se puso de pie. No le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación. Su lucha contra la mezcla racial era una cosa, pero no veía ninguna necesidad de verse involucrado en el antisemitismo. Sabía que a muchas personas no les gustaban los judíos, pero hasta donde a él le concernía, eran blancos, y conocía a uno o dos a los que les gustaban los negros tan poco como a él. Recordaba uno de los estudiantes compañeros de graduación allá en Colorado, Dan Levine. Personalmente nunca le había gustado Dan Levine, le producía una especie de escalofríos, pero el tipo era por cierto judío, y siempre estaba contando chistes de negros, incluso más que Harry.

--Harry y Colleen, gracias por la cena. Adelaida y yo tenemos que darnos prisa. Y gracias de nuevo por invitarme a una de vuestras reuniones, Harry. Me lo pensaré y ya te daré un telefonazo un día de éstos.

Capítulo 8

Oscar intentó seriamente pensar en lo que habían dicho Harry y Colleen, pero ocurrió que al mismísimo día siguiente ya estaba preocupado por otros asuntos, y pasaron más de dos semanas antes de que volviera a pensar en aquella conversación. Lo que entretanto absorbía su interés era la incesante escandalera sobre su campaña anti-mezcla-racial y sobre el asesinato de Horowitz. Ya había pasado casi un mes desde que había matado a una pareja interracial -Tyrone Jones y sus dos 'novias'- y los medios de comunicación aún seguían en un auténtico frenesí.

No podía entender la intensidad y duración de este frenesí. En las calles de media docena de grandes ciudades de América las bandas de narcotraficantes mataban, cada dos o tres días, a tanta gente como él en toda su campaña. Además estas víctimas de la guerra de drogas eran casi todas no blancas, y por tanto deberían ser especialmente estimadas por los medios de comunicación. Un reciente tiroteo en Washington, en el que habían resultado muertos cinco negros y un mestizo colombiano, ni siquiera salió en la portada del *Washington Post* del día siguiente, dedicada por entero a informar sobre un asesinato a tiros de otra pareja interracial en Chicago, a una manifestación de parejas interraciales y homosexuales que había tenido lugar en Manhattan fuertemente protegida por la policía, y a las últimas declaraciones del FBI sobre la investigación sobre el asesinato de Horowitz. Le daba la impresión de que aunque se desatará un nueva plaga que se cargara un millón de víctimas en una semana, los medios de comunicación no le concederían tanta cobertura como la que dedicaban a su asesinato de Horowitz.

En parte, razonó, se debía a una perversidad especial por parte de la gente que escogía el periodismo como profesión. Pero sin embargo, más allá del papel de los propios medios de comunicación en avivar las llamas, era evidente que habían entrado en juego varios colectivos específicos -colectivos que se sentían amenazados u ofendidos por las actividades de Oscar-. Se sorprendió al enterarse de que había un buen número de grupos organizados de parejas racialmente mixtas, incluso uno compuesto exclusivamente por hombres blancos con esposas filipinas. Al leer sobre la existencia de este grupo en particular, lamentó no haber dedicado a sus miembros ninguno de sus esfuerzos nocturnos.

Luego estaban los maricas, quienes, a pesar de su antipatía general hacia el mundo heterosexual, parecían sentir cariño por los mezcla-razas, incluso por los de la variedad "normal". Los grupos feministas también parecían estar especialmente encolectizados por sus ataques a parejas mixtas. Oscar no era capaz de hallar ninguna relación entre ambos asuntos. ¿Cómo es toda esta gente espiritualmente enferma, y sin importar cuál fuese su enfermedad, sentían que sus intereses eran coincidentes?

Sin embargo, entre todos los promotores de los mezcla-razas, era fácil que los más vociferantes fueran las iglesias. Comenzando por abajo,, desde los primitivos ca-

rismáticos del Fundamentalismo más ultramontano hasta los sosos Unitarianos o los modernos Episcopalianos, todos rugían a gritos aprobando la mezcla racial y solidariándose con los que la practicaban. Casi cada día, grupos de sacerdotes y pastores concelebraban sobre las escalinatas del Capitolio vigiliat 'in-memoriam' por una u otra de las parejas que había tiroteado. Si acaso había algún grupo cristiano que no marchara haciendo piña con los demás, quizá fueran una o dos Iglesias Ortodoxas Orientales, más pequeñas, cuyas congregaciones consistían principalmente de ancianos refugiados del este de Europa.

En estos momentos las iglesias estaban formalmente uniendo fuerzas con los grupos pro mezcla-racial, con los homosexuales y los demás. El *Washington Post* traía un anuncio a toda página de una marcha masiva sobre el Capitolio para manifestar su público apoyo a un nuevo paquete de medidas legales que estaba siendo debatido en el Congreso. La marcha, programada para mediados del próximo mes, estaba siendo organizada por una nueva coalición de líderes de unos 30 ó 40 grupos. La llamaban Comité del Pueblo Contra el Odio. El anuncio del *Post* incluía una lista de varias docenas de sus miembros, repleta de obispos, cardenales, rabinos y obispos anglicanos.

El paquete de leyes que estaban horneando había sido preparado por Horowitz y hubiera sido él mismo quien lo presentara al Congreso, de no haber abreviado su carrera legislativa el estrangulador de Oscar. Su principal proyecto de ley había sido denominado, en su honor, Proyecto de Ley Horowitz. Pondría fuera de la ley a todas las organizaciones que restringieran la pertenencia por criterios raciales. Prohibiría todos los libros, periódicos y cualquier otro material impreso que pudiera «promover el odio racial», y preveía la instauración de una Oficina Federal de Publicaciones para examinar y arbitrar sobre cualquier publicación contra la que se hubieran presentado quejas. Cualquier persona que expresara, en presencia de testigos, cualquier declaración denigrando a un miembro de otra raza, o que manifestara hostilidad hacia miembros de su propia raza asociados con otras razas, podría ser castigado con hasta diez años de prisión.

Tres o cuatro veces por semana, los medios de comunicación presentaban sondeos de opinión e informaban con gran excitación de la creciente opinión pública a favor de la aprobación del Proyecto de Ley Horowitz y su legislación anexa. De acuerdo con el último sondeo, casi el 60 por ciento del público estaba a su favor. Oscar no dejaba de menear la cabeza, maravillado de la facilidad con que los medios de comunicación podían manipular al pueblo americano. Parecía como si todo lo que tuvieran que hacer fuera convencer al público de que todos los demás estaban a favor de algo, e inmediatamente los muy borregos se amontonaban unos sobre otros intentando subirse al carro.

Oscar tomó nota de que el Comité del Pueblo tenía su cuartel general en la Iglesia Congregacional de la Avenida de Connecticut, justo al norte de Georgetown, en el Distrito. Casi diariamente se celebraban allí mítines en los que líderes religiosos, miembros del congreso, celebridades de Hollywood y otras figuras públicas daban sus alocuciones. El objetivo principal de los mítines, hasta donde él podía ver, era su-

ministrar continua carnaza a los medios. Todos los nuevos programas de televisión incluían secuencias de cada uno de los mitines.

Al mismo tiempo que Oscar le daba vueltas en la cabeza a la idea de atentar contra el Comité del Pueblo, reflexionaba sobre el hecho de que el asesinato de Horowitz no había frenado en absoluto a los mezcla-razas y adláteres. Si de algo había servido, había sido para darles más munición que usar en su campaña para que el público aceptara en estampida el masivo recorte de libertades civiles inherente en el Proyecto de Ley Horowitz. Estaba totalmente seguro de que si matara a tiros a uno o dos de los más prominentes líderes del Comité del Pueblo, o si volaba por los aires su cuartel general, los medios de comunicación se las arreglarían para convertirlo en otro argumento a favor de la aprobación del proyecto de ley.

Oscar se daba cuenta de que lo suyo no era la estrategia. En parte el problema era que había demasiadas variables implicadas en la toma de las decisiones a las que se enfrentaba. No tenía el tiempo ni las fuentes de información necesarias para analizar cada situación y predecir el posible resultado de una acción suya específica. Para éso se necesitaría un equipo de asesores. También necesitaría un principio rector, un programa, una meta claramente definida, de manera que sus acciones individuales se reforzaran unas a otras. Tal como lo estaba haciendo, actuaba a base de instintos, sentimientos viscerales, o como uno quisiera llamarlo.

¡Bueno, pues qué se le iba a hacer! De momento tendría que limitarse a seguir los dictados de su conciencia y seguir volando a tientas¹³. Y una de las cosas que su conciencia le decía era que sus esfuerzos se aprovecharían mejor si perseguía a los promotores de la mezcla racial, en vez de a sus practicantes. El asesinato de Horowitz le había dejado una sensación tan satisfactoria que lo que de verdad le apetecía ahora era cargarse algún senador, u obispo, o presidente de universidad. Además, eso encajaría con su razonamiento global de que tenía que continuar escalando el conflicto y dejar el nivel inferior a sus imitadores.

Últimamente ésto de los imitadores había estado teniendo una productividad bastante decepcionante. Su actividad parecía haber llegado a un máximo hacía unas dos semanas, más o menos para cuando el golpe contra Horowitz. En estos momentos los periódicos solo informaban de cuatro o cinco ataques graves diarios contra parejas mixtas, en todo el país. En parte este descenso parecía deberse, en principio, al alto porcentaje de arrestos; la policía, bajo una presión extrema de los medios de comunicación, estaba echando el resto y dedicaba todos sus recursos a la investigación de los ataques contra parejas interraciales. Parecía que el suministro de hombres furiosos a los que se les metía en la cabeza que tenían que seguir el ejemplo de Oscar matando parejas de mezcla-razas, y luego corrían a hacerlo irreflexivamente, estaba ya agotándose. Los activistas que aún andaban sueltos estaban siendo mucho más cuidadosos. Alguno en Chicago -quizá era más de una persona- parecía estar haciéndolo bastante bien, y en la zona de Seattle había una serie de seis dobles asesinatos sin resolver, to-

13 «flying by the seat of his pants»: (*ferga propia de pilotos*), literalmente: *pilotar con la culera del pantalón, es decir, sin ayuda de instrumentos (para lo cual, supongo, viene bien notar las vibraciones del asiento)*. -- Merriam-Webster.

dos con el mismo *modus operandi*, pero en el resto de lugares no había mucho que destacar.

Otra razón -algo más alentadora- para la disminución del número de ataques parecía ser que, a pesar de la reciente manifestación de Manhattan, los mezcla-razas estaban volviendo a meterse al armario, en cierta medida; ya no había en la calle tantos objetivos como solían. Los medios de comunicación intentaban frenéticamente contrarrestar esta tendencia. Semana tras semana, todos los periódicos sensacionalistas de las estanterías de las cajas de los supermercados ostentaban en primera plana fotografías de parejas de raza mixta célebres: una ñeja Elizabeth Taylor con su último novio negro, o la estrella del baloncesto Cleon Brown rodeado por una apiñada multitud de admiradoras colegialas rubias. Las cadenas de televisión dragaban sus colecciones en busca de películas con cualquier temática de mezcla de razas y comenzaban a emitirlas. Todos los programas de noticias incluían alguna entrevista con al menos una pareja mixta, y en los shows de entrevistas apenas se veía otro tipo de invitados. Pero muy obviamente, un gran porcentaje de los mezcla-razas estaban asustados y preferían seguir manteniendo un perfil bajo.

La Iglesia Congregacional de la Avenida de Connecticut era un gran complejo de edificios de piedra interconectados, tras una verja de picas de anticuado estilo. Oscar pasó dos veces con su coche por delante de la fachada delantera y tomó varias fotografías con su cámara Polaroid. Divisó dos policías uniformados, de pie sobre el último escalón de las gradas de piedra que conducían a la entrada delantera del edificio principal, temiéndose que habría más en el interior. Luego condujo lentamente por la calleja de la parte trasera del edificio. La verja, de unos dos metros de alto, también recorría ese lado del terreno, pero justo al otro lado había muchos arbustos altos, y desde la calleja no parecía que fuera muy difícil saltar al interior por la noche sin ser visto.

De vuelta a casa, Oscar estudió las fotografías del complejo. Se fijó en que todas las ventanas de la planta baja tenían barras de acero: una característica indispensable en cualquier edificio del Distrito de Columbia, en los días que corrían. Era casi seguro que cada ventana y puerta estaría conectada a un sistema de alarma. No sabía si el Comité del Pueblo albergaba sus mítines semipúblicos en la capilla principal o en un auditorio aparte. En cualquier caso, en el complejo solo había dos edificios lo bastante grandes para ello, y rápidamente llegó a la conclusión de que uno de ellos, casi con seguridad, sólo albergaba las aulas escolares dominicales. Por tanto tenía que ser en el edificio principal, una estructura realmente grande y sólida. ¿Habría alguna manera de meter una bomba allí?

La puerta de servicio en la verja de la calleja conducía a una zona de aparcamiento detrás de un edificio anexo. La puerta trasera llevaba un rotulo que decía "Entregas". Si simulaba estar haciendo una entrega de suministros de oficina, casi seguro que podría poner una bomba, aunque no más allá del edificio anexo, sin levantar sospechas. El edificio principal tenía obviamente un sótano completo, como indicaban tanto la escalera descendente hasta la puerta del sótano, en la parte trasera, como los fosos para las ventanas del sótano, a lo largo de los lados del edificio. Y de nuevo, las

barras y un probable sistema de alarma, que parecían convertir la entrada al sótano en igual de difícil que en la planta baja. ¿Sería posible llegar al tejado y luego entrar por alguna entrada desprotegida del tejado?

Oscar hizo otro reconocimiento, esta vez de noche. Estaba teniendo lugar un mitin, y por la secuencia de ventanas iluminadas y apagadas podía deducirse que era en la capilla, en la planta baja. Cerca de la fachada había tres ventanas del sótano iluminadas, pero las demás estaban a oscuras. Alrededor del edificio había focos a la altura de los aleros, iluminando todos los lados más o menos uniformemente, y una luz más encima del foso de la puerta del sótano. No obstante, a los lados del edificio, hacia la parte trasera, había unas cuantas zonas de arbustos espesos, y la disposición general de ventanas del edificio sugería que detrás de un grupo de arbustos tenía que estar, casi con total seguridad, el foso de una de las ventanas del sótano.

Condujo hasta una manzana más allá de la iglesia, aparcó en una calle lateral, y caminó de vuelta a la calleja trasera del complejo. En un punto en el que la verja estaba profundamente ensombrecida por altos arbustos, trepó por encima de ella y se abrió camino en silencio hasta otro grupo de arbustos más próximo al edificio. Agachado muy cerca del suelo fue adentrándose entre la vegetación y, como había sospechado, se encontró al lado del foso de la ventana del sótano. Deslizándolo el brazo entre las barras de seguridad hasta tocar con los dedos el listón central de la ventana notó que estaba hecha de madera, y no de metal.

Apoyó la linterna contra el cristal de la ventana e iluminó brevemente la habitación del sótano a la que daba. Era una habitación amueblada, con fotografías enmarcadas en una pared, pero había grandes montones de cajas de cartón en el suelo y en estanterías de acero pegadas a la pared más alejada. Al parecer la usaban como almacén. Era una habitación bastante grande, de unos 7 metros de anchura, y que se extendía a lo largo de más de la mitad de la anchura de la capilla. Era probable que el extremo opuesto de la habitación estuviera justo debajo el púlpito. Había puertas en las tres paredes, pero estaban todas cerradas.

De vuelta en su coche, echó un vistazo al reloj de pulsera y recordó compungido que Adelaida y él tenían planes para salir a cenar. Mientras conducía de vuelta a su apartamento, fue elaborando su plan de ataque contra la iglesia.

Capítulo 9

--Muñeca, creo que tienes el mejor par de tetas de toda la Costa Este --dijo Oscar admirativamente, observando a Adelaida inclinarse sobre la mesa para servirle una taza de café, con la luz de las velas acentuando el contraste entre las curvas y valles de su cuerpo desnudo.

--Oh, ¿has estado haciendo una gira de reconocimiento?

Antes de que Oscar pudiera pensar en una respuesta apropiadamente ingeniosa, Adelaida continuó:

--Debes estar haciendo *algo* verdaderamente fascinante con tus tardes. Y si no es un reconocimiento de tetas, ¿entonces qué es? ¿Te das cuenta de que las tres últimas tardes me has tenido esperándote hasta más de las nueve? Dijiste que iríamos a cenar esta noche, y que aunque te retrasara el trabajo estarías aquí como mucho a las ocho. Y aquí estamos, a las diez en punto, y otra vez tengo que hacerte la cena. Sé que no estabas en casa, porque te he llamado allí una hora antes de que vinieras.

--Lo siento de verdad, cariño --respondió Oscar, contrito--. Lo que pasa es que los últimos días he tenido que estar continuamente corriendo de un lado para otro. Me paso todo el día en el ordenador trabajando en el contrato nuevo, y además esta tarde he tenido que atender varios asuntos.

--Está bien, amorcito. No creo que hayas estado con otra mujer, porque la verdad es que estabas cachondo terminal cuando has llegado. Lo único que me gustaría es que pudieras arreglar tu horario de trabajo para que tuviéramos más tiempo juntos. Empiezo a sentir lástima de mí misma, aquí sola en mi apartamento, noche tras noche. ¿Por qué no atiendes tus asuntos mientras estoy en el trabajo? Conociendo a las Fuerzas Aéreas como las conozco, estoy segura de que no puedes tener un contrato que te tenga tan ocupado como pareces a veces.

Oscar en verdad ansiaba sincerarse con ella. Pero en vez de eso le dijo:

--Intentaré hacerlo mejor, cariño. De verdad. ¿Cómo te ha ido el día?

Adelaida continuó hablándole desde la cocina, mientras preparaba la comida para ambos. Oscar intercalaba ocasionalmente algún comentario o respuesta, pero tenía la cabeza ocupada en el asunto, más serio, de la relación global entre ambos. ¿Había alguna vía para compartir con ella sus sentimientos y preocupaciones?

Recordó un debate que había tenido con algunos otros aviadores allá en Vietnam. Fue durante un periodo en el que los medios de comunicación estaban sacando planes y propuestas para aumentar el papel de las mujeres en las fuerzas armadas. Los ponentes iniciales eran las feministas y sus partidarios de izquierda, cuya posición era que las mujeres solo diferían de los hombres en la posición de los genitales, y podían hacer prácticamente cualquier cosa que hicieran los hombres, incluso pilotar aeronaves.

ves militares en combate, y hacerlo igual de bien. La única razón de que no lo estuvieran haciendo ya era el efecto represivo del "sexismo" de la sociedad, que por un lado erigía barreras de costumbres y leyes contra las mujeres, y por el otro empujaba su potencial lavándoles el cerebro para que aceptaran los papeles femeninos tradicionales. Si se cambiaran las leyes, y se educara a las jovencitas igual que a los chicos -dándoles bates de béisbol y pistolas de petardos en vez de muñecas-, crecerían tan capaces como los hombres de llegar a ser Boinas Verdes o pilotos de combate.

El otro punto de vista lo representaban los que argumentaban que «la sociedad aún no estaba preparada para que las mujeres fueran al combate». O al menos, ellos fueron los únicos con otro punto de vista que fueron admitidos en los debates de los medios de comunicación, dando la impresión de que los opositores a la participación de las mujeres en puestos de combate no tenían en realidad ninguna base en la que sustentarse. Así fue como, a no mucho tardar, los políticos y burócratas más pendientes de la moda, e incluso algunos líderes militares nacionales con ambiciones políticas, también abrazaron la bandera de las feministas.

La opinión general entre los compañeros de Oscar de las Fuerzas Aéreas era que la postura de las feministas era insostenible. Solo había una o dos excepciones, pero se trataba de hombres superficiales de carácter conflictivo de los que siempre se podía esperar que se apuntaran a cualquier causa antinatural, y cuanto más aberrante mejor. Oscar estaba seguro de que ningún hombre que hubiera volado en combate podía creer de verdad que una mujer pudiera ser un buen piloto de combate, sin importar lo rápidos que fueran sus reflejos, lo fina que fuera su coordinación, o aguda su visión.

Las feministas clamaban que los hombres tenían ventaja como combatientes solo porque tenían más músculo, pero que esa ventaja desaparecía en las situaciones de combate en las que los músculos no eran decisivos: los combates aéreos, por ejemplo. Oscar, al contrario, se daba cuenta de que los hombres no eran mejores combatientes *porque* tuvieran más músculos, sino que tenían más músculo *porque* ello suponía una ventaja en su papel natural como combatientes. En las mujeres, aunque pudieran ser las atletas más excelentes, faltaban las hormonas de combate --y más: el instinto de combatir, las micro-habilidades de combate innatas, finamente pulidas a través de un millón de generaciones de evolución de los primates, durante las que los machos eran cazadores y luchadores, y las mujeres criadoras.

La astuta y tendenciosa manera en la que los medios de comunicación habían manipulado el asunto reforzaba la ya bien desarrollada desconfianza de Oscar hacia la profesión periodística. Pero el debate le había interesado y le había hecho pensar sobre las diferencias psíquicas entre los hombre y mujeres, y las profundas raíces de estas diferencias en el pasado evolutivo de la raza.

Adelaida era una chica brillante, una de las más brillantes que conocía, y le gustaba. Podía discutir con gran conocimiento sobre algunos aspectos del diseño de sus antenas; incluso le había sugerido un algoritmo para una serie de cálculos de radiaciones, mejor que el que había estado usando. Además era ingeniosa y había leído mucho, para su edad: conversando con ella, Oscar podía hacer un símil histórico para

ilustrar alguna cuestión, y ella podía responderle de la misma manera. Su inteligencia la convertía en una compañera mejor.

Pero a pesar de todo, su mente no funcionaba como la de él, y Oscar se daba cuenta de las diferencias, por muy sutiles y ligeras que pudieran parecer a un observador menos perceptivo. Para empezar, su mundo mental era más pequeño, con un horizonte más cercano. Lo que era real para ella era el aquí y ahora; el pasado y el futuro, como distantes paisajes del presente, le interesaban mucho menos. Era una trabajadora buena y práctica en proyectos limitados, pero el concebir panoramas históricos mundiales y hacer planes para transformarlos le parecería algo irreal.

En segundo lugar, Adelaida no generalizaba. Ella enfocaba los árboles, no el bosque. Veía a la gente como individuos. Oscar también lo hacía, por supuesto, pero también los veía como miembros de categorías superiores: como representantes de sus razas, sus clases sociales, religiones y grupos de interés. Para comprender a un hombre, había que tomar en consideración qué *era*, dónde estaban sus raíces, sus intereses vitales, con quién se identificaba -y no solo sus idiosincrasias individuales.

La sabiduría popular, por supuesto, estaba del lado de ella. Se *daba por supuesto* que todo el mundo veía a los demás sólo como individuos. Pero Oscar estaba totalmente seguro de que Adelaida no estaba simplemente adaptándose a un norma artificial. Ella no era una chica artificiosa, más bien al contrario. No era nada pretenciosa ni convencional. Todas las corrientes y tendencias de moda, políticas o sociales, la dejaban completamente fría.

Recordaba la reacción que había tenido una vez que estaban en un restaurante y dos hombres sentados justo en la mesa de al lado, obviamente 'gays', se habían puesto a mariposear, cogiéndose de las manos mientras ojeaban el menú. A pesar de lo de moda que estaban los homosexuales, Adelaida había mostrado una repulsión natural hacia semejante espectáculo. Se reía con los chistes de negros y de judíos, si es que tenían gracia. Una vez que Oscar se había puesto a disertarle sobre el asunto de la diferencia intelectual entre blancos y negros, y más genéricamente, sobre las diferentes formas en que funcionaban las mentes de las distintas razas, ella habían encontrado convincentes sus análisis.

Pero cuando asesinaban a una pareja interracial, ella veía a dos personas asesinadas, no un ataque contra la hibridación racial. Oscar estaba seguro de que su reacción era natural y femenina, no ideológica. Y había notado que otras mujeres seguían el mismo esquema general. Todo lo cual no significaba que fuera imposible convencer a Adelaida de que aceptara -quizá incluso que aprobara- lo que él estaba haciendo; solo significaba que no iba a ser fácil. Decidió comenzar la tarea.

--Corazoncito, suponte que no nos conociéramos, y que uno de esos negros del Pentágono te pidiera que salieras con él -digamos, ese capitán negro que siempre te está echando el ojo cuando entra a la oficina de Carl y estás tú allí-, ¿cómo reaccionarías?

Adelaida respondió mientras colocaba los últimos platos y se sentaba.

--La verdad es que el hombre ya me lo propuso, cuando sólo llevaba una semana. Y yo le dije muy dulcemente: «Gracias, pero primero tengo que consultar con mi médico para ver si todo está en orden. He dado positivo en el análisis del SIDA, y aún no sé si estoy o no en la fase contagiosa». Supongo que se corrió el rumor, porque en más de un año ya no he vuelto a tener más proposiciones de ningún negro. A las otras chicas blancas no hacen más que acosarlas continuamente.

--Nunca me habías contado éso. Estoy sorprendido de que tuvieras preparado un corte tan efectivo.

--Es mi respuesta estándar para los negros calentorros. Una de las primeras cosas que aprendí en el colegio es que lo único que funciona es una respuesta de ese tipo. Simplemente no aceptan un 'no' por respuesta. Tiene que ser un «¡largo de aquí, 'negro'!», o algo parecido a lo del SIDA. Durante mi primera año en el estado de Iowa eran realmente un problema. Yo no estaba en absoluto preparada para algo así. En mi instituto no teníamos ningún negro -ni en todo el condado donde me crié, de paso-. Pero en la universidad los había a montones, la mayoría de fuera del estado. Se convertían en tal agobio que me sentía como una perra en celo. No quería ser brusca, ni tampoco parecer una racista. Pero tampoco quería salir con ninguno de ellos. Simplemente no me atraen. Además, era bien sabido que a las que salían con ellos por lo general acababan violándolas, si es que no se habían dejado antes por las buenas. Lo llamaban «violación de cita», pero no dejaba de ser violación -y muy a menudo violación en grupo -. La administración de la universidad no las apoyaba en absoluto. Ni siquiera admitían que existiera el problema. Por suerte yo tuve una compañera de habitación que sabía de qué iba el asunto y me enseñó cómo tratarlos.

--¿Es que no había en el campus ningún grupo de ayuda a las chicas blancas? ¿Y los grupos de la iglesia?

--¿Pero hablas en serio, Oscar? Los grupos de la iglesia eran los peores de todos. Creían que su misión consistía en salvar, a las chicas como yo, de ser racistas, no de ser violadas. Siempre estaban organizando bailes y otras funciones sociales, y su mayor preocupación en cada función era emparejar a las chicas blancas con chicos negros. A los hombres blancos que se dejaban caer por allí les hacían sentirse poco bienvenidos. ¡Si estaba todo clarísimo!

»Los únicos grupos organizados del campus que hacían causa contra las violaciones eran los feministas, pero sobre el aspecto racial del asunto no decían nada, por supuesto.

--Por supuesto. Pero me apuesto algo a que las condiciones raciales del campus les ayudaban en su reclutamiento.

--Probablemente. Muchas mujeres que habían tenido malas experiencias con hombres -especialmente con hombres negros--PEPE--estaban llenas de rabia porque nadie sentía simpatía por ellas ni les ayudaba, así que se hacían feministas.

--¿Y cómo te las arreglaste tú para evitar caer en sus garras y convertirte en una odiadora de hombres? --preguntó Oscar medio bromeando.

--Durante un tiempo, cuando me sentía más insegura, estuve tentada de unirme a uno de los grupos feministas, en mi primer año, solo por el respaldo moral. Y probablemente me habría apuntado, solo que la agenda de las feministas, incluso en los grupos menos militantes, iba mucho más allá de proporcionar respaldo moral a las mujeres. La mayoría de ellas se indignaban no sólo por la forma en que se trataba a las mujeres, sino porque eran mujeres en vez de hombres, por mucho que no lo quisieran admitir. Hacían campañas en contra de la violación, pero cuando llegabas a conocerlas, te dabas cuenta de que lo que las indignaba de verdad era tener que estar abajo. Por decirlo crudamente, lo que querían era ser violadoras en vez de violadas, jodedoras en vez de jodidas. Y como yo siempre me he sentido feliz de estar abajo, siempre que arriba tenga un hombre bueno, no puedo simpatizar con ellas.

--Me siento muy agradecido por éso, cariño. Hubiera sido una auténtica pérdida para la raza, si te llegas a convertir en tortillera.

--Bueno, al menos habría sido una pérdida para ti, espero --sonrió--. No sé que esté haciendo mucho por mejorar la raza.

--Hummm. Es verdad. Deberíamos hacer algo a ése respecto. Tenemos que pensar en serio en que te quedes embarazada. En verdad que es un crimen contra la Naturaleza que alguien con tus genes no tenga cinco o seis niños.

--Estoy dispuesta a oír todas las sugerencias.

--Parece que me metido en un brete, otra vez --sonrió Oscar. Luego frunció el entrecejo--. Ya lo sabes, cariño, tengo algunos cabos sueltos de los que ocuparme. La verdad es que con el horario que tengo ahora no podríamos llevar mucha vida hogareña juntos. En el próximo par de meses confío en poder sacar adelante algunas cosas que me dejarán dedicarme al negocios de ser esposo y padre con la conciencia tranquila.

--Amorcito, es verdad que tu horario de trabajo a veces me exaspera bastante. Pero el mundo está lleno de parejas que crían a sus familias con problemas mucho peores.

--Agradezco mucho tu flexibilidad, cariño. Una de las razones por las que te quiero es que siempre pareces capaz de arreglar cualquier problema que surge, sin quejarte. Pero de verdad, creo que estoy a punto de poder hacer algunos cambios que serán muy buenos para nosotros dos -y para nuestros niños-. Necesito concentrar mis energías en estas cosas sólo durante un poco más.

Oscar podía ver la decepción y el dolor en los ojos de Adelaida, y se le retorció el alma. No quería mentirle, pero éso es lo que estaba haciendo. Porque la verdad era que no tenía ninguna idea clara de lo que le deparaba el futuro. ¿Qué es lo que esperaba tener resuelto en un par de meses? Si continuaba escalando su guerra contra el Sistema, para entonces era casi seguro que estaría muerto o en la cárcel. Por otro lado, era difícil imaginar cómo podía escalar la guerra mucho más de lo que tenía planeado hacer contra el Comité del Pueblo Contra el Odio. La única posibilidad parecía ser encontrar alguna manera de continuar la guerra por medios legales -o al me-

nos menos arriesgados-. Pero ¿cómo? Cada vez que intentaba discurrir por estos senderos, la mente se le quedaba en blanco.

No sabía que otra cosa decirle a Adelaida. Contarle exactamente lo que estaba haciendo, sencillamente no tenía sentido. Incluso en el caso de que estuviera emocional e ideológicamente preparada para aceptar semejante conocimiento, no había nada que ella pudiera hacer para ayudarle; lo único que haría sería dejarla asustada y preocupada. Y a pesar de todo, Oscar sentía que tenía que decirle *algo*. No quería que pensara que le estaba dando largas porque no quería casarse con ella. Además quería, desesperadamente, que ella comprendiera sus motivos, para compartir su convicción de que estaba obligado a combatir al mal que amenazaba todo el significado de su existencia.

Lo intentó de nuevo, con la voz seria, y al principio, dubitativa:

--Ya sabes cómo me siento por muchos de los cambios que están ocurriendo en nuestro país, cariño. Te he mencionado casi todos ellos en un momento u otro: el aumento de la mezcla racial, la inundación de inmigrantes no blancos que se desborda por todas las ciudades, la deshonestidad cada vez más descarada, y la falta de responsabilidad, de los políticos, la parcialidad tan destructiva de los medios de comunicación, y del mundo del espectáculo, la pérdida de cualquier sentido de identidad racial o cultural por parte de la mayoría blanca, cada vez más menguante.

»Supongo que la mayoría de la gente tiene una piel más encallecida que yo, y no dejan que les preocupen estas cosas. Pero a mí me preocupan. Mucho. Me preocupan tanto que me resulta muy difícil tomarme muy en serio cualquier otra cosa. El trabajo se me ha convertido en nada más que algo para ir haciendo dinero. No puedo entusiasarme por él cuando veo que están pasando tantas cosas -cosas muy importantes, cosas terribles- que me están reclamando que intervenga. Es muy difícil hacer planes de futuro, pensar en una carrera profesional, cuando el futuro parece justo la clase de sitio donde yo no querría vivir -o que vivieran nuestros hijos.

»Tengo que combatir contra todo éso, cariño. Siento que tengo que combatirlo. Ninguna otra cosa me parece real, ni que merezca la pena, excepto combatirlo. O sea, ninguna otra cosa excepto tú. Cuando estoy contigo, durante algunas horas consigo apartar de la mente todo lo demás. Solo puedo pensar en ti y en mí, aquí y ahora. Puedo verte, tocarte, oírte, olerte. Puedo disfrutar de tu belleza, tu suavidad, tu feminidad, tu sexualidad, y tu amor. Pero cuando hablamos de matrimonio y de niños, tengo que pensar en algo más que el aquí y ahora.

Tengo que pensar en alguna manera de poder combatir y a la vez ser un marido y un padre responsable. Ése es mi problema, cariño, y estoy intentando resolverlo.

Hubo un largo silencio, mientras cada uno miraba a los ojos del otro. Luego habló Adelaida:

--Amorcito, eres un hombre muy poco común. No te pareces a ningún otro hombre que haya conocido. Creo que esa actitud tuya es quijotesca. A mí tampoco me gustan muchas de las cosas que están pasando hoy día. No me gustan algunos de los rumbos que toma el mundo, y si pudiera los cambiaría. Pero no puedo, y tú tampoco

puedes. No hay nada que podamos hacer nosotros. En cualquier caso, nuestra responsabilidad no es cuidar del mundo, sino cuidar de nosotros mismos lo mejor que podamos. Hay un montón de porquería ahí fuera, y nosotros no podemos cambiar éso. Pero nuestras propias vidas sí que podemos mantenerlas limpias, y construir unas vidas limpias para nuestros hijos. Éso es todo lo que podemos hacer.

--Quizá ni siquiera éso, cariño. Claro, supongo que tú y yo podríamos mantenernos limpios. Pero las cosas se están despedazando demasiado rápido ahí fuera, y no estoy nada seguro de que podamos garantizar unas vidas limpias para nuestros hijos. Crecerán en un país en el que su propia raza escasamente constituirá la mayoría, -y además una mayoría rota y dividida de mala manera-, mientras que las minorías al menos saben cómo agruparse y votar juntos.

»Supongo que si fuera un jugador con sangre fría no apostaría nada de mi dinero a que podamos hacer algo por evitar la catástrofe. Pero es que aún no estoy tan seguro como tú de que no haya nada que podamos hacer. A lo mejor soy quijotesco, pero para mí, mientras haya vida hay esperanza. Y tengo que intentarlo. Desearía poder hacer que comprendieras cómo me siento, sobre la inevitabilidad de hacer lo que podamos, a pesar de las dificultades.

Oscar pensó por un momento, luego continuó:

»Me imagino que estarás al tanto de las violaciones en grupo de chicas blancas por bandas de jóvenes negros que han estado ocurriendo cerca de aquí. Normalmente los medios de comunicación no dicen casi nada sobre ellas, pero están aumentando de verdad. Está la violación de una chica que hacía 'footing' en el Parque de Rock Creek, la semana pasada, por ejemplo, en la que 20 quinceañeros negros agarraron a la chica y se pasaron casi dos horas violándola sin parar, justo ahí en medio de la pista de 'footing'. Luego la degollaron y la dejaron morir. Si no hubiera sido porque era la sobrina de un senador, no habría causado tanta conmoción.

»Suponte que vamos tú y yo paseando por el parque y nos topamos con semejante escena mientras está ocurriendo la violación. Suponte que vamos desarmados, y que el teléfono más cercano está a una buena milla de allí. Algunos hombres, me imagino, se podrán decir a sí mismos que no hay nada que puedan hacer, excepto echar a correr hacia el teléfono, confiando que los policías estarán allí en menos de 20 ó 30 minutos. Pero para mí no habría ninguna elección. Si la chica fuera un miembro de mi raza tendría que cargar directo contra ésas bestias negras y hacer todo lo humanamente posible por rescatarla. Si me escapara corriendo ya no podría seguir viviendo conmigo mismo. Me sentiría sucio y deshonorado para el resto de mi vida.

»Y más o menos así es como me siento respecto a mí y el mundo. Es mi mundo, el mundo de mi raza, y está siendo violado en pandilla. Me sentiría deshonorado, no podría estar en paz conmigo mismo, si no hiciera lo que puedo -aunque el hacerlo pudiera interponerse entre tú y yo.

Adelaida sonrió.

--«No podría quereros, querido, tanto, si no amara más al honor» --citó.

--Exactamente, mi encantadora Lucasta, exactamente --le dio la réplica Oscar.

--Bueno, amorcito, sigo estando segura de que eres quijotesco, y de que no hay absolutamente nada que puedas hacer para cambiar el curso de la historia. Pero solo quiero que sepas -y aquí la voz de Adelaida se volvió baja y ronca- que si decides entrar en guerra contra el mundo entero, yo te seguiré en tus campañas, si me aceptas. Y que si cargas desarmado contra las puertas del Infierno, yo correré detrás de ti tan deprisa como pueda, si creo que aún me quieres.

Las lágrimas titilaban en los ojos de Adelaida, y Oscar se encontró con que tenía un nudo tan duro en la garganta que no podía hablar. Todo lo que pudo hacer por el momento fue alargar torpemente las manos sobre la mesa para coger la de ella. Al moverse golpeó uno de los candelabros que chisporroteó hasta apagarse. Luego se levantó deprisa de la silla, cruzó hasta el lado de Adelaida mientras ellas también se levantaba, y la estrujó fuertemente entre sus brazos. Se quedaron ahí de pie, quietos y en silencio, como una única columna de carne sombreada y reluciente, iluminada por la luz parpadeante de la otra vela.

Capítulo 10

Dos noches más tarde, Oscar estaba listo para arremeter contra el Comité del Pueblo. Había preparado sus herramientas y suministros, y el tiempo era el mejor: una lluvia continua y persistente, que mantendría a la gente en sus casas, y amortiguaría cualquier ruido que pudiera hacer inadvertidamente.

Además, el grupo había dado una relevancia especial al mitin que iba a tener lugar esta noche. Estarían los gobernadores de Massachusetts y Wisconsin, para presentar resoluciones de las cámaras legislativas de sus respectivos estados, urgiendo al Congreso a aprobar el Proyecto de Ley Horowitz. Los oradores principales serían el cardenal O'Rourke y el Rabino Rosen, del Concilio Interecuménico Judeo-Cristiano, junto con Barry Shapiro, de algo llamado la Liga Anti-Difamación de la *B'nai B'rith* ¹⁴, quien además iba a officiar de maestro de ceremonias. Asistirían también varios congresistas.

Los medios de comunicación iban a estar bien representados, lo cual estaba muy bien. Cuantos más de estos podridos hijos de perra pudiera mandar volando al infierno, mejor. Pero desafortunadamente también era probable que esta noche hubiera una protección policial especialmente fuerte. Lo que más preocupaba a Oscar era que pudiera haber algún policía patrullando por la calleja trasera de la iglesia.

Primero pasó conduciendo a lo largo de la calle lateral, justo al norte del complejo de la iglesia. Cuando se aproximaba a la entrada a la calleja, se le cayó el alma a los pies. Había un coche patrulla de la policía aparcado en la calleja, bloqueando el acceso, con el morro subido encima de la acera. Dió la vuelta a la manzana. El otro extremo de la calleja estaba despejado. Escudriñando por este lado a través de la lluvia, que ahora se estaba volviendo bastante gruesa, no había manera de ver al coche patrulla. Encontró sitio para aparcar a sólo unos 15 metros pasada la calleja, al otro lado de la calle: un increíble golpe de suerte, teniendo en cuenta la gran asistencia al mitin de la iglesia. Oscar no había podido ver ningún otro hueco por las cercanías, y ya se había temido que tendría que acarrear a cuestas todo su pesado y voluminoso equipo desde varias manzanas más allá.

Antes de salir del coche, comprobó los bolsillos de su guerrera; todos los objetos más pequeños que necesitaba estaban en su sitio. Luego rodeó hasta la puerta del copiloto, se pasó por encima del cuello y hombros una cuerda espesamente almohadada, por debajo de la guerrera, y gran cuidado fue sacando del sitio del copiloto, a rastras, dos cilindros de acetileno de 40 Kg, cada uno de los cuales estaba sujeto a un extremo del arnés. Cuando acabó de erguirse, los cilindros le colgaban hasta la rodilla, cubiertos por la guerrera, pero le engordaban la cintura al doble, y a menos de 50

¹⁴ *B'nai B'rith*: asociación masónica exclusiva para judíos. En hebreo: *b'nai*=los hijos, *b'rith*=la alianza, es decir "Los hijos de la Alianza". La alianza es la circuncisión.

metros le sería imposible superar cualquier inspección casual sin despertar inmediatas sospechas. Peor aún, le impedían caminar de manera ni remotamente normal. A lo más que se las arreglaba con semejante carga era a bambolearse de una manera extremadamente grotesca.

Para cuando alcanzó el punto exacto en la verja de hierro, a casi 100 metros callejón adentro, estaba casi reventado. Afortunadamente, el coche patrulla aún estaba lo bastante lejos, de forma que solo podrían distinguir su silueta cuando le iluminaban ocasionalmente los focos de algún coche que pasaba por la calle lateral del otro extremo. Mientras los polis se quedaran dentro de su vehículo, apenas había peligro de que le vieran.

Se quitó de encima el arnés y empujó los cilindros uno tras otro a través de la verja. Pasaban ajustadísimos, y uno se atascó cuando iba por la mitad. Tuvo que usar toda su fuerza para separar un poco los dos barrotes y poder liberarlo. Luego trepó por encima él mismo, algo más torpemente que la primera vez, pero logrando que no se le cayera nada de los bolsillos. Se acuclilló a descansar un par de minutos en la oscuridad entre los empapados arbustos, antes echarse de nuevo la cuerda a los hombros y gatear los poco más de 20 metros restantes hasta el edificio.

Por fin, tras abrirse paso a través de los arbustos que ocultaban el foso de la ventana, pudo relajarse, estirado a lo largo del muro del sótano, con la cabeza y hombros junto a la ventana. A partir de ahora sería coser y cantar. Si no fuera por que estaba totalmente calado y frío, hasta habría disfrutado. Primero se sacó del bolsillo derecho el taladro a baterías, y luego la broca de media pulgada, con el fuste hacia abajo. Ajustó la broca en las mandíbulas del taladro, apañándose las para dejar caer la llave y tener que tantear a oscuras en el barro durante casi un minuto antes de encontrarla. Además la capa de laca sobre sus dedos se los volvía torpes y le disminuía el sentido del tacto.

Taladrar un agujero a través del listón de madera de la ventana no le llevó más que unos pocos segundos. Luego metió por el orificio un tubo de plástico de 12 milímetros, cuyo otro extremo estaba conectado a uno de los cilindros de acetileno, a su vez conectado al otro por una manguera de goma de algo más de un metro. Abrió a tope las válvulas de ambos cilindros, poniéndose tenso al oír como rugía el gas por el tubo, hasta el interior del sótano. Le sonaba tan estrepitoso como un tren de mercancías precipitándose a toda marcha, pero se dijo que desde la calleja, o desde el interior de la capilla de arriba, donde el mitin ya había empezado, probablemente sería casi inaudible, entre el ruido de la lluvia.

Había planeado guardar el taladro y preparar una bengala retardada, mientras se estaban vaciando los cilindros, pero la fuerza del chorro hacía retorcerse y culebrear tan violentamente al tubo que tenía que sujetarlo para evitar que se saliera del listón. Tuvieron que pasar casi cinco minutos antes de que la presión de los cilindros descendiera lo bastante como para poder soltar el tubo.

Según calculaba Oscar, en estos momentos la atmósfera en la gran habitación del sótano debía acercarse bastante a un 10 por ciento de acetileno. Cualquier mezcla por encima del 2.5 por ciento ya era explosiva. Para cuando se hubieran vaciado por

completo los cilindros, el contenido de acetileno de la habitación llegaría hasta el 12 por ciento, suponiendo que no se filtrara demasiado por las puertas hacia el resto del sótano. Durante su primer reconocimiento se había fijado que la caldera de calefacción de todo el complejo de la iglesia estaba ubicado en un anexo; o, al menos, era el único edificio que tenía chimenea. Esto disminuía sus temores de una explosión prematura por alcanzar el gas alguna zona del sótano donde pudiera haber un horno. Aún así, no tenía intención de quedarse por aquí ni un instante más de lo necesario, porque al extenderse el gas por otras partes del sótano, una chispa de origen cualquiera podría provocar la detonación.

Sacó una bengala del bolsillo y se dispuso a ajustarla a 30 minutos. Era un dispositivo que había construido él mismo, pero diseñado según dispositivos de ignición similares que había visto en Vietnam. Consistía en un tubo de metal de quince centímetros de largo por uno de diámetro. Cuando se destornillaba el capuchón protector de uno de los extremos, asomaba la cabeza de un tornillo de muesca hexagonal. Había sujetado una llave *allen* a la bengala, con cinta adhesiva, para no tener que buscarla tanteándose los bolsillos. Para calcular fácilmente el retardo exacto deseado llevaba un trinquete de bola: cinco minutos por cada 'clic'. Cero 'clics' significaba ignición instantánea, pero en la práctica eran aproximadamente 30 segundos. Una vez ajustada la posición del tornillo, lo apretaba uno con fuerza contra cualquier superficie dura hasta romper una fina ampolla de ácido que había dentro del tubo, y comenzaba la cuenta atrás.

Cuando Oscar acababa de meter la llave allen en el hueco del tornillo, bastante torpemente, porque tenía que fiarse únicamente de su defectuoso sentido del tacto, de repente se encendieron las luces del sótano. Se quedó helado de horror, esperando la inminente explosión. Pero casi enseguida se percató de que si tenía que producirse una explosión por encender la luz, habría sido instantánea. Probablemente el interruptor era uno de esos modernos y silenciosos que usan un contacto de mercurio dentro de un tubo de vidrio hermético. Si hubiera sido uno de los más antiguos, mecánico, probablemente ya estaría muerto: la chispa de los contactos al cerrarse habría hecho estallar la mezcla de gases de la habitación.

Todos éstos pensamientos cruzaron por su mente en una fracción de segundo. Ahora tenía que actuar aún más deprisa. Obviamente alguien había abierto la puerta de la habitación. Quizá habían notado arriba el olor del acetileno, o quizá el sonido del chorro de gas. En cualquier caso, ahora harían sonar la alarma y evacuarían la iglesia. Además, con la puerta abierta no podía contar que la concentración de gas en la habitación se mantuviera a nivel explosivo durante más de un minuto o así.

Sin pensárselo más, soltó la llave allen y aplastó el extremo de la bengala contra el muro de piedra. Luego arrancó de un tirón el tubo y metió la bengala por el agujero. Cayó estrepitosamente al suelo del sótano, mientras ya Oscar forcejeaba para levantarse. Ni pensar ahora en recuperar los cilindros de acetileno casi vacíos. Los abandonó entre los arbustos y echó a correr a toda velocidad hacia la verja.

Estaba al límite de sus fuerzas, a medio camino hacia el coche, cuando el suelo se estremeció bajo sus pies. Un instante después le golpeó la onda de choque aérea,

con un estampido inmensamente satisfactorio. No parecían haber pasado 30 segundos desde que había activado la bengala, pensó Oscar. Pero hasta llegar al coche no se volvió a mirar hacia la iglesia. El edificio aún se sostenía en pie, pero estaba casi oculto por una enorme capa de humo negro. No se veían llamas, pero por las ventanas de la capilla se desbordaba un humo negro y denso -lo que significaba que, como mínimo, la explosión debía haber abierto un buen agujero en el suelo.

Mientras conducía a casa, empapado pero contento, se cruzaron con él los primeros vehículos de emergencia en dirección opuesta. No fue hasta la mañana siguiente, sin embargo, cuando pudo oír un informativo con una descripción bastante exacta de los efectos de la explosión. Informaban de que no sólo el púlpito, sino todo el estrado de oradores que había tras él, había salido despedido a través del tejado de la iglesia. Todos los personajes importantes que estaban sobre el estrado -dos gobernadores, tres congresistas, un senador, un cardenal, dos obispos, un prominente rabino, el presentador de una tertulia televisiva, dos importantes actores de Hollywood, un escritor muy aclamado por las feministas, el jefe de una organización de derechos homosexuales, el presidente de la NAACP ¹⁵, el Shapiro de la *B'nai B'rith*, y otros cuatro anónimos-, habían perecido. De algunos de ellos aún estaban raspando partes, de las vigas del techo. Además había otros 41 muertos de entre la audiencia y personal de los medios de comunicación, la mayoría por inhalación de humo. Ya habían sido encontrados los cilindros de acetileno vacíos de Oscar, y se empezaba a condenar al atentado como «el crimen de odio del siglo».

Para Oscar esa etiqueta suponía un reto. ¿Qué podría ser lo próximo que hiciera, que eclipsara su matanza del Comité del Pueblo? Tenía tiempo para considerar el asunto, porque ese mismo día cayó enfermo, de resfriado -debido al menos en parte, suponía, a sus esfuerzos durante la última noche expuesto al aguacero.

Era sábado, y Adelaida se pasó temprano. Cuando vio en qué condiciones se hallaba insistió en que se quedara en casa y pasara casi todo el fin de semana en cama, a su cuidado. Oscar accedió sin objeciones, contento de poder descansar y descubriendo que le encantaba que le mimara y le atendiera. Con ella de enfermera, tener un resfriado casi era un placer.

Quería ordenar su vida, más que nunca, de alguna manera que le permitiera ofrecerle seguridad y felicidad, y ser padre de sus hijos. Pero más que nunca se sentía compelido a seguir combatiendo las fuerzas del mal que estaban destruyendo los mismísimos cimientos de la existencia futura de su raza. Durante la mayor parte de la semana siguiente estuvo peleándose con esta disyuntiva, reexplorando mentalmente cada posible vía de acción que pudiera ayudarle a tomar una resolución.

Uno de los pensamientos que le acudían recurrentemente a la mente era que todo lo que había hecho hasta el momento era como dar hachazos a las cabezas de una hidra. Era incapaz de infligir una herida mortal, y cuanto con más fuerza la hacheteaba,

15 NAACP: (EEUU) *National Association for the Advancement of Colored People*, *Asociación Nacional para el Progreso de los Pueblos de Color*.

más fuerte y temible se volvía la bestia. La última prueba de ésto fue la exigencia de varios miembros del Congreso de que, en respuesta al atentado de la semana pasada, se apresurara tanto como fuera posible la votación del Proyecto de Ley Horowitz. Estaba claro que el suministro de gente que había que matar era mayor de lo que nunca podría esperar matar por sí mismo. Si no encontraba pronto algún órgano vital donde golpear, todos sus esfuerzos acabarían volviéndose contraproducentes.

Pero ¿cuál era un órgano vital? ¿El Congreso? En realidad no; más bien parecía ser un mero instrumento de las fuerzas desintegradoras que su voluntad rectora. Además, podría matar cientos de políticos, y la institución del Congreso continuaría su tarea destructiva. Lo mismo era cierto para los medios de comunicación; sin importar cuantos periodistas matara, las cadenas de prensa y televisión mantendrían su misma línea letal.

Si no podía destruir ningún órgano vital, quizá hubiera alguna manera de controlar uno. Los periódicos podían comprarse y venderse, incluso las redes de televisión. El problema era que las sumas de dinero que se requerían estaban sencillamente fuera de su alcance. Los periódicos de las grandes ciudades solo cambiaban de manos por 100 millones de dólares o más, las redes televisivas, por miles de millones. Podría estar atracando bancos con todo el éxito del mundo, o hacer funcionar imprentas de dinero falsificado, durante 50 años, y no llegaría a acumular suficiente capital para comprar el *Washington Post*.

Para el jueves por la tarde aún no tenía ninguna respuesta. El lunes siguiente Adelaida tenía fiesta, y le había prometido llevarla a esquiar todo el fin de semana, de tres días. Saldrían hacia la zona de esquí mañana por la tarde, y por la mañana Oscar estaría ocupado haciendo varios recados. Hoy *tenía* que sacar algunos resultados más para Carl. Y esta tarde no tenía más remedio que llevar el coche al garaje para que le alinearan las ruedas y le hicieran un puesta a punto. No volvería a casa con el coche hasta después de las siete.

Capítulo 11

Oscar colgó la chaqueta en el armario del vestíbulo y se dirigió a la cocina para servirse un vaso de zumo de naranja antes de comenzar su trabajo nocturno. A medio camino hacia la cocina, notó que algo andaba mal, justo un instante antes de oír la voz.

--¡Quieto ahí, Yeager! ¡FBI! Levanta las manos encima de la cabeza y ponte cara la pared. Ahora da un paso hacia atrás e inclínate hacia delante con las manos contra la pared.

Oscar se sintió como paralizado. Durante una fracción de segundo pensó en la posibilidad de saltar al ataque. El hombre que estaba a su espalda, intuyendo al instante sus pensamientos, gruñó:

--Inténtalo y estás muerto, Yeager.

El hombre lo cacheó expertamente, quitándole la Smith and Wesson Airweight.38 especial que Oscar siempre llevaba metida en la cintura.

--Muy bien, Yeager, ya puedes darte la vuelta... lentamente. Siéntate en la silla. Vamos a tener una larga y agradable charla.

Oscar vio por primera vez al hombre que le había desarmado. Era un hombre de aspecto robusto y pelo gris, de cincuenta y tantos, unas cuatro pulgadas más bajo que Oscar, y con acerados ojos azules. Llevaba un traje de hombre de negocios, y sostenía un revólver con el que apuntaba a Oscar con determinación. *Parecía* un agente del FBI, pero Oscar presentía ya que lo que estaba teniendo lugar era algo distinto a un arresto normal. ¿Por qué había un sólo agente? El FBI nunca trabajaba así. Pero no iba a tener que preguntárselo mucho tiempo.

--Bien, Yeager, vamos directos al grano. Sé lo que has estado haciendo. Lo he sabido durante las dos últimas semanas, incluso antes de que pulverizaras a ese *'hebe'*¹⁶ Shapiro y sus marionetas en la iglesia de la Avenida Connecticut. ¡Dios, éso sí que ha sido un buen trabajo! --el hombre soltó una risita, aprobadoramente, pero manteniendo el revólver apuntado al pecho de Oscar.

»Podía haberte arrestado en cuanto te identifiqué por las huellas dactilares que dejaste en los váteres del Soreham, cuando asesinaste a Horowitz. La única razón por la que ahora estás sentado ahí es porque me gusta tu estilo, Yeager. Y tengo cierto trabajo para ti -un trabajo para hombres de verdad, en vez de los juegos de chavales en los que has estado perdiendo el tiempo.

--¿Vas a decirme --preguntó Oscar, incapaz de ocultar su incredulidad--, que el FBI aprueba algo de lo que me estás acusando de haber hecho?

¹⁶ *hebe*: (despectivo) judío, hebreo.

--¡Infiernos, no, Yeager! Si cualquier otro de la Oficina supiera lo que yo sé, ahora mismo estarías encadenado y gimoteando en una de nuestras celdas de máxima seguridad, en el sótano del edificio Hoover. Lo que importa es que no se lo he dicho a ningún otro. Me he guardado la información sobre ti para mí solo. Ha sido pura suerte que de todas las pruebas potenciales que cogimos en el Soreham les diera todo lo demás a otros agentes, para comprobarlas, y yo me quedara con lo único conducía a alguna parte -en concreto, la huella de tu pulgar derecho en una página de tu libreta de direcciones, que habías apretujado y metido en el hueco del pestillo del armario de los aseos, donde estabas esperando a Horowitz. La comprobé en la Sección de Huellas y salió con tu nombre y número de identificación de las Fuerzas Aéreas.

»En ése momento lo único que tenía en mente era una corazonada salvaje, de que quizá, quizá, pudieras ser el tipo que andábamos buscando. Y de que no había aún ninguna necesidad de compartir la gloria de tu arresto con nadie más. Así que mientras todos los demás trabajaban en otras pistas, que no les llevaron a ningún sitio, yo te convertí en mi propio proyecto especial.

»Me colé en tu piso una noche que pasaste en el apartamento de tu guapa novia, y eché una mirada al sótano que te has montado. Ahí es cuando lo supe. En ese momento mi deber hubiera sido irrumpir en tu casa con uno de nuestros equipos SWAT¹⁷, cámaras de las tres cadenas de Tv, y una declaración preparada para la prensa. Me habrían subido el sueldo tres escalas. Pero en vez de éso, me he pasado dos semanas averiguando todo lo que hay que saber sobre ti: todos los sitios donde has vivido mientras crecías, qué pensaban sobre ti los profesores del instituto, tu expediente de las Fuerzas Aéreas, tus estudios de graduación en Colorado. He hablado con dos de las chicas con las que has salido aquí, diciéndoles que estaba aclarando un asunto de seguridad. Ahora te conozco mejor que tu propia madre.

»Y cuando hiciste el trabajo contra Shapiro en el Comité del Pueblo Contra el Odio, estaba ahí detrás de ti, observando cómo lo hacías.

--¿Por qué? --preguntó Oscar.

--Bueno, éso requiere una pequeña explicación --el hombre maduro se reclinó hacia atrás en la silla durante un momento. Aún tenía el revólver en la mano, pero ahora lo apoyaba en su regazo en vez de seguir apuntando directamente al pecho de Oscar. Dió un suspiro-- He estado en la Oficina durante 33 años. He sido jefe delegado de nuestra Sección Anti-Terrorista durante los últimos nueve. Trabajé duro para abrirme camino, allá en los días en que era un orgulloso agente del FBI. ¿Sabes que mi padre estuvo en la Oficina durante 26 años antes de llegar a ser agente especial? Estuvimos juntos en la Oficina durante siete años, hasta que se retiró. Murió hace dos años.

--Ahora te reconozco --replicó Oscar, disipándose su estupefacción --, te vi el año pasado en las Noticias de la Tarde de la CBS, cuando el FBI estaba acorralando a toda esa gente del Ku Klux Klan. Eras el que estaba al cargo del grupo de operaciones del FBI. Te llamas Ryan... William Ryan.

¹⁷ SWAT: *Special Weapons and Tactics* = GEO, Grupo Especial de Operaciones.

Ryan no respondió directamente a Oscar. Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos, y comenzó de nuevo, hablando con más énfasis:

--He visto a la Oficina cambiar desde ser una agencia de cumplimiento de la ley de primera clase hasta convertirse en una policía secreta de tercer orden, burocratizada, politizada, bastardizada, con el nivel moral y la eficiencia que uno esperaría encontrar en Panamá o Nicaragua. En los últimos 15 años los judíos se han apoderado del lugar y lo han arruinado. Pero no esperes encontrártelos ahí fuera en las calles, enchironando a la Mafia, o tiroteándose con los contrabandistas de drogas colombianos, como el resto de nosotros; no, están demasiado ocupados impartiendo las clases de «sensibilidad racial» a las que tienen que asistir todos los agentes. Y dirigiendo nuestra oficina de Acción Positiva. E infiltrándose sigilosamente en la Sección de Contraespionaje, para asegurarse de que no pillamos a demasiados más primos suyos de Israel birlando secretos militares Americanos.

»En el gobierno las cosas cambian muy lentamente. De un día a otro no se nota mucha diferencia. Pero van acumulándose. Antes solía ser algo muy raro que un agente se extraviara por el mal camino. A cualquiera que hubiera intentado saltarse un ticket de aparcamiento, o firmar un cheque sin fondos. Hoover lo habría echado a redobles de la Oficina. Ahora, en los últimos dos años hemos tenido a 19 agentes convictos por diversos cargos criminales -por todo, desde venta de drogas y proxenetismo, hasta espiar para la Unión Soviética-. Otros ocho se las arreglaron para que se archivaran las acusaciones contra ellos, ¡y cuatro de estos tipos aún siguen en la Oficina!

--Sí, he leído en los periódicos sobre varios de esos casos --comentó Oscar secamente.

--¡Qué demonios, a los periódicos no llega ni la décima parte! --explotó Ryan--. Nos las arreglamos para encubrir la mayoría. ¿Sabes lo que vi justo la semana pasada? Bajé a nuestro laboratorio de analítica para comprobar los resultados de un análisis de cierto material del escenario de un crimen. No había nadie en el laboratorio, pero oí un ruido que venía del almacén. Abrí la puerta y me encontré a uno de nuestros agentes especiales negros tirándose a la técnica de laboratorio, blanca, encima de la mesa. ¿Y sabes qué? ¡No hay ninguna maldita cosa que les pueda hacer a ninguno de los dos! Por supuesto que cursé una denuncia, pero en estos días la burocracia considera que algo así es del mismo calibre que una denuncia por remolonear alrededor del depósito de agua fresca.

Ryan hizo otra pausa, estudiando durante más de un minuto la cara de Oscar, antes de continuar:

»Lo que está pasando en la Oficina sólo es un reflejo de lo que pasa por todas partes. Una vez que América comenzó a extraviarse, no había manera de evitar que la Oficina se librara del mismo destino. Y si te he calado bien, Yeager, tú reacción a ésta decadencia general es más o menos la misma que tengo yo ante la decadencia de la Oficina. La diferencia es que tú has hecho algo al respecto y yo no. Yo he tenido que soportarla, año tras año, y dejar que se fuera acumulando la presión.

--O sea que, ¡aún quedan algunos hombres decentes en el FBI! --exclamó Oscar sorprendido--. Creía que todos vosotros os habíais pasado al otro bando.

--Oh, y tanto que nos hemos pasado, Yeager, claro que nos hemos pasado, ¡harías mejor en convencerte de éso! Lo que pasa es que no entiendes la mentalidad de los policías secretos --dijo Ryan con una risa--. No albergues jamás en tu cabeza la idea de que puedes confiar en nadie del FBI. Hay muchos de nosotros allí, especialmente los veteranos, que tienen instintos decentes, hombres que odian la misma podredumbre que tú y a los que les gustaría que sus hijos crecieran en el mismo tipo de mundo que tú querrías para los tuyos. Pero trabajamos para el que firma nuestras nóminas y apalizamos a cualquiera que se atreva a alzar la mano contra el Sistema del que somos parte. Puede que secretamente nos alegremos cuando liquidas alguna pareja de mezcla-razas en un aparcamiento, pero haríamos todo lo que estuviera en nuestra mano por ser los primeros en echarte el guante por ello. Somos mercenarios de los judíos, y nos ganamos nuestro sustento. No sólo éso, nos sentimos personalmente ofendidos cuando algún hijo de perra como tú nos desafía.

Oscar pensó durante un momento, luego respondió:

--En otras palabras, el año pasado metiste en la cárcel a más de 150 hombres del Klan, acusados de conspirar para violar los derechos civiles de los negros, porque es el trabajo por el te pagan, pero en realidad no disfrutaste tanto con ello como pretendías cuando saliste en la tele describiendo la investigación y los arrestos...

--¡Respuesta equivocada! --le interrumpió Ryan--. Sigues *sin* comprender la mentalidad del policía secreto. Disfruté enchironando a esos mierdas más que con cualquier otra cosa que haya hecho para la Oficina. No estaba fingiendo en absoluto, cuando los describí como «la hez de la tierra». Sé lo que estás pensando, Yeager. Estás pensando que esos hombres del Klan eran unos hombres de verdad, que sólo estaban haciendo a su propia manera lo mismo que tú a la tuya. Pero eran unos ineptos y fracasados. Eran unos estúpidos. Y cometieron el error de pensar que eran más listos que nosotros. Nos desafiaron. Nos meneaban la polla delante de la cara. Así que les cortamos las pelotas.

--Bien. Supongo que yo también te he desafiado. Así que ahora ¿que vas a hacer al respecto, Ryan?

--Éso depende de ti, Yeager. Si eres un hombre razonable, que sabe reconocer cuando alguien lo tiene cogido por las pelotas, y acepta la situación, entonces quizá podamos trabajar juntos. En otro caso, si quieres hacerte el tipo duro conmigo, te crucificaré. Llamaré ahora mismo a los medios y les dejaré que me saquen en los telediarios de la noche dándote un paseo esposado.

--Siempre me he considerado un hombre razonable. ¿Qué clase de trabajo tienes en mente?

--Ésa es la respuesta que quería oír --a Ryan se le iluminó la cara--. No te preocupes por el trabajo. Te va a encantar. Será más de lo mismo en lo que has probado ser tan bueno. Solo que de ahora en adelante seré yo quien te escoja los objetivos --Se calló durante un momento, y el brillo desapareció de sus ojos. Cuando continuó,

su voz era dura y helada --. Antes de entrar en detalles quiero que te quede totalmente claro que soy un hombre cuidadoso, Yeager, un hombre muy cuidadoso. No tienes manera de librarte de ésta, excepto hacer exactamente lo que te diga. Como alguna vez intentes traicionarme, no serán las esposas lo que te estarán esperando, sino un tajo en frío. Y no se te ocurra ni pensar en intentar hacerme una visita. No te solucionarían nada. En estos momentos nadie de la Oficina sabe que sé algo sobre ti, pero he tomado medidas para asegurarme de que lo sepan en cuanto me ocurriera algo.

Hubo un silencio mientras Ryan hacía una nueva pausa para ordenar sus pensamientos. La cara de Oscar permanecía inexpresiva, pero su mente estaba atareada. Dudaba que Ryan cumpliera su última amenaza; no le daba la impresión de ser el tipo de hombre que perdiera el tiempo con ninguna fútil venganza post-mortem. No era probable que fuera a dejar ninguna de sus pruebas rondando por su despacho de la Oficina, donde alguien pudiera encontrarla prematuramente, porque éso le traería tantos problemas a él como a Oscar. Si fuera verdad que había tomado algunas medidas, se la habrías contado a Oscar. Solo siendo creíbles tendrían algún efecto disuasorio.

Supongamos que Ryan hubiera dejado un sobre sellado a su esposa. ¿Qué iba a poder contener que pudiera sostenerse en un juicio, sólo con que Oscar contara con un día para hacer desaparecer algunos cabos sueltos y deshacerse de algunos objetos incriminatorios, como sus municiones? Una simple huella digital del pulgar no le iba a condenar. Al pensar en esa huella del pulgar se pateó mentalmente. ¡Con lo cuidadoso que había sido para evitar dejar huellas, cada vez que llevaba a cabo una acción! ¡Y luego dejaba una, durante una gira de reconocimiento! ¡Y encima ni siquiera había usado el armario para la operación!

Centrándose de nuevo en Ryan, Oscar decidió que a poco que el hombre bajara la guardia durante una sola fracción de segundo, saltaría sobre él, se desharía del cuerpo, y se apresuraría a tomar algunas medidas para protegerse contra las subsecuentes investigaciones -si es que las había-. Si no ocurría nada en un mes o dos, podría reanudar sus anteriores actividades.

Ese curso de acción le atraía mucho más que dejarse usar por Ryan como su esbirro particular. Intentó que la nueva resolución que había tomado no se dejara traslucir en la tensión de sus músculos. Saltar sobre Ryan no sería fácil. Necesitaba una sorpresa total.

Capítulo 12

--Creo que al primero que voy a dejar que te lleves por delante va a ser a Kaplan --continuó Ryan reflexivamente, casi como pensando en voz alta--. Se trata de David Kaplan, el pequeño *'hebe'* que es el número tres de mi propia sección. Los otros *'kikes'*¹⁸ de la Oficina le están privilegiando la información para que lo salten por encima de mí y lo hagan jefe de la Sección Antiterrorista, cuando echen al jefe actual, por no ser capaz de atraparle.

--¿Es por eso por lo que quieres deshacerte de él? --preguntó Oscar, permitiéndose una ligera sonrisa--. ¿Quieres el puesto para ti?

--Me juzgas mal, Yeager. No solo quiero que te lo cargues porque amenace mi carrera. ¿Qué clase de tarugo te piensas que soy? --había una cierta exasperación en la voz del hombre--. ¡Es un judío, maldita sea! ¡Es uno de los *'yidis'*¹⁹ que se están apoderando de la Oficina!

Oscar titubeó, dejando traslucir en la cara su perplejidad.

--Ya has mencionado a los judíos dos o tres veces. ¿Pero qué tienes contra ellos?

Ahora fue el turno de Ryan de mostrarse perplejo.

--¿Qué quieres decir, con que qué tengo contra ellos? Los odio por las mismas razones que tú. Corta ya con esa mierda y pongámonos al asunto. Coge ese cuaderno del escritorio... despacio, con cuidado... Te voy a hacer un resumen personal completo sobre Kaplan: su descripción física, horarios de trabajo, su itinerario diario, las costumbres personales... y quiero que tomes nota.

Oscar levantó la mano.

--Espera nada más que un minuto, Ryan. Si voy a tener que matar gente para ti, primero me gustaría tener al menos una idea general de tus razones. Soy uno de esos tipos problemáticos que necesitan tener alguna idea del *por qué*, antes de ejecutar una tarea. Y en este caso, la verdad, no tengo ni la más remota. Me parece que estás dando por supuesto que sé algunas cosas que no sé. Para empezar, nunca he sentido mucho afecto por los judíos como grupo, pero la verdad es que no los odio, y no comprendo tus alusiones a que se están apoderando del FBI. ¿Por qué iban a querer apoderarse?

La expresión perpleja de la cara de Ryan había ido cambiando a una mirada de asombro absoluto conforme Oscar iba hablando. Miraba fijamente a Oscar con los ojos abiertos de par en par.

18 *kike*: (despectivo) judío, *ki-ki*, sufijo apellidos polacos/rusos.

19 *yid*: (despectivo) judío, *yidish*.

--¡Jesucristo! ¡No puedo creerlo! ¡No puedo creer lo que oigo! Hablas como cualquier ignorante *goy*²⁰ que ha aprendido todo lo que sabe viendo la tele. Hablas como el votante americano típico. Pero tú no puedes ser así de estúpido. No te habrás cepillado al congresista Horowitz solo por lo feo que era el muy bastardo. Ni has hecho volar a ese jefazo de la B'nai B'rith, Shapiro, solo porque tuviera mal aliento. Ni has liquidado a ése columnista 'kike' del *Washington Post*, Jacobs, solo porque tenía opiniones demasiado liberales para ti No querrás decirme que sólo es una coincidencia que todos hayan resultado ser judíos. ¡Venga ya, Yeager!

Olvidándose por un momento de su decisión de aprovechar la primera ocasión de saltar sobre Ryan, y dejando asomar su irritación, Oscar se inclinó hacia delante en el asiento y sacudió el dedo apuntando a Ryan.

--A decir verdad, éso es lo que es, solo una coincidencia. Ni siquiera sabía que Jacobs fuera judío. Solo le disparé porque era el escritor más nauseabundo sobre temas raciales del *Post*. Y cuando puse la bomba en el Comité del Pueblo, mi objetivo en verdad que no era Shapiro, solo ocurrió que él era una de las personas que estaban en el estrado cuando volé el lugar. Y no maté a Horowitz porque fuera judío; lo maté porque era el líder de la facción pro mezcla-racial del Congreso.

--¡Exacto!, al igual que el senador Mandelbaum es el jefe de la facción pro mezcla-racial del Senado. A lo mejor no habías notado que resulta que es un 'hebe', también --resoló Ryan, mofándose de él.

--Bueno, ¿y qué si lo es? ¿Qué prueba éso? Hay cantidad de mezclarazas que no son judíos --replicó Oscar, un poco a la defensiva.

--Oh Dios mío, me parece que este tío va en serio --gimió Ryan, dándose una una palmada en la cabeza con la mano libre, y poniendo los ojos en blanco--. Y supongo que tampoco te habías dado cuenta de que el que movía todas los hilos en el Comité del Pueblo Contra el Odio era Shapiro, y que todos esos predicadores y actores y maricones del Comité eran un mero escaparate?.

Oscar no respondió, pero se tensó, a punto de echarse encima del otro. Pero antes de que pudiera moverse, Ryan volvió a mirarle de frente. Y aunque su mano derecha seguía apoyada en la pierna como casualmente, el cañón de la pistola seguía apuntando inamovible al pecho de Oscar.

--Quizá te he sobreestimado, Yeager. Puede que no seas lo bastante inteligente para lo que tengo en mente: un buen táctico a lo mejor, pero por cierto que no un buen estratega --meditó Ryan--. Pero en fin, todo lo que necesito es un buen táctico. Yo seré el estratega. Tú no tienes por qué entender las razones de lo que haces.

--Ponme a prueba --replicó Oscar casi a gritos-- Ya me dirás qué significado tiene el hecho de que las personas de religión judía estén un poco más implicadas que las de otros grupos religiosos en el intento de que América se trague por la fuerza la mezcla racial. Ya me explicarás que tiene que ver con Kaplan y con una conspiración judía para apoderarse del FBI. Te escucho. A lo mejor hasta lo entiendo.

20 *goy*, plural *goyim* : (entre los judíos, a menudo usado despectivamente): no judío, gentil. Cita: «está claro que cualquier judío ... es superior a cualquier goy» --Charles Angoff --Merriam-Webster.

Ryan echó un vistazo a su reloj de pulsera y suspiró.

--Yeager, si te las arreglado para vivir 40 años y seguir creyendo que los judíos no son más que un grupo religioso, no hay manera de que te haga ver la luz esta noche. Haría falta una semana solo para que empezaras conseguir una cierta comprensión de los judíos Me imaginaba que ya te habías hecho una idea sobre ellos, pero supongo que estaba equivocado --sacudió Ryan la cabeza tristemente.

Durante un momento el hombre continuó indeciso, luego suspiró otra vez, se reclinó en la silla y comenzó:

--Muy bien, Yeager, has notado que los judíos están implicados más intensamente que otros en la tarea de de fomentar la mezcla racial. ¿Has notado también su implicación en los medios de comunicación y del espectáculo?.

Oscar se ruborizó, sintiéndose un poco como un alumno retrasado.

--Bueno, por supuesto. Todo el mundo sabe que hay un montón de judíos en los medios de comunicación. Es su fuerte.

--Sí, es su fuerte, de acuerdo. Fortaleza, más bien. Es su fortaleza, su ciudadela, sus cuarteles generales estratégicos para su campaña de aniquilación contra nuestra raza --replicó Ryan mordazmente--. Supongo que crees que la razón por la que los judíos son los propietarios de todo Hollywood, y todos los demás baluartes de la industria del ocio, es sólo porque tienen una habilidad especial para el negocio del espectáculo, ¿verdad? Y supongo que crees que, como grupo religioso que son, adquieren esa destreza especial asistiendo a los servicios en la sinagoga. O a lo mejor les viene de su dieta *kosher*²¹, ¿correcto?

El sonrojo de Oscar se volvió más intenso.

--Bueno, también han sido siempre unos buenos hombres de negocios. Algunas familias tuvieron un buen comienzo en algunos negocios, y sus descendientes se han ido haciendo más fuertes con cada generación, como los Krupps en el de armamento, y los Vanderbilts en los ferrocarriles --respondió Oscar sin mucha convicción.

--Ya lo vas pillando, chico, ya lo vas pillando. Es de lo más natural que un hijo siga los pasos de su padre en el negocio familiar. No hay nada siniestro en éso. Pero cuando todos los hijos de una familia le echan el ojo a *otros* negocios -otros negocios de la *misma industria*, quiero decir-, propiedad de otras familias completamente distintas de la suya propia, y comienzan a comprarles su parte y apoderarse de ellos, y a ayudar a sus primos a hacer lo mismo, entonces uno podría al menos sospechar que esa familia en particular quiere controlar la industria en cuestión. Y cuando uno ve a otras familias emparentadas de alguna manera inequívoca con la primera -todas de la misma minoría étnica, por ejemplo- haciendo lo mismo en la misma industria, tendría uno que volverse más suspicaz todavía.

»Por supuesto, los judíos no son la única minoría del país que se comporta más o menos así. Están los hindúes en el negocio de los moteles, por ejemplo, o los gitanos

21 *kosher*: (hebreo)correcto, adecuado; conforme al ritual; preparado de acuerdo a las leyes dietéticas judías -- Collins.

en el de los coches usados. Pero claro, ser propietario de un hotel, o incluso de una cadena de hoteles, no le da en absoluto a una persona la misma influencia que ser propietario de una importante productora de Hollywood, o del *New York Times*, ¿verdad?

»De hecho, Yeager, párate a pensar en esto: ya sé que no asistes a ninguna iglesia, pero también sé que tu familia era luterana. Ahora vamos a dejar vagar la imaginación. Vamos a olvidarnos por un instante del mundo real y supongamos que todos los luteranos de Europa -tus propios antepasados- formarían una minoría realmente con fuertes vínculos entre sí y bien organizada, y que la mayoría no luterana los despreciara, los odiara visceralmente, basándose en siglos de malas experiencias con ellos. Y suponte que hasta hace unos cien años hubiera en éste país nada más que un puñado de luteranos -unos pocos exploradores de avanzada, podríamos decir-, y que estos hombres de avanzada corrieran la voz, de vuelta al resto de la tribu luterana allá en Europa, de que en los Estados Unidos se podían sacar buenas ganancias, de que el trabajo realmente rudo de combatir contra los indios y domesticar las praderas salvajes ya estaba hecho, y de que ya era el momento propicio para hacer la mudanza y tomar posesión.

»Y supongamos que entonces llegan tres o cuatro millones de parientes tuyos desbordándose por todo el país en el curso de unos 30 años, permaneciendo tan vinculados entre sí como habían estado en Europa, y albergando el mismo odio contra el resto de la raza humana, y con una determinación absoluta de hacerse con el control. Lo primero que tendrían que hacer, por supuesto, sería conseguir un punto de apoyo. Así que se apoderarían de cuantos gremios estuvieran disponibles -el comercio ambulante, el negocio de los trapos y ropa usada, el de las tiendas de empeños- y de ahí irían ascendiendo hasta asuntos más lucrativos, como la industria de confección, los negocios de pieles, grandes almacenes, y de ventas al por mayor.

»Así que con el tiempo acaban estableciéndose en el país, han amasado un buen botín, aprendido los modos y maneras locales, se han fundido con el paisaje local tan bien como han podido, y ya están listos para saltar a la yugular. ¿Cómo podrían hacerlo? ¿Cómo lo harías tú? ¿Haciéndote con una esquinita del mercado de broches? ¿Proponiéndote como objetivo el completo dominio del gremio de proctólogos?

Oscar permaneció en silencio, y Ryan continuó su monólogo.

--No, tú sabes la respuesta tan bien como yo, Yeager. Comenzaron echándole las garras a los medios de comunicación de masas. En Europa ejercían su control mediante el dinero, mediante la banca. Trabajaron de arriba abajo, convirtiéndose en indispensables para los gobernantes como prestamistas. Aquí las cosas son distintas, más democráticas. Aquí una persona que controla la opinión pública ejerce más poder real que un banquero. Por supuesto, los luteranos tampoco serían nada tímidos en echarle las zarpas y controlar el negocio de los préstamos también aquí. Pero si su meta no sólo fuera conseguir prosperar ellos mismos, sino dominar y luego destruir a la mayoría no luterana entre la que vivían, lo que tendrían que hacer, más que ninguna otra cosa, sería ir a por todos y cada uno de los medios de ocio e información sobre los que pudieran poner sus codiciosas manos. Irían a por Hollywood. Irían a por

Broadway. Irían a por la radio. Irían a por los periódicos, y a por las revistas, y los cómics, y las editoriales de libros. Y por supuesto, cuando posteriormente surgió la televisión, la tendrían que controlar también.

--Bueno, admito que en Hollywood las personas judías abundan como pulgas en un perro, pero...

--¡Crrriiss...to, Yeager! --le cortó Ryan explosivamente--, corta ya con esa mierda de «las personas judías» antes de que me hagas vomitar.

--Vale, vale. Así que los judíos controlan Hollywood. Y es cierto que el tipo de entretenimiento que produce Hollywood hoy día parece casi calculado para promocionar la mezcla racial y otras formas de degeneración. Pero...

--No hay «casi» en ésto, Yeager --le interrumpió Ryan de nuevo.

--No sé cómo puedes estar tan seguro de éso. La Mafía distribuye drogas, que por cierto son destructivas para nuestra sociedad. Pero yo creo que está totalmente claro que el objetivo de la Mafía es simplemente hacer dinero, no destruir la sociedad. Simplemente se limitan a aprovecharse del vicio que ya existe. ¿Cómo sabes que los judíos no tienen la misma clase de motivación?

Antes de que Ryan pudiera responder, Oscar continuó:

»De hecho, no debería dejar que me arrastraras a decir *los* judíos. *Algunos* judíos, se aprovechan de nuestra sociedad o de nuestros vicios para hacer dinero. Pero la mayoría de los judíos no. Mi dentista, el Dr. Steinberg, es judío, creo. El quiosco donde compro revistas lo lleva un judío. Uno de los contratistas con los que trato en el Pentágono es judío [Jewish] -perdón, un judío [Jew]-, y uno de mis mejores profesores en Colorado también. Sencillamente no puedo tragarme esa teoría de que todos forman parte de una especie de conspiración gigantesca para destruir nuestra raza. Me parece que estás haciendo un montón de suposiciones injustificadas.

»Es cierto que nuestra raza está siendo destruida Pero los destructores somos nosotros mismos. Nosotros mismos somos los que nos hemos vuelto decadentes. Hemos perdido nuestro sentido de identidad y objetivo de la vida. Nos revolcamos en nuestros propios vicios. Somos nosotros los que dejamos que todo el resto del planeta venga a aprovecharse de nosotros.

»Si quieres cargarle las culpas a algún grupo más específico, se las podemos cargar a nuestros propios empresarios, a los políticos y burócratas ambiciosos, cobardes y mentirosos, que manejan el gobierno podrido e irresponsable para el que trabajas.

Ryan se encogió de hombros.

--Yeager, tengo que darte la razón en buena parte de lo que has dicho. Los americanos *están* en decadencia. Los políticos *son* deshonestos -y créeme, he visto muchas mas pruebas tangibles de *éso* de las que podrías imaginarte en tus fantasías más salvajes-. El gobierno *está* podrido. Somos nosotros mismos quienes *hemos* atraído mucha de nuestra presente desgracia.

»Pero yo no soy de los que hacen presunciones injustificadas o innecesarias. A ese respecto yo soy un fiel discípulo de Occam²². Ni habría llegado a donde estoy en la Oficina siendo un teórico excéntrico. Existen pruebas sólidas, irrefutables, inequívocas de todo lo que he dicho sobre los judíos -y en gran abundancia, aunque para encontrarlas todas a lo mejor tenga uno que escarbar un poco.

»Veo por los libros de tus estanterías que has leído algo de historia. Pero quizá no tendría que sorprenderme de que no hayas logrado aprender gran cosa sobre los judíos. En la mayoría de los libros de historia escritos en los últimos 50 años, para poder seguirle la pista a los judíos tiene uno que saber leer entre líneas. Es un tema tabú. Hay montones de libros más antiguos con información explícita sobre ellos, pero la mayoría solo los podrás encontrar en las bibliotecas de las universidades más importantes, y es seguro que no en las librerías. Si estás interesado ya te daré una lista de títulos en algún momento. De paso, ¿a que no sabías que tengo una licenciatura en historia por la Universidad de Georgetown, eh? La verdad, Yeager, es que no soy sólo un estúpido policía.

Ryan hizo una pausa durante un segundo y continuó:

--Desde luego, tienes razón cuando dices que tu dentista y el judío que lleva el quiosco de tu barrio no participan en ninguna conspiración para destruirnos. Estoy seguro de que la mayoría de los judíos de este país tienen trabajo de sobra consiguiendo pagar los plazos de sus condominios y llevando a sus chavales al dentista. No les queda tiempo para demasiadas conspiraciones.

»Pero a la vez estás equivocado. Depende de cómo lo quieras mirar. Te voy a dar un ejemplo. Unos pocos años atrás, los Estados Unidos tuvieron una guerra contra Alemania. Fue una guerra sangrienta, con muy duros combates. Fue una guerra letalmente seria. A los americanos se les dijo que Alemania era nuestro enemigo. A los alemanes les dijeron que América era su enemigo. Nosotros matamos a millones de ellos, y ellos mataron a cientos de miles de nosotros.

»Ahora podrías convencerme fácilmente de que había muchos alemanes dentistas, y quiosqueros, y profesores de universidad que no odiaban a los americanos y no conspiraban contra nosotros. Solo eran alemanes normales y corrientes, con las manos ocupadas por completo en ganarse la vida y sacar adelante a sus familias. Algunos quizá ni siquiera estaban de acuerdo con las políticas de su gobierno. ¿Es justo decir que todos esos alemanes eran enemigos nuestros?

Ryan hizo otra pausa para dar efecto y luego él mismo se contestó a su propia pregunta:

--Por supuesto que es justo. Eran nuestros enemigos porque con sus impuestos pagaban las balas que nos disparaban sus soldados. Por mucho que no estuvieran en las trincheras ni en los tanques, eran ellos los que, de una u otra manera, mantenían

22 *William of Ockham/Occam: autor de la famosa máxima llamada 'La navaja de Occam', que dice que «al explicar algo hay que evitar las presuposiciones innecesarias». –Collins. Suele citarse como «la explicación más sencilla casi siempre es la correcta».*

en marcha el 'frente interior'. Pensaban en sí mismos como miembros de la nación alemana, y nosotros estábamos en guerra con la nación alemana.

»¿Pillas la idea, Yeager? Tu dentista judío también paga sus impuestos, con sus contribuciones a la Proclama por la Unidad Judía²³. Puede que no esté en las líneas del frente, con los camaradas del *B'nai B'rith*, pero puedes apostar a que cumple con su parte en el 'frente interior' de muchas pequeñas maneras. Vota por los políticos que votan que tus impuestos se envíen a Israel. Escribe cartas con el sesgo apropiado al editor del *Washington Post*. Probablemente tiene una mente muy cívica y trabaja para la PTA²⁴, donde puede echarles el ojo a los profesores contratados por la junta directiva de la escuela; o trabajando de voluntario en la junta de la librería del condado, donde puede averiguar algo sobre qué tipos de libros almacena la biblioteca; o actuando de mecenas del museo de arte o grupo de teatro local, donde puede asegurarse de que tengamos unas cuantas máscaras talladas africanas y tam-tams en el museo, o algunas representaciones teatrales auténticamente grotescas, con un elenco digno de la acción positiva.

»¿O a lo mejor tu dentista es uno de esos judíos raros de verdad, que no hacen ni caso de lo que les dice la *B'nai B'rith* y ni siquiera compran Bonos del Tesoro de Israel? Aún así, sigue pensando en sí mismo como miembro del pueblo judío, y el pueblo judío -la nación judía, la raza judía, como quieras llamar a la maldita cosa- está en guerra con nuestro pueblo, no te equivoques en ésto.

»He estado en las líneas del frente de una pequeña parte de esa guerra, el tiempo suficiente como para entenderla bastante bien. En realidad, mi comprensión comenzó antes incluso de que me uniera a la Oficina. Mi padre acostumbraba a hablarnos en la mesa de la cocina sobre su trabajo, durante e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial. Había estado trabajando principalmente en la subversión interna, hasta que comenzó la guerra, y luego lo pusieron en la sección de contraespionaje. Ahí es cuando *él* lo aprendió todo sobre los judíos.

»En aquellos tiempos, durante la guerra, siempre que la gente oía hablar de espionaje, pensaban en agentes alemanes traídos a tierra por submarinos, con mapas de las instalaciones de defensa, o '*japs*'²⁵ con transmisores de radio secretos, y ese tipo de cosas. Pero en realidad durante la guerra la gente del contraespionaje de la Oficina solo dedicaba como un diez por ciento de su tiempo a capturar a espías nazis y '*japs*', porque el otro 90 por ciento lo tenían que ocupar intentando que los judíos no nos robaran todos y cada uno de nuestros secretos militares para pasárselos a la Unión Soviética. Mi padre jamás pudo superar el hecho de que estábamos combatiendo una guerra principalmente por los judíos, y ellos demostraban su gratitud vendiéndonos a los rojos.

»Si hubieras aprendido algo en todos esos libros de historia --Ryan braceó en dirección a las estanterías-- sabrías que durante 1940 y 1941 Roosevelt estuvo hacien-

23 *United Jewish Appeal*: (UJA) Organización filantrópica judía creada en 1949. En 1999 se fusionó con otras organizaciones judías para formar la *United Jewish Communities*.

24 PTA, *Parent-Teachers Association* = Asociación de Padres y Profesores.

25 *japs*: (despectivo) japoneses.

do todo lo que pudo para provocar a los alemanes a que nos declararan la guerra. Hacía que la Oficina desenmascarara los agentes alemanes que estaban en nuestro país a los británicos, que llevaban en guerra con los alemanes desde septiembre de 1939, claro, y luego se hacían el tonto cuando estos agentes aparecían asesinados. Hacía que nuestra Armada rastreara a los buques alemanes e informara de sus posiciones a los británicos, para que pudieran hundirlos. Dejó que su secretario del tesoro, el judío Morgenthau, confiscara los fondos alemanes en éste país. Para acabar, ordenó a nuestra Armada que disparara contra cualquier barco alemán que divisaran. Hitler, en cambio no se dejó provocar. Al final Roosevelt tuvo que meternos en la guerra por la puerta trasera, amañándonos el ataque 'sorpresa' japonés en Pearl Harbor.

»Y durante todo ése tiempo una camarilla de intrigantes 'asesores' judíos -Morgenthau, Baruch, Frankfurter, Rosenman, Cohen- le iba diciendo exactamente qué hacer y cuando hacerlo. A cambio de lo cual, ellos estaban continuamente al teléfono, todos los días, con los jefes judíos de Nueva York, Londres, y Moscú. Hoover tenía pinchados la mitad de los teléfonos de Washington, y sabía todo lo que estaba pasando.

»Después de que los alemanes atacaran la Unión Soviética en junio de 1941, los judíos de todas y cada una de nuestras instituciones de defensa comenzaron a birlar documentos secretos para pasárselos a los soviéticos. Hoover se quejó de ello a Roosevelt, pero FDR no le permitió arrestarles. Todo lo que pudo hacer Hoover fue advertir calladamente a algunos de las personas del escalafón superior del aparato militar y a los grandes industriales que llevaban a cabo trabajos para la defensa, para que trasladaran a sus subordinados judíos a puestos menos comprometidos y estrecharan la vigilancia. Claro que, después de Pearl Harbor, la Unión Soviética era oficialmente nuestro 'aliado'. Pero por mucho que Roosevelt continuara protegiendo a los judíos, Hoover mantuvo a la Oficina por encima de todo lo que estaba pasando, reuniendo pruebas y dando tiempo al tiempo.

»Luego, cuando FDR²⁶ murió a comienzos de 1945, Hoover descargó la bomba sobre los 'kikes'. La Oficina hizo una redada de cientos de ellos involucrados en tareas de espionaje para los soviéticos. Ahí es cuando mi padre pudo ver cómo estaban organizados los judíos, cómo trabajaban conjuntamente y se cubrían las espaldas unos a otros. Ejercieron una presión terrible sobre Hoover que dejara de arrestar a judíos por espionaje. Si no se hubiera pasado años reuniendo los medios para protegerse, lo habrían hundido. Tenía expedientes confidenciales de la mayoría de los políticos más importantes. Uno de ellos incluso recibió una indignada llamada de Morgenthau u otro de los jefes judíos, exigiéndole que hiciera algo para pararle los pies al FBI. El político a su vez llamó a Hoover, y Hoover le invitó a que se pasara por la Oficina para charlar amigablemente. Allí Hoover le enseñaría unos cuantos detalles seleccionados de su expediente personal, y el político se olvidó en el acto de presionar para que Hoover dejara de investigar a los espías judíos.

»Pero al final Hoover no tuvo más remedio que llegar a un compromiso con los judíos. Unas cuantas docenas, que habían sido pillados con las manos en la masa -el

26 FDR: Franklin Delano Roosevelt (1882-1945), 32º presidente de EE.UU. (1933-45), elegido cuatro veces.

caso más notable fue el de los Rosenbergs y sus cómplices- fueron llevados a juicio, y condenados. Los expedientes de investigación de centenares de otros, se archivaron discretamente. Y a partir de aquel momento, los judíos resolvieron adueñarse de la Oficina. Mientras vivió Hoover, sin embargo, no pudieron hacer gran cosa. E incluso tras su muerte, en 1972, había dejado construidas un montón de barricadas internas en la burocracia del FBI, para retrasar su avance.

»Pero esos bastardos son porfiados, y llevan camino de de acabar apoderándose de la Oficina. Después de ello, ya no tendrá gran importancia a quién nombren Director. Ellos controlarán el funcionamiento interno de la Oficina -de lo que quede de ella-, y harán los que les dé la gana. Yo les he hecho frente en la medida de mis fuerzas. Pero tengo una familia, y no soy ningún mártir Todo lo que he hecho ha sido por vía de enfrentamientos burocráticos internos. Todo de acuerdo a las ordenanzas.

»Pero por fortuna, hay un Dios providencial en el cielo, y él te ha puesto en mis manos. Tú vas a hacer algunas de las cosas que yo habría querido pero no podía -Ryan echó otra mirada a su reloj-. Ahora, comienza a tomar notas, Yeager. No tenemos toda la noche.

Capítulo 13

El asunto de Kaplan no fue demasiado difícil. Pertrechado con un minucioso conocimiento de los hábitos del hombre, su horario semanal, la descripción de su automóvil, y una buena cantidad de otros datos personales, Oscar enseguida se trazó un plan.

Kaplan era adicto a la pornografía, había dicho Ryan. Guardaba en su escritorio una pila de fotos de lo más depravadas y con frecuencia las hacía circular por la oficina entre los demás agentes, a pesar del hecho de que la mayoría no compartía su obsesión y las miraban de vez en cuando sólo por satisfacer la morbosa curiosidad de ver qué nuevas y estrambóticas perversiones le hacían babear esta vez al agente judío. Kaplan estaba tan colgado por estas cosas, había dicho Ryan con un tono de obvio disgusto, que todos los miércoles al ir hacia casa se pasaba por una tienda de pornografía que había a solo cuatro manzanas del Edificio Hoover. Los miércoles era cuando normalmente la tienda recibía los nuevos envíos de mercancía.

La idea de usar el vicio de Kaplan como medio de atraerle hacia su perdición tenía un cierto encanto para Oscar. Pero la tienda en sí misma como sitio no parecía muy propicia. Era un cubículo estrecho en medio de un bloque extraordinariamente concurrido, y con ningún sitio para aparcar a la vista. Además, el momento en que Kaplan solía efectuar sus visitas tras el trabajo le obligaría a hacer el trabajo a la luz del día. A pesar de todo, decidió estar presente la próxima vez que Kaplan se dejara caer por allí.

Ataviado con la misma peluca, gafas falsas, y demás parafernalia que había usado en el Shoreham, y con una pistola con silenciador totalmente nueva -una réplica de la que había usado contra Jones y Jacobs, con el mismo silenciador atornillado en la bocacha- en una pistolera de hombro bajo la chaqueta, Oscar se dio un paseo hasta la tienda Novedades Hyman en Fotos y Libros, para echar un vistazo rápido, media hora antes de la hora de salida de Kaplan de la oficina. Había tenido que aparcar a más de seis manzanas. No entendía porqué Kaplan sentía predilección por esta tienda porno en particular. Había otras tres en el mismo bloque, todas ellas más grandes, mejor iluminadas y con más género. Quizá lo que le atrajera de este lugar fuera que parecía tener relativamente poco negocio, y por tanto un cliente preocupado por no ser visto en tales establecimientos podía sentirse más seguro. O quizá trabajaran con algún tipo de guarrería que los otros no tenían. Examinando los estantes vio muestras de perversiones de toda especie que uno pudiera imaginar: sadismo, bondage, homosexualidad, bestialidad, sexo interracial, y algunas otras prácticas que le parecieron tan estafalarias que le resultaba difícil imaginar a nadie obteniendo placer sexual de ellas. Casi lo único que parecía faltar era material que tratara de sexo normal entre un hombre y una mujer de la misma raza.

El hombre de detrás del mostrador, un espécimen enormemente obeso, oscuro, de aspecto grasiento, con un cigarro en la boca, no quitaba ojo de encima a Oscar. Oscar echó un vistazo a su reloj, salió tranquilamente, y tomó posición dos puertas más abajo, donde podía fingir estar absorto estudiando los títulos de los libros de un atiborrado escaparate, y no obstante seguir vigilando la entrada al negocio de Hyman.

Localizó a Kaplan aún casi a una manzana de distancia, cuando salía de su coche, que acababa de aparcar ilegalmente delante de una boca de incendios. Si le atacara cuando volviera al coche, habría cantidad de testigos.

Se decidió repentinamente. Había estado observando el escaso trasiego de clientes entrando y saliendo por la puerta de Hyman, y sabía que en aquel preciso instante no había clientes en la tienda, ni parecía probable que fuera a entrar nadie en el próximo minuto. Así que Oscar entró de nuevo rápidamente a la tienda, unos quince segundos por delante de Kaplan.

Según entraba por la puerta ya con la pistola en la mano, le pegó dos tiros en la frente al propietario, desde poco más de un metro de distancia, y sin perder paso. El tipo volcó de lado desde su taburete desplomándose al oscuro y estrecho espacio tras el mostrador. El ruido del cuerpo al estamparse contra el suelo fue mas fuerte que el de los tiros de la silenciada pistola, pero Oscar estaba seguro de que desde la concurrida y ruidosa acera nadie habría notado ninguno de los dos.

Avanzó unos cuatro metros más por el interior del estrecho y único cuartucho de la tienda, luego giró sobre sus talones justo un poco más allá de un expositor de alambre de libros en rústica, que bastaba para taponarle la mano en la que llevaba la pistola. Oscar inclinó la cabeza sobre el expositor como si estuviera examinando un libro, pero estaba escudriñando por encima de las gafas, justo cuando Kaplan entraba en la tienda.

Kaplan echó una ojeada con curiosidad al desatendido mostrador y se detuvo un momento antes de entrar dubitativamente en la tienda, hacia Oscar. Cuando estaba a unos dos metros y medio, Oscar levantó la mano y le disparó seis veces al pecho y la cabeza, en rápida sucesión. Kaplan cayó boca abajo y Oscar, inclinándose sobre su cuerpo, le disparó otras dos veces en la nuca. Oscar expulsó el cargador vacío de su pistola y deslizando otro cargador se asomó tras el mostrador y disparó cuatro tiros más contra el costado de la cabeza del propietario, antes de devolver el arma a la pistola. Por último, se sacó del bolsillo de la chaqueta dos pequeñas bolsas de plástico con polvo blanco, se arrodilló junto al cadáver de Kaplan, y tras presionar sus muertos dedos sobre ellas varias veces, las deslizó en el bolsillo de la chaqueta del traje de Kaplan. Como ocurrencia final, se llevó la cartera de Kaplan.

La cocaína -tanto la idea como los propios paquetes-, procedían de Ryan, que había pensado que sería mejor enturbiar un poco las aguas dejando una pista de que el asesinato de Kaplan pudiera estar vinculado a una compraventa casual de drogas, en vez de con su línea normal de trabajo. Como media había en Washington unos dos asesinatos relacionados con drogas por día, así que la pista debería aceptarse sin demasiadas reservas.

Oscar se abrochó la chaqueta y salió a la acera. Al doblar la esquina del extremo de la calle echó una rápida mirada atrás. No había nadie en las cercanías de la entrada a la tienda de Hyman. Ya en su coche, se fijó en que hacía menos de una hora que había salido de casa. Aún tenía que hacer un recado antes de recoger a Adelaida, pero podía acabarlo antes sin saltarse el tope de las 7:30 que le había prometido que intentaría mantener.

Su siguiente parada fue la Librería del Congreso, donde tuvo la increíble buena suerte de encontrar aparcamiento a sólo dos manzanas. Había intentado encontrar algunos de los libros que quería en las bibliotecas de barrio, pero como Ryan había indicado, allí no iba a poder encontrarlos. Aquí esperaba que su búsqueda fuera más fructífera

Tras su encuentro con Ryan había empleado los primeros cuatro días tan sólo en intentar acostumbrarse a su cambio de situación, dando vueltas en su cabeza a las nuevas varias posibilidades que ahora se le abrían. Era algo a lo que necesitaba ir acostumbrándose. La excursión de esquí con Adelaida le había ayudado a orientarse. Había pasado varias horas más hablando con ella sobre la raza y la cualidad humana, la raza y la historia, la situación racial de América, las perspectivas raciales para el futuro, y su propia necesidad de actuar contra la maldad manifiesta del genocidio que veía que estaba teniendo lugar, y todo ellos sin entrar en ningún detalle específico de lo que había estado haciendo.

Al mismo tiempo, había estado devanándose los sesos acerca del nuevo elemento que ahora aparecía en el cuadro: los judíos. Después de oír lo que Ryan había dicho sobre los judíos, su primera tendencia fue desechar sus comentarios como enrevesadas excentricidades antisemitas, igual que había desechado antes los puntos de vista de Keller sobre los judíos. Había visto ya suficiente fanatismo intolerante de ese tipo, y no tenía paciencia con él. Ryan, con su desfasado conservadurismo católico irlandés, probablemente habría asimilado su aversión a los judíos de algún paleolítico profesor jesuita, en la escuela parroquial donde aún enseñaban que los judíos eran «los asesinos de Cristo», desafiando a la nueva línea oficial del Vaticano. Y Keller estaba vinculado con ese grupo neonazi, lo que explicaba sus propias teorías sobre los judíos

Una cosa que hacía difícil quitarse el asunto de la cabeza era que ni Ryan ni Keller encajaban en su idea mental de un fanático religioso. Ambos hombres eran obviamente bastante inteligentes y bien informados. Keller era un académico cualificado, e incluso a Ryan podía considerársele de la misma manera; por cierto que el oficial del FBI no mostraba ni la estrechez mental ni la superstición que Oscar había encontrado entre cristianos más primitivos, protestantes o católicos. Y Keller ni siquiera era cristiano. Especialmente Keller, con sus maneras tranquilas y relajadas, no encajaba en absoluto con el patrón de los tensos y neuróticos 'odiadores' que Oscar suponía que eran los antisemitas.

Más allá de estas consideraciones, había cierta plausibilidad en lo que ambos hombres habían dicho, y eso verdaderamente le preocupaba. Estaba seguro de que había un 'truco' en alguna parte, que el aparente sentido de sus afirmaciones se derrumbaría bajo un escrutinio más detallado. Pero hasta ahora, repasando mentalmente sus argumentos, y recurriendo a libros de su propia biblioteca, no había sido capaz de encontrar el fallo. Tenía la referencia de aproximadamente una docena de libros que quería consultar en la Biblioteca del Congreso para intentar despejar el asunto.

Fue durante el largo viaje conduciendo de vuelta a casa después de esquiar, el lunes por la noche, mientras Adelaida se había puesto a dormir con la cabeza en su regazo, cuando pudo reflexionar por vez primera sobre las razones por las que le preocupaba el antisemitismo de Keller y de Ryan. Más que por el estereotipo negativo de los odiadores de judíos, que había aceptado sin ninguna crítica de los medios de comunicación de masas, era por el conflicto con sus propias ideas sobre la raza y la historia, que le había costado tanto concebir, y no podía abandonar tan fácilmente.

En el pasado se había dado cuenta de que en sus pensamientos sobre el tema tendía a ser unidimensional. La dimensión era la inteligencia. En el esquema de Oscar las razas humanas estaban ordenadas según una sencilla jerarquía de inteligencia. Los individuos diferían, por supuesto, pero como promedio uno podía juzgar con razonable seguridad la inteligencia de las razas observando sus logros históricos, o, en el presente, observando el talento manifestado por un grupo lo bastante grande de individuos. Por cualquiera de éstas estándares, los negros eran una raza inferior, y la hibridación entre blancos y negros solo podía suponer, para los blancos, un paso hacia abajo. Los judíos, por otro lado, estaba claro que eran tan inteligentes como los demás blancos -quizá incluso más, si uno los juzgaba por sus talentos actuales, más que por sus logros históricos que, no le quedaba más remedio que admitir, eran bastante escasos, a pesar de sus baladronadas acerca de ser los inventores del monoteísmo y una luz moral para las naciones a través de todas las edades.

Cuanto más examinaba su esquema de las razas, más insuficiencias veía. La verdad es que era demasiado simple. Había demasiados hechos que no había tenido en cuenta. Los orientales, por ejemplo, eran claramente *diferentes* de los blancos, tanto física como psíquicamente, pero ¿era acertado decir por ello que eran *inferiores*? Por cierto que fundándose solo en la inteligencia, tal como se medía en los tests estándar de coeficiente intelectual, no lo eran. Entonces, ¿cómo encajarlos en su jerarquía racial?

Claramente, la realidad de las diferencias raciales era multidimensional. La inteligencia promedio era sólo una de las muchas, muchas características en que diferían una razas de otras. De hecho, lo que él llamaba «inteligencia» era indudablemente una característica compuesta, que había que resolver en un cierto número de componentes; algunas razas parecían destacar más en un cierto aspecto, otras en otro distinto.

Los negros, por ejemplo, tenían una capacidad de imitación verbal y conductual que a menudo ocultaba una auténtica insuficiencia en inteligencia cognitiva. Lo había visto a través de su camuflaje protector en la escuela, donde había observado un cier-

to número de negros con habilidades sociales notablemente bien desarrolladas, capaces de moverse con soltura en los círculos de blancos y dar la impresión de ser despaibilados y competentes. Hablaban como blancos y vestían como blancos; se habían apartado del grueso de su raza y parecían más blancos que negros, si uno ignoraba las obvias diferencias físicas.

Pero cuando se les sometía a prueba, ni uno de ellos podía igualar los estándares intelectuales blancos. Muchos de ellos parecían estar al tanto de ese hecho por su propia cuenta, y rehuían las situaciones en las que pudieran ser sometidos a prueba. Evitaban las disciplinas más rigurosas como a una plaga, concentrándose en los currículums más alimenticios, y los muy pocos que cursaban matemáticas, ingeniería u otras carreras de ciencias las sacaban adelante con uniforme mediocridad.

Por tanto si uno fuera a evaluar las razas en función del tipo de inteligencia requerido para ser un buen actor, o intérprete en público, los negros obtendrían una puntuación relativamente más alta que si sólo se les juzgara por su capacidad para enfrentarse a conceptos abstractos y resolver problemas. Uno tenía que ser muy cuidadoso cuando se hablaba de «inferioridad» y «superioridad». Estos términos solo tenían sentido cuando se referían a una característica concreta y bien definida.

Una raza juzgada inferior en función de una característica, podría ser superior en función de otra.

Bueno, pues tanto mejor entonces. Tendría que redefinir sustancialmente sus puntos de vista. En el pasado había sido demasiado simplista. En vez de analizar cuidadosa y desapasionadamente las cosas, había reaccionado apasionadamente al evidente fraude que estaba siendo perpetrado por los medios de comunicación y de ocio, que intentaban persuadir a todo el mundo de que los negros eran «igual» que los blancos en inteligencia, creatividad, originalidad y espíritu de iniciativa: de que sus sentimientos, tendencias y procesos mentales eran exactamente iguales que los de los blancos -o eran exactamente igual a los de los blancos cuyas circunstancias eran las mismas que las de los negros-. Y en su reacción se había centrado en el elemento más fácilmente refutable del fraude: en concreto, que los negros tenían la misma inteligencia cognitiva, en promedio, que los blancos.

Así pues, ¿cuáles eran las implicaciones de un punto de vista más realista y multidimensional de las diferencias raciales? ¿Cómo afectaría el papel de los judíos a su esquema de cosas? Tanto Keller como Ryan habían discrepado de su presunción de que los judíos eran racialmente blancos. Un par de los libros que estaba buscando trataban sobre la historia racial de los judíos. Primero quería empaparse de los hechos, y luego pensar en sus posibles implicaciones.

¿Y qué, si los orígenes de los judíos en Oriente Medio y su historia posterior les daban una herencia genética significativamente distinta de la de los blancos de ascendencia europea? Keller y Ryan habían sugerido que los judíos poseían un tipo especial de malevolencia innata, un odio al mundo de raíces genéticas, que se expresaba a sí mismo en una campaña contra sus vecinos blancos que, aunque astutamente oculta, lo abarcaba todo. A Oscar éso le parecía algo irreal.

Más en concreto, Keller y Ryan habían hecho algunas alusiones sobre el control de los judíos sobre los medios de comunicación y de ocio, y sobre la forma en que usaban dicho control. De ser ciertas, esas alusiones serían de gran trascendencia en el sostenimiento global del caso contra los judíos. Si por el contrario eran falsas, Oscar podría fácilmente y con justicia desechar el caso. Varios de los libros que andaba buscando en la Biblioteca del Congreso trataban sobre los hombres que dirigían los medios de comunicación de masas.

Capítulo 14

Lo que Oscar esperaba que fuera un proyecto de investigación breve y sencillo -la comprobación de una cuantas docenas de datos, y quizá la lectura de uno o dos libros-, resultó ser ni breve ni sencillo. Durante los últimos diez días se había pasado una media de diez horas al día indagando en las más de 300 páginas que había fotocopiado, el miércoles de la semana pasada, en la Biblioteca del Congreso, y en unas dos docenas de libros a los que dicha documentación le había conducido, éstos últimos conseguidos vía préstamo interbibliotecario desde la biblioteca de Arlington. En estos momentos era sábado por la tarde, y empezaba a preocuparse. No sólo había fracasado en refutar las tesis de Ryan y Keller sobre los judíos, sino que había acabado por convencerse de que al menos en parte tenían razón.

Es decir, había verificado varias de sus pretensiones sobre lo que los judíos estaban haciendo en la actualidad, y habían hecho en el pasado. Sin embargo, aún estaba muy lejos de sentirse dispuesto a aceptar la afirmación de que los judíos conspiraran todos juntos en bloque, continuamente y actuando concertadamente, o de que su motivación colectiva fuera destruir a la raza blanca. De hecho, había encontrado un par de casos en los que los judíos parecían estar claramente divididos en grupos que no se llevaban nada bien. Y había largos periodos históricos en los que habían sido bastante poderosos en un país u otro, sin que aparentemente hubieran hecho nada en ellos para destruir a sus anfitriones.

Un tema en el que se había centrado era el papel de los judíos en los medios de comunicación de masas, tanto porque era un asunto de importancia crucial, como porque las pruebas eran muy fáciles de reunir. Ahora se daba cuenta de que no era sólo Hollywood lo que controlaban los judíos, sino prácticamente la industria del ocio al completo. En cada medio de ocio y entretenimiento que examinaba -películas, emisoras de radio y televisión, revistas de circulación masiva, los libros populares en rústica -, la presencia judía era abrumadora, y consistía en algo más que unos pocos ejecutivos judíos en la cúspide. Por ejemplo, el mayor productor de programas de ocio y entretenimiento para la televisión era MCA Inc., y prácticamente todos y cada uno de los directores y ejecutivos de la gigantesca corporación eran judíos.

Lo mismo era cierto para la industria del periodismo: cada uno de los medios, y prácticamente todas y cada una de las organizaciones de cada uno de los medios, estaba directa o indirectamente bajo control judío.

Pero lo que verdaderamente había dejado pasmado a Oscar fue la amplitud y profundidad de la influencia judía en los medios de comunicación. En lo referente a las noticias, por ejemplo, los tres periódicos más importantes del país en términos de influencia --el *New York Times*, el *Washington Post*, y el *Wall Street Journal*--, eran propiedad directa de judíos. Había muchos periódicos pequeños e independientes

propiedad de no judíos, y también unos cuantos grandes, pero incluso en éstos encontraba un porcentaje sorprendentemente grande de judíos en cargos editoriales clave.

Además, se había percatado del hecho de que lo que pagaba los sueldos de los redactores y de donde salían los beneficios de los editores, no era la calderilla de los suscriptores, sino los ingresos publicitarios. Los mayores anunciantes en cada periódico de ciudades importantes que Oscar examinaba eran las cadenas de distribución y los grandes almacenes, y la presencia judía en éste gremio era lo bastante fuerte como para que si los empresarios judíos de una determinada ciudad no se sentían satisfechos con la línea editorial del periódico local, y le retiraban su publicidad, no pudiera sobrevivir.

Por supuesto, todo ésto no se le hizo obvio de inmediato. Había tenido que hacer una gran cantidad de investigación para averiguar todos los datos, comprobando repetidamente interminables listas de directores y contrastándolas con obras de referencia biográfica, para dilucidar la etnicidad de los casos dudosos. Por ejemplo, al comprobar la industria del cine de Hollywood, al principio pensó que había encontrado una productora importante no judía, los Estudios Walt Disney. Pero investigaciones posteriores le revelaron que aunque el fundador de la compañía, Walt Disney, había sido un 'gentil', al cabo de pocos años tras su muerte los judíos habían comprado la parte de sus herederos, y los Estudios Walt Disney eran ahora tan judíos como el resto de Hollywood. Pasaba lo mismo con algunas otras empresas del mundo de los medios de comunicación de masas: llevaban asociados de manera muy visible nombres de gentiles, pero cuando uno miraba más de cerca, resultaba que eran subsidiarias de otras organizaciones, con los judíos al timón.

¿Qué significaba todo ésto? A ojos de Oscar se estaba volviendo evidente que los judíos, tan sólo ya mediante su control de los medios de comunicación de masas, tenían el *potencial* para ser los insidiosos enemigos de la raza blanca que Ryan y Keller proclamaban que eran. Y de hecho, ¿acaso no estaban *actuando* como adversarios? ¿No eran los medios de comunicación de masas las fuerzas más racialmente destructivas en funcionamiento en el mundo hoy día?

Incluso ya años atrás, en Vietnam, había calado a la gente de las noticias de prensa y televisión como una manada de canallas especialmente traicioneros, que deliberadamente se habían propuesto impedir una victoria americana, y lo habían logrado. En aquella época él lo había atribuido a una parcialidad pro-comunista. Pero ¿no podría haber sido igualmente que lo que quisieran evitar fuera una victoria *blanca*, y que su parcialidad fuera más anti-blanca que pro-comunista?

El problema con ésto era que la mayoría de la gente de a pie del mundo de las noticias no eran judíos; eran blancos, y aún así los recordaba como una banda de bastardos perversos, mentirosos y chuletas, que apenas podían ocultar su regocijo con cada revés que sufrían los americanos, y que ponían todo su empeño en falsear repulsivamente todo aquello de lo que informaban. ¿Se comportaban así porque sus jefes judíos les habían ordenado hacerlo? Oscar no lo creía. Estaba lo bastante familiarizado con la naturaleza humana como para reconocer todos los pequeños signos que le decían que su conducta era voluntaria.

Lo mismo podía decirse sobre muchos aspectos de la desintegración de la sociedad blanca tras la guerra de Vietnam. Los medios promovían con gran entusiasmo todas las formas de degeneración y depravación, pero por cierto que la población blanca no les oponía ninguna resistencia. ¿Es que podía uno en justicia echar la culpa de la mezcla racial, de la permisividad y decadencia de las normas de conducta y comportamiento, del feminismo, del liberalismo, de la explosión de la homosexualidad, del anti-arte moderno, de la sustitución de la música blanca tradicional por el rock y otros estilos no blancos, de la diseminación de las drogas, y de otros mil males, a los medios de comunicación, sólo porque los medios proporcionaban una atmósfera de tolerancia para todas éstas cosas? ¿No podía ser que todo el mundo, el público en general tanto como la gente de los medios de comunicación, incluidos los judíos, simplemente estuvieran de acuerdo en recorrer el mismo viaje? Si ése fuera el caso, entonces lo máximo de lo que podía echarse la culpa a los judíos sería de no haber querido usar el poderío de sus medios de comunicación y entretenimiento para combatir las tendencias degenerativas de la población: en otras palabras, de un pecado de omisión, más que de comisión.

En verdad que necesitaba hablar con alguien, así que le hizo una llamada a Keller y quedó con él para el domingo por la tarde.

Luego llamó a Adelaida para decirle que había acabado el trabajo del día para hacer planes de cenar juntos.

--Ya sé que sólo son las cuatro, muñequita, pero por qué no te vienes ahora mismo?. He estado rompiéndome los cascos con un programa de estudio intensivo, y ahora necesitaría muchísimo estar contigo..

--¡Oh-oh! Lo que quieres decir es que necesitas mi cuerpo.

--Bueno, éso también.

--Oscar, me has estado prometiendo durante más de una semana que me ayudarías a encontrar un par de esquís nuevos. ¿Por qué no podemos ir ahora?

Su voz tenía un tono ligeramente quejumbroso. Y era verdad: los esquís que tenía ahora eran un poco largos para ella, y tenía problemas para mantenerlos bajo control. Además, los anclajes no eran satisfactorios. Eran los primeros esquís que tenía, y la verdad es que cuando se los compró no sabía lo que hacía. Después de caerse aproximadamente por vigésima vez durante su excursión de esquí de hace dos semanas, le había dicho que en cuanto volvieran a casa le compraría unos esquís y anclajes nuevos. Desde entonces ya lo había puesto excusas dos veces, la primera porque estaba preparando el asunto de Kaplan, y luego porque estaba absorto en su proyecto de investigación.

--Vale, corazoncito, vamos. Ya haremos el amor después de cenar. Tráete tus botas y nos encargaremos de ellas. Creo que la tienda está abierta hasta las seis.

Entonces llamó Ryan. No se identificó, pero su voz era inconfundible.

--Reúnete conmigo en la entrada de la estación del metro Clarendon en 20 minutos.

--¿Es totalmente necesario? Tengo otra cita ahora mismo. ¿No podemos vernos mejor mañana por la mañana?

--Yeager, más te vale estar en la estación de metro dentro de 20 minutos --y Ryan colgó.

¡Mierda! En verdad que tenía que idear pronto alguna manera de quitarse de encima a Ryan. Era una situación peliaguda. Mirándolo desde el punto de vista de Ryan, si a Oscar llegara a pillarlo cualquier otro -la policía local, por ejemplo- ¿cómo podía Ryan estar seguro de que Oscar no le implicaría para negociar alguna ventaja? Incluso ahora, Oscar probablemente podría contar alguna historia bastante convincente sobre porqué mató a Kaplan, cómo conocía tantos detalles personales de la víctima, y todo lo demás.

No, estaba claro que Ryan no podía permitirse encargarle muchos más trabajos. Y por la misma razón, Ryan tampoco podía permitirse arrestarle él mismo. De hecho, si el agente del FBI quería dormir tranquilo por la noche, ni siquiera podía permitirse que Oscar siguiera con vida mucho más tiempo. Oscar iba a tener que encargarse de Ryan muy pronto, antes de que Ryan se encargara de él. Incluso podría ser que la cita que Ryan exigía para esta tarde tuviera precisamente éste propósito.

Pero Oscar no lo creía así. Ryan había sido demasiado frío y perentorio por teléfono. Si su intención hubiera sido atraer a Ryan a su propia ejecución, habría estado un poco más amigable y distendido, para adormecer los recelos de Oscar. Confió en que su intuición fuera correcta, mientras, con el corazón apesadumbrado, llamaba otra vez a Adelaida para posponer por tercera vez su cita de compras.

Justo dentro de la entrada de la estación de metro localizó a Ryan. Apretó el brazo izquierdo contra el tranquilizador bulto del arma, dentro de su pistolera de hombro, mientras el otro le hacía gestos de que le siguiera y comenzaba a andar escaleras abajo hacia los andenes. Ocuparon un sitio en las sombras de una columna cercana al extremo más alejado del andén, con las espaldas apoyadas en la pared, donde podrían hablar sin ser oídos y sin llamar la atención.

--Enhorabuena, Yeager. Has hecho un trabajo de primera con Kaplan --no sólo poniéndole la coca en el bolsillo como te sugerí, sino cargándotelo dentro de ese gari-to porno de mala fama. Los detalles están siendo la comidilla de toda la Oficina. Yo me he cuidado de éso. Los 'yidis' que habían estado promocionando a ese mierdecilla pervertido como si fuera un don de Yahveh al despacho, están ahora de lo más calladitos --sonrió ampliamente Ryan, realmente complacido.

»Ahora, escucha cuidadosamente. Tu siguiente objetivo es un hombre llamado Daniel Feldman. Tiene 33 años, pelo negro y ojos marrón oscuro. Tiene el pelo en rizos muy apretados al cráneo, casi como la lana de los 'negros'. Tez de un tono medio, quizá de matiz un poco oliváceo. Altura 1'78 metros. Complejión media, unos 72 Kg de peso. No tiene la nariz grande, pero es indudablemente judío, si entiendes lo que quiero decir --Ryan hizo una pausa, observando la cara de Oscar.

Oscar no dijo nada, y Ryan sacó una fotografía del bolsillo y la puso de manera que Oscar pudiera verla.

»Estudia la cara. No puedo darte la foto, así que recuerda los detalles. Fíjate en esa sonrisita chulesca. El muy bastardo siempre está sonriendo. Es su marca registrada. Al principio pensé que sería porque era nervioso e inseguro. Otra cosa que puede llevarle a uno a creer eso mismo es que sus movimientos son un poco espasmódicos, y que siempre habla deprisa, como si le hubieran dado demasiada cuerda.

»Pero ahora creo que la sonrisa es algo calculado; es la forma que tiene Feldman de hacer que la gente baje la guardia. Y déjame que te avise, Yeager, es mucho más peligroso que cualquier serpiente de cascabel que puedas ver nunca, así que ten mucho cuidado. Es un asesino a sangre fría, y si haces un movimiento en falso no tendrás ocasión de hacer el siguiente. No sigue absolutamente ninguna regla. Como *crea* que puedas estar yendo tras él, aunque no tenga ninguna prueba, te volará los sesos delante de 50 testigos, y ya se preocupará luego de justificarse.

--¿Para quién trabaja? ¿La Mafia?

--No, es uno de los nuestros, lo creas o no --replicó Ryan con un rastro de incredulidad en su voz, como si él mismo no acabara de creérselo--. Es uno de nuestros especialistas en trabajo sucio. La Oficina hace muchas cosas que en verdad no debería, cosas que no son estrictamente legales -de hecho, algunas son tan ilegales como el demonio-. Feldman aprendió sus mañas en las Fuerzas de Defensa israelíes. Tiene doble ciudadanía. Más de la mitad de nuestra gente de trabajo sucio la tiene.

»Deja que te cuente sólo una de las cosas que ha hecho para nosotros. Cuando acorralamos a todos aquellos hombres del Klan el año pasado y los encerramos por acusación de conspiración, no fue una operación tan limpia como podrías pensar. Primero agarramos a un par de ellos, les presionamos para que cantaran el nombre de dos o tres de sus camaradas, a los que a su vez presionamos para hacerles cantar otros más, y así hasta que los tuvimos a todos.

»La mayoría de estos majaderos del Klan son fáciles de presionar. Por lo general los que más vociferan y mayor arsenal de armas tienen en casa, son los más fáciles. Basta con decirles a cuántos años se enfrentan y luego por la noche meterles en una celda de contención con unos 30 '*negros*'. Por la mañana están dispuestos a testificar contra su propia madre.

»Pero algunos de estos bastardos son obstinados, y tenemos que meterles más presión. Uno de los más débiles nos dijo que un compinche tenía una caja de granadas de mano, pero cuando agarramos al tipo no quería decirnos donde las había escondido. Yo estaba allí en la casa del tipo, con otros tres agentes y Feldman. También habíamos esposado a su esposa, como cómplice. Era el procedimiento estándar. Por lo general luego a las mujeres las soltamos, pero el tenerla arrestada nos da más fuerza a la hora de persuadirlo.

»También estaban los dos chavales del tipo: un chico de siete años y una chica de 14, una cosita linda de ver. Así que cuando el tipo rehusó hablar, Feldman comenzó a jugar con la chica, diciéndole obscenidades, pellizcándole las tetas, poniéndole

la mano en el culo. Muy pronto la tenía llorando y asustada hasta perder el juicio, acorralada contra la pared. Yo y otro agente sujetábamos al tipo, y un tercero a su mujer. El tipo estaba armando un alboroto terrible, gritándonos y maldiciéndonos, pero sin prestarse a decirnos donde tenía las granadas.

»Y de repente, sin ningún preaviso, Feldman se saca la polla, agarra a la chica por el pelo, comienza a chillarle y la fuerza a ponerse de rodillas. Luego, delante del tipo, de su mujer, y del chico pequeño, le apunta el revólver a la cabeza y obliga a la chica a hacerle una mamada. Ahí el tipo perdió la cabeza. Antes incluso de que Feldman le hubiera metido la polla en la boca, estaba diciéndonos donde hacía enterrado las granadas. Pero Feldman siguió adelante y le hizo acabar a la chica. Realmente me puso enfermo.

--Tú también estabas allí, Ryan. Lo que pasó también es responsabilidad tuya.

--Sí, éso es por lo que Feldman tiene que desaparecer. Tenemos a otros tan malos como él, pero Feldman es el único con el que he trabajado directamente. Es el único que puede decir que hubo una vez en que rompí las reglas. Él es la única amenaza que pueden usar contra mí si hago abiertamente algún movimiento contra los judíos de la Oficina.

--Pero, para empezar, ¿qué infiernos hace una agencia de policía como el FBI con maníacos como Feldman trabajando para ella?

--¡Jesús, Yeager, eres un bastardo bastante corto de luces! Feldman no es un maníaco. Sólo es un judío. En realidad nunca pierde la sangre fría. Lo que le hizo a esa chica -todo lo que hace- es puro cálculo, maldad a sangre fría. ¿Por qué te crees que no la violó o le dio una paliza, en vez de lo de la mamada? Porque entonces habrían quedado pruebas físicas. Luego ella podría haber ido a un médico, y éste habría respaldado su relato. Hasta podría haber salido en los periódicos y verse metido en un buen lío. Tal como lo hizo, no iba a dejarle ni una marca. Usó el terror para obligarla a hacer lo que quería, y eso no es algo visible, como una paliza. ¿Quién iba a creer a la chica, o al tipo, o a su mujer? Son unos paletos racistas blancos, lo más bajo de lo bajo, a ojos de los medios. Cuando se quejan de algunos de nuestros métodos, los periodistas no hacen más que reírse de ellos.

»Por supuesto que no apruebo las tácticas de Feldman. Va demasiado lejos. En la mayoría de los casos podríamos obtener los mismos resultados sin ser en absoluto tan brutales. Aún así, todas las agencias de policía necesitan gente dispuesta a ser ruda y romper las reglas, de otra manera perderíamos el control de la situación. Tenemos que ser más duros y malvados que los tipos a los que nos enfrentamos, o no podremos controlarlos. El problema hoy día es que *nuestra* gente, ésos a los que les gustaría que este fuera un país decente, son demasiado blandos. Los blancos que reclutamos para la Oficina en las universidades, en estos momentos, la mayoría son unos endebles. Han crecido creyendo en el poder de las flores y en la igualdad de derechos para los criminales. Son unos endebles con pistolas y con insignias, pero endebles.

»Así que hemos metido en la Oficina a un montón de estos chicos judíos de doble ciudadanía del IDF²⁷, para hacer el trabajo sucio. Ellos sí que saben cómo ser crueles. Todos ellos han practicado con los palestinos, antes de contratarlos nosotros. Cristo, deberías oír algunas de las historias que cuenta Feldman sobre cómo interrogan a los palestinos allá en Israel. Usan el mismo principio que usó él con el tipo del Klan -o sea, hacer mirar al pobre bastardo mientras apalean a su mujer e hijos-, sólo que mucho peor. Allí no tienen que preocuparse por las pruebas físicas. Pueden usar la fuerza bruta tanto como el terror. Violar a las esposas e hijas es una de las cosas más leves que hacen. Me contó cómo habían castrado a un chaval palestino de once años para obligar a confesar a un sospechoso de terrorismo -le cortaron al niño las pelotas con un par de tijeras mientras estaba mirando su padre.

»Como digo, yo personalmente no apruebo este tipo de cosas. Si sigues haciendo tan buen trabajo para mí como el que has hecho con Kaplan, podremos echar a todos los 'kikes' como Feldman de la Oficina.

--Tengo que decir, Ryan, que lo que me has contado sobre Feldman convertirá éste trabajo en particular en un verdadero placer. Pero ¿por cuanto tiempo crees que puede continuar esta pequeña sociedad nuestra? ¿No crearás en serio que vas a hacerme matar a todos los agentes judíos del FBI, verdad?

--La sociedad durará tanto como yo quiera que dure, Yeager -a menos que desarrolles tendencias suicidas antes de que acabe contigo --fue la gélida respuesta.

--Ryan, hablas muy agresivamente, pero lo creas o no, no voy a dejar que me uses para tus propios fines indefinidamente -la voz Oscar era calmada, pero muy firme-. Te crees que me tienes cogido por las pelotas. Pero estoy seguro de que te das cuenta de que yo también te tengo a ti cogido por las pelotas. Si comienzas a apretar, yo también comenzaré a apretar.

»O a lo mejor te has imaginado que puedes terminar conmigo, cuando ya no me necesites, o cuando comience a resultarte un problema -muerto mientras se resistía al arresto, ¿eh?-. A lo mejor te convendría tomar en consideración el hecho de que yo no encuentro agradable semejante perspectiva, y no soy de los que se sientan a esperar lo que pueda ocurrir. Podría decidir terminar yo contigo primero y arriesgarme a lo que pueda suceder.

»Así que escucha ésto, Ryan. Durante los últimos 17 días he sido el socio junior en nuestra empresa, pero ahora he decidido promocionarme yo mismo a socio completo. O bien me explicas exactamente cuáles son tus planes, y luego ambos decidimos que seguir trabajando juntos es por nuestro mutuo beneficio, o disolvemos nuestra sociedad aquí y ahora mismo -con o sin derramamiento de sangre-. ¿Qué piensas al respecto, socio?

--Yeager, eres un verdadero dolor de muelas. No te debo ninguna maldita cosa. Tú, me lo debes todo a mí. Te he salvado el culo --Ryan había cambiado su tono de amenaza a otro de exasperación--. Éste no es el momento ni el lugar para hablar de planes a largo plazo. Si es absolutamente necesario que sepas las razones que hay

27 IDF: Israel Defence Forces.

para los encargos que te doy, ya te los diré más tarde, cuando tengamos más tiempo de hablar. Ahora, el mejor sitio para que pillas a Feldman...

Oscar le interrumpió con impaciencia.

--Creo que no has entendido lo que acabo de decirte, Ryan. Adiós

Oscar echó a andar para marcharse. Ryan alargó su mano derecha hacia el brazo izquierdo de Oscar. Éste se la interceptó con la izquierda suya, y se agarraron apretadamente. Al mismo tiempo Oscar giró sobre su talón izquierdo, alejándose de Ryan y manteniendo la mano derecha fuera de su alcance mientras buscaba su pistola, que mantuvo oculta bajo la chaqueta mientras apuntaba al pecho de Ryan.

--¡Hijo de puta! --esta vez Ryan apenas podía controlar la furia de su voz.

--¡Tranquilo, chico! --repuso Oscar--. Ahora te llevo ventaja. Recuerda, he dicho con o sin derramamiento de sangre. Presióname un poco más, y te mato aquí mismo.

Durante casi un minuto ambos hombres permanecieron inmóviles y en tensión, listos para la acción. Luego la furia fue desapareciendo lentamente de los ojos de Ryan, y relajó su presa sobre la mano de Oscar.

--Muy bien, Oscar --suspiró--, vamos a hablar.

--Estupendo. Ahora voy a soltarte la mano, no sea que alguien del andén se haga una idea equivocada de nosotros, pero te sigo teniendo a tiro. No sientas urgencia por rascarte ningún picor debajo de la chaqueta.

Ryan se aclaró la garganta.

--La situación es ésta: a mi jefe -o sea Vic Rizzo, el jefe de la Sección Antiterrorista-, le han dado un ultimátum. La Oficina está bajo una presión terrible para que te detengan, y ahora el Director le ha puesto un plazo a Vic. Los judíos de la Oficina hace tiempo que están segándonos las hierba bajo los pies a Vic y a mí, minando gradualmente nuestras posiciones, especialmente la de Vic, con el propósito de que Kaplan me puentee para jefe de sección en cuanto puedan deshacerse de Vic. Cuando comenzaste a liquidar parejas interraciales en enero, arreciaron a fondo sus ataques contra él: empezaron a filtrar indirectas a la prensa de que la razón por la que no te pillaban era por lo incompetente que era él.

»Ahora, por supuesto, han perdido a su candidato. Y a menos que hagas algo realmente estúpido, yo puedo seguir evitando que te pillen. En otras palabras, en más o menos un mes voy a ser el jefe de la Sección Antiterrorista.

»Si Vic hubiera adoptado una actitud clara en contra de los judíos, esto no sería tan importante, pero no lo ha hecho. Hemos debatido cien veces la cuestión entre nosotros. Les tiene miedo. Sabe que han estado intentando echarle durante años, pero él sigue sin contraatacar. Yo lo haré -muy discretamente, por supuesto.

»En los últimos diez años la Sección Antiterrorista se ha convertido en *uno de los* departamentos más importante de la Oficina. En el futuro se convertirá en el más importante, a juzgar por el camino que lleva la sociedad americana. Esto es por lo que los judíos estaban tan ansiosos por poner a Kaplan de jefe. El asunto es que, con excepción de la Sección de Contra-Espionaje, todo lo demás de lo que se ocupa la

Oficina está relacionado con la actividad criminal ordinaria: atracos a bancos, drogas, secuestros, fraudes electrónicos, y lo demás. La Sección Antiterrorista, por el contrario, se ocupa de acciones *políticas* -el tipo de cosas que has estado haciendo tú, el tipo de cosas que esos gilipollas del Klan hablaban de hacer, el tipo de cosas que los nacionalistas portorriqueños han estado haciendo intermitentemente desde hace 50 años. El FBI ha estado evolucionando hacia una fuerza policial política nacional cuyo cometido principal no es resolver crímenes, sino proteger al Sistema de aquellos que quieren derribarlo o cambiarlo por medios inconstitucionales. Nos estamos convirtiendo en la versión americana del KGB.

»El país se está haciendo jirones, y nuestro trabajo es mantenerlo unido -o, al menos, retrasar el proceso. Con los casi dos millones de inmigrantes no blancos que se desbordan sobre el país cada año -hispanicos, haitianos, asiáticos-, con nuestras ciudades más neurálgicas ocupadas en buena medida por bandas de narcotraficantes, con las manadas de lobos negros vagando fuera de control, con los chavales blancos aprendiendo las cosas de la vida en escuelas como junglas donde son depredados por no-blancos, con la corrupción política creciendo a pasos agigantados en Washington y en todos los demás parlamentos estatales y ayuntamientos, y con toda la demás mierda que está pasando en estos días, la mayoría blanca, que solía ser la columna vertebral del país, se está resquebrajando, está perdiendo el control. Hemos perdido el sentido de comunidad, de solidaridad. La gente ya no se preocupa del país, tiene ocupación de sobra con sólo cuidar de sí mismos y sus familias. El país se ha atomizado en un millón de facciones diferentes, todas gritando por *lo suyo*, y al infierno con todos los demás.

»Algunos intentan conseguir lo suyo empleando su dinero y su influencia política; eso está bien. Pero otros intentan usar la violencia o la amenaza de la violencia; y eso no está bien, éso es terrorismo. Éso es lo que nos pagan por evitar.

»Solía ocurrir que la mayor parte del terrorismo provenía de la izquierda: los manifestantes antiguerra que ponían bombas en los bancos e incendiaban edificios del ROTC²⁸ durante los 1960s. Después de la guerra del Vietnam, comenzó a venir cada vez más y más de la derecha: los blancos contra el transporte escolar forzoso²⁹, los atentados contra clínicas abortivas, los que protestaban contra los impuestos. Ahí es cuando los judíos decidieron que había que acabar con todo éso. También empezaba a preocuparles cada vez más que los árabes pudieran importar al país la lucha de los palestinos.

»De un modo u otro, hemos llegado ya casi a una época en la que el gobierno no puede sobrevivir sin una fuerza antiterrorista eficaz. Durante algún tiempo ha habido rumores en la Oficina de que la Sección Antiterrorista acabaría siendo separada del resto de la Oficina para convertirla en el embrión de una agencia federal completamente nueva. Vamos a ser la nueva guardia pretoriana. Y yo voy a tener algo que decir sobre el modo en que se usan estos pretorianos. Voy a asegurarme de que en toda

²⁸ ROTC: Reserve Officers' Training Corps, Cuerpo de Capacitación de Oficiales de la Reserva..

²⁹ «busing»: Transporte forzado de escolares en autobús desde sus barrios a otros alejados, con objeto de crear artificialmente escuelas 'integradas' racialmente.

mi sección estén las personas adecuadas ocupando las posiciones clave, de manera que no haya posibilidad de que los judíos se apoderen de ella. Feldman tiene que morir, por la razón que ya te he mencionado. Luego quizá haya otros tres de los que tendremos que ocuparnos, para poder tener las manos libres. Así que no te preocupes por tener que matar a todos los 'hebes' de la Oficina.

--Bueno, Ryan, aún quedan un par de cosas sobre tus planes de carrera que me hacen sentir algo incómodo --replicó Oscar--. Primero, estás basándolo todo en la presunción de que realmente existe una conspiración judía para apoderarse del FBI y usarlo en perjuicio de nuestra raza. Desde la última vez que nos vimos he comprobado unas cuantas cosas sobre los judíos, y por cierto que están metidos en demasiadas salsas como para que un hombre sensato no se preocupe, pero aún no estoy convencido de que detrás de sus actividades haya ninguna conspiración, o ni siquiera mala intención. Además no puedo imaginarme al FBI siendo más hostil contra nuestra raza bajo control judío de ya lo que es ahora. Así que me resulta difícil ver cómo el cargarme a otros cuatro agentes judíos para ti va a poder mejorar mi propia causa -en la medida en que tengo una causa.

»Y segundo, me parece que si yo estuviera en tu lugar, lo primero que haría, en cuanto fuera el jefe supremo de la Sección Antiterrorista, sería poner a Oscar Yeager fuera de circulación, y así aumentar mi prestigio. No podría permitirme seguir teniendo lo armando disturbios y cargar con las culpas de no atraparlo. Me preocuparía acabar como Rizzo. Y no podría permitirme arriesgarme a que algún otro lo capturara antes que yo y averiguara lo que sabe. Así que lo capturaría sin ayuda y luego le pegaría un tiro cuando intentara escapar. Eso me resolvería un par de problemas y al mismo tiempo demostraría a mis superiores que habían acertado en su elección al darme el puesto de Rizzo. ¿Qué dices a éso, socio?

--Jesús, Yeager, si no puedes imaginar al FBI siendo una amenaza mayor para la supervivencia de nuestra raza de lo que es ahora, es que no tienes mucha imaginación. En estos momentos lo único que hace la Oficina es forzar el cumplimiento de unas leyes de derechos civiles, que da la casualidad de que a ti no te gustan. Si los judíos se apoderan de ella, la usarán para perseguir a cualquiera que consideren una amenaza para sus propios planes, a muerte -y digo contra *cualquiera*, cumpla o no cumpla la ley-. Será exactamente igual que en la Unión Soviética en los 1920s y 30s, cuando los comisarios judíos de la policía secreta como Jagoda y Yezhov hacían asesinar a cualquiera que tuviera un libro hostil a los judíos en su biblioteca personal, o al que denunciaran por haber hecho un comentario antisemita, a que pareciera ser demasiado patriota o demasiado orgulloso de su familia, o demasiado honorable en su conducta personal.

»Lo digo en serio, por Cristo, ahora nos libramos de bastantes asuntos turbios, pero tenemos límites; tenemos que andarnos con cuidado de no aparecer como los malos en los medios de comunicación. Si fueran los judíos los que controlaran la Oficina, no habría límites, porque no tendrían que preocuparse de que los medios les llamaran al orden. Las sabandijas como Feldman no se limitarían a los paletos del Klan, podrían hacerle lo que quisieran a la hija de cualquiera.

--Para un segundo, Ryan. Lamento interrumpir, pero acabas de hablar de Jagoda -Genrikh Jagoda³⁰, creo que se llamaba-, el famoso comisario de la policía secreta soviética. Como te he dicho, he estado comprobando unas cuantas cosas. He topado por casualidad con un panfleto antisemita que también decía que era judío, pero no daba más información para respaldar esa afirmación. ¿De verdad *sabes* que Jagoda era judío?

--Sin ninguna duda. Su nombre auténtico era Herschel Yehuda. Durante los 1930s más o menos la mitad de los comisarios eran judíos: éso en un país en el que los judíos apenas eran el uno por ciento de la población. Pero cuando quieras comprobar cosas así, no eches mano de panfletos antisemitas. La mayoría de ellos son basura. La gente que los escribía eran claramente descuidados con los datos. Vé directo a la fuente. Las propias publicaciones judías allá en aquella época solían jactarse de cómo sus correligionarios en Rusia llevaban la batuta. Cada vez que uno de ellos conseguía un ascenso importante los periódicos y anuarios judíos informaban de ello. Tenemos todo el material microfilmado en la biblioteca de la Oficina, de los días en que parte de nuestro trabajo era tenerles echado el ojo a los rojos. También los puedes encontrar en la Biblioteca del Congreso, si sabes cómo buscarlos.

»En todo caso, Yeager, éso es lo que tendrías que hacer, si aún crees que es una simple coincidencia que los judíos siempre se las hayan arreglado para estar metidos en todos y cada uno de los episodios de malevolencia anti-blanca y anti-occidental, desde los días del Imperio Romano hasta su actual control de los medios de comunicación y de ocio, hoy día. No hay nada que yo pueda decir aquí, esta tarde, para convencerte de que es algo planeado y malintencionado. Tendrás que convencerte por ti mismo, mirando las pruebas, una a una, hasta que hayas visto tantas que su peso te abruma.

Ryan se calló un segundo, y luego continuó:

--Y en cuanto a tu segunda preocupación, míralo de esta manera: Tú *no* vas a continuar armando jaleo, como un ejército de un solo hombre, después de yo sea jefe de la Sección Antiterrorista. Estás en lo cierto: no puedo permitírmelo. Y tú eres demasiado listo como para desperdiciar tus talentos de esa forma.

»Hasta ahora te has limitado a golpear a ciegas. Por supuesto que Horowitz era un jugador importante, y hasta un buen estratega podría haber decidido eliminarlo. Pero todos los demás que te has cargado -con excepción de Kaplan-, han sido objetivos oportunistas. Has estado limitándote a *reaccionar*. No has estado planificando. Has estado haciendo lo que era más fácil, llevándote por delante a cualquiera que te fastidiara en un momento dado, en vez de hacer lo que tuviera más sentido en el contexto de un objetivo que mereciera la pena.

»Ahora podemos planear juntos. Yo tengo acceso instantáneo a información que tú nunca podrías conseguir por ti mismo: la información que necesitamos para planificar eficazmente. En los ordenadores de la Oficina lo tenemos *todo* sobre *todo el mundo*. No sólo podemos elegir juntos los objetivos adecuados, sino que puedo me-

³⁰ *Jagoda (ruso) : Yehuda (hebreo) = "el judío".*

jorar sustancialmente las posibilidades de que el trabajo resulte bien hecho, y de que salgas sano y salvo. Te has hecho un tallercito bastante majo en tu sótano, pero en lo que se refiere a armas especiales y artilugios similares, yo puedo abastecerte de material que ni podrías soñar en hacerte por tu cuenta.

--No intentes ser condescendiente conmigo, Ryan. No querrás persuadirme de que cuando seas el jefe de la Guardia Pretoriana del Sistema, vas a ayudarme a planear la mejor forma de desestabilizar al Sistema y además proporcionarme el apoyo logístico para hacer el trabajo de la manera más eficiente.

--¿Es que no puedes entenderlo, Yeager? No estoy intentando embaucarte. Cuando esté al cargo de la Sección Antiterrorista, te necesitaré más que nunca. De hecho, te necesitaré tanto como tú me necesitas a mí. Como acabo de decirte hace un minuto, ninguna fuerza de policía secreta puede combatir el terrorismo con éxito sin usar también algo de terrorismo.

»Recuerdas cuando el ejército argentino estaba combatiendo a los terroristas comunistas allá abajo hace unos pocos años? Nunca los podrían haber derrotado si se hubieran negado a quitarse los guantes y pelear sucio. Lo mismo vale para aquí y ahora, y ésa es la razón por la que la Oficina usa a gente como Feldman. En el futuro, me veré obligado a recurrir a medidas que ni siquiera Feldman podría ejecutar impunemente. Si intento hacerlo con la gente de la Oficina, estaré corriendo demasiados riesgos. Los judíos estarán en posición de gritar "falta" siempre que les convenga. Los medios pueden volverse en mi contra, y me someterán a juicio igual que a los generales argentinos.

»Esta es la razón por la que te necesito -alguien con el que no tengo ninguna conexión. Alguien que puede hacer cosas de las que no se me puede culpar. ¿Coges la idea?

Oscar no respondió. Veía lo que Ryan tenía en mente, pero se preguntaba si Ryan por su parte creía de verdad que se iba a dejar usar como un especialista en juego sucio, contra pobres y estúpidos palurdos como esos hombres del Klan, o contra la gente que por todo el país estaba imitando sus propios ataques contra parejas racialmente mixtas. Estaba claro que ambos hombres podían ayudarse mutuamente, pero no estaba claro en absoluto que ambos tuvieran el mismo objetivo final. Pero decidió no sacar el tema por ahora.

Ryan resumió:

--Además no necesito atraparte para seguir a buenas con el Director. La verdad es que nadie más está realmente seguro de que el responsable de todas las cosas que has hecho sea un solo hombre. Has llevado a cabo algunas cosas espectaculares, pero en comparación con todo lo que está pasando en el país, sólo das cuenta de una pequeña fracción de las incidencias terroristas totales. Puedo conseguir toda la gloria que necesito arrestando a la gente de poca monta. Además, vas a cortar ahora mismo con esos asuntos de gran impacto propagandístico. Ya encontraré a algún otro al que podamos echar la culpa de haber volado el Comité del Pueblo Contra el Odio, al-

guien que no tenga ninguna buena coartada para esa tarde. Éso pondrá contentos a los medios.

»Y ahora, volvamos con Danny Feldman...

Capítulo 15

--Harry, durante gran parte de la quincena pasada he estado empapándome de datos sobre los judíos: su papel en la fundación y promoción del movimiento comunista durante el siglo pasado, sus perfidias para hacer entrar a los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, su control de los medios de comunicación y de ocio. Cuando más aprendo, más me doy cuenta de que sé muy poco. Pero estoy aprendiendo. Sin embargo algo que se me escapa es el significado de todo ésto. Estoy ya convencido de que las acciones y la influencia de los judíos sobre los asuntos nacionales y mundiales sobrepasan con mucho a su propia importancia numérica. Pero, ¿es ésto algo que realmente tenga que preocuparnos? ¿Es algo que realmente nos coloca en peor posición que si el que tuviera éste poder fuera cualquier otro grupo -digamos, los baptistas-?

Oscar había mantenido su cita con Harry Keller. Y también su compromiso de comprarle a Adelaida un par de esquís nuevos. Tras el encuentro con Ryan de la pasada tarde, había corrido al apartamento de ella y se había llevado a la sorprendida chica, también a toda prisa, hasta la tienda de esquís, media hora antes de que cerraran; y luego la había llevado a cenar a un bonito restaurante.

Quería compensarla por haberla tenido algo abandonada durante la semana pasada, pero también estaba decidido a aprovechar cada minuto que tuviera libre, en su interminable esfuerzo de aprendizaje sobre los judíos. Por este motivo, a las seis en punto de la mañana se había deslizado fuera la cama sin despertar a Adelaida, se había preparado una taza de café, y durante tres horas se había puesto a estudiar la documentación de la biblioteca, hasta que se levantó ella y preparó el desayuno para los dos. Incluso después de desayunar había apurado otra hora y media de estudio, mientras ella, con cuidado de no estorbarle, hacía algunas tareas de limpieza realmente urgentes de su apartamento.

En estos momentos se encontraban ambos sentados enfrente de Harry y Colleen Keller, en un banco del rincón de una tienda de helados. Era un lugar brillantemente iluminado, y abarrotado de público. Parecía el lugar menos apropiado para una conversación confidencial, pero muchos de los otros bancos estaban llenos de quinceañeros, y el parloteo de fondo proporcionaba al grupo de Oscar un razonable grado de confidencialidad.

--Demonios, Oscar, yo me preocuparía si los baptistas estuvieran al cargo del país -y estoy seguro de que tú también.

--Bueno, creo que no ha sido un buen ejemplo. Lo más seguro es que ya tuviéramos los cuatro órdenes de arresto, por no haber ido a la iglesia esta mañana --sonrió Oscar.

--El asunto es que a cualquier hombre en su sano juicio no le queda más remedio que preocuparse, cuando cualquier grupo que no sea el suyo ejerce un poder que afecta a su vida --respondió Harry--. Cualquier grupo que pretenda hacerse con el poder tiene una agenda de objetivos. Esto es una verdad que vale para todo el mundo, sean baptistas, observadores de pájaros, o marcianos. O judíos. Y puesto que los objetivos de cualquier grupo sensato se deciden de acuerdo a los intereses específicos de ese grupo, el que tenga poder para llevar a cabo esos objetivos tiene una considerable ventaja sobre los que no lo tienen. Así es como funciona el mundo, como ha funcionado siempre.

»Por supuesto, continuamente oímos un montón de verborrea sobre la "democracia pluralista". Nos dicen que en este país tenemos un sistema diseñado para evitar que un grupo cualquiera pueda arrebatarse el poder para sí mismo. En otras palabras, que no existe ninguna lista de objetivos; y si uno observa la manera en que funciona nuestro gobierno, sería fácil de creerlo --hizo una mueca irónica --. Pero el hecho es que la naturaleza aborrece el vacío, tanto en el reino de los asuntos humanos como en el reino físico. Una sociedad sin objetivos es algo incompleto. Tarde o temprano un grupo u otro acaba imponiendo a la sociedad los suyos propios, aunque quizá prefiera ocultar este hecho a las personas que no pertenecen al grupo. Incluso puede llegar a modificar sus objetivos, para evitar entrar en conflicto con otros grupos de la sociedad: «No desafíéis nuestra hegemonía, y os echaremos las migas más sabrosas».

»En cualquier caso, la cuestión de qué objetivos, los de qué grupo, deben ser los prioritarios, es una cuestión vital para todas las personas de la sociedad. La tendencia natural es que cada grupo se esfuerce en hacer progresar sus propios objetivos.

Lo que nosotros queremos es que sea nuestro grupo -o sea, el grupo de personas con los mismos intereses, los mismos objetivos, que nosotros- el que prevalezca. No queremos que los que prevalezcan sean los de cualquier otro grupo. Ésto algo bastante básico, pero te sorprenderías de cuántísima gente hay que ni se ha percatado de ello, o que no estaría de acuerdo. Entre éstos últimos están los cristianos, que creen que es mejor que se le caguen a uno encima, que cagarse ellos encima de otros, y los pluralistas radicales marginales, que se oponen a que prevalezca ningún grupo, especialmente el suyo propio.

»Para responder a tu otra pregunta, tendríamos que hacer algunas suposiciones sobre los objetivos de grupos específicos. Supongo que estás de acuerdo en que, hablando en general, si el que está arriba no es nuestro grupo, según cual sea el que esté puede haber bastante diferencia para nosotros. En otras palabras, que las intenciones hacia nosotros de cualquier otro grupo que ejerza algún tipo de poder o influencia sobre nuestras vidas, es algo que tendría que preocuparnos, ¿correcto?

--De acuerdo --replicó Oscar--. Pero creo que tendríamos que tener cuidado de no exagerar el poder que ejercen los demás grupos. La verdad es que por mucha influencia que puedan tener los judíos en ciertos campos, como los medios de masas, dudo que sea acertado decir que son ellos quienes dirigen el país.

--En cierto sentido estoy de acuerdo, Oscar. Está claro que ningún grupo ejerce un poder directo y total sobre todas las instituciones de América. Para que éso fuera

cierto tendrían que pertenecer al mismo grupo todos los miembros del Congreso, todos los jueces de los tribunales federales, la gente de la Casa Blanca, del Estado Mayor Conjunto, los dueños de los medios, los banqueros más importantes, y todos los que tengan capacidad para tomar decisiones de gran importancia para el país, y tendrían que estar todos empujando en la misma dirección.

»Pero en vez de éso tenemos un gran número de grupos diferentes, empujando en diferentes direcciones: el ideal pluralista. Podríamos pasarnos el resto del año discutiendo sobre las complejidades del poder en América: quién tiene poder, cuánto, y sobre qué. Pero por muchas complejidades que haya, no se puede negar que algunos grupos casi siempre se las apañan para salirse con la suya, en asuntos que para nosotros son de gran importancia. En mi opinión una forma razonable de ver el asunto es examinar específicamente cuánto poder ejercen los judíos como grupo, y ver qué efectos producen. También podemos estudiar el asunto de sus motivaciones. Como tú has estado estudiando el tema, a lo mejor tienes ya algunas ideas sobre el poder de los judíos.

--Más que ideas, lo que tengo es un revoltillo de datos --respondió Oscar--. Esperaba que esta tertulia pudiera conducirme a algunas ideas que me permitieran organizar los datos, y extraer de ellos algunas conclusiones. Por ejemplo, sé que los judíos tienen una enorme influencia en los medios de masas, y que estos medios tienen a su vez un papel decisivo en la configuración de las opiniones y las actitudes de la mayoría de la gente, en temas políticos y sociales. ¿Pero los judíos de los medios, están actuando de común acuerdo, y empujando a la opinión pública en determinada dirección, de acuerdo con los objetivos de su propio grupo? ¿O actúan cada uno por su cuenta y se limitan a barruntar el humor del público y las tendencias generales de los acontecimientos, y luego, como buenos empresarios que son, proporcionan al público lo que mejor se vende? Y si es ésto último, ¿por qué íbamos a pensar que cualquier otro grupo de empresarios avispados actuaría con más responsabilidad?

--Muy bien, Oscar, éste es tan buen punto como cualquier otro para comenzar. Creo que tendríamos que empezar hablando sobre los objetivos de los judíos. Ésto te permitirá comprender hasta qué punto trabajan en grupo, el porqué de que se hayan concentrado tan intensamente en los medios, y lo que pretenden hacer con su control de los medios. Quiero enseñarte un par de cosas que han escrito al respecto. ¿Por qué no os venís Adelaida y tú a casa con nosotros?

--Claro, si no es molestia para vosotros --Oscar miró a Colleen.

--En absoluto.

--¿Eh, no puedo acabarme el helado? --protestó Adelaida.

--Tómate el tiempo que quieras --respondió Harry--. Chico, voy a disfrutar con ésto --soltó una risita, frotándose las manos--. Parece que cada vez que intento hablar con alguien sobre los judíos, me encuentro con una de dos, alternativamente: o bien una persona que ya instintivamente les odia y está ansiosa por creerse cualquier barbaridad sobre ellos, sin hacer preguntas, o bien es uno de esos bastardos desalmados y descentrados, uno de esos... esos... --balbuceó un segundo, intentando encontrar las

palabras adecuadas--. Ya sabes, uno de esos tipos Mr. Cualquiera, que nunca ha leído un libro que no estuviera en la lista de bestsellers del *New York Times*, ni ha tenido una opinión que no tuviera el visto bueno de las tres redes de televisión. Seguro que tú también habrás conocido cantidad de ellos, hay como cien millones de ellos ahí fuera. Saben que la gente a la que no les gustan los judíos está mal vista por todos los presentadores de sus tertulias favoritas, así que están totalmente decididos a no creerse nada malo sobre los judíos. Es tan difícil hacerles entrar en razón como a las mujeres. ¡Up!, sin ánimo de ofender, chicas.

»Pero tú, Oscar, si en algo conozco a las personas, eres un hombre impulsado por la razón. No importa cuánto desees agarrarte a una idea, que siempre podré apartarte de ella simplemente mostrándote datos que la contradigan. Y sin importar cuanto te asuste una idea, sin importar con cuánta fuerza te resistas a ella, podré obligarte a aceptarla simplemente razonando contigo. Ésto va a ser divertido. Vas a ser mi primer auténtico converso --volvió Harry a soltar su risita.

--Bueno, ya lo veremos --se rió Oscar--. Puede que sea susceptible a la razón, pero me lleva un tiempo acostumbrarme a una idea nueva, antes de aceptarla, con razón o sin ella. Si no me siento cómodo con una explicación de algo, si mi intuición no me dice que es correcta, entonces puede que no sea suficiente con la razón.

--Hmmm, éso me suena como a mentalidad femenina --dijo Colleen, que se había mosqueado con la insinuación de su marido de que las mujeres no eran seres razonables.

--No tiene nada que ver con la intuición, querida, sea masculina o femenina --intentó aplacarla Harry--. Nunca he tenido nada en contra de la intuición femenina -o contra ninguna otra cosa sobre las mujeres, para el caso-. Me gustan tal como son. Pero tienes que admitir que las mujeres no se enfrentan a la realidad de la misma forma que los hombres. Lo cual no es rebajar a las mujeres. Pero para un hombre es indecoroso no pensar como se supone que piensan los hombres, o sea creer en las pruebas que tiene ante sus ojos, y no en lo que piensa que supuestamente debería creer. Estamos viviendo en una época de rígido conformismo ideológico, en la que los hombres aceptan sumisamente las ideas "correctas", en vez de tener el coraje de pensar por sí mismos. La sumisión no le sienta bien a los hombres.

Oscar no dijo nada, pero se maravilló de que las palabras de Harry se ajustaran como un espejo a sus propios pensamientos sobre el tema; pensamientos que no eran en absoluto comunes en estos días. Junto a su inmediato afecto por el hombre estaba creciendo el sentimiento de que quizá podría encontrar en él un valioso aliado.

Capítulo 16

Ya en la sala de estar de Harry y Colleen, Harry abrió un libro con tapas negras que había traído de su estudio. Tenía insertadas entre las páginas un buen número de papelitos marcadores.

--Quiero leerte unos cuantos párrafos que deberían arrojar un poco de luz sobre las motivaciones de los judíos en sus relaciones con los no judíos. El autor es un judío tenido en muy alta estima por la comunidad judía mundial. Podría decir incluso que es una autoridad en asuntos judíos. Y créeme, en un tema tan controvertido como éste, es mucho mejor acudir en busca de información a los propios judíos, que a sus enemigos -de cuya objetividad, lamento decir, no siempre puede uno fiarse.

--Es exactamente lo mismo que me advirtió otra persona, hace muy poco --replicó Oscar.

Harry levantó el libro y dijo:

--Aquí, nuestra autoridad judía se está dirigiendo a sus correligionarios en Jerusalén --y comenzó a leer:-- «Extraños construirán vuestros muros, y sus reyes administrarán para vosotros... Por tanto, vuestros portales estarán continuamente abiertos... que los hombres puedan traer ante vosotros las riquezas de los gentiles, y sus reyes puedan ser traídos. Pues la nación y el reino que no os sirva perecerá; sí, esas naciones serán completamente asoladas... y los hijos de aquellos que os afligieron vendrán inclinados ante vosotros, y todos aquellos que os despreciaron se arquearán humillados hasta tocar la planta de vuestros pies... Chuparéis también la leche de los gentiles... Y los extraños se pondrán de pie y alimentarán vuestros rebaños, y los extranjeros serán vuestros labradores y viñadores... Os comeréis las riquezas de los gentiles, y en su gloria haréis ostentación.»

Harry cerró el libro y comentó:

--He ido saltando un poco, pero todo ésto viene en sólo dos páginas, en los capítulos 60 y 61 de Isaías. ¿Alguna vez has oído algo que sugiera más parasitismo que ésto, una actitud fundamentalmente parasitaria hacia el resto del mundo?

La obstinada réplica de Oscar fue:

--Harry, el Antiguo Testamento es un libro muy grande. Puedes encontrar en él casi cualquier cosa que quieras. Es verdad que lo que has leído sugiere una actitud parasitaria de los judíos. Pero no veo por qué esos pasajes son más fundamentales o significativos para comprender las motivaciones de los judíos que otros mil pasajes, que no sugieran actitudes parasitarias, que podrías haber leído en vez de éstos.

--Ah, pero es que el parasitismo *es* algo esencial para el judaísmo. Esta religión, si es que puede llamársele religión, *se basa* en el parasitismo, en la explotación de los gentiles por los judíos. La actitud de que el mundo está obligado a proporcionarle a

los judíos el sustento, es algo que se encuentra a través de todas las escrituras judías, junto con un furioso resentimiento de que el mundo no ha hecho lo bastante por ellos. Dime, ¿cuál es la creencia religiosa más esencial de los judíos? ¿Qué es lo que ellos consideran más distintivo sobre sí mismos?

Oscar pensó unos segundos, luego comenzó titubeante:

--Bueno, no soy ningún experto en religiones comparadas, pero yo diría que es la creencia de ser 'los elegidos'.

--¡Un cigarro para el caballero! --retumbó Harry--. Absolutamente correcto. Los judíos son, por supuesto, un pueblo notoriamente tribal, más etnocéntrico que cualquier otro grupo racial o nacional, incluso que los japoneses. Esto quizá sea comprensible, teniendo en cuenta la gran antigüedad de su religión. Tiene raíces en su existencia como una coalición de bandas de nómadas predadores del desierto, probablemente todos ellos emparentados por vínculos de sangre. En los últimos milenios le han dado a su deidad Yahveh, o Jehovah según le llaman los cristianos, una orientación universal. Pero originalmente era un dios estrictamente tribal, un dios específicamente judío, el espíritu animista de un volcán del desierto del Sinaí, un espíritu que supuestamente se manifestó a Moisés en forma de un arbusto ardiente, en las laderas de un volcán durante una erupción. Ahora veamos, si es que en tu infancia fuiste alguna vez a la escuela dominical, a lo mejor puedes decirme lo que ocurrió después de que el arbusto ardiente hablara a Moisés.

--Bueno, creo que fue entonces cuando llegaron a alguna especie de acuerdo con Yahveh, a resultas del cual acabaron siendo 'los elegidos' --replicó Oscar.

--¡Otra vez correcto! Chico, eres un verdadero teólogo, Oscar. ¿Serías capaz de explicar los detalles de este 'acuerdo' que has mencionado?

--Lo siento, no recuerdo los detalles. Creo que ellos se refieren a él como 'el pacto'.

--Sí, el pacto. En realidad, esa palabra se usaba a menudo en la Biblia en su sentido general de un acuerdo o contrato entre varias partes. Pero *el* pacto, el único que grabaron en piedra y llevaban consigo a todas partes en una caja especial, o 'arca', es el contrato supuestamente alcanzado entre Moisés, como representante de toda la tribu, y Yahveh en el Sinaí. Es, sin ninguna posible discusión, el fundamento del judaísmo. Es la razón por la que los judíos piensan en sí mismos como 'el pueblo elegido'. Los judíos devotos recuerdan el contrato con su dios de diversas maneras. Una es sujetando una cajita a las jambas de la puerta de casa, con un pedacito de pergamino dentro, en que anotan unos cuantos detalles del contrato, tal como fue puesto por escrito en el Deuteronomio de Moisés. Llaman a este artilugio una *mezuzah*. Durante los ritos religiosos se atan con correas otras cajitas parecidas con pedacitos de pergamino, al brazo y a la cabeza. A éstas las llaman *tephillin*.

--He oído hablar de ellas --comentó Oscar.

--En cualquier caso, supongo que estarás de acuerdo conmigo en que este contrato, este pacto, es algo fundamental. Debería permitirnos decir algo sobre la mentali-

dad de un pueblo que ha mantenido su memoria durante 3.000 años, respetando sus condiciones, sus detalles, ¿no crees?

--Bueno, las razas por lo general crean religiones hechas a su propia imagen --comenzó Oscar cautelosamente--. En el caso de una religión genuinamente nativa --que provenga del alma del pueblo, y no impuesta por un conquistador--, yo diría que el estudio de la religión podría proporcionar como mínimo una cierta comprensión del carácter de ese pueblo.

--Yo creo lo mismo. Ahora escucha los detalles del contrato del viejo Yahveh con su pueblo elegido. En realidad voy dar otra vez unos cuantos saltos, porque el pacto está un poco disperso, entremezclado con otras cosas sueltas, y repetido con palabras algo distintas en varios capítulos del Deuteronomio.

Harry abrió el libro cerca del principio y comenzó a leer otra vez:

--«Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Se las enseñarás diligentemente a tus hijos, y les hablarás de ellas tanto si estás en casa como si estás de viaje, así acostado como levantado; las atarás a tu mano como una señal, y serán como una insignia entre tus ojos; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas».

Miró hacia arriba y dijo:

--Estas son las órdenes para usar los *tephillin* y las *mezuzoth*. Ahora escucha lo que los judíos obtienen a cambio de Yahveh si cumplen su parte del contrato --continuó leyendo:-- «Cuando Yahveh tu Dios te haya introducido en la tierra que a tus padres Abraham, Isaac y Jacob juró que te daría: ciudades grandes y prósperas *que tú no edificaste*, casas llenas de toda clase de bienes *que tú no llenaste*, cisternas excavadas *que tú no excavaste*, viñedos y olivares *que tú no plantaste...*»³¹

Interrumpió otra vez su lectura mientras giraba unas cuantas páginas.

--Hay unas cuantas cosas que se exige a los judíos para poder tomar posesión de todo este botín de los gentiles. A continuación de la sección que acabo de leer, se establecen las condiciones de que deben temer a Yahveh, jurar en su nombre, servirle, y no tener ninguna relación con los dioses de otros pueblos --«porque el Señor tu dios es un dios celoso».³²

»Ah, aquí está. Ésto es el capítulo once. Aquí se repite mucha de la misma cháchara que he leído del capítulo seis, incluyendo el mandato de usar los *tephillin* y todo éso. Luego viene la paga.

Reanudó la lectura:

--«Porque, si de verdad guardáis todos estos mandamientos que yo os mando practicar, amando a Yahveh vuestro Dios, siguiendo todos sus caminos y viviendo unidos a él, Yahveh desalojará delante de vosotros a todas esas naciones, y vosotros desalojaréis a naciones mas numerosas y fuertes que vosotros. Todo lugar que pise la

31 *Biblia de Jerusalén (1975), Deuteronomio 6.6-11. Estos versículos y algunos más (6.4-21) constituyen la segunda oración más importante del judaísmo, llamada "Shemá Israel" ("Oye, Israel"). Todo judío debe conocerla.*

32 *Biblia de Jerusalén (1975), Deuteronomio 6.14-15.*

plante de vuestro pie será vuestro... Nadie podrá resistiros; Yahveh vuestro Dios hará que se os tema y se os respete sobre la haz de la tierra que habéis de pisar, como él os ha dicho»³³

--¿Te importa que lo lea yo mismo? --preguntó Oscar.

--En absoluto. Hay un montón de verborrea superflua, pero los pasajes que he leído -los que van al meollo del pacto de los judíos con Yahveh- son los marcados al margen. Mientras te recuperas compara lo que los judíos querían de su dios, con lo que nuestros propios antepasados paganos podrían haberle pedido en una situación similar. Podríamos haberles pedido coraje en el campo de batalla, quizá incluso la victoria sobre nuestros enemigos, o una cosecha abundante. ¿Pero podrías imaginarnos pidiendo específicamente que nos diera el fruto del trabajo de otros pueblos, sin tener que trabajármolo nosotros mismos? --Harry le pasó la Biblia a Oscar.

Oscar leyó en silencio durante unos cuantos minutos, mientras Adelaida charlaba con Colleen, y Harry iba a la cocina a por un jarro de café y unas cuantas tazas.

--Me he fijado que --comentó Oscar por fin--, entre las otras cosas que se les ordena hacer a los judíos para que se les entreguen estas «ciudades grandes y prósperas», llave-en-mano, está el requisito de que se comprometan a cometer genocidios. En el capítulo siete dice «*Destruirás*, pues, todos esos pueblos que Yahveh tu Dios te entrega, sin que tu ojo tenga piedad de ellos»³⁴. Y unos pocos capítulos después repite el mismo mandato: «En cuanto a las ciudades de estos pueblos que Yahveh tu Dios te da en herencia, no dejarás nada con vida, sino que las consagrarás al anatema»³⁵. Luego vienen los nombres de unas cuantas tribus que deben ser exterminadas hasta la última mujer y niño, al parecer porque eran los desafortunados habitantes de las ciudades que ambicionaba el pueblo elegido de Yahveh. Me pregunto si hoy día, en vista de su eterno gimoteo sobre lo que les hicieron los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, no encuentran embarazosas estas exhortaciones al genocidio. Claro que estos documentos fueron supuestamente escritos hace más de 3.000 años. Supongo que ya no se los tomarán en serio, y que sería injusto usarlos en su contra.

Harry acabó de servir una taza de café a Oscar y luego respondió:

--De hecho, se lo toman muy en serio. Los judíos son el pueblo más conservador de todos los pueblos, en cuanto a religión. Están tan decididos a acabar con nosotros hoy día como lo estaban a acabar con los jebusitas, los amorritas y luego con los cananeos. Recuerda, lo que estás leyendo es parte del pacto entre los judíos y su dios. Él les ha prometido el mundo, y nosotros les estorbamos. Es verdad, por supuesto, que bastante más de la mitad de los judíos de hoy día se consideran a sí mismos como no religiosos. Pero como te atrevas a sugerir en público que parte de su pacto

³³ BDJ, Deuteronomio 11.22-25.

³⁴ BDJ, Deuteronomio 7.16.

³⁵ BDJ, Deuteronomio 20.16-17. La cita completa que menciona Oscar es según BDJ: «En cuanto a las ciudades de estos pueblos que Yahveh tu Dios te da en herencia, no dejarás nada con vida, sino que las consagrarás al anatema: a hititas, amorreos, cananeos, perizitas, jivitas y jabuseos, como te ha mandado Yahveh tu Dios.» En la Biblia, 'el **anatema**' significa la aniquilación total. La traducción literal de "Hunter" es: «De las ciudades de éstos pueblos que el Señor tu dios te entrega en herencia no deberás dejar con vida nada que respire, sino que deberás destruirlos completamente.»

con Jehovah resulta abominable para cualquier hombre o mujer de mente justa e imparcial, y debería ser eliminado, tendrás a los judíos ateos desgañitándose para pedir tu cuello a gritos, con la misma fuerza que los fieles asistentes a las sinagogas.

»Si piensas un minuto en ello, Oscar, tú ya sabes que es verdad. Es el tipo de reacción que uno espera de los judíos. En cuanto le echas a uno de ellos una mirada de reojo, ya están todos gimiendo y gritando sobre 'antisemitismo'. Allá donde sus propios intereses se vean involucrados, son totalmente incapaces de ninguna objetividad. Así que no sólo no ven ninguna incongruencia en pedir venganza contra los alemanes y a la vez mimar su propio pacto genocida, sino que encima tienen la '*chutzpah*'³⁶ de exigir que los cristianos cambien la doctrina del Nuevo Testamento, siempre que expresa hostilidad hacia los judíos.

Harry le cogió de nuevo la Biblia a Oscar y pasó rápidamente las hojas.

--Aquí está, en Mateo, capítulo 27. Pilatos, el gobernador romano de Judea, está intentando habérselas con un gentío del populacho judío que quiere que maten a Jesús por violar la ley judía. Pilatos quiere soltar a Jesús, pero el populacho, azuzado por los rabinos y sacerdotes judíos, exigen su muerte. «Pilatos les dijo: ¿Qué debo hacer a este Jesús al que llaman Cristo? Todos dijeron: Crucifícale. Y él dijo: ¿Por qué? ¿qué mal ha cometido? Pero ellos gritaron sobremanera: Crucifícale. Así que cuando Pilatos vio que no podía persuadirles en absoluto, sino que más bien se estaba produciendo un tumulto, tomó agua y se lavó las manos delante de la multitud, diciendo: Yo soy inocente de la sangre de este hombre justo, encargaos vosotros de él. Y todo el pueblo respondió diciendo: Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos».

»Ésta es una forma de hablar bastante clara. Pero hace algunos años los judíos comenzaron a quejarse de ello, porque una pequeña minoría de la población anfitriona de éste país y de Europa aún se tomaba el cristianismo en serio, y se tomaban al pie de la letra la aceptación por parte de los judíos de su responsabilidad colectiva en la muerte de Jesús. Lo cual derivaba en antisemitismo, decían los judíos. Así que exigieron a las iglesias cristianas que cambiaran su doctrina al respecto. ¡Y las iglesias lo hicieron! Ahora todos dicen que Mateo se equivocó, que los responsables de la muerte de Jesús fueron en realidad toda la raza humana, no sólo los pobres, inocentes y amables judíos. Pero imagínate los gritos de angustia que ibas a oír como algún teólogo cristiano dijera que ya es hora de que los judíos renuncien a algunas de las afirmaciones del viejo Yahveh más intolerantes y sedientas de sangre.

Oscar se rió.

--Estoy seguro de que tienes razón. Eso es algo que les he notado: siempre tienen algo de lo que quejarse. Allá donde haya un conflicto, siempre es por *tu* culpa, nunca la suya. No importa cuanto retrocedas para inclinarte ante ellos, nunca es suficiente. Siempre quieren más, y actúan como si se lo debieras. Yo creo que es ésa actitud de 'dame', esa eterna insolencia agresiva, es lo que hace que les disgusten a la mayoría de la gente.

36 (*yidish*)*chutzpah*: audacia desvergonzada, impudicia –Collins.

»Pero sólo porque sean fáciles de odiar no significa que sean parásitos. Trabajan duro, son inteligentes y creativos, y a mí me parece que contribuyen a nuestra civilización al menos lo suficiente como para compensar el daño que hacen con los medios de comunicación.

--Oscar, piensa en lo que estás diciendo. La estrecha imagen mental que tienes de un parásito es algo parecido a una 'negra' gorda rodeada por un enjambre de 'pequeñinos' ilegítimos, todos viviendo a costa de la asistencia social. Pero eso sería un tipo de parásito casi benigno, quizá de la misma especie que una tenia. Pero en la naturaleza hay además otros tipos de parásitos, no tan benignos: algunos que podrían compararse, razonablemente, con los murciélagos vampiros portadores de la rabia. Los parásitos no tienen por qué ser descerebrados y pasivos, como las tenias o las mamás negras que chupan de la seguridad social. También pueden ser bastante listos y agresivos, quizá lo bastante para subsistir por sus propios medios. Pero si su tendencia innata es «chupar la leche de los gentiles» -si llegan hasta el punto de santificar esa ambición y exhibirla como la base de su existencia espiritual, de su pacto con su deidad tribal-, y si tienen un historial que se extiende a lo largo de miles de años, durante los cuales se han infiltrado y destruido una sociedad tras otra mientras seguían viviendo como una minoría privilegiada entre sus víctimas potenciales, entonces es totalmente acertado describirlos como parásitos.

»Nadie que los conozca negará que los judíos trabajan duro, siempre que haya perspectiva de ganancias -más duro, de hecho, que la mayoría de los gentiles que se quejan de ellos-, o que sean listos. Pero si haces una cuenta de resultados con el balance de sus contribuciones y depredaciones -y lo haces minuciosamente-, creo que cambiarás de opinión en cuanto a que sean un activo de nuestra civilización. Una de las cosas que hace delicada esta tarea es que son ellos quienes controlan una enorme cantidad de los datos que deberían aparecer en la cuenta de resultados -y no son nada tímidos a la hora de hacerse autobombo.

»De hecho su autobombo resulta ultrajante. Nunca se cansan de recordarnos que son ellos los creadores de la religión occidental y de una parte enormemente desproporcionada de su literatura, arte, música y ciencia. Repiten tan a menudo su proclama de que los cuatro grandes pensadores e innovadores de los últimos 2.000 años han sido Jesús, Marx, Freud y Einstein -todos ellos judíos-, que han conseguido que la mayoría de los gentiles, incluso los que tendrían que tener algo más de idea, se lo crean. Estoy seguro de que tú mismo habrás oído cientos de veces esa fanfarronada en concreto. ¿Te has limitado a aceptarla sin más, o te la has cuestionado?

Oscar se ruborizó y balbuceó:

--Bueno, a decir verdad, yo...

Harry le cortó y continuó con su monólogo:

--Le pasa lo mismo a casi todo el mundo. El hecho de que los judíos hayan sido capaces de sacar adelante impunemente semejantes camelos ridículos, prácticamente sin que nadie le haya hecho frente, es un homenaje a su colosal capacidad para engañar. Tú piensa en ello. No hay ninguna duda de que Jesús fue un reformador religioso

de un carisma y capacidad extraordinarias, a juzgar por las supuestas memorias de su vida y sus enseñanzas en el Nuevo Testamento, pero la religión fundada por sus seguidores por cierto que no era una religión occidental Ganó gran aceptación entre los esclavos y otros elementos extraños del mundo marginal del decadente Imperio Romano, y luego les fue impuesto a nuestros antepasados sajonos por el fuego y la espada. En lo que se convirtió durante los siguientes mil años a partir de entonces, sí que fue ciertamente coloreado por nuestro propio carácter racial, convirtiéndolo, en determinadas épocas del pasado, en algo bastante distinto del credo subversivo usado por Saulo de Tarso y sus sucesores para socavar el poder de Roma.

»Sin embargo, durante los últimos 50 años o así, sus tendencias subversivas y anti-occidentales han vuelto a salir a la luz, y hoy día está ahí haciendo frente común con los medios de comunicación masivos, y el Gobierno Federal, como uno de los principales agentes de destrucción racial. Es una religión de la igualdad, de la debilidad, de la regresión y la decadencia, de la rendición y la sumisión, del perdón. Si nuestra raza sobrevive durante el próximo siglo, habrá sido porque hayamos podido quitarnos de encima la carga del cristianismo y hayamos encontrado de nuevo el camino hacia una espiritualidad occidental genuina Los judíos pueden reivindicar a Jesús como uno de los suyos, si quieren, pero difícilmente creo que a largo plazo tengamos que considerarnos en deuda con ellos por ello.

»En cuanto a Marx, el incluirlo en su famoso cuarteto es en verdad una auténtica impudicia por su parte. No hay ninguna duda en absoluto sobre su judaidad; provenía de una familia de rabinos. Y no hay ninguna duda en absoluto sobre el efecto que tuvo sobre el mundo occidental: sus seguidores han asesinado a más gente nuestra que ningún otro a lo largo de toda la historia -sólo en Rusia, 30 millones-. Peor aún, por lo general sus asesinatos siempre han sido selectivos, asesinando deliberadamente a los mejores elementos de nuestra raza, porque justamente ellos eran los elementos más resistentes a las demenciales teorías de Marx. ¿Y se supone que tenemos que estarles agradecidos a los judíos por ello?

»La doctrina de Marx es tan antioccidental como la de Jesús. También fue diseñada para reclutar a la escoria de la sociedad occidental, a los peores elementos de entre nosotros, y para derribar a su nivel a los mejores y a los más fuertes. Para los judíos puede ser un gran hombre, pero como constructor de un sistema, como teórico político, fue una nulidad. Siempre que se ha intentado el comunismo entre la gente de raza blanca, ha sido un fracaso total. Sencillamente no es factible, y desenmascara a su diseñador como un charlatán embaucador.

»En cuanto a Freud, afortunadamente, no ha tenido ocasión de hacernos tanto daño como Jesús y Marx, pero no es porque no lo haya intentado. Sus discípulos aún siguen promocionando algunas de las más estafalarias nociones sobre las motivaciones humanas, que logró colar en el mundo de los gentiles. ¡Imagínate los millones de dólares que habrán pagado las mujeres neuróticas a los curanderos freudianos que se hacen pasar por médicos o terapeutas!

»¿No ves el elemento común en el efecto que esos tres judíos han tenido sobre nuestra raza? Eran constructores de ilusiones. En cada uno de los casos el judío invo-

lucrado pergeñaba una ilusión, y luego sus camaradas judíos vendían esa ilusión a nuestro pueblo. En cada uno de los casos, lo que vino a continuación fue el desastre. Se invertía mucho más talento en el marketing que en cualquiera de las ilusiones propiamente dichas. Las ilusiones sencillamente se habrían disipado, si no fuera porque una tropa de charlatanes y pregoneros con mucho talento las tomaban a su cargo y las iban divulgando con éxito.

»En el caso del cristianismo, el pregonero jefe fue Saulo de Tarso, alias Pablo; él fue quien infectó con él al submundo romano. En el caso del marxismo, fue Bronstein, alias Trotsky, el que vino a Nueva York y reclutó una banda de sus camaradas judíos para volver con él a Rusia para ayudarlo a extender el virus. Fueron lo bastante afortunados para conseguir la ayuda de Lenin, judío en parte, y realmente dotado, que además de pregonero era organizador y estratega.

»Y no hace falta que te diga que la amplísima mayoría de los hombres que promocionaban los camelos de Freud, al igual que la mayoría de los que siguen promocionándolos hoy día, eran judíos. En todos los casos, los judíos vieron una debilidad en el mundo gentil de la que podían aprovecharse; en cada caso cogieron una ilusión pergeñada por un judío y la usaron como palanqueta para apalancarse una entrada por el punto de debilidad.

Oscar le interrumpió:

--¿Y qué hay de Einstein? ¿También era sólo un pregonero? --podía detectarse un indicio de sarcasmo en su voz.

--No, pero muchos de los que han promovido su imagen de genio más grande de todos los tiempos sí lo eran. Einstein fue un científico dotado. Aunque se hubiera llamado Smith o Jones habría sido enormemente respetado por los demás científicos de hoy día, pero su nombre no sería una palabra de dominio público. Pero como era judío, cuando comenzó a destacarse en el mundo científico sus camaradas judíos pusieron en marcha todos los engranajes de su maquinaria promocional. Y ésta es la única razón real por la que tiene cierto sentido agrupar a Einstein con los otros tres: lo que todos tienen en común es una tropa de pregoneros judíos convenciendo al mundo gentil de que en su hombre había más de lo que se veía a simple vista.

»Yo no soy físico, pero uno de los miembros de nuestra Liga que sí lo es me ha dicho que a Einstein, aunque se merece mucho crédito, le han adjudicado mucho en que justicia pertenecería a otros. Los medios de comunicación, por ejemplo -incluso los libros de texto de los institutos y colegios de la primera fase de las universidades- le conceden el crédito de haber sido el único creador de la teoría de la relatividad, de haber sido el hombre que enseñó al mundo que $E=mc^2$, conduciéndonos de este modo a la energía nuclear Y éso simplemente no es verdad. Antes de Einstein había otros físicos y matemáticos que habían estado trabajando con conceptos relativistas. Las ecuaciones básicas de la relatividad ya habían sido deducidas por un alemán, Lorenz, y por un inglés, Fitzgerald, antes de que Einstein se percatara de ello. Incluso la ecuación $E=mc^2$ no es de Einstein: un alemán, Hasenoehrl, ya publicó éste resultado en 1904, en relación con sus cálculos teóricos de equivalencia entre energía y masa.

»Einstein tomó como base los trabajos de éstos y otros hombres, y luego añadió el suyo propio. Proporcionó nuevas explicaciones. Se merecía un reconocimiento por ello. Es comprensible que sus camaradas judíos quisieran alardear un poco de él, pero fueron mucho más allá. Los pregoneros judíos vieron su oportunidad de construir otra figura de culto que podían vender a los gentiles, y lo hicieron. Exageraron, distorsionaron, promocionaron. Y confeccionaron toda la ilusión tan astutamente que incluso los científicos -la gente que debería estar mejor enterada- se dejaron embaucar por la farsa. Los hombres familiarizados con el trabajo de Lorenz, Fitzgerald, Hase-noehrl, y otros pioneros de la teoría de la relatividad, al parecer piensan que sería de mala educación decir algo contra la exageración del papel de Einstein.

»Por supuesto que además de Einstein ha habido otros judíos que han hecho contribuciones reales -aunque para muchos de ellos, como en el caso de Einstein, hay que ser muy cauteloso a la hora de aceptar las pretensiones que se hacen sobre ellos-. Pero uno debe intentar equilibrar estas figuras positivas contra el apabullante gran número de judíos demoleedores de cultura y destructores de civilización. Basta con echar una mirada al desierto en que se han convertido nuestro arte, música y literatura, desde que los judíos se abrieron camino en él a codazos. ¡Y encima se jactan de sus logros también en éstos campos! Dicen: "Mirad cuantos recompensas y premios han ganado nuestros escritores judíos". ¿Has leído algo de la mierda que esos judíos laureados con el Nobel, o ganadores del premio Pulitzer, producen como churros?

--Mmm, en el colegio me esforcé de lo lindo con "*El arreglador*" ["*The Fixer*"], de Malamud. Un escrito competente, supongo, pero a mí me pareció un libro bastante olvidable. Supongo que podría decir lo mismo de "*Doctor Zhivago*", de Pasternak. Nunca fui capaz de imaginar qué veían los demás en estos dos libros. También me zambullí en un par de novelas de Norman Mailer y llegué a la mitad de la "*El lamento de Portnoy*" ["*Portnoy's Complaint*"], de Roth. Eran mucho peores que Malamud y Pasternak -auténtica basura-. De hecho eran peores que basura, eran enfermizos. Estaban escritos por hombres enfermos, con una visión del mundo enfermiza.

»En la época en que leía esas cosas no las elegía porque sus autores fueran judíos, las elegía porque todos los medios de comunicación las alababan -y mis profesores, y algunos compañeros -, y las señalaban como obras significativas. Pero tras mi quinta o sexta novela judía acabé sintiéndome obligado a creer que el estilo literario judío tenía un *regustillo* que, sencillamente, no me iba.

»Lo que me pasaba con ellos era -Oscar se inclinó hacia delante hablando más intensamente, con sus ideas obviamente estimuladas por el asunto- que no lograba identificarme con ninguno de los personajes. En las novelas judías había escenas más o menos divertidas, o hasta interesantes. A menudo el estilo era bueno, aunque no siempre, en absoluto. Pero en ninguna de ellas había nada que me *emocionara* de verdad. Y las que conseguía acabar siempre me dejaban con un ligero sentimiento depresivo.

»Y no es que sea un analfabeto ni que la buena literatura me deje frío. No me da vergüenza admitir que he llorado leyendo a Shakespeare. Y lo que leí de él hace ya 20 años aún sigue vivo en mi mente. Puedo citar de memoria grandes fragmentos de

Julio César y de otra media docena de obras de Shakespeare. Vaya, y me pasa lo mismo con *La Iliada* --Oscar se rió--. Supongo que no es justo esperar que otros escritores lleguen a equipararse con los baremos de calidad establecidos por Homero y Shakespeare. Pero hay cantidad de autores menos ilustres que también me han emocionado.

--¿Has leído algo de poesía judía?

--Algo sí, por desgracia. ¿Acabo de decir que Mailer y Roth son enfermizos?. Pues por Dios, no sé que palabra podría usar para describir a los poetas judíos que he intentado leer. Necesitaría algo más fuerte que 'enfermizo'. Cuando era estudiante universitario nos exigían leer a Allen Ginsberg. No sé cómo el profesor podía aguantar la risa cuando nos decía que la basura que escribía Ginsberg era poesía. Había un par más cuyo nombre no puedo recordar: algunos versos sobre el Holocausto, otro material realmente demencial, todo ello muy trivial. Teniendo en cuenta con cuantos novelistas judíos me he encontrado, me sorprende que no haya más poetas judíos.

--La poesía no da mucho dinero.

--Si intentas decir que las obras judías son en su mayor parte productos extraños e intrascendentes, estoy de acuerdo contigo. Pero también hay una buena cantidad de basura escrita por gentiles, algunas patochadas auténticamente pasmosas a las que los críticos de libros del *New York Times* elogian junto con las patochadas judías. Así que si quieres echarle la culpa de la decadencia de la literatura inglesa a los judíos, no puedo estar de acuerdo contigo.

--Pues éso es exactamente lo que pretendo hacer. Observa el esquema de los acontecimientos, Oscar. No se trata sólo de la literatura, es nuestra cultura al completo. En el siglo 19 nuestra gente creó algunas de las músicas más grandes que se hayan compuesto nunca: Beethoven, y Wagner, y Tchaikovsky, y Schubert, Brahms, y Chopin, y Dvorak y Bizet y Liszt y Schumann y docenas de otros. El siglo 19 también fue un gran siglo para la literatura y la poesía -y para la pintura-. ¿Por qué todo éso se paró en seco en el siglo 20?

--¿Se paró? A mí me parece que se ha escrito algo de buena música desde 1900. ¿Qué hay de Sibelius? Y también hemos tenido algunos escritores realmente buenos. Uno es Steinbeck, otro Shaw. Estoy seguro de que si me concentrara un minuto podría pensar en media docena de otros escritores importantes de este siglo que han hecho un trabajo excelente.

--Podrías haber mencionado a Richard Strauss --intervino Adelaida --. En conjunto es un poco demasiado moderno para mí, pero alguna de su música es buenísima.

--Vale, vale. A lo mejor exageraba un poco --continuó Harry--. Pero sigue siendo cierto el hecho, a pesar de Sibelius y Shaw, y Steinbeck y Strauss, de que en este siglo ha habido un descenso drástico en el nivel de la creatividad artística. ¿En serio me discutes éso?

--Supongo que tendré que estar de acuerdo en lo que se refiere a la poesía --repuoso Oscar intentando ser conciliatorio--. Una parte de la poesía de Eliot está muy bien,

y una o dos cosas que escribió Pound, pero he notado que en los últimos sesenta años o así no se ha publicado demasiada poesía que tenga un mínimo atractivo para mí, y eso es un contraste enorme con la poesía inglesa del siglo 19, la mayor parte de la cual me apasiona bastante. También podría estar de acuerdo sobre el arte. En Alemania, antes de la guerra, había algunos escultores muy buenos -en particular Breker-, pero la mayor parte de la pintura y escultura que se hace en estos días es pura mierda. Por supuesto, ésto es algo estrictamente subjetivo. Y sobre la literatura en prosa y la música tendría que pensar un rato antes de poder decir si estoy o no de acuerdo.

--Por amor de Dios, Oscar, no deberías tener que pensar. La música del siglo 19 está representada por Beethoven y Wagner, por gigantes. Sibelius y Strauss puede que fueran unos excelentes compositores, pero no eran gigantes. Y además, no representan la música del siglo 20; son la rara excepción, no la norma, del siglo 20; son reminiscencias del siglo anterior. La literatura del siglo 19 está representada por Dostoyevsky y Dickens. ¿Quién de este siglo se les acerca siquiera?

--Cuando pienso en ello, me parece que no es tanto que no haya habido buenos novelistas en el siglo 20 --replicó Oscar--. Mientras estabas hablando se me han ocurrido un par de nombres más. "*El crecimiento del suelo*" ["*Growth of the Soil*"], de Hamsun, estaba a la altura de los estándares del siglo 19. "*Sobre la servidumbre humana*" ["*Of Human Bondage*"], de Maugham, era de primera clase, y algunos de los relatos de Conrad no eran nada malos, aunque no se los pueda llamar 'grandes'. Un libro escrito después de la Segunda Guerra Mundial que tuvo una gran influencia en mí fue "*1984*", de Orwell. Y estoy seguro de que había cantidad de otros. No, yo creo que el problema no es tanto la falta de buenos trabajos, sino que el material bueno está ahogado en semejante inundación de basura.

--Eres un caso difícil, Oscar. No voy a negarte que se hayan escrito algunos libros buenos desde la Primera Guerra Mundial, probablemente incluso unos pocos desde la Segunda Guerra Mundial -pero el nivel general de la literatura anda cuesta abajo, igual que para la música, la pintura y las demás artes. No sólo es que haya una inundación de basura, es que se exhibe a la basura como estándar. Es la basura lo que gana los premios; es la basura, lo que los escritores jóvenes intentan emular. ¿No vas admitir éso?

--Bueno, vale. Podría andar buscándote las cosquillas sobre los detalles, pero creo que en un sentido amplio llevas razón: los niveles han descendido.

--Correcto. ¿Y por qué han descendido?

--Si tuviera que nombrar un solo motivo, yo diría que es por el creciente nivel de democracia económica. En el siglo 19 los estándares los colocaba una élite. No había radios, tragaperras, tocadiscos ni radiocasetes. Los compositores escribían música para que se tocara en las salas de conciertos. John Sixpack³⁷ y su mujer no iban a los conciertos. La gente que iba era más selectiva que la gente que hoy día compra discos y cintas.

³⁷ Sixpack: paquete de seis: en referencia a los de cerveza.

»Los libros los compraba la misma élite. Los críticos literarios escribían para esta élite, no para las masas. Hoy el nivel de vida de John Sixpack va hacia arriba. Tiene una semana laboral mucho más corta, tiene más tiempo de ocio. Compra periódicos, escucha la radio, hasta puede que lea un libro de vez en cuando. Sus chavales tienen reproductores de casetes. Su poder adquisitivo, como clase, es mucho mayor que el de la élite culta. Así que la música y los libros se dirigen a ellos, más que a la élite. ¿Que tal éso como explicación?

--En parte tienes razón --respondió Harry--. O sea, aunque no hubiera ninguna otra razón para el descenso del nivel cultural, probablemente descendería a causa de la mayor cantidad de dinero y tiempo de ocio a disposición de los elementos menos selectivos de la sociedad. Pero estás sobreestimando el efecto de la democracia económica, y hay otros motivos para lo que sucede.

»¿De verdad crees que el arte que se muestra hoy día en los museos es tan feo sólo porque John Sixpack es un palurdo?. ¿Hay que echarle la culpa a la esposa de Juan por el material tan raro que se está llevando los premios de poesía en estos días? Estoy seguro de que si hicieras una encuesta descubrirías que John Sixpack y su mujer preferirían la escultura de Breker que esas de Picasso o Henry Moore. Y ni Juan ni su mujer compran tantas novelas judías como para que los editores noten la diferencia.

»No, los niveles culturales no se han limitado a deslizarse junto con el nivel intelectual medio de los consumidores de cultura; los han echado abajo deliberadamente.

--Harry tiene razón en una cosa --intervino de nuevo Adelaida en la conversación--. Hoy día la élite -los que piensan de sí mismos que lo son- probablemente está más a favor de privilegiar la basura que las masas. Pero al hacerlo, piensan que están manteniendo altos los estándares. Es el movimiento hacia el modernismo, en el que han sido invertidos todos los viejos valores. Por lo menos en el caso de la literatura y la pintura y la escultura. En música, es más probable que tenga razón Oscar. El gusto de las masas no va con la música estructurada, sino por el ritmo. La música primitiva, música negra, ha tenido una gran influencia para decidir la música que se toca por la radio, porque la audiencia de la radio tiene gustos más primitivos que la audiencia de un concierto.

Harry y Oscar miraron ambos hacia ella.

--Muy bien. Ésa es otra explicación parcial --dijo Harry--. Es verdad que la gente que hoy día compra obras de arte y patrocina los museos, al igual que ésos que se echan a correr para comprar las ediciones de tapas duras de cada nuevo pedazo de mierda de Roth o Mailer en cuanto las publican, son pijos descerebrados a los que han educado más allá de su propia capacidad intelectual. Son la nueva élite cultural. Y se conforman servilmente con la tendencia modernista que trazan los críticos. Un artista al que los críticos hayan dado su sello de aprobación ya puede mostrar en una exposición un humeante plato lleno de boñigas frescas de vaca, que los críticos lo pondrán por las nubes como una nueva e importante obra de arte, y los miembros de la nueva élite serán todo "aaahes!" y "oohes!", asintiendo con la cabeza juiciosamente y diciéndose los unos a los otros cuanta 'sensibilidad' por parte del artista se revela en

la forma en que las boñigas rezuman y desbordan por el borde del plato. »John Six-pack se limitaría a echarse a reír No tiene ningún nivel cultural que sostener, así que no presta ninguna atención a los críticos. Pero la nueva élite no ha decidido en absoluto por su cuenta que la basura que hoy día se está produciendo en nombre del arte, es arte. Los bobos que consideran que todo el arte figurativo es arte 'fascista' no han desarrollado esa opinión por su cuenta. No rinden culto a la fealdad simplemente porque estén mentalmente enfermos. Le rinden culto porque sus capacidades discriminatorias no son en realidad mucho mejores que las de John -y porque los críticos les han persuadido de que es elegante rendirle culto, de que está de moda, de que demuestra cuánto más listos son que Juan y su esposa.

»El movimiento modernista fue creado por los críticos -que es lo mismo que decir, por los medios de comunicación de masas. Y que no es más que otra manera de decir que fue creado por los judíos.

--Bueno, espera un minuto --fue la réplica de Oscar--. Los judíos no inventaron el movimiento modernista. La tendencia ya estaba allí en el siglo pasado. Algunas de las personas involucradas estaban obviamente enfermas o malamente perturbados, y su arte reflejaba sus enfermedades. Otros parecían más bien ser incompetentes, que no tenían el talento ni la autodisciplina para producir auténtico arte, así que ignoraron las reglas y produjeron lo que les resultaba más fácil. Pero la mayoría de los practicantes del modernismo no eran judíos. Picasso no era judío. Ni Henry Moore. La mayoría de la gente que se dedica hoy día a vomitar esa papilla insensata y confusa y llamarla 'poesía', o a embadurnar unos pocos pegotes de pintura por aquí y por allá en un lienzo y llamarlo 'arte', son gentiles.

--Oye, yo no he dicho que todos los practicantes del modernismo fueran judíos -aunque estaban involucrados muchos más de los que podría garantizar su porcentaje de la población general-. Ciertamente, la tendencia siempre estuvo presente. Siempre ha habido un cierto número de gente vaga e incompetente -y gente emocionalmente desquiciada- en todas las profesiones. En el pasado la gente con buen gusto se limitaba a ignorarlos. Lo que ha pasado en éste siglo es que los judíos han conseguido hacerse con el control de nuestros medios de comunicación masiva. Y éso ocurrió a la vez que aumentaba la importancia de los medios de comunicación masiva, como resultado de la democracia económica. Antes de este siglo no había críticos judíos a los que se pudiera llamar así. Ahora la mayoría son judíos. Y los que no lo son siguen la pauta marcada por los judíos, porque son empleados de judíos.

»No sólo éso. El mercado cultural está controlado por judíos de otras maneras. En estos días puedes escribir cualquier tipo de novela o de poesía que quieras. Hasta puedes hacer que lo publiquen, si estás dispuesto a correr tú mismo con los gastos de publicación. Pero si quieres que te lo publique algún otro -una editorial importante, con acceso a las cadenas de librerías-, entonces harías mucho mejor en recortar tu creatividad literaria para que se adapte a lo que quieren los editores. Lo mismo vale para las artes plásticas y gráficas. Si a los propietarios de las galerías no les gusta, nadie verá tu trabajo, y tú te morirás de hambre.

»Los judíos han hecho una selección de los elementos pervertidos e indisciplinados del mundo artístico de los gentiles, elementos que antes siempre habían estado sometidos a control por las fuerzas naturales, y los han promocionado y alentado. A éstos practicantes han añadido los suyos propios. A los elementos sanos les han cortado el contacto con el público, en la medida en que han podido. Y han hecho un trabajo buenísimo persuadiendo a la clase de los consumidores de arte y literatura superficialmente educados, de que había que poner patas arriba todos los antiguos estándares culturales: que había que alabar la fealdad y reírse de la belleza, que el caos es admirable y el orden despreciable, que el arte que refleja la verdadera vida interior de su pueblo es 'racista' y no merece el respeto que se le da a cada pedazo de baratijas extrañas producidas por '*negros*', '*gooks*' o extranjeros de cualquier pelaje³⁸.

--Pero maldita sea, ¿por qué? ¿Qué les va en ello a los judíos? ¿Por qué iban a intentar asfixiar a la cultura del pueblo entre el que están viviendo y fomentar en su lugar la degeneración y el caos? No tiene sentido. Solo es buscarse problemas. Les iría mucho mejor promocionando a los mejores elementos de nuestra cultura y no a los peores --la impaciencia de Oscar era audible en su voz.

--¿Que porqué? Yo te voy a decir por qué --Harry alargó la mano para coger de nuevo la Biblia, la abrió por uno de los papelillos marcapáginas y comenzó a leer:-- «Yo enfrentaré a egipcios contra egipcios, y pelearán entre sí, todos contra su hermano y todos contra su vecino, ciudad contra ciudad y reino contra reino. Y el espíritu de Egipto se hundirá en medio y a causa de ello, y yo destruiré el buen sentido a causa de ello, y ellos acudirán a los ídolos y a los encantadores, y a los que tienen espíritus familiares, y a los hechiceros.»

Harry alzó la mirada y preguntó:

--¿Te recuerda algo de lo que está pasando hoy día? Esta era la fórmula de Isaías para la destrucción de una nación, hace 2.700 años, pero a mi me parece que podría igualmente aplicarse a lo que han estado haciendo en nuestro país durante los últimos 50 años. De hecho, si lo miras a mayor escala, la fórmula de Isaías podría muy bien describir la forma en que los judíos han tratado al mundo blanco -o sea nosotros y Europa, Rusia incluida-, durante más de un siglo.

--Bueno, por cierto que es verdad que la gente que dirige los medios de comunicación de masas han hecho un buen trabajo a fondo en lo de destruir el buen sentido del pueblo americano --replicó Oscar--, pero no puedo aceptar lo que acabas de leer como prueba de que haya sido deliberado, y no veo qué relación tiene con su parcialidad hacia el modernismo.

Harry repuso:

--Las palabras de Isaías son un poco extrañas, pero hay más concordancias con la situación actual que la simple destrucción de nuestra capacidad de razonar y de encontrar un modo de salvarnos como pueblo. «Todos contra su hermano y todos contra su vecino». ¿no es ésta una buena manera de describir la atomización social que

³⁸ *gook* : (despectivamente) nativo de alguna raza amarilla o bronceada; *wog* : (despectivamente) nativo del medio o lejano Oriente; también: cualquier extranjero de piel oscura --Merriam-Webster.

ha tenido lugar en la sociedad blanca, la desintegración de nuestro sentido de solidaridad racial y comunitaria? ¿Y ha habido nunca antes semejante proliferación de encantadores y hechiceros vendiendo sus variados tipos de aceite de serpiente espiritual como los que hay en la América de hoy día?

»En cuanto al modernismo, ¿qué es sino la repudiación de nuestra cultura, la cultura que hemos compartido con todos los demás pueblos blancos a través de toda nuestra historia? Lo que escribieron los griegos, lo que esculpieron los griegos, hace 2.500 años, nos atrae a nosotros hoy día por las mismas razones que les atraía a los griegos de entonces. Respondemos ante la belleza y el orden de la misma manera que ellos. Los sentimientos expresados por Homero y Sófocles son nuestros sentimientos. Lo que escribió Dostoyevsky le habla a los ingleses y a los alemanes tanto como a los rusos, al igual que Dickens les habla los rusos y alemanes, y Goethe a los rusos y los ingleses. Una pintura de Rembrandt o Turner o Friedrich le dice lo mismo a todos los europeos, igual que una sinfonía de Beethoven. No respondemos de la misma forma ante la música china, o las esculturas de los negros -o ante las novelas judías-. Nuestra cultura nos unía, nos hacía conscientes de nuestro patrimonio cultural común, y de las diferencias con aquellos que no compartían esa herencia. Y el judío, ese eterno forastero, siempre intentando infiltrarse entre nosotros, no podía tolerarlo. Tenía que rompernos, destruir nuestra solidaridad, hacernos creer que no teníamos más en común entre nosotros que con los negros o los chinos -o con los judíos-. El modernismo es la estrategia imprescindible de los parásitos.

Oscar saltó sobre sus pies y se dio un puñetazo en la palma de la otra mano, visiblemente agitado.

--Pero sigues sin haber demostrado nada. Sigues leyendo pasajes sugerentes de la Biblia, pasajes que indican hostilidad y una actitud parasitaria por parte de los judíos. Pero las pruebas basadas en la Biblia no son más que tonterías. Con la Biblia puedes 'demostrar' cualquier cosa que quieras. Lo único que me ha aportado esta discusión es el darme cuenta de que tengo que reexaminar, repensar y reexplorar muchas cosas que hasta ahora había aceptado como verdad. En algunos casos sospecho que tendré que admitir que me he dejado engañar por los judíos, por los medios bajo su control o influencia. Pero por cierto que no voy a dejarme persuadir para aceptar una teoría de conspiración y parasitismo mundial de los judíos, en base a unas cuantas cosas que escribieron hace miles de años.

--¡Bravo, Oscar! Si nuestra charla de verdad te hace repensar unas cuantas cosas, entonces habré tenido un éxito completo. Y creo que te hará repensarlas, porque es evidente que tomas en consideración los asuntos que hemos estado discutiendo con la gravedad que se merecen. Te tomas estas cosas en serio. Incluso la más ligera sospecha de que pueda tener razón te perturba profundamente. Así es como debe ser. Demasiado a menudo desperdicio mi tiempo argumentando con hombres que consideran nuestro debate como nada más que un ejercicio intelectual, una diversión provocativa. La mayoría de las veces se trataba de hombres inteligentes, pero no tenían alma, ni sentido de responsabilidad. Para ellos no era realmente importante que yo tuviera razón o que estuviera equivocado sobre los judíos y los demás asuntos sobre

los que debatíamos; no era algo real. La única cosa real para ellos era su propio confort, su propia seguridad, y su propio bienestar. No sentían ninguna responsabilidad hacia el mundo que les rodeaba, ni siguiera ninguna responsabilidad hacia su propia raza. Eran meros observadores de la vida -espectadores-, no participantes. Pero tú, creo, tú eres un participante. El convencer de la verdad a esos otros colegas no representaba, en última instancia, ninguna diferencia, porque continuaban siendo nada más que espectadores. Pero cuando por fin te haya ayudado a ti a convencerte de la verdad, sí que representará una diferencia. Tú harás algo al respecto.

Oscar se relajó ligeramente y forzó una sonrisa.

--Aprecio esa expresión de confianza en mí. La verdad, hoy he aprendido unas cuantas cosas, y me has hecho pensar en otras cosas en las que tengo intención de seguir pensando. Incluso las cosas que me has mostrado en la Biblia dan bastante en qué pensar. Siempre las había tenido delante de las narices, pero nunca las había mirado -o al menos nunca las había visto a la luz con la que tú me las has iluminado-. ¿Cómo es que has aprendido tanto sobre Moisés e Isaías? No me das la impresión de ser el típico estudiante de la Biblia.

Harry se echó a reír

--Bueno, gracias por éso. En realidad el que solía ser estudiante de la Biblia es uno de los miembros de nuestra Liga, Saúl Rogers, y él me convenció de que el libro es una mina de oro de información sobre los judíos, sin importar hace cuanto tiempo fuera escrita y de si la mayoría de ellos todavía creen o no en ella. Si tú y Adelaida volvéis a venir otra vez el próximo domingo, os presentaré a Saúl.

»Pero por favor, no salgas hoy de aquí con la idea de que mis convicciones sobre el papel de los judíos en los asuntos mundiales se basan en la Biblia. Como tú dices, la Biblia sólo sugiere. No prueba nada. Pero lo que tú necesitabas eran unas cuantas sugerencias, creo. Las pruebas son más difíciles de conseguir. No hay ni una sola cosa que demuestre de verdad qué son los judíos, y qué es lo que están tramando. Los *Protocolos de los Sabios de Sión* es el tipo de cosa que uno desearía considerar como prueba compacta, autocontenida y que lo abarca todo. Por desgracia, ése documento en particular probablemente no sea lo que pretende ser. Sencillamente es demasiado claro y conciso como para ser auténtico. Por lo general la verdad no es tan limpia y ordenada. Yo creo que en un asunto tan complejo y difícil como éste de los judíos, la verdad sólo puede ir tomando forma gradualmente en la mente de uno conforme uno acumula más y más pruebas, de muchas fuentes. El Antiguo Testamento es una de estas fuentes. Quizá ahora estás preparado para unas cuantas más.

»Veamos: has estado estudiando su papel en los medios de comunicación y de entretenimiento, que ciertamente es fundamental. ¿Qué hay de un poco de historia reciente, digamos, la Segunda Guerra Mundial?

--Sí, eso es algo que me interesa, y tengo intención de investigarlo pronto.

--Bien. Yo tengo algunos libros que tienes que llevarte para comenzar con el tema. Venid aquí dentro --Harry les condujo hacia su estudio. Sacó un libro de la estantería y se lo dio a Oscar--. Si aprecias el arte de Breker, éste te hará hervir la san-

gre. Describe algunas de las cosas que hizo nuestro gobierno para 'reeducar' a los alemanes después de la guerra. Una de estas cosas era enviar equipos de soldados de infantería con mazos, a rodear las esculturas de Breker y hacerlas pedazos. Obras gráficas, pinturas, fueron o bien quemadas o bien confiscadas. La mitad de las pinturas de los museos alemanes y de otros edificios públicos fueron saqueadas por equipos de 'reeducación' especial y encerradas bajo llave en cámaras acorazadas del gobierno. 'Arte nazi', le llamaban. Y no estoy hablando de material con esvásticas encima. Arrebataron o destruyeron todo el arte del siglo 20 que no encajaba con su tema modernista, todo lo que era sano y natural, todo lo que reflejaba la visión alemana de la vida. El programa al completo fue dirigido por judíos. Todos sus nombres están aquí.

Harry seleccionó otros cuatro libros y se los dio a Oscar.

--Estos serán una buena introducción. Podrías pasarte seis meses sólo explorando los orígenes de la guerra, los factores políticos que influenciaron en su desarrollo y sus resultados, que no han sido nunca tratados en los libros que salen en la sección de críticas del New York Times.

Capítulo 17

Oscar y Adelaida no volvieron de visita a casa de Harry y Colleen al domingo siguiente. De hecho, pasaron casi tres semanas antes de que volvieran a ver a sus nuevos amigos. Mientras tanto, Oscar se mantuvo atareado.

Lo primero y principal era su proyecto de estudio. Continuaba esforzándose en comprender a los judíos, leyendo los libros que le había prestado Harry y consiguiendo otros, a los que le llevaban las referencias de los de Harry, en la biblioteca. Sin embargo, al mismo tiempo comenzó a ensanchar su campo de estudio, intentando responderse a sí mismo a la pregunta más fundamental, de qué había fallado en el mundo occidental, durante los últimos cien años aproximadamente, para que su raza se hubiera hundido hasta su lamentable estado actual. ¿Era un defecto intrínseco de la civilización occidental, eran los judíos, o era una combinación de ambas cosas?

La intuición de Oscar le decía que, sin importar cual fuera su decisión final sobre el papel de los judíos, se tenían que haber cometido errores trascendentales en la manera en que su propia gente había hecho las cosas. Era necesario precisar esas cosas y desarrollar algunas ideas sobre los cambios que habría que hacer para devolver la raza al buen camino. No es que pensara que era algo que pudiera conseguir él mismo, pero al menos le proporcionaría una orientación para sus actividades. Tenía que saber que lo que hacía tenía algún sentido en el marco de un plan más amplio. Ryan tenía razón, después de todo. Había estado reaccionando, haciendo lo más fácil, golpeando a cualquier objetivo que tuviera a mano y le llamara la atención. No podía permitirse seguir esta marcha, por varias razones. Una era Adelaida. Otra era Ryan. Lo más importante era su propia necesidad de saber que cuando arriesgaba la vida, lo hacía por una buena razón, no sólo para aliviar su frustración dando palos de ciego contra un enemigo al que ni siquiera tenía bien identificado. Así pues, estudiaba, y pensaba.

Y mató a Danny Feldman para Ryan. Había decidido medio a desgana que ejecutaría al menos esta misión, y en principio había pensado hacerlo en un plazo de un par de semanas, después de haber elaborado un plan detallado. Pero luego, el miércoles, después de la visita a los Keller, Ryan le llamó otra vez, y se encontraron de nuevo en la estación de metro.

--Tienes que eliminar a Feldman pero ya mismo.

--Tenía planeando hacerlo bastante pronto. ¿Qué tal hacia el final de la semana que viene?

--No. Tenemos que quitarlo de la circulación dentro de las próximas 48 horas. No puede seguir con vida después de las 4 en punto de la tarde del viernes.

--Maldita sea, Ryan, primero tengo que concretar los detalles del trabajo. ¿A qué viene tanta prisa?

--La prisa viene de que en la Oficina las cosas se están moviendo más rápido de lo que pensaba. A Rizzo lo van a licenciar la próxima semana, a más tardar el miércoles, y nombrarán a un nuevo jefe de sección. El Director tiene intención de hacerlo antes de que comiencen las sesiones del Subcomité del Senado sobre Seguridad y Terrorismo, el próximo jueves. Esto podría ser el preludio a lo que te dije la semana pasada: una nueva agencia antiterrorista. Sé que el Director ha estado debatiendo esa posibilidad con el Senador Herman, el presidente del Comité Judicial.

»El problema es que se ha filtrado el rumor hasta la facción '*hebe*' de la Oficina -sin duda ha sido el consejero jefe del comité, que es judío-. Ahora andan como locos intentando cortarme el paso al puesto de Rizzo. Sé que este fin de semana van a tener un conciliábulo en un motel de Alejandría, todos ellos, incluyendo a Feldman.

»Estaremos escuchando todo lo que digan en la asamblea, pero aún así es esencial silenciar a Feldman antes que empiece. Si acude al encuentro, sé exactamente lo que va a decir. Les va a dar todos los detalles sobre aquella operación contra el Klan del año pasado, y luego ya se las arreglarán ellos para usarlo contra mí. En estos momentos es la única posibilidad que tienen de intentar cerrarme el paso.

--Y en vez de espiarles, ¿por qué no te limitas a volar el motel y así solucionas el problema judío de la Oficina de una vez por todas?

--¿Estás loco? Nosotros no hacemos ese tipo de cosas. Y tampoco podría permitirte que lo hagas tú. Jesús, ¿no te imaginas lo mal que iba a oler éso -especialmente después de lo de Kaplan-? Ya están más suspicaces que el demonio después de lo que le ocurrió a él. Si de repente todos los demás '*hebes*' de la Oficina aparecieran fiambres, todos los judíos del Congreso, y todas las organizaciones judías del país, y todos los judíos de los medios de comunicación se desgañitarían hasta romperse los pulmones. No me puedo permitir más calentones cuando Feldman desaparezca -y si haces un trabajo bien hecho, no tendría que haber ninguno.

--Así que tengo 48 horas para preparar el asunto y luego ejecutarlo. Esperas demasiado, Ryan.

--Tengo fe en ti, Yeager. Ahora bien en este trabajo de Feldman lo principal es que no parezca un ataque, ¿comprendes? Tiene que parecer que le ha ocurrido cualquier otra cosa. Para ahorrarte algún tiempo puedo ayudarte en éso. Cuando te marches coge este maletín que tengo al lado en el suelo. Contiene uno de nuestros artilugios especiales. Es una pistola de dardos, efectiva hasta una distancia de unos 15 metros, aunque es mejor que te acerques todo lo que puedas. Lleva dos dardos, están cargados con una droga muy especial: un estimulante cardíaco superpotente, que provocará que se le reviente el corazón, literalmente. La autopsia demostrará que la causa de la muerte ha sido un ataque cardíaco. La droga propiamente dicha se hidroliza hasta tal punto de que al cabo de 12 horas ya no puede detectarse en la sangre de la víctima. Todo lo que tienes que recordar es quitarle el dardo después de que caiga al suelo.

--A mí me parece que tengo otro problemilla, además. ¿Cómo evito que me pegue un tiro antes de que le haga efecto la droga?

--La droga es rapidísima. El corazón se le convulsionará tan sólo quince segundos después de que le acierte el dardo. Sentirá tanto dolor que lo único que podrá hacer será revolcarse por el suelo. En treinta segundos el corazón se habrá autoprovocado daños irreparables, y para entonces ya estará inconsciente. Estoy seguro de que serás capaz de mantenerte a salvo durante esos primeros diez o quince segundos.

--¿Para qué usa el FBI artilugios como tu pistola de dardos? ¿De veras ejecutáis asesinatos, como llevan años denunciando algunos de esos izquierdistas paranoicos?

--Nahh. Éste lo hemos conseguido de los israelís. Lo usan contra los líderes de las manifestaciones palestinas en los territorios ocupados. Los liquidan justo en medio de la calle sin llamar la atención ni provocar conmociones. Probablemente también lo usan para asesinar gente en otros países. Se rumorea que han liquidado a miembros del antiguo Partido Nazi por todo el mundo, con pistolas similares.

--Fascinante. El hecho es que tengo que cargarme a Feldman o bien esta tarde o mañana por la tarde. Apenas me da tiempo para acercarme hasta tus oficinas centrales y dispararle en su despacho mientras está trabajando.

--O mañana por la mañana, antes de que entre a trabajar -incluso el viernes por la mañana. Pero no lo dejes para más tarde que éso. Buena suerte, Yeager. Y recuerda, ¡mucho cuidado! El bastardo es peligroso --Ryan sonrió y luego giró sobre sus talones dirigiéndose a la portezuela de un vagón de metro que justo acababa de parar en el andén.

Oscar cogió el maletín.

Una vez en casa, estudió sus escasas notas sobre Feldman. El hombre tenía 40 años, casado -con una mujer israelí-, y tenía cuatro hijos. Vivía con su familia en el barrio residencial de Silver Spring, en Maryland. Era un bebedor moderado y tenía costumbres regulares, sin ninguna rareza aparente, como las de Kaplan. Su única debilidad conocida eran las apuestas. Los jueves por la tarde solía jugar al póquer con otros cuatro judíos, rotando por turnos el lugar de un domicilio a otro, y él y su mujer hacían al menos cuatro viajes al año a los casinos de Atlantic City o Las Vegas.

Oscar se frotó la cabeza. Para pillarlo fuera de casa, parece que iba a tener que encontrar un sitio apropiado cerca de su casa y esperarle cuando saliera al trabajo por la mañana, o cuando volviera por la tarde. Éso podría ser razonable si usara el rifle. Podía confiar en encontrar un sitio despejado donde aparcar y atinarle al hombre a distancia sin ni siquiera salir del coche. Pero éso le causaría serios problemas a Ryan.

¿Cómo demonios iba a acercarse a menos de 15 metros de un asesino armado y de gatillo fácil como Feldman, para poder usar la pistola de dardos, a menos que pudiera esconderse entre algunos arbustos justo al lado de la puerta de su casa? Lo primero era coger el coche para ir hasta Silver Spring y echar un vistazo a las cercanías.

El domicilio de los Feldman era una casa grande y de aspecto nuevo, situada a unos 30 metros de la calle, detrás de un acre de césped bien cuidado. Una pista de gravilla se curvaba rodeando un lado de la casa, en cuyo muro lateral Oscar justo

pudo distinguir la puerta del garaje, mientras conducía pasando a su lado, y luego un poco más allá lo que parecía ser una pista de tenis. Era evidente que la Oficina pagaba bien a sus secuaces. Una docena de grandes árboles de sombra salpicaban el césped, pero no había ningún arbusto útil en las cercanías de la puerta delantera, ni de la del garaje -sólo plantas ornamentales muy bajas-. Además era casi seguro que la puerta del garaje tendría una cerradura controlada por radio, y que Feldman sólo entraría y saldría del coche dentro del garaje, pasando a casa a través de alguna puerta interior entre el garaje y el resto de la casa. ¡Maldita sea!

Entonces Oscar vislumbró algo por el rabillo del ojo que le produjo una instantánea chispa de inspiración: una bicicleta de niño inclinada contra uno de los postes de la red de tenis. ¡Ésa era la forma de hacerlo! Exploró los alrededores hasta encontrar un buen aparcamiento unas tres manzanas más allá y paró el coche en él para releer sus notas otra vez. Las partidas de póquer de los jueves por la noche, según la información de Ryan, comenzaban a las ocho en punto y duraban más o menos hasta la medianoche. Eso significaba que mañana por la tarde Feldman saldría de casa entre las 7:30 y las 7:45 -ya bien oscurecido-, a menos que la partida de esta semana tuviera lugar en su propia casa. Había una probabilidad entre cinco de que fuera así.

Se preguntó si Ryan sabría este detalle, pero casi inmediatamente decidió no intentar contactar con él; no merecía la pena molestarlo en esta fase del plan. La partida de póquer sería la única oportunidad de pillar a Feldman después de oscurecer, y no se perdía nada intentándolo. Si Feldman no salía mañana por la noche, entonces Oscar tendría que intentarlo de nuevo el viernes por la mañana, cuando saliera a trabajar -una operación mucho más arriesgada-. Volvió a pasar conduciendo junto a la casa una vez más, para estudiar el árbol que había seleccionado provisionalmente en la primera pasada: uno grande, a mitad del camino hacia la casa y como a unos 9 metros a la derecha. Ahora sólo le quedaba una cosa más que hacer antes de mañana por la noche: robarle la bicicleta a algún chaval.

Encontró una de vuelta a casa. Un poco cochambrosa y oxidada, con guardabarros rojos y neumáticos anchos, de unos dos tercios el tamaño de una bicicleta de adultos. La divisó inclinada contra una pared de bloques de hormigón al extremo de un pequeño centro comercial, y paró el coche a su lado. En medio minuto la tenía metida en el maletero y estaba de nuevo en camino. Pasó el resto de la tarde estudiando, hasta que a las seis llegó Adelaida a cenar.

....

Cuando la noche siguiente aparcó en el sitio que había seleccionado de antemano, eran exactamente las siete en punto. Sacó la bicicleta del maletero y la llevó rodando por la acera hacia la casa de Feldman. Conforme se aproximaba a su destino se dio cuenta alarmado de que las aceras de la zona estaban exageradamente iluminadas por las farolas de la calle, y se maldijo por no haber vuelto anoche, tras oscurecer, para examinar el alumbrado de la zona y detectar cualquier potencial problema. La verdad es que había tenido intención de hacerlo, pero Adelaida había estado más cariñosa de lo normal, y después de una serie de revolcones inusualmente enérgicos y

placenteros, se había quedado dormido y no se había despertado hasta que ella no le había despertado, a las 6:30 de la mañana.

La acera terminaba varios cientos de metros antes de llegar a la pista de entrada a casa de Feldman, y una vez allí se percató que aunque la fachada y los laterales de la casa estaban bien iluminados por focos, en la calle la farola más cercana estaba a más de 60 metros, la zona alrededor del árbol que había escogido estaba sumida en profunda oscuridad. «El Señor cuida de los pecadores», murmuró para sí mismo aliviado.

Apenas acababa de apostarse tras el árbol cuando oyó el sonido de la puerta del garaje abriéndose. Feldman debía estar saliendo más temprano de lo que había calculado. Colocó apresuradamente la bicicleta en el centro de la pista, unos tres metros más cercana a la calle que el árbol, y volvió a toda velocidad hacia las sombras. Como esperaba, Feldman frenó bruscamente y se paró justo de espaldas al árbol. Oyó abrirse la puerta, a Feldman maldiciendo, y luego sus pasos sobre la gravilla. Cuando se asomó detrás el árbol para mirar Feldman, brillantemente iluminado por las luces de su propio coche, se inclinaba para retirar la bicicleta.

Cuando el hombre se erguía de nuevo, le acertó con un dardo entre los omóplatos. Soltó una violenta maldición en hebreo y se giró repentinamente, aún con la bicicleta en las manos, pero le cegaba el resplandor de los faros y no podía ver nada en dirección a Oscar. Soltó la bici, sacó la pistola y sin dejar de maldecir corrió de vuelta hacia el coche. Oscar se acuclilló detrás de su árbol y esperó. En unos pocos segundos las maldiciones se detuvieron, y Oscar oyó un grito sofocado, seguido de ruidos animales ininteligibles.

Feldman yacía sobre el césped, hecho un ovillo junto a la puerta abierta del conductor, con la cara contorsionada y violácea. Oscar localizó rápidamente en el suelo la pistola del agonizante Feldman y levantó su cuerpo lo suficiente para enfundársela de nuevo en la pistolera. Asió el fuste del dardo vacío, arrancándolo del espaldar de la chaqueta del hombre, recogió la bicicleta, y se la llevó rodando de vuelta hacia su propio coche, silbando suavemente mientras paseaba. No le quedaba más remedio que admitirlo, pensó: la verdad es que disfrutaba con estas cosas; y además, no lo hacía del todo mal.

De camino a casa se paró en el centro comercial donde había encontrado la bicicleta y la dejó de nuevo cuidadosamente apoyada contra la pared, exactamente como la había encontrado el día de antes.

Capítulo 18

Durante los días siguientes Oscar no tuvo más remedio que dedicar una parte de su tiempo a preparar un informe provisional sobre el estudio de su diseño de antena para las Fuerzas Aéreas. En realidad el diseño ya estaba terminado hacía meses, pero ahora la tarea inmediata era extraer una porción del trabajo de sus cálculos y presentarlo en forma de un informe de investigación. La tarea era complicada porque requería camuflar suficientemente los métodos usados, para que el trabajo de diseño pareciera más difícil de lo que realmente había sido. Tenía la intención de estirar este contrato en particular tanto como pudiera, con las apropiados sobrecostes, por supuesto. Afortunadamente, las Fuerzas Aéreas eran muy acomodaticias en estos asuntos.

El resto del tiempo lo tenía ocupado con su proyecto de estudio principal. Había llegado a una fase en la que para aclarar sus ideas le ayudaba discutir las con Adelaida, que colaboraba todas tardes con él en la preparación del informe sobre la antena. Además consideraba que éstas discusiones eran una forma de aumentar la conciencia racial de ella.

--Cariño, no cabe duda que en esta cuestión de los judíos es difícil averiguar la verdad --dijo, dejando sobre la mesa el libro que había estado leyendo y mirándola por encima de él. Estaba acabando de grapar cinco copias ya acabadas del informe--. Ya voy por el cuarto libro sobre la Revolución Bolchevique de Rusia. Está totalmente claro que los judíos jugaron en ella un papel dominante. De hecho, sin su participación, la revolución ni siquiera habría despegado. Sus principales teóricos, comenzando por Karl Marx, eran judíos; fue financiada por capitalistas judíos; y la mayoría de los oficiales y activistas también pertenecían a la tribu. Sin ellos Lenin se habría encontrado sin blanca y prácticamente sólo. No habría tenido ningún fondo para maniobrar, ni lugartenientes para llevar adelante sus intrigas. Lo que no está totalmente claro son sus motivaciones. Harry Keller diría que la revolución fue sencillamente una estratagema judía para que los judíos se hicieran con el poder en Rusia.

»Por otra parte, todo lo que los propios judíos han escrito sobre ella alega que la atracción que el comunismo tenía para ellos se basaba en su deseo de promover la justicia social. Les dolía el corazón por los trabajadores oprimidos, y tenían un sentimiento de ultraje moral por la corrupción y los abusos de poder del gobierno zarista. Algunos escritores judíos llegan a decir que la religión judía les obligaba a tomar partido por la clase trabajadora y promover la igualdad. En otras palabras, que su motivación era puramente altruista

»Pero estas pretensiones judías de altruismo se contradicen con sus acciones. En cuanto los bolcheviques se hicieron con el poder comenzó una locura de asesinatos y salvajismo mucho peor que cualquier cosa conocida desde las invasiones mongolas,

de 700 años antes. Asesinaron no sólo a los empresarios, a los oficiales y cadetes militares, a los funcionarios civiles, a los aristócratas y a cualquier otro que pudiera ser remotamente considerado un 'opresor', sino también a millones de campesinos y trabajadores normales y corrientes. Y difícilmente pueden poner la excusa de que la revolución se les fue de las manos, de que otros elementos se enfrentaron a los altruistas judíos arrebatándoles el control y luego traicionaron los nobles ideales de los bolcheviques originales, instituyendo el reinado de terror, porque los archivos demuestran muy a las claras que, tras la revolución, los judíos siguieron ocupando la primera plana entre los terroristas y asesinos en masa, al igual que habían ocupado la primera plana entre sus instigadores. El sistema de los campos de trabajadores esclavos del *gulag*³⁹ fue organizado por un judío, y muchos de los comisarios de campo más sádicos y sanguinarios eran judíos. Lo mismo era cierto en la policía secreta. Hasta una fecha tan tardía como 1941, dos docenas de años después de la revolución, el 41 por ciento de los miembros del Soviet Supremo eran judíos. Esta estadística consta en este informe del gobierno de los EE.UU. preparado por el equipo de investigadores de la Biblioteca del Congreso --dijo un poco acalorado, meneando un libro con cubiertas verdosas--. ¿Te imaginas? Casi la mitad del Soviet Supremo, y no eran más que un uno por ciento de la población.

Adelaida le miraba atentamente, pero no dijo nada, sabiendo que aún no había acabado. Continuó:

»Para el final de los años 1920, Stalin era el hombre fuerte de la Unión Soviética, pero el gobierno soviético era muy en gran medida judío. ¿Cómo pueden pretender evadir la responsabilidad por los crímenes del régimen soviético en las décadas de 1920 y 1930? Lo más divertido es que ni siquiera lo intentan. Leyendo lo que escribían en el periodo anterior a 1950, todo parece de color de rosa. Fue sólo después de que Stalin se volviera contra ellos y comenzara a barrerlos de la burocracia, cuando comenzaron a decir algo malo sobre la Unión Soviética. Hoy día no dejan de gimotear sobre como son 'perseguidos' por allí, pero si uno se atiene a los hechos, sigue siendo claro que que aún siguen mejor tratados que la mayoría de los demás ciudadanos soviéticos. Aún siguen acaparando una parte desproporcionada de los empleos más cómodos. Lo que en realidad quieren decir con 'persecución' es que hoy día no consiguen todo lo que querrían. Dicen que les niegan el derecho a emigrar, pero, demonios, cada año permiten emigrar a muchos más de ellos que de cualquier otro grupo étnico.

»Todo lo que se ha escrito sobre la Unión Soviética en los últimos 20 años, de autor judío, se lamenta sólo de dos cosas: la gran purga del Partido Comunista durante el final de la década de 1930, cuando Stalin sacó a empujones de sus poltronas en las oficinas del partido a miles de burócratas judíos y los envió a los campos de trabajo, y del resultado de la así llamada 'conspiración de los doctores'⁴⁰ de 1953, cuan-

39 *GULAG: G(lavnoye) Upravleniye Ispravitelno-Trudovyykh Lag(erei) = Administración Principal de Campos de Trabajo Correccionales*—Collins.

40 «*Doctor's plot*»: conspiración de los doctores. En enero 1953, un grupo de los más prestigiosos médicos especialistas (casi todos judíos) fueron acusados de conspirar para asesinar por envenenamiento a los miembros más prominentes del gobierno y del partido comunista de la URSS, incluido Stalin. Tras la --Continúa en pag.124

do supuestamente Stalin estaba preparando el envío de un lote aún mayor de ellos al *gulag*, antes de morir repentinamente. Pero de los millones de ucranianos asesinados en 1931⁴¹, de los miles de bálticos torturados hasta la muerte en 1940, ni de los cientos de miles, de todas las nacionalidades, que liquidaron en 1945, ¡ni una palabra!

»No puedo decidir si es que están intentando deliberadamente engañar a sus lectores, haciendo como si estas cosas no hubieran ocurrido, o si es que sencillamente asumen que, en realidad, de estas enormes atrocidades no merece la pena ni hablar, porque las víctimas no eran judías -y además, cuanto menos se hable de ellas mejor, porque los judíos tuvieron mucha responsabilidad en ellas-. En el primer caso, tienen que ser lo mayores mentirosos de la historia, y en el segundo caso, tienen que ser tan arrogantes y egocéntricos que pensar en ello le quita a uno el aliento. Es como si dijeran: si yo cometo una ofensa contra ti no pasa nada, porque tú no eres uno de los elegidos de Dios, pero como a ti se te ocurra cometer una ofensa contra mí, es genocidio y blasfemia. Pero los que escriben estos libros no son judíos fanáticos religiosos, son judíos académicos, la mayoría de ellos ateos.

»Cuando comencé a estudiar este tema estaba decidido a no aceptar la tesis que Harry Keller y otro tipo que yo me sé han estado intentando venderme: en concreto, que el movimiento comunista al completo no fue más que un asalto de los judíos al poder, desde el principio. Pensaba que encontraría demasiadas inconsistencias y contradicciones. Estaba el movimiento sionista, para empezar. Si todos los judíos promovían el comunismo como una vía para tener en sus manos todas las riquezas de los gentiles, por decirlo con las palabras de Isaías, entonces porqué había en Rusia tantos de ellos involucrados en el sionismo, en vez de en el comunismo? ¿Por qué no se ponían todos juntos a trabajar en promover el comunismo?

»Uno de los documentos más interesantes que he conseguido en la Biblioteca del Congreso es una copia de un artículo que escribió Winston Churchill sobre los judíos para el *Illustrated Sunday Herald* de Londres, en 1920. Churchill, que por cierto estaba en situación de conocer todos los datos, calificaba claramente al comunismo como un movimiento judío para dominar el mundo.

Oscar cogió un papel de la mesa que tenía junto a su silla.

»Aquí, escucha lo que decía. Este es el ejemplar del 8 de febrero de 1920, sólo algo más de dos años después de que se apoderaran de Rusia --Buscó el punto que quería y comenzó a leer:-- «Este movimiento no es algo nuevo entre los judíos. Desde los días de Espartaco-Weissaupt⁴² hasta los de Karl Marx, y continuando hasta Trotsky en Rusia, Bela Kun en Hungría, Rosa Luxemburgo en Alemania, y Emma Goldman en los Estados Unidos, esta conspiración de alcance mundial para derrocar la civilización y reconstituir la sociedad sobre la base de un desarrollo estancado, de la malevolencia envidiosa, y de la imposible igualdad, ha estado creciendo continua-

Sigue de pag.123 (oportuna) muerte de Stalin en marzo/1953, los nuevos líderes del partido declararon que el caso fue una invención de Stalin.

41 *Holodomor*: genocidio planificado de agricultores ucranianos por hambre. El número de muertos varía de 2,2 a 10 millones según quién lo cite. En 2008 se celebró el 75 aniversario.

42 *Weissaupt*: (en alemán: "cabeza blanca") el fundador de los secta masónica de los *Illuminati* de Baviera en 1778, cuyo alias era *Espartaco*.

mente... No hay ninguna necesidad de exagerar el papel jugado en la creación del bolchevismo, y en el actual desarrollo de la Revolución Rusa, por estos judíos internacionales y en su mayor parte ateos. Ciertamente que esta es una muy grande, probablemente sobrepasa a todas las demás. Con la notable excepción de Lenin, la mayoría de los personajes destacados son judíos. Y lo que es más, la inspiración y fuerza conductora principales proviene de los líderes judíos».

»Luego sigue hablando sobre el sionismo como una especie de antídoto del comunismo. Los judíos buenos, dice, son sionistas, y los malos son los comunistas. Me pregunto si hubiera dicho éso si hubiera sabido cómo iban a tratar los judíos sionistas a los palestinos, después de arrebatarles Palestina. Los israelíes de hoy, de hecho, se están portando con los palestinos exactamente de la misma manera que los judíos bolcheviques se portaron con los ucranianos y con los rusos, después de la Revolución Rusa.

»En cualquier caso, aunque Churchill reconoció al comunismo como un movimiento judío, tuvo mucho cuidado en decir que sólo una parte de los judíos del mundo estaban implicados en él. Bueno, éso es algo lógico; no puedes esperar que todos los miembros de cualquier raza o grupo étnico tengan las mismas ideas políticas o sociales. Pero lo que le deja a uno perplejo en ésto es que he me he topado con muchos indicios de que los judíos sionistas y los judíos comunistas en realidad no eran enemigos los unos de los otros. Por ejemplo, cuando los comunistas se apoderaron de Rusia, destruyeron miles de iglesias cristianas, pero no hicieron ningún daño a las sinagogas. Churchill también menciona éste hecho. Y luego hubo capitalistas judíos de este país que donaron millones de dólares tanto a los judíos comunistas como a los sionistas. Todo le lleva a uno a sospechar que simplemente estaban usando una estrategia mixta, persiguiendo algunos el poder por la vía sionista, y otros por la vía comunista.

»Quizá esté equivocado sobre éso. Pero la prueba más incriminatoria de todas es la manera en que los medios de comunicación y los escritores judíos han tratado al comunismo. Como te he dicho, antes de 1950, más o menos, no eran sólo los gentiles como Churchill los que reconocían la judaidad del comunismo. Los propios judíos se jactaban de ello -pero clamaban a voces que era puro altruismo: mejores oportunidades para la clase trabajadora y todo eso. Ni una palabra sobre las monstruosas atrocidades que habían cometido los comunistas-. Luego, cuando comenzó la llamada 'guerra fría' y el comunismo dejó de estar de moda en Occidente, ya no se publicaron más libros en los que los judíos admitieran su papel en el comunismo; en vez de éso comenzaron a gimotear que ellos eran *víctimas* del comunismo -de hecho, las víctimas principales, de creerles a ellos-. Supongo que sería sólo de chiripa que la guerra fría comenzara más o menos al mismo tiempo que Stalin destruía el poder de la facción judía en el gobierno Soviético, y los rusos comenzaban a recuperar el poder en su propio país.

Reflexionó un momento en lo que acababa de decir y luego continuó:

»Pensándolo mejor, quizá no sea en absoluto una chiripa. Quizá el cambio de actitud en Occidente hacia la Unión Soviética fuera maquinado por los medios aquí, en

respuesta a la cambiante fortuna de los judíos de la Unión Soviética. Tengo que leer algo más sobre ese tema. En cualquier caso, sólo ha sido en los años recientes cuando en Occidente se han aireado a fondo los horrores del régimen soviético. Siempre podía uno encontrar en las bibliotecas los datos sobre el exterminio de los *kulaks*⁴³, o sobre la matanza del cuerpo de oficiales polacos en los bosques de Katyn, en trabajos académicos o informes gubernamentales, pero nunca en nada que pudiera afectar a la opinión pública. Ahora todo está ahí fuera, expuesto al público -pero ningún material de circulación masiva sobre estos temas que se publican hoy día menciona la responsabilidad de los judíos en ellos. La única excepción, quizá, es el tratamiento que hace Solzhenitsyn del sistema de *gulag*, pero no estoy seguro de cuanta gente lo habrá leído de verdad. E incluso ahí tiene uno que leer entre líneas para captar el mensaje.

»Ya ves, si mostraran aunque fuera una mínima apariencia de franqueza y arrepentimiento, entonces no sería tan suspicaz. Si al menos salieran un día y dijeran a las claras: «Bien, nosotros pensábamos que el comunismo sería bueno para el mundo. Pensábamos que ayudaría a la gente oprimida. Así que nosotros lo inventamos y con él trajimos la Revolución Rusa. Pero luego hicimos algunas cosas terribles, y nos arrepentimos de verdad por ello. Nunca debimos haber tonteado con el comunismo». Si dijeran algo parecido, entonces podría ser algo más comprensivo con ellos. Pero ni uno sólo lo ha dicho. Al contrario, todo lo que han escrito sobre el tema ha sido retorcido y deshonesto: *todo*. Primero admitían su papel en el comunismo, pero negaban las atrocidades. Ahora admiten las atrocidades, pero niegan su papel.

»En este asunto en particular estoy completamente convencido. Por fin he desenterrado pruebas suficientes. Y ahora sospecho de la línea oficial que se da al público en todo lo demás en que estén implicados: la Segunda Guerra Mundial y el así llamado 'Holocausto', por ejemplo. Pero estoy comenzando a desesperarme de poder saber nunca toda la verdad sobre estas cosas. Sólo el alcanzar unas pocas conclusiones sólidas sobre el papel de los judíos en el comunismo me ha llevado semanas de estudio. Para hacerlo he tenido que escarbar capa tras capa de cortinas de humo, desinformaciones y contradicciones. Y aún me quedan en la cabeza docenas de preguntas importantes sobre el comunismo, el sionismo, y las relaciones entre ellos, y los indicios apuntan en seis direcciones distintas. Es muy frustrante. Es como si hubieran embarrado a propósito todos los temas en cuestión, para que a la gente como yo les resulte agotador llegar a la verdad.

--¡Oye!, eso me recuerda algo que oí allá en Iowa --interrumpió Adelaida su monólogo--. Uno de los graduados auxiliares de enseñanza, que enseñaba en mi sección de oratoria de matemáticas para principiantes, era judío, David Schwarz. Estaba casado, pero aun así intentaba que saliera con él. De hecho, era un auténtico pelmazo. Cada vez que me veía en el centro de actividad estudiantil se acercaba y se ponía a hablar conmigo. De algún modo consiguió mi número de teléfono y también solía llamarme al apartamento. Era un hablador compulsivo. Le gustaba sobre todo hablar de política y economía -cosas bastantes esotéricas, en general, del estilo de cómo el

43 *kulak*: campesino ucraniano propietario de sus tierras. Después de la revolución se opusieron a la colectivización de sus tierras, y en 1929 Stalin comenzó a exterminarlos. --Collins.

precio del oro subiría siempre que pareciera que los Demócratas tenían buenas posibilidades de ganar unas elecciones.

»Era una situación un poco irritante. Yo tenía miedo de ofenderle, así que llegué a la conclusión de que con tal de que pudiera mantenerlo a un brazo de distancia, no pasaba nada por dejarle hablar. Hasta le hacía alguna pregunta de vez en cuando. Una vez le hice una pregunta sobre la deuda nacional. Me soltó la explicación aquélla de 20 minutos que me dejó totalmente confundida. Parte de lo que decía parecía contradecirse con otras partes. Le dije: «Jé-sús, estoy confundida. ¿Por qué tiene que ser tan complicado?»

»Me miró durante todo un minuto y luego dijo con mucha seriedad, como si estuviera dejándome entrar en alguna especie de secreto: «Tiene que ser complicado, si no, habría demasiada gente que podría averiguar lo que está pasando con la economía». Se inclinó sobre la mesa hasta acercarse mucho a mí y susurró: «Mantener a la gente confusa puede ser la mejor defensa. Siempre que quieras alcanzar algún objetivo, tienes que dividir tus fuerzas y hacer que una parte de ellas vaya en dirección contraria a lo que quieres, así nadie podrá saber de qué vas ni ponerte una etiqueta, y a la vez tú podrás adelantarte a cualquier oposición efectiva. Y después de que hayas alcanzado tu objetivo, explica lo que has hecho con tantas contradicciones que nadie pueda estar seguro ni siquiera de qué era lo que en realidad pretendías al principio».

»No sé que tenía que ver ese pedacito de sabiduría con la deuda nacional. Creo que sólo intentaba impresionarme con su sofisticación -ya sabes, maquiavélico y todo éso-, y mi confesión de que estaba confusa disparó en su mente alguna asociación con otro tema, presumiblemente político. A pesar de su palabrería, en realidad David no era tan brillante como quería que pensara la gente. Pero era raro. Pensaba que la explicación para todo lo que pasaba era una conspiración por parte de algún grupo con intereses específicos, y que las cosas nunca eran lo que parecían ser. Debía haber encontrado en algún sitio esa pequeña máxima sobre el valor de la confusión. En aquel momento no le pregunté por ello, pero se me quedó grabado en la mente, y me lo ha recordado lo que acabas de decir.

Capítulo 19

Probablemente hoy iba a nevar, conjeturó Oscar mientras recogía el periódico del porche delantero. La temperatura debía ser -1°C, y el cielo estaba completamente encapotado. Se estiró, bostezó y olió el aire, en la oscuridad de la madrugada. Acababa de llegar a casa después de pasar la noche otra vez en el apartamento de Adelaida. Sentía que necesitaba al menos una hora más de sueño. ¿Por qué tenía que irse tan temprano a trabajar, esta chica?

Hasta que no quitó la faja del periódico y lo extendió sobre la mesa de la cocina no vio el titular. Al instante se le disipó toda la somnolencia. La noticia de primera plana en la portada del *Washington Post* era la aprobación del Proyecto de Ley Horowitz. Se sirvió una taza de café y se sentó a leer los detalles.

En la página cuatro había un artículo mucho más pequeño, anunciando la promulgación de nuevas leyes por las que se constituía una nueva agencia gubernamental para combatir el terrorismo. Qué oportuno que ambas leyes salieran al mismo tiempo, pensó Oscar. Los artículos del *Post* las trataban como si fueran sucesos completamente independientes, pero sospechaba que los que movían los hilos legislativos estaban muy al tanto de su relación. Anotó mentalmente preguntar a Ryan sobre esto, la próxima vez que le viera.

El *Post* indicaba que probablemente pasarían dos meses o más antes de que se pudieran llevar a efecto todas las cláusulas del Decreto Ley Horowitz. El presidente, que la había firmado de inmediato, ya había designado una comisión de eminentes líderes religiosos y representantes de grupos minoritarios para supervisar la instauración del aparato burocrático encargado de filtrar publicaciones y señalar como 'documentos de odio' a las declaradas infractoras.

Había una entrevista con el director de la Unión de Libertades Civiles de América, que comentaba que su grupo tenía "reservas" hacia la nueva ley. Para refrenar a los promotores del odio se necesitaba algo definitivo, decía, pero confiaba en que el Congreso no hubiera ido demasiado lejos y que la ley se administrara en forma que no infringiera la libre expresión o la libertad de prensa. Oscar resopló de risa al leerlo. «¡Menudo guardián de las libertades!», murmuró.

El artículo sobre la nueva agencia antiterrorista le resultó de gran interés, especialmente el párrafo final, donde leyó: «El hombre escogido para dirigir la nueva agencia es William Ryan, del FBI, el cual acababa de ser ascendido la semana pasada a jefe de la Sección Antiterrorista de la Oficina, después de ocupar durante nueve años el puesto de jefe delegado. Mr. Ryan tiene un excelente historial en la Oficina. Su logro más destacado se produjo a principios del año pasado, cuando dirigió el grupo de operaciones que acorraló a casi 200 miembros del Ku Klux Klan y de otros grupos supremacistas blancos involucrados en una conspiración para violar los dere-

chos civiles de los no blancos. Se espera que el Comité Judicial del Senado confirme su nombramiento en la próxima semana».

Oscar pasó de la cocina a la sala de estar, donde se sentó en su butaca, se reclinó y cerró los ojos. Así que las cosas habían salido exactamente como Ryan esperaba, pensó. No pudo evitar sentir un cierto orgullo al considerar lo esencial que había sido su propia contribución para conseguir un resultado tan prodigioso, pero su orgullo estaba ensombrecido por un mal presentimiento. Aún no había resuelto el problema de sus relaciones con Ryan, y ahora el problema asumía una importancia y urgencia nuevas.

Su programa de estudios continuaba, pero durante la semana pasada le había estado dando vueltas en la cabeza a asuntos de más largo alcance incluso que los relacionados con los judíos. A estas alturas estaba ya totalmente convencido de que había que destruir el dominio de los judíos sobre los medios de comunicación y ocio, sin importar si al final acababa o no dando toda la razón a las opiniones de Ryan y Keller sobre el papel global que jugaban en la sociedad blanca.

¿Pero cómo? ¿Cuál era el curso de acción más conveniente? Ahora sí que necesitaba una estrategia, y estaba decidido a encontrar una antes de llevar a cabo ninguna otra acción, fuera por su propia iniciativa o por orden de Ryan.

Lo que estaba bastante claro era que sus acciones en solitario, por sí mismas, no iban a lograr ningún efecto demasiado duradero. No servían para desposeer a los judíos de su control sobre los medios; no podían detener la decadencia de la sociedad blanca y la civilización occidental; ni siquiera podían detener la mezcla racial. Si uno quería hacer algo más que acciones en solitario, entonces uno necesitaba una organización. El grupo de Keller, la Liga Nacional, era el único que conocía que parecía tomarse en serio las enfermedades sociales y raciales que le preocupaban. Pero era una organización estrictamente educativa; en su última entrevista Keller le había recalcado el hecho de que rehuían todas las actividades ilegales y en vez de ello se centraban en publicar y distribuir libros, panfletos, revistas, cintas de video y otros materiales educativos. Oscar tenía la impresión de que el Decreto Ley Horowitz iba muy pronto a echar del negocio a la Liga Nacional, a menos que cambiara su método de actuación y comenzara a desafiar a la ley pasándose a las publicaciones clandestinas.

En ese sentido, cualquier organización que supusiera una seria amenaza para la gente en el poder sufriría la misma vulnerabilidad: sencillamente podían declararla fuera de la ley. Para atajar éso tenía que estar uno dispuesto, desde el comienzo, a infringir la ley, y tenía que ser uno capaz de infringirla con un cierto grado de impunidad. En otras palabras, se necesitaba actividad organizada y además el tipo de habilidades que había desarrollado Oscar. Por cierto que la inusual relación que mantenía con Ryan, reflexionó, podía ser de gran ayuda en esta línea.

Imaginó la situación en su mente: la organización de Keller publicando documentos como el artículo de Churchill sobre los judíos en el periódico de 1920, que a él le había resultado tan revelador, usando sus canales de distribución para hacer llegar el material al público, y su aparato organizativo para reclutar nuevos escritores, impresores y activistas entre las personas ya despiertas por sus esfuerzos editoriales

-mientras él se encargaba de los problemas derivados del Decreto de Ley Horowitz, recibiendo de Ryan avisos sobre posibles acciones policiales, liquidando informadores, y ejecutando otras faenas extraordinarias, necesarias para asegurar la viabilidad de una organización educativa ilegal y clandestina.

Pero se necesitaba más -mucho más-. Ningún poder tan sólidamente atrincherado como el que gobernaba América podía ser desarraigado por un gentío de marginales aullando frente al portal. Para tener esperanzas de conseguir cambios reales, de magnitud suficiente como para revertir la marea de decadencia, se necesitaba además tener infiltrados en el interior, gente con las manos en al menos algunas de las palancas del poder.

Se levantó y comenzó a dar pasos de un lado a otro, con las manos entrelazadas a la espalda. ¿Cuáles podían ser las palancas de poder más accesibles? Estaba el propio gobierno, por supuesto. Cualquier organización que pudiera llevar al Congreso a uno o más de sus miembros tendría a la vez un foro de audiencia nacional y un medio para protegerse a sí misma, aun cuando no fuera capaz de ejercer ninguna influencia apreciable sobre el proceso legislativo. Luego estaba la rama ejecutiva, en la que la nueva agencia de Ryan podría aportar algunas posibilidades -al menos como puesto de escucha, incluso quizá, algún día, como base de lanzamiento de un golpe de estado, si resultaban acertadas las predicciones de Ryan de que acabaría convirtiéndose en una auténtica Guardia Pretoriana. Éste sí que era un factor a tener en cuenta, al decidir los términos de su colaboración con Ryan en el futuro.

Había además otras palancas: los sindicatos importantes, las iglesias reconocidas, algunos de los bancos más grandes, y otras instituciones con sede en la capital. Pero no había nada, ni en el gobierno ni en ninguna otra parte, que pudiera rivalizar con el poder de los medios de comunicación masiva. No veía ninguna posibilidad de que un grupo ganara y mantuviera una parte significativa del poder si los medios de masas se le oponían sólida y vigorosamente. Y viceversa, si una organización o individuo tenía el respaldo de al menos una parte de los medios, tendría una enorme ventaja en su camino hacia el poder. Tenía que haber alguna manera de abrirse camino en los medios, pero Oscar no tenía ni la más remota idea de cuál pudiera ser. Keller le había dicho que la Liga Nacional estaba desarrollando sus propios medios, que eventualmente llegarían a rivalizar con los controlados por los judíos, pero éso le parecía a Oscar una predicción irrealmente optimista. ¿Cuánto tiempo llevaría semejante desarrollo? ¿Treinta años quizá? ¿Quedaría para entonces alguien a quien rescatar?

El teléfono interrumpió los pensamientos de Oscar. Se preguntó quién podría llamar tan temprano. Pero mientras lo cogía, una chispa de intuición le dijo quién podía ser. El sonido de su voz confirmó su intuición:

--Buenos días. Tenemos que hablar otra vez. Llamo temprano para estar seguro de pillarte en casa y que puedas hacer planes para pasar como una hora conmigo, entre las diez y las once de esta noche. La estación de metro ya no es un buen lugar, en vista la importancia de mi nuevo cargo; podría vernos algún periodista. Reúnete conmigo en el aparcamiento sur del Pentágono. Estaré aparcado en un Ford sedán negro, en la esquina sudoeste del aparcamiento.

Capítulo 20

Una hora antes de la cita convenida, Oscar paró en el aparcamiento sur, escogiendo un sitio alejado algo menos de cien metros de la esquina sudoeste, donde podía a esperar sin llamar la atención, en medio de una fila de otros coches, y manteniendo buena visibilidad tanto de la esquina en cuestión como de la ruta de aproximación más probable.

Al estar más alejada del Pentágono, la esquina y el área circundante estaban bastante vacías a esta hora de la noche, excepto por la basura que se había acumulado incluso más densamente aquí que en el resto de la vasta extensión de asfalto agrietado y cubierto de desperdicios esparcidos. Había comenzado a lloviznar ligeramente, y había dejado bajada la ventanilla lateral para evitar que se empañara el interior del parabrisas.

A las diez menos diez divisó el coche de Ryan circulando por la pista exterior del aparcamiento. Cogió los binoculares que tenía en el asiento de al lado y enfocó al vehículo en marcha mientras pasaba entre él y los focos instalados sobre un mástil en el borde del asfalto. El coche sólo llevaba un ocupante. Ryan condujo pasando por la esquina y recorrió lentamente una vuelta completa a todo el aparcamiento. Evidentemente no consiguió ver el coche de Oscar, porque regresó a la esquina sudoeste, apagó las luces y esperó. Al parecer también él estaba siendo cauteloso.

Oscar no tenía manera de saber qué tenía Ryan en mente esta noche, pero su desacostumbrado tono amistoso en la llamada de esta mañana le había puesto en guardia. Esperó otros cinco minutos, se tanteó la pistola para comprobar que estaba suelta dentro de la pistolera, y salió silenciosamente del coche, encaminándose hacia el de Ryan, intentando ocultarse entre los otros coches aparcados tanto como fuera posible. Ryan lo vio acercarse cuando estaba a unos 15 metros y se inclinó para abrir la puerta del pasajero. Antes de entrar, Oscar echó una mirada rápida a los asientos traseros para asegurarse de que no hubiera nadie oculto.

La entrenada vista de Ryan captó el movimiento.

--¿Qué crees, Yeager, que te he invitado aquí para darte un paseo de sólo ida? --dijo soltando una risita--. En realidad estoy muy satisfecho contigo. Si no fuera por el trabajo tan profesional que has hecho, no me cabe la menor duda que el Presidente habría nombrado para jefe del Comité de Seguridad Pública a alguien de convicciones hebreas, en lugar de a éste su seguro servidor.

--¿Qué ha sido éso, Ryan, sólo un lapsus inconsciente por tu parte? Acabas de usar la palabra 'comité' en vez de 'agencia'.

--¡Jesús! ¿He dicho éso? Voy a tener que vigilarme de verdad. Sabes, yo no he tenido nada que ver con la elección del nombre, y me quedé atónito cuando eligieron

uno tan parecido al Comité para la Seguridad del Estado de los soviéticos, más conocido por sus iniciales rusas, KGB. Lo he tenido en la cabeza todo el día.

El fugaz fruncimiento de cejas de Ryan desapareció, dando paso de nuevo a su apenas contenido júbilo.

--La similaridad de nombres es apropiada, créeme. He estado toda la semana conferenciando con los peces gordos del Congreso, con el Director de la Oficina, y con el equipo del Presidente. La nueva agencia va a ser una pasada, y los tipos importantes llevan planeándola desde hace mucho tiempo. ¿Sabías que voy a tener un rango equivalente al de ministro? Éso no se va a anunciar hasta dentro de un par de meses, pero a partir de este mismo momento voy a participar en todos los Consejos de Ministros, e informaré directamente al propio Presidente. En otras palabras, a pesar de lo que decían los periódicos de hoy, mi agencia va a quedar totalmente fuera de la jurisdicción del Departamento de Justicia.

--¿Así que vas a ser de verdad el comandante de la Guardia Pretoriana?

--Parece que todo apunta a éso, aunque ten por seguro que nadie va a salir y decirlo así tal cual. Ha habido presiones desde diversas direcciones para movernos en esta dirección. Cuando el año pasado los francotiradores palestinos comenzaron a liquidar a 'hebes' prominentes y volar oficinas sionistas en los Estados Unidos, los judíos querían que la Oficina dejara todo lo demás y se dedicara a dar caza a los palestinos. Agarramos a un par de ellos, pero no fue bastante para los judíos, y no hacían más que quejarse a los más altos niveles de que la Oficina era demasiado voluminosa e ineficiente para enfrentarse con eficacia al terrorismo árabe en el país. Querían traer al Mossad y darle rienda suelta aquí. Todo el mundo se puso en contra, pero coincidió que casualmente algunos de los hombres del Presidente ya habían estado trabajando con un grupo del Congreso -cuya figura principal era el Senador Herman- para constituir una nueva agencia que se enfrente a los desórdenes civiles, la próxima vez que se hunda la economía.

»Durante los dos últimos años han estado manteniendo el desempleo por debajo del ocho por ciento con trucos financieros, Pero ni todos los papeleos del mundo les van a poder escabullirse mucho más tiempo. Ya se ven ante un largo periodo de desempleo al alza, a partir del verano. Puede durar cinco años o más -durante el cual la tasa puede alcanzar el 15 por ciento, quizá aún más alto-. Ésa es la consecuencia de haber fracasado en el control de nuestras fronteras y haber dejado que los japoneses se lleven la mitad de nuestra industria básica.

»Han elaborados todo tipo de planes a largo plazo para estabilizar las cosas en un nivel de vida medio más bajo, para los americanos, pero temen que se produzcan desórdenes civiles antes de que se reasiente todo el polvo.

--¿Quieres decir motines por los alimentos, como en Argentina y Brasil?

--Peor que éso, en realidad. Los motines por alimentos los pueden controlar mandando a la Guardia Nacional, y usando gas lacrimógeno, o disparando contra unos cuantos amotinados. Lo que temen de verdad es una revolución: no sólo revueltas espontáneas, sino disturbios planificados por gente que quiere derribar al gobierno.

Quieren tener una agencia gubernamental única que lo mismo sirva de fuerza de policía secreta para controlar la actividad subversiva, que de fuerza de ataque contrarrevolucionaria. No quieren encargarle ése trabajo a la Oficina porque, para empezar, últimamente no están demasiado satisfechos con su eficacia. No les preocupa que dejemos escapársenos de entre las manos a algunos atracadores de bancos, pero la violencia política -que se dirigiría contra ellos-, les provoca un miedo mortal. Tus actividades, y el criterio que ha provocado entre las fuerzas favorables a las minorías, ha acelerado el proceso de planificación global, y les ha convencido de que éste era el momento de anunciar la nueva agencia, ahora que podían contar con que los medios apoyarían la jugada.

»Sea como fuere, han considerado que era más fácil comenzar una nueva agencia que reorganizar la Oficina. Además, yo voy a tener una libertad de acción extraordinaria, y no quieren darle tanta libertad a la Oficina, con su jurisdicción sobre asuntos criminales ordinarios. Lo que les preocupa al respecto, creo, es que la Oficina comience a pincharles los teléfonos, a ponerles micrófonos en las oficinas, y abrirles el correo, y que la mitad del gobierno pudiera acabar en prisión por aceptar sobornos --dijo Ryan de nuevo con su risita --. Así que mi agencia tendrá libertad para pinchar teléfonos sin orden judicial y para aplicarles torniquetes en los pulgares a los sospechosos, pero nuestra misión no va a ser atrapar a los ladrones de cuello blanco del Congreso o de la burocracia Federal; solo será impedir que el gobierno sea derrocado.

--¿Y estás contento con tu misión? --preguntó Oscar.

--Sí, Yeager, lo estoy. Lo que este país necesita es un poco de orden y disciplina, y me sentiré muy contento de poder echar una mano en conseguir estas cosas. Durante la recesión de los próximos años el papel de mi agencia llegará a ser sumamente importante, y después de ella, se hará más importante aún. El país va a sufrir cambios irreversibles. Demonios, ya ha sufrido cambios irreversibles. El gobierno no podrá existir sin que lo apunte la Agencia de Seguridad Pública. A partir de ahora las actividades revolucionarias van a ser una característica constante de la vida americana: de los árabes, de la izquierda, de la derecha, de los negros, de los '*spics*'⁴⁴, de los blancos. El país ha perdido toda su cohesión. Lo único que aún mantiene unidas las cosas, en estos momentos, es una nómina bien gorda para todo el mundo. Cuando éso desaparezca, la mierda va a salpicar contra el ventilador y las cosas ya nunca volverán a ser las mismas. El Presidente y el Senador Herman no se dan cuenta de éso -o al menos, no del todo-, pero yo sí.

»Por desgracia, hay un judío en la sopa, podríamos decir, y ésto es el principal asunto que quiero discutir contigo. Los '*hebes*' han removido cielo y tierra para evitar que consiga el nombramiento para la nueva agencia. Después de una reunión de esta tarde, el Senador Herman me llamó para hablar a solas, y me dijo: «¿Cuáles son tus antecedentes étnicos, hijo?» --Ryan imitó la voz ronca y temblorosa del anciano legislador.

⁴⁴ *spic, spik, spick* : (EEUU, despectivo) hispanohablante. Alude a la mala pronunciación de '*speak*'. --Collins.

»Irlandés católico, le dije, y él dijo: «Bien, éso tenía entendido. Pero sabes, he tenido rondándome a todos los judíos del senado -una buena docena de ellos-, además de unas dieciséis delegaciones de rabinos y empresarios judíos, todos para decirme que no eras el hombre adecuado para este trabajo. Deben haber pensado que tus antecedentes eran alemán nazi. Cuando les preguntaba qué tenían en tu contra, nadie sabía decir nada concreto, pero todos tenían un candidato propio». Luego el viejo cotilla se me inclina y me susurra a la oreja «Quiero que sepas» me dice, «que si los judíos están en tu contra con tanta fuerza, entonces yo estoy contigo, y tengo intención de encargarme de que se apruebe tu nominación. Y el Presidente opina lo mismo.»

»La votación en su comité tendrá lugar mañana, y luego la enviará de inmediato al Senado, antes de que los judíos puedan acumular más presión en sus esfuerzos para bloquearme. El hombre al que quieren poner, ahora que no pueden tener a Kaplan, es Sherman Davidson, el auxiliar del fiscal general que dirige la Oficina de Investigaciones Especiales, la 'Cámara Estrellada'⁴⁵ que se instituyó para mantener viva la cháchara ésa sobre el Holocausto, dando caza a supuestos 'criminales de guerra' que andan sueltos desde la Segunda Guerra Mundial. ¡Jesús, éso fue hace cincuenta años! ¿Puedes creerte, éstos 'hebes'?

--¿Así que estás pensando en prepararle un ataque cardíaco fatal a Davidson?

--No, no creo que sea necesario. Creo que mañana todo va a salir bien, y entonces ya no tendremos que preocuparnos por él. Pero con los judíos tendremos un problema continuo. Creo que son los únicos en el gobierno, aparte de mí, que comprenden la trascendencia de la nueva agencia y que se dan cuenta de cuánto poder va a ejercer en el futuro.

»Te cuento todas estas cosas en tu papel de socio mío, Yeager, para que puedas comprender la situación global. No sé cuando voy a necesitarte para alguna otra operación especial, pero estoy seguro de que será bastante pronto. Una cosa segura sobre los 'kikes' es que nunca se dan por vencidos. Sospecho que nuestra próxima operación importante va a ser alguna jugada contra el Mossad. Tienen a sus agentes diseminados por todo nuestro gobierno. La Oficina ya tiene fichados a casi todos, pero nunca nos han permitido actuar contra ellos. Están protegidos a los más altos niveles. A mí tampoco me van a permitir que me los cargue -al menos no directamente, tal como está ahora la situación-. Si comenzara a liquidar agentes del Mossad, hasta el Senador Herman se volvería contra mí, porque los 'yidis' movilizarían a sus marionetas cristianos fundamentalistas, que constituyen la mitad de sus miembros con derecho a voto, para comenzar a gemir a gritos «pobre, indefenso, pequeño Israel», y los medios controlados por ellos comenzarían a exigir mi pellejo a gritos.. Pero el Mossad es una organización terrorista, y no tengo intención de permitirles operar en mi campo.

45 *Court of Star Chamber: Designa cualquier tribunal arbitrario de justicia sumarísima*—Collins. *El Tribunal de la Cámara Estrellada, llamado así residir en una sala artesonada de estrellas del palacio de Westminster, en Inglaterra, fue fundado por Henry VII en 1487, era una corte de 'equidad' que sólo respondía ante el rey. En teoría funcionaba como tribunal de apelación, pero fue tristemente célebre por la arbitrariedad y severidad de sus sentencias. Fue abolido en 1641.* —google/define: "Star Chamber".

»Además, desde el momento en que los judíos no han logrado salirse con la suya con Kaplan o Davidson, lo más probable es que intenten usar el Mossad para crearme problemas y desacreditarme. En cualquier caso, al final tendré que deshacerme de los agentes del Mossad que haya en este país -de todos-. Me inclino más por hacerlo pronto que tarde, antes de que ellos tengan tiempo de hacer su primera jugada en contra mía. Y tú vas a tener que ayudarme. Creo que los encontrarás un desafío interesante.

Ryan se volvió y alargó la mano para coger un voluminoso paquete que tenía en el asiento trasero.

»Te he recopilado un paquete de información. Una parte del material que hay aquí -descripciones del contexto genérico de un cierto número de operaciones israelíes clandestinas- ha sido desclasificada, pero la mayoría es alto secreto. Ha sido extraído todo de los archivos de la Oficina sobre el Mossad, incluyendo nombres, direcciones, fotografías, y otras informaciones sobre todos los agentes que están en el país de a los que conocemos. Si te pillan con éste material, me quedaré con el culo al aire, así que guárdalo en un lugar seguro. Pero estúdialo, especialmente la información personal. Memoriza los nombres, las direcciones y las caras.

»La única razón por la que te doy este material en estos momentos es porque en el futuro vamos a tener que ser muchísimo más cautelosos. Ya no podemos permitirnos más encuentros. No me sorprendería que el Mossad intentara ponerme bajo vigilancia permanente, pero no creo que hayan tenido tiempo de montarla aún. Sé que intentarán interceptar todas mis llamadas telefónicas, así que éso es de lo primero que me he ocupado. He instalado en mi casa un teléfono absolutamente seguro. La compañía telefónica ni siquiera tiene la más ligera idea de que existe. La línea corre desde mi estudio a través del alcantarillado hasta... bueno, los detalles no importan. Aquí está el número --Le alargó un papelito a Oscar --. No me llames a menos que sea realmente importante, e intenta que las llamadas sean entre las 5:30 y 6:00 de la mañana, o entre las 11:00 y 11:30 de la noche. Cuando tenga algún otro material de documentación para ti, o algún artilugio especial, lo dejaré en un punto de recogida seguro y te daré un telefonazo para que lo recojas.

»Y, Yeager... se acabó lo de ir haciendo de Llanero Solitario, ¿entendido? No tiene que haber absolutamente ninguna operación independiente por tu cuenta que yo no haya autorizado: ni cargarte parejas interraciales, ni disparar contra periodistas problemáticos, ni asesinatos de líderes del Congreso, ni volar ninguna iglesia, ¿lo pillas?

Oscar se irritó con el tono de Ryan, y se sintió fuertemente tentado de decirle al otro que se metiera en sus propios asuntos. Pero una fracción de segundo de reflexión bastó para apartarle de elegir unas palabras tan inapropiadas, y en vez de ello dijo:

--De todos modos, ya había estado pensando en cambiar mis actividades, hacia algo de orientación más educativa.

--¿Qué quieres decir con éso? --preguntó Ryan, con una fuerte suspicacia en la voz.

--Desde que comenzaste a hacerme pensar en los judíos, he estado estudiando mucho. No he aceptado todas tus afirmaciones, pero he descubierto algunas pruebas verdaderamente sobrecogedoras sobre algunas cosas, como el papel de los judíos en la instigación y diseminación del comunismo a principios de este siglo, y la enorme influencia judía en los medios de comunicación y de ocio. Algunos documentos que he conseguido en la Biblioteca del Congreso podrían convertirse fácilmente en panfletos o incluso folletos para su distribución masiva. Creo de verdad que podrían abrirle los ojos a más de uno, y ayudar a contrarrestar el control judío de los medios.

Hubo unos segundos de silencio, mientras Ryan miraba fijamente y con incredulidad a Oscar. Luego el hombre mayor rompió a reír a carcajadas. Cuando recuperó su compostura sacudió la cabeza y dijo, aún riéndose ligeramente:

--Yeager, para un tío tan bueno imaginando maneras de cargarse a los tipos malos, es increíble lo nulo que eres pensando cómo educar a la gente.

Oscar se sonrojó intensamente, confuso y enfadado por la incapacidad de Ryan de ver sus intenciones.

--Bueno, no quiero decir que el material que tengo en mente fuera a *educar* por completo al público sobre los orígenes del comunismo o sobre la tendenciosidad de los medios. Aún me queda mucho que aprender a mí mismo sobre estas cosas. Pero seguro que hacían que la gente comenzara a pensar. Una de las cosas que he encontrado es un artículo de 1920 en uno de los periódicos británicos más importante, de Winston Churchill...

Lo interrumpió otra carcajada de Ryan.

--¡Hacer que la gente comience a pensar! ¿Pero lo dices en serio, hombre? ¿De verdad crees que esa gente de ahí fuera tiene capacidad de *pensamiento*? ¿Crees que les *importa* quiénes sean los responsables de los asesinatos de todos aquellos pobres bastardos en Rusia? ¿Crees sinceramente que si de algún modo pudieras empotrarles en la cabeza la verdad sobre lo que los judíos han estado haciéndoles en este país, eso cambiaría en algo lo que hacen?

--Bueno, yo... yo no estoy seguro de lo que intentas decir, Ryan --Oscar sintió crecer su enfado de nuevo--. A mí mismo, por cierto, *me* han abierto los ojos todas las pruebas que he encontrado. Ya sé que el público a menudo no parece muy brillante, pero debe haber muchos otros ahí fuera como yo, que se sentirían desafiados a descubrir más cosas cuando se les muestren datos como los del artículo de Churchill. Y yo tengo intención de ponerles las cosas más fáciles, con referencias a los libros en los que puedan aprender más cosas. Todo lo que tendrán que hacer es ir a la biblioteca...»

Oscar fue interrumpido por tercera vez por otra carcajada de Ryan, que esta vez llegó como un repique de risas que dejó a Ryan jadeando falto de aire y con lágrimas recorriéndole las mejillas

--¡Ir a la biblioteca! ¿Cuántos de los votantes de éste país crees que *han visto alguna vez* una biblioteca por dentro, desde que salieron de la escuela? Según la Asociación de Bibliotecas Americanas, es menos del tres por ciento, y casi todos usan la

biblioteca sólo para sacar novelas de amor baratas. Los americanos, sencillamente, no leen libros serios.

»Pero éso no es ni siquiera lo peor. Escucha, el problema de ir a la biblioteca lo podrías solucionar dejándote de referencias y limitándote a resumir los datos en el panfleto. Dos docenas de páginas bastarían para presentar todos los datos sobre el control de los medios de comunicación de masas. Podrías ponerte en una esquina de la calle con una pila de esos panfletos y una buena bolsa de dinero, ofreciendo por las esquinas 20 pavos por sentarse a leer el panfleto justo allí mismo. Mucha gente aceptaría, pero eso no supondría ninguna diferencia, ni un ápice. Es como acabo de decirte: *no les importa*. No les importa una mierda. No les interesan las ideas. No les interesa la verdad. No podrían reconocer un dato ni aunque les persiguiera y les mordiera el culo. Además, ni siquiera asimilarían la información para pasársela a algún otro en una conversación casual, porque les han programado para que no asimilen ese tipo de cosas.

»Dices que debe haber muchos otros como tú ahí fuera, pero no los hay. Tú eres único. A ti no te gusta la mezcla de razas que está sucediendo en el país, así que has hecho algo al respecto. Comenzaste a volarles la cabeza a parejas mixtas. Estrangulaste al mayor promotor de la mezcla de razas en el Congreso. Volaste en pedacitos a todo un comité de celebridades pro mezcla de razas. Ahí fuera hay millones de otras personas a las que tampoco les gusta la mezcla racial. El último sondeo de Gallup que vi decía que el 27 por ciento de los americanos blancos desapruueba los matrimonios entre blancos y negros, y personalmente yo creo que el porcentaje real es un buen trecho por encima de éso. ¿Pero qué ha hecho ninguno de esos tipos al respecto? Nada. Ni una maldita cosa. Ni siquiera los que de verdad sienten que les hierve la sangre cuando ven a una mujer blanca con un '*negro*'. No tienen pelotas. No tienen imaginación. Son por constitución incapaces de hacer nada original.

»De verdad crees que si los ciudadanos de éste país fueran capaces de pensar, el país sería el caos que es hoy día? Quiero decir pensar de verdad, y luego actuar en consecuencia, como individuos racionales. Ni siquiera necesitarían tener pelotas; todo lo que tendrían que hacer es actuar racionalmente, en la intimidad de la cabina de votación. Lo que no comprendes, Yeager, es que no son individuos racionales, son una manada de jodidos animales, y estoy hablando tanto de los doctores en filosofía y los ejecutivos de las grandes empresas como de los taxistas y las amas de casa. No piensan. Se limitan a sentir, y reaccionar de acuerdo a un lote de reflejos condicionados.

Ryan hizo una pausa para coger aliento, y luego sus palabras continuaron más calmadamente:

»Claro, claro, todo el mundo sabe que hay mucha gente inteligente, gente capaz de hacer planes, o de calcular cuántos impuestos deben por sus ingresos, o de que el ordenador haga lo que quieren que haga. Solucionadores de problemas. Pero no individuos racionales. Te voy a dar un ejemplo: ese artículo de Churchill sobre los judíos del *Illustrated Sunday Herald* que has mencionado y que te ha impresionado tanto. ¿No te das cuenta que la gente de derechas ha estado reimprimiendo y distribuyendo

ese artículo durante más de 70 años, sin hacer ni la más ligera mella en las fortunas de los judíos? Mi padre me dio una copia por primera vez hace casi cuarenta años, para que lo leyera, cuando era un quinceañero. Si la gente fuera racional, habrían hecho algo sobre los hechos que se mencionan en ese artículo. Como mínimo, podían haber puesto a los judíos en cuarentena, volver a meterlos en guetos limitando estrictamente sus actividades, al estilo de lo que hacían los europeos en la Edad Media. Aquello fue algo racional, aunque en nuestros días los medios de comunicación controlados por ellos lo desechan como supersticiones y prejuicios. Se basaba en el reconocimiento del peligro que presentaban los judíos, y en la firme decisión de proteger a la gente de ese peligro. Los papas y los emperadores que hicieron encerrar a los judíos en sus guetos eran gente racional, que reconocía los hechos y actuaba en consecuencia.

»Te voy a dar otro ejemplo. Para ti el control judío de los medios de comunicación es un gran descubrimiento, un descubrimiento nuevo. Pero para cualquiera que esté en el gobierno no es nada nuevo. Aquí en Washington es uno de los hechos de la vida más ampliamente conocidos. Todo el mundo lo sabe, pero nadie hace nada al respecto. Y lo creas o no, a algunas de estas personas no les importa en absoluto lo que ocurre en el país. No es racional. La gente se comporta exactamente como si estuviera programada. Incluso los que son capaces de reconocer una verdad, con muy pocas excepciones, son incapaces de actuar en consecuencia y hacer algo nuevo o diferente, a poco que la acción requiera salirse del surco marcado por la conducta condicionada.

»O, por cambiar la responsabilidad de la irracionalidad por un momento, de la derecha a la izquierda, considera los casos de Sudáfrica y de Israel. Los palestinos de Israel y de los Territorios Ocupados son tratados infinitamente peor que los 'negros' de Sudáfrica. ¿Pero has oído alguna vez a cualquiera de esos sensibleros clérigos, o alguna de las estrellas de cine que se manifiestan contra Sudáfrica, pronunciar una sola palabra en contra de Israel? No es que los hechos no sean conocidos, y en la mayoría de los casos ni siquiera es hipocresía. Muchos de estos amantes de los 'negros' estarían tan dispuestos a llorar por los árabes como por los bantúes, pero primero tendrían que superar su condicionamiento.

--¿Estás intentando decirme --repuso Oscar con incredulidad y desafío en la voz--, que es totalmente inútil intentar educar al pueblo, que no da absolutamente ningún resultado señalarle sus errores y darle los datos?

--Estoy intentando decirte que *no puedes* educarlos -o sea, no puedes cambiar su conducta- con panfletos. La única manera de convencer a la gente de este país de que necesitan cambiar de camino es darles un patadón bien fuerte en el culo -unas 600 veces-. Hay que reprogramarlos, y eso conlleva orden y disciplina, no libros o folletos.

--Ryan, tienes una visión de la naturaleza humana bastante lóbrega.

--¡Y una mierda, Yeager! Mi visión es realista. Sé como funciona la gente, tanto como individuos como en masa. Conseguir que la gente haga lo que yo quiero que hagan, ya sean criminales violentos en una crisis con rehenes, o mis propios subordi-

nados de la Oficina, ha sido mi trabajo durante casi tanto tiempo como tú llevas vivo, y la razón por la que he tenido éxito es porque he sido realista sobre la naturaleza humana. Yo incluso diría que soy un poquitín optimista, que es por lo que me siento tan entusiasmado con mi nuevo trabajo. Creo que a lo mejor puedo hacer algún bien.

--¿Pateando a la gente en el culo? --el sarcasmo en la voz de Oscar era intenso.

Ryan miró a Oscar durante un momento, suspiró, meneó la cabeza y dijo:

--De verdad que estoy asombrado de que hayas hecho un trabajo tan bueno con Kaplan y Feldman. Si no supiera que has sido tú el que se los ha cargado, no te creería capaz de hacerlo. Hablas como un condenado intelectual, uno de los de la peor clase, de la especie de los que no pueden enfrentarse a la vida tal como es en realidad. Acabo de decirte unas cuantas verdades de la vida. Y en vez de estarme agradecido, estás resentido contra mí.

Hizo una pausa y continuó:

--Déjame que te dé una auténtica pepita de sabiduría: Todo lo que es necesario, es bueno. Todo lo que el buen Dios diseñó para nuestro mundo es bueno. Si crees que es necesario cambiar algo, intenta cambiar las cosas que son cambiables. Pero no sientas resentimiento hacia las cosas que por su propia naturaleza son inalterables.

»Piensas que es terrible que la gente no sea racional, que se comporten como animales y tengan que ser manipulados como animales. Quieres que todo el mundo sea como tú. Pero éso es infantilmente egocéntrico. Si todo el mundo fuera como tú, no habría sociedad, ni civilización. Se desharía todo. Solo con que hubiera mil hombres como tú en el país, sería ingobernable. Si te pillé fue simplemente de pura chiripa, después de que media Oficina estuviera tirándose de los pelos durante meses por tu culpa. Si hubiera 50 como tú de faena en Washington, 50 en Chicago, 100 en Nueva York..., habríamos sido absolutamente incapaces de manejar la situación. Habríaís echado abajo al gobierno.

»Te gusta leer libros ¿no?, pues entonces tendrías que sentirte agradecido de que la mayoría de los hombres no sean racionales, porque sólo para proporcionar la infraestructura de una sola prensa de impresión, hace falta un rebaño bien grande de animales irracionales. Para poder permitirnos un solo filósofo necesitamos un millón de zánganos que funcionen a base de sus reflejos condicionados. Por tanto considérate feliz de que tantas personas tengan que ser manipuladas en vez de educadas. Así es como el Señor diseñó las cosas. El gobierno acepta éso y actúa en consecuencia -al menos, esta parte del gobierno lo hace --dijo, dándose golpecitos en el pecho con el pulgar--. Y lo mismo hacen los judíos.

»Si el reformar la conducta del pueblo americano con el hambre, con la punta de la bota, y la amenaza de una bala, ofende tus sensibilidades humanistas, entonces hay otros métodos más suaves, métodos más 'educativos': Si tuvieras las redes de televisión bajo tu control, podrías alimentar al público con un nuevo tipo de pienso, y en 20 ó 30 años tendrías conseguido parte de lo que necesitas. Es decir, podrías cambiar el contenido de las 'ideas' que se repiten como loros los unos a otros, para delante y para detrás. Podrías tenerlos retorciéndose las manos por lo que les ocurre a

los palestinos, y pedirles que boicotearan a Israel, en vez de estar manifestándose contra Sudáfrica. Podrías perseguir a los maricones y demás monstruitos de vuelta hasta el armario. Podrías reducir la mezcla de razas casi hasta la nada.

»Podrías hacer todo éso -podrías reprogramar parcialmente al rebaño- cambiando los guiones de los culebrones, y las tendenciosidades de las tertulias de la televisión, reescribiendo los diálogos, y siendo cuidadoso con los tonos de piel de los personajes de los dibujos animados para los chavales, instruyendo a los presentadores sobre cuando sonreír despreciativamente y cuando no, mientras leen las noticias de la tarde. Por supuesto, aún así seguiría siendo necesario darle una buena patada en el culo a la mayoría de la gente, para hacerles abandonar muchos de los malos hábitos que han contraído --Ryan posó una mano sobre el brazo de Oscar y adoptó un tono paternal--. Pero en cualquier caso, como tú no controlas las redes de televisión, vamos a tener que hacer las cosas a mi manera. Considérate afortunado de tener la oportunidad de ayudar. No es frecuente en el curso de la historia que dos hombres racionales puedan trabajar conjuntamente en un proyecto que merezca tanto la pena. Y por amor de Dios, olvídate de esos panfletos.

Oscar se sentía anonadado. No quería aceptar lo que Ryan acababa de decirle. Luchaba contra ello. Pero sabía que acabaría aceptándolo, al menos en buena parte. Quizá fuera capaz de autoconvencerse de que las cosas no eran en absoluto tan crudas como Ryan las había pintado, pero el grueso del mensaje de Ryan tenía el inconfundible sello de la verdad. Era una verdad que hacía mucho que ya estaba agazapada en el fondo de su propia mente, y las brutales palabras de Ryan simplemente la había despojado del velo que la cubría. Ahora fue el turno de Oscar de suspirar. En lo que a su estrategia personal concernía, estaba de nuevo con el papel en blanco.

Ryan echó un vistazo a su reloj, luego sonrió y dio a Oscar una palmadita en el brazo.

--Voy a estar muy ocupado durante un par de semanas. Tú haz tus deberes, y ya te llamaré cuando te necesite.

Capítulo 21

A pesar del jarro de agua fría que Ryan le había echado encima, Oscar no estaba dispuesto a renunciar de inmediato a sus ambiciones sobre el uso de panfletos. Si la educación fuera tan ineficaz como decía Ryan, entonces la organización de Harry, la Liga Nacional, ya tendría que haberse dado cuenta. Al día siguiente de su encuentro con Ryan, llamó por teléfono a Harry y éste le invitó a asistir a una asamblea de miembros locales, que iba a tener lugar la tarde siguiente, viernes.

No fue muy difícil convencer a Adelaida para que le acompañara, aunque ella le hizo prometer que luego la llevaría a cenar. La reunión era en casa de un miembro cuya dirección le había dado Harry. Era una casa mucho más grande que la de Harry, ubicada en un vecindario boscoso de Arlington, con extensas fincas y caras mansiones. Al llegar él y Adelaida, solo había una docena de personas -nueve hombre y tres mujeres, incluyendo a Harry y Colleen.

La asamblea propiamente dicha solo duró algo más de una hora, y consistió principalmente en informes de actividad, en tono bastante coloquial, a los que los demás aportaban preguntas y sugerencias. Uno de ellos informó del éxito en la consecución de una lista de correo de casi 50.000 compradores de libros históricos, de una fuente comercial que inicialmente rehusaba alquilar la lista a la Liga por motivos políticos. Otro informó de los preparativos ya en curso para enviar por correo catálogos de libros y otros materiales promocionales de la Liga a las direcciones de la lista.

Una mujer, que era grafista comercial, mostró un póster que acababa de terminar, y bocetos para otros posibles nuevos pósters. El póster terminado le pareció muy impactante a Oscar. Debajo de un eslogan "SALVEMOS A LAS ESPECIES EN PELIGRO" aparecían varios animales en peligro de extinción: A un lado una ballena salía a la superficie mientras un barco ballenero la atacaba con arpones. Al otro lado, en primer plano, un escenario selvático mostraba un leopardo siendo atacado por un cazador furtivo negro, mientras al fondo aparecía una tienda de pieles de Nueva York con un abrigo de piel de leopardo en el escaparate y el propietario en el portal, con aspecto seboso y contando un fajo de dinero. Y en el centro, en un tamaño mayor que el resto, había una familia blanca -un hombre, una mujer con un bebé en los brazos, y un niño pequeño, todos con rasgos y color de piel nórdicos. Los blancos estaban apiñados de pie, con angustia y miedo evidentes en sus caras, mientras a su alrededor se cernía una masa apretada y amenazadora de no blancos, como una marea hinchándose a punto de engullirlos, con brazos marrones, negros y amarillos estirándose para agarrarles las piernas. Alguien expresó la opinión de que ninguna de las grandes organizaciones ecologistas se atreverían ni siquiera a tocar el póster, pero que podría venderseles bien a los estudiantes, muchos lo comprarían por lo controvertido del tema.

Otros tres miembros estaban trabajando en una obra teatral en video. Uno de ellos, el que había escrito el guión e iba a ser el director, estaba en estos momentos ocupado en la selección de los actores, y solicitó ayuda a los otros dos presentes para que le consiguieran un actor para uno de los papeles que aún le quedaba por completar. Otra, la esposa del anterior, estaba confeccionando el vestuario. Un tercero estaba construyendo escenarios en su garaje.

Cuando la asamblea acabó de debatir sus asuntos, Harry presentó a Oscar y Adelaide a los demás, entre ellos a Kevin Linden, un ingeniero de radioemisiones, que era el coordinador del grupo local. Harry se disculpó porque Saúl Rogers, a quien le hubiera gustado especialmente que conociera Oscar, no estaba presente.

--Saúl es profesor de escuela, y a menudo lo cargan con tareas extraescolares. Hoy lo han puesto a cachear estudiantes por si llevan drogas o armas, en un partido de baloncesto de la escuela --explicó Harry.

Oscar hizo una observación sobre el alto grado de profesionalidad entre los miembros que había conocido.

--Tampoco es que esperara que parecieran una banda de neonazis revolucionarios con mirada de loco --bromeó.

--La únicas personas que nos interesan en estos momentos --de hecho la única clase de personas que nos sirven de algo -, son las que estén dispuestas a *hacer* cosas, y que sean capaces de hacerlas --le dijo Kevin--. Y como lo más importante que hacemos es divulgar datos e ideas, nuestra gente tienden a ser personas con algún talento específicamente útil para ése trabajo.

»En realidad ése criterio abarca una gama bastante amplia, desde escritores y artistas hasta ingenieros y empresarios, pero es cierto que en esta fase de nuestro programa tenemos un porcentaje más bien alto de profesionales, y relativamente pocos guerrilleros urbanos o lanzadores de bombas, a pesar de la imagen que pintan de nosotros los manipulados medios de comunicación. De hecho, el único lanzabombas de verdad que hay aquí esta noche es Harry --finalizó con una amplia sonrisa, y luego se excusó apartándose de ellos.

Oscar se volvió hacia Harry y le preguntó:

--¿Cómo crees que afectará el Decreto Ley Horowitz a vuestra capacidad de seguir produciendo y distribuyendo vuestro material?

--Algunas operaciones las tendremos que pasar a la clandestinidad, pero la mayor parte de lo que hacemos probablemente no se verá afectado a corto plazo --respondió Harry--. Siempre hemos tenido una actitud bastante positiva, poniendo el énfasis en aumentar la consciencia racial de nuestra gente, en vez de destacar las limitaciones de los demás. La lista de libros que distribuimos comienza con *La Eneida* y *Beowulf*, e incluye la mayoría de los demás clásicos sobre la historias y leyendas de Occidente. La mayoría de ellos son el tipo de cosas con las que solían estar familiarizados todos los licenciados de nuestras mejores universidades, antes de que llegara la democracia a los colegios y rebajaran el nivel cultural para que también se consiguieran graduar los hotentotes y los espaldas mojadas. Y luego, por supuesto,

llegaron los igualitaristas, con su deliberada purga de los libros que consideraban que se habían escrito desde un punto de vista del hombre blanco -ya sabes, racista y sexista --añadió Harry con una mueca, recargando la voz con afectada santurronería. Luego se pasó al sarcasmo:-- A menos que un libro hubiera sido escrito por una lesbiana militante, un indio americano revanchista, o una 'negra' con sida que se hubiera convertido al judaísmo, era un libro sospechoso. La excepción era cualquier obra sobre el 'Holocausto', para lo cual eran aceptables los autores judíos masculinos, incluso los de convicciones heterosexuales.

»En estos momentos algunos de los clásicos resultan difíciles de encontrar incluso en las universidades, así que al ponerlos a disposición del público en una única fuente prestamos un servicio útil. No creo que el gobierno esté aún dispuesto a comenzar a encerrar gente por leer la *Iliada*. Hay algunos de los libros que distribuimos que tratan sobre los judíos, que podrían intentar prohibir, si fuera lo único que distribuyéramos. También tenemos libros sobre temas históricos 'delicados' -la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo- que proporcionan versiones más fieles a la historia que los libros aprobados oficialmente, y la verdad es que les encantaría condenarlos a la hoguera. Pero en estos momentos dudo que comiencen a perseguir ninguno de nuestros libros. Yo creo que tienen miedo de que si nos atacan por algún título en concreto que distribuimos, solo conseguirán llamar la atención hacia el resto de nuestros libros y hacer que la gente comience a hacerse preguntas sobre algunas cuestiones que de momento preferirían evitar.

»Lo que harán en primer lugar es perseguir a los grupos supervivientes del Klan y a los editores de publicaciones antijudías o raciales de bajo nivel: cosas como *Los protocolos de los sabios de Sión* y algunas de esas brutas publicaciones antinegras que circulan por ahí. Los tipos libertarios pseudo-intelectuales no se van a poner a graznar por que se prohíban cosas así, y permitirá a los quemadores de libros ir estableciendo útiles precedentes legales. Luego, al cabo de tres o cuatro años, vendrán a por nosotros, pero ya nos preocuparemos de éso cuando llegue el momento. Por el momento estamos estableciendo canales alternativos de distribución para nuestro material más vulnerable -principalmente las cintas de video que producimos nosotros mismos -. Tenemos unas cuantas producciones teatrales en video que son bastante impactantes, y los judíos están ya que arden por quitarlas de la circulación.

»Pero como las producimos nosotros mismos, y no dependen de ningún suministrador exterior, tenemos mucha libertad para cambiar la forma en que hacemos las cosas, con vistas a ponérselo mucho más difícil al gobierno, el que nos pueda parar.

Harry hizo una pausa y soltó una risita.

»La verdad es que es irónico. Las publicaciones que va a prohibir el gobierno con el Decreto Ley Horowitz durante los próximos años serán en su mayor parte material que no da ningún miedo a los judíos; *Los protocolos* o tratados religiosos que intentan demostrar que los judíos son en realidad descendientes de Satán, no les preocupan especialmente. Lo que en verdad les asusta es *La Eneida* y otros de nuestros libros que ayudan a la gente de raza blanca a comprender quiénes son. Saben que si un número suficiente grande de nosotros llegamos a desarrollar un sentido histórico y un

interés por nuestras raíces raciales, y éso se desarrolla hasta un sentimiento de identidad racial, y responsabilidad racial, nos despertaríamos bruscamente de ése hechizo de la igualdad-y-fraternidad que han tejido tan cuidadosamente a nuestro alrededor, y entonces todos sus planes se vendrían abajo. Ésta es la razón por la que se han embarcado en semejante campaña en contra de los clásicos occidentales en las universidades.

--Eres un optimista, Harry. Éso de educar a la gente, despertarlos y elevar su consciencia está muy bien. Hasta yo he estado pensando en seguir la misma línea: conseguir que algunos de los documentos más interesantes que he encontrado en mi proyecto de estudio sobre los judíos sean más ampliamente accesibles, quizá trabajando conjuntamente con la Liga, ya que tu gente parece tan experimentada en publicaciones. Pero últimamente he estado teniendo algunas dudas sobre la eficacia de esos esfuerzos. Cuanto más pienso en ello, más me parece que en este país, la cantidad de gente de raza blanca a la que se puede desapalancar del sofá el tiempo suficiente para leer un solo panfleto, no llega ni al uno por ciento; y no hablemos ya para leer la *La Eneida*. Pero aunque educáramos a todos los que fueran educables, ¿qué podrían hacer ellos mientras siguieran estando desorganizados? Y en cuanto intentarais empezar a organizarlos, el gobierno echaría mano del Decreto Ley Horowitz para echaros del negocio.

--Supongo que estás hablando de esa cláusula que declara fuera de la ley a todas las organizaciones que exijan cualificaciones raciales para ser miembros --respondió Harry--. La verdad es que eso no nos preocupa, porque no somos una organización de miembros.

--¿Qué quieres decir?, ¿no sois una organización de miembros? ¿Y quién son estas otras personas que están aquí esta noche? Y la última vez que estuvimos juntos, me hablaste de al menos dos personas a las que describiste como miembros de esta unidad --replicó Oscar algo indignado.

--Éso fue la última vez --dijo Harry con una risita--. ¿Me has oído esta noche referirme a alguien con la palabra 'miembro'?

Oscar se impacientaba.

--Venga, ¿a qué clase de juego de palabras estás jugando conmigo?

--Es el juego de la supervivencia --respondió Harry, y ahora en tono serio--. Estas personas que están aquí son simplemente mis amigos. Nos reunimos de vez en cuando para hablar de asuntos de común interés. Si tú fueras un agente de policía del gobierno, no podrías encontrar ni un solo indicio que demostrara otra cosa.

--Pues claro que podría --replicó Oscar beligerante--. Acabo de solicitar el ingreso como miembro. Luego, en cuanto recibiera el carnet de miembro, me presentaría a un gran jurado federal. Y los directores de la Liga recibirían una citación para ser interrogados. Si negaban que fuera una organización racialmente discriminatoria, entonces les ordenarían que mostraran los nombres de todos los miembros negros, judíos y asiáticos. Como no podrían mostrar ningún nombre, sería el final de la Liga.

--Incorrecto --explicó Harry pacientemente--. Primero, no recibirías ningún carnet de miembro. Segundo, los directores, caso de recibir una citación, rehusarían responder a ninguna pregunta acogiéndose a la Quinta Enmienda. Podrían, si se sentían inclinados a hacerlo, explicar al gran jurado que la Liga es sencillamente una fundación sin ánimo de lucro sin miembros, y todos los archivos oficiales lo confirmarían. Pero en principio rehusaríamos responder a preguntas de ningún gran jurado. El gobierno podría proseguir las investigaciones si quisiera, pero no encontraría nada que les permitiera iniciar un proceso contra nosotros.

--¿Pero qué pasa con los cuotas que tengan que pagar los miembros? Todo lo que tendrían que hacer sería comprobar los movimientos de las cuentas bancarias. ¿Y si hay algún simpatizante por ahí lejos que no conozca a ningún otro miembro? ¿Cómo va a poder afiliarse sin enviar una solicitud o lo que sea para informar de que quiere hacerse miembro? --insistió Oscar obstinadamente.

--No hay cuotas por pagar, porque no hay miembros --siguió explicando Harry--. Por supuesto, pedimos a nuestros amigos que mantengan financieramente el trabajo de la Liga enviando donaciones regulares. La fundación acepta todas las donaciones y usa el dinero para pagar la impresión, los franqueos postales, y otros gastos, incluidos los sueldos del personal. Si un amigo se descuidara con las donaciones, otro amigo iría a hablarle del asunto.

»En cuanto al simpatizante de por ahí lejos que quiera presentar una solicitud para ser miembro... eh, perdón, que quiera participar en nuestro trabajo, haríamos que le escribiera alguien para hacer una evaluación preliminar. Si fuera posible encontrarle un puesto en alguno de nuestros círculos de amigos locales o incluso de que pudiera participar en solitario, concertaríamos una entrevista. Pero no existiría ningún formulario que rellenar -y ningún archivo, o al menos ninguno sobre el cual existiera la más mínima posibilidad de que le pusiera las manos encima el gobierno. Créeme, Oscar, nuestros asesores legales han estado muy atareados con este tema, incluso antes de que el Proyecto de Ley Horowitz se convirtiera en Decreto Ley. Han revisado prácticamente todas las posibilidades y han elaborado formas de adaptarnos a las nuevas condiciones sin tener que interrumpir ninguno de nuestros programas.

Oscar meneó la cabeza.

--A lo mejor os las arregláis para no ir a la cárcel, pero ¿cuál es la diferencia? Con semejantes restricciones, nunca podréis constituir una organización políticamente relevante.

--¿Políticamente relevante? ¿Qué te hace pensar que intentamos hacer nada políticamente relevante? --Harry hizo una pausa, sonrió, y continuó--. Bueno, a largo plazo por supuesto que sí, pero si estás pensando en marchas y manifestaciones públicas con montones de gente, campañas electorales y todo éso, eso requeriría otra organización. Ya la construiremos cuando llegue el momento. Pero ahora mismo lo que intentamos hacer es algo distinto.

Hizo otra pausa.

»Hace dos minutos calculabas que menos del uno por ciento de las personas blancas del país sienten el suficiente interés por lo que sucede en el mundo que les rodea como para leer un panfleto. No te has desviado mucho. La mayoría de nuestros conciudadanos carecen por completo del menor sentido de responsabilidad cívica o racial. Es como si creyeran que el mundo más allá de su propio pellejo solo fuera una especie de espectáculo para su diversión personal. ¿Cómo se llaman éso, -solipsismo⁴⁶?

»De cualquier modo, casi todos los que se implican políticamente sólo lo hacen por presiones sociales de su segmento particular de la sociedad; gritan los mismos esloganes que grita la gente que tiene a su alrededor, y tan sin pensar como ellos. Casi nadie se implica en una causa porque haya considerado cuidadosamente la situación, haya decidido que había que hacer algo, y haya cargado él mismo con la responsabilidad de hacerlo, ya sea independientemente o como parte de un grupo. Para mí lo que define a un ser humano es ésto: la aceptación de la propia responsabilidad. Según este patrón, la mayoría de la gente son simples animales -animales pensantes, pero animales a pesar de todo, a los que les falta lo más esencial del ser humano.

Oscar sintió que se le erizaban los pelo de la nuca al darse cuenta de cómo le recordaban las palabras de Harry a las que había oído en boca de Ryan hacía tan poco tiempo. Era extraordinario, pensó, que dos hombres tan diferentes como William Ryan y Harry Keller -el uno un juramentado defensor del régimen, fervientemente partidario de usar las medidas más extremas contra sus enemigos, y el otro comprometido en el derrocamiento de ese mismo régimen a causa de sus políticas racialmente destructivas-, expresaran el mismo punto de vista, escandalosamente heterodoxo sobre la gran masa de sus semejantes. ¡Y que él hubiera vivido 40 años sin oír jamás tal punto de vista, para que de repente se lo espetaran a la cara dos veces seguidas en tan sólo unos días!

Mientras Oscar se maravillaba de esta coincidencia, Harry continuaba hablando:

--Nuestra tarea en estos momentos es educar y reclutar a seres humanos -sólo a seres humanos-. Para éso no necesitamos un movimiento de masas. De hecho, no podemos construir o controlar ningún movimiento de masas hasta que no tengamos una organización mucho más fuerte de gente responsable... ehh, perdón otra vez, hasta que no tengamos muchos más amigos responsables trabajando juntos. Así que es ésa fracción de un uno por ciento, tras la que vamos en estos momentos, ésos pocos que están algo más cerca del umbral que el resto.

--¿Umbral? --preguntó Oscar.

--En el sentido nietzscheano --replicó Harry--. El umbral entre el animal y el hombre -o entre el hombre y el hombre más elevado, si lo prefieres. En cualquier caso, entre los inconscientes e irresponsables que están a un lado, y los conscientes y responsables del otro, los que preparan el camino al superhombre.

⁴⁶ Solipsismo: forma de escepticismo extremo caracterizado por la negación de cualquier posibilidad de conocimiento, aparte de la propia existencia -Collins.

--Ya veo --asintió Oscar--. Pero para mí que el término nietzscheano que más ajustado parece es 'abismo' -la *Abgrund*⁴⁷ que el hombre tiene que cruzar entre el animal y el superhombre. Me da la impresión de que la transición no es tan nítida como implica 'umbral', sino que es más bien más esparcida, como la 'cuerda sobre el abismo' de Zaratustra. En mí mismo, por ejemplo, reconozco una mezcla de lo inconsciente y lo consciente. A veces, cuando estoy investigando en busca de la verdad me siento como si andara a tientas a través de una niebla espesa. No todo es oscuridad total; soy consciente de algunas cosas. Pero otras son tan tenues que a duras penas puedo distinguirlos. Me resulta imposible anclarlas en mi consciencia. Sospecho que ahí fuera hay muchas otras personas a los que sería desacertado referirse como 'animales', porque al menos tienen algunos débiles atisbos de consciencia, algunos débiles indicios de un sentido de responsabilidad -unos más y otros menos.

Mientras Oscar hablaba, la cara de Harry se iluminó con una amplia sonrisa.

--¡Vaya!, ¡un colega nietzscheano! --le agarró el brazo a Oscar, auténticamente complacido.

Una momentánea sonrisa revoloteó por la cara de Oscar en respuesta a la reacción de Harry, pero inmediatamente volvió a ponerse serio y dijo:

--Además creo que prefiero pensar en los miembros más irresponsables de nuestra raza como en niños, en vez de como animales. Dices que los que distingue a los seres humanos de los animales es la posesión de un sentido de la responsabilidad, pero podría hacerse la misma distinción entre adultos y niños, en vez de entre hombres y animales.

--Si quieres verlo así --Harry meneó la mano--. Pero un niño normalmente acaba creciendo hasta hacerse adulto. La mayoría de los pertenecientes a la generación que vive hoy día se irá a la tumba sin más sentido de la responsabilidad que cuando nacieron.

--Quizá, quizá --le dio la razón Oscar. Luego volvió a su anterior preocupación:-- Pero el hecho sigue en pie: ahí fuera hay otros como yo -al menos en la medida en que son educables, en la medida en que andan buscando la verdad a tientas, y en que son capaces de llegar a ser adultos responsables-, y sospecho que aún no los habéis localizado a todos; yo no llegué a saber de vosotros gracias a vuestros esfuerzos de reclutamiento; si no nos hubiera presentado Carl, no estaría aquí esta noche. Y ahora, con el Decreto Ley Horowitz, vuestro reclutamiento por cierto que no va a mejorar.

--Al contrario --le interrumpió Harry--. El Decreto Ley Horowitz seguramente nos ayudará mucho. Hay mucha gente que está al tanto de nuestra existencia y nuestros objetivos, pero no se han animado a entrar en acción. El Decreto Ley Horowitz les hará darse cuenta de que se está haciendo demasiado tarde. Ya estamos empezando a recibir más peticiones de información, de gente que por fin ha decidido que ha llegado la hora de actuar.

--¿Bastantes como para tener éxito? --dudó Oscar.

47 (alemán) *abgrund*: abismo, sima, precipicio.

Harry se encogió de hombros, y cuando habló era evidente la preocupación en su voz:

--Nadie puede garantizarnos el éxito. Pero lo que intentamos es necesario, y por ser necesario debemos creer que es posible, y hacer lo que podamos para tener éxito. Si es imposible, moriremos intentándolo.

--Y lo mismo le ocurrirá a la raza --añadió Oscar sombríamente.

--¿De qué estáis hablando vosotros dos, tan serios? --preguntó Adelaida, acercándose a ellos y pasándole el brazo alrededor de la cintura a Oscar. A lo largo de toda la conversación con Harry había estado echándole el ojo con una ansiedad que confiaba que no se notara, viéndola charlar alegremente al otro lado de la sala con un grupo de cinco hombres que se habían reunido a su alrededor como polillas atraídas por una vela. Estaba claro que un par de las otras mujeres de la reunión estaban irritadas, y Adelaida había acabado dándose cuenta y se había apartado de su círculo de admiradores.

--Sólo estoy intentando convencer a Harry de que su organización tiene que comprar la cadena de televisión CBS para quitársela a ésa banda de judíos que la tienen ahora, para que su mensaje llegue a más gente --respondió Oscar bromeando.

--Eso estaría bien --estuvo Harry de acuerdo con él--. Soñamos con ese tipo de cosas. Algunos de nuestros miembros... ehh, amigos más imprudentes han propuesto que secuestremos algún estudio de emisión de una de las cadenas, durante la emisión en directo de algún acontecimiento deportivo importante, y emitamos un mensaje grabado en cinta, hasta el satélite y de ahí a 40 millones de salas de estar. Han calculado que podríamos mantener a raya a los policías durante una media hora mientras se estaba emitiendo la cinta. Y créeme, si pensáramos que iba a tener algún efecto importante, lo intentaríamos. Pero una única emisión, no importa lo bien que se hiciera, no dejaría demasiada impresión en el público. La única manera de meterle a la gente una idea nueva en la cabeza, o de cambiar las ideas viejas, es mediante una repetición incesante. La primera vez ni siquiera se dan cuenta de lo que les has dicho. Después de la milésima vez comienzan a captar la idea. Y después de la diezmilésima, ya están convencidos.

--Bueno, ya era hora, por fin me has dicho que tienes algunos miembros que han estado pensando en la misma línea que yo --respondió Oscar con una gran sonrisa--. ¿Donde tengo que firmar?

--¿Lo dices en serio? --preguntó Kevin Linden, que acababa de unirse al corro.

--Sí --respondió Oscar--. A veces me impaciento un poco con los sermones de Harry, pero muy pocas veces he conocido a un hombre que me estimule tanto para pensar como él. Necesito hablar con él de manera regular, y por tanto lo único justo por mi parte sería pagar mis cuotas por ése privilegio. Además, la verdad es que he estado pensando muy en serio en cambiar mis actividades hacia algo más parecido al tipo de cosas que hace la Liga.

--¿Y qué has estado haciendo hasta ahora? --preguntó Kevin.

--Ah, bueno, principalmente ha sido lo que podría llamarse persuasión de uno-a-uno, distribuyendo el mensaje racial a individuos o parejas -aunque creo que en una ocasión puede que influenciara la manera de pensar de un grupo más grande. Pero la verdad es que encuentro ese método demasiado lento, y me gustaría explorar otras vías en las se pudieran usar los medios de comunicación masiva para llegar a más gente --respondió Oscar no muy convincentemente.

--Nos sentiremos muy felices de contar contigo en nuestro círculo de amigos de esta zona --dijo Kevin, alargando la mano a Oscar--. Harry te pedirá algunos datos personales. También te notificará de las asambleas y discutirá contigo un programa de donaciones apropiado.

--¡Oye, y conmigo también! --intervino Adelaida cantarínamente.

Capítulo 22

A pesar de sus recelos, cada vez mayores, sobre el valor del trabajo educativo, en una hora tan desesperada de la lucha de la raza por la supervivencia, Oscar se tomó muy en serio su nuevo compromiso con la Liga Nacional. Su ferviente trabajo para la organización se veía impulsado por el hecho de que no veía que pudiera hacerse nada más eficaz. Se sentía propenso a creer la afirmación de Ryan, de que mil hombres como él podrían echar abajo al gobierno, pero el problema era cómo encontrarlos y reclutarlos. Después, quizá, llegaría el momento de retomar sus anteriores actividades. Hasta entonces la Liga parecía ser el mejor medio que tenía a su disposición para encontrar los otros 999 hombres que necesitaba para que ese tipo de trabajo tuviera efectos definitivos.

Su obsesión era encontrar una manera de usar los medios de comunicación de masas para divulgar el mensaje de la Liga. Comprendía el razonamiento de Harry sobre la necesidad de hacer llegar su mensaje, y reclutar, a un número lo suficientemente grande de gente de nivel más elevado, antes de intentar movilizar a las masas, pero se exasperaba de impaciencia por la lentitud de los resultados que iba obteniendo la Liga, y temía los riesgos que conllevaba una estrategia tan limitada.

Era posible que los abogados de la Liga tuvieran toda la razón del mundo, según la letra de la ley, sobre la incapacidad del gobierno de procesar a la organización bajo el Decreto Ley Horowitz, pero estaban dando por supuesto que el gobierno iba a su-peditarse a sus propias reglas. Al contrario que él, no se daban cuenta de que, en el futuro, el gobierno dependería cada vez más de hombres como Ryan para defenderse: hombres que no jugaban según las reglas. La única forma en que una organización podía protegerse contra un gobierno servido por tales hombres era movilizar a grandes masas del pueblo -masas a las que se pudiera enviar bramando a las calles cuando fuera necesario.

Así que, en vez de más libros de historia, comenzó a traerse de la biblioteca libros sobre comunicaciones de masas. Y comenzó a ver otros programas en la televisión, aparte de los telediarios: se pasaba cantidad de de horas viendo la televisión con Adelaida, incluso programas de lo más aburridos y soporíferos, desde programas concurso, con sus gongs, sus timbres, risas estridentes y concursantes con grandes sonrisas estúpidas, hasta el vociferio y la beatería de los milagrosos evangelistas; y luego analizaba con ella todos los factores que les conferían atractivo para lograr una audiencia masiva.

No había perdido el interés por investigar el papel de los judíos en los asuntos de su raza, desde los tiempos bíblicos hasta el presente, pero ahora ya sabía que, independientemente de lo que pudiera revelar la continuación de sus estudios históricos sobre sus intrigas y motivaciones, había que hacer algo sobre ellos. El control que

ejercían sobre los medios de comunicación y entretenimiento era ya, en sí mismo, algo que exigía acción inmediata.

Adelaida también era un miembro entusiasta de la liga. Sus actividades en la organización no solo le parecían merecer la pena en sí mismas, sino que además le complacían por partida doble por sus efectos en Oscar. Fuera lo que fuese lo que en el pasado hubiera estado obsesionándole, ahora parecía preocuparle menos. Había menos tardes en las que le ponía excusas por no poder estar con ella, y pasaban más tiempo juntos. Incluso estaba comenzando a hablar con ella, de forma definitiva, sobre matrimonio. Ya habían decidido que en junio, en cuanto tuviera algunos días de vacaciones, ella dejaría su apartamento y se mudaría a vivir con él.

....

Tres semanas después de unirse a la Liga, y una semana después de asistir a su segunda asamblea, Harry invitó a Oscar y Adelaida a conocer a los compañeros miembros Saúl y Emily Rogers. Cuando llegaron a la casa de Keller, Colleen les hizo pasar y bajar a la sala de juegos del sótano. En cuanto llegó al último escalón, Oscar casi se sobresaltó por el aspecto del hombre que tenía enfrente, al otro lado de la gran sala: era un auténtico gigante, cuya enorme cabeza barbuda, de pétreas facciones, casi rozaba el techo, y cuyos penetrantes ojos azules parecían tener una cualidad luminosa mientras atravesaban a Oscar, aún en el umbral. Nunca había visto una figura tan imponente.

Para cuando terminaron con las presentaciones y todo el mundo se hubo sentado, Oscar ya se había recuperado de su asombro y comenzaba a calibrar a Saúl. El hombre tendría entre 40 y 45 años, aunque la barba le hacía aparentar algo mayor; o al menos aumentaba el aura de severidad y autoridad que le rodeaba, y que por lo general se asociaba a una edad más avanzada. Tenía una voz profunda y fuerte, con un timbre extraño y cautivador. Era difícil imaginar que un hombre semejante fuera maestro de escuela, aunque no cabía duda que tendría cierta ventaja al tratar con algunos de esos indisciplinables macarras de aula que hoy día infestaban las escuelas públicas, pensó Oscar.

La esposa de Saúl, Emily, era alta y delgada, estaba en sus primeros treinta, rubia y bastante bonita; también era profesora, y no tenían hijos.

Después de las cortesías iniciales Oscar adoptó una pose agresiva en la conversación con su nuevo asociado:

--¿Qué tenían tus padres contra ti, cuando te pusieron de nombre 'Saúl'? --preguntó con una sonrisa traviesa.

Saúl se reclinó hacia atrás en la silla todo lo que podía y estiró las piernas rectas hacia delante, y contempló el techo durante un momento.

--Bueno, Oscar, eran lo que podrías llamar unos santurrones: fundamentalistas muy devotos. A todos los chicos de la familia nos endosaron nombres del Antiguo Testamento. No sientas lástima por mí, láméntalo por mi hermano Abinadab. En realidad los nombres judíos fueron la menor de nuestras penas: lo que casi acabó con

nosotros fueron las interminables lecturas de la Biblia. No solo los domingos, sino todos los malditos días. No había manera de escaquearse.

De repente Saúl saltó sobre sus pies como si le hubieran dado una descarga eléctrica, con su enorme corpachón erguido y rígido, haciéndolo parecer aún más alto y amenazador sobre sus casi dos metros de altura. Con los brazos levantados por encima de la cabeza y los ojos llameantes, con la cabeza inclinada hacia atrás y la barba sobresaliendo en ángulo prominente desde el pecho, parecía la mismísima imagen de los profetas que mostraban todos aquellos cuadros que había en las aulas de las escuela dominicales, en un estado de incipiente frenesí, a punto de entrar en contacto con alguna revelación de las alturas. Lanzó su brazo derecho hacia Oscar, con el dedo índice apuntándolo acusadoramente, y rugió:

--Contemplad, yo afligiré a los descreídos. Sí, yo les enviaré la devastación; yo los destruiré por completo, y convertiré su casa en desolación; yo borraré de bajo los cielos la memoria de su linaje. Yo haré que su nombre sea una abominación entre todas las tribus de Israel, por cuanto han abandonado al Único Sagrado.

Aún parecía a sus oyentes estar rodando y despeñándose el atronar de sus primeras palabras cuando bajó la voz y acabó en un tono algo más suave, pero que portaba la misma autoridad:

--Así dice el Señor.

Los labios de Saúl estaban moteados de espuma. El fuego de su ojos se apagó mientras se relajaba lentamente y bajaba los brazos a los costados. La sala permanecía en silencio.

Oscar fue el primero en recuperar la voz.

--Jesús, Emily, ¿qué ha estado bebiendo? --aunque la pregunta de Oscar pretendía ser una broma, su voz denotaba un inconfundible temor reverencial.

Emily forzó una algo nerviosa.

--Está totalmente sobrio. Y da gracias. Algunas veces cuando ha bebido un par de copas, sigue vomitando fuego y azufre durante media hora. Es alucinante lo que puede salir por la boca de éste hombre.

--¿De veras? --ahora Oscar se sentía interesado--. Oye, Saúl, haznos otra demostración.

--¡Oscar, por favor, no lo provoques! --suplicó Emily.

--¡Pero es que es realmente bueno! Nunca había visto nada parecido. ¿Donde has aprendido a hablar así, Saúl?

Saúl se echó a reír para ocultar su reacción a los halagos de Oscar.

--La verdad es que era mi forma de lidiar con las dosis forzosas de lecturas de la Biblia que tenía que escuchar a mi padre, cuando era chaval. Cuando no había nadie me iba al garaje y me ponía a imitar a Isaías. O a Jesús. O a Dios. Improvisaba y escupía todo lo que me habían embutido a presión, pero añadiendo algunos giros nuevos por mi cuenta. Se convirtió en una especie de juego, en el que me inventaba las cosas más estrafalarias que decir, simulando ser una figura bíblica que invocaba los

rayos sobre los ídólatras. Pero creo que en realidad era una especie de terapia, además. De un modo u otro, acabé haciéndolo bastante bien. Siempre he sido un actor frustrado, ya sabéis.

--¿Te importaría actuar sólo un poco más, ahora mismo? Me gustaría ver lo que puedes hacer cuando te lo propones. Me has dado una idea.

--¿Podría hacerte mi versión del Sermón de la Montaña? --preguntó Saúl, no muy convencido de que Oscar se lo pidiera en serio.

--Lo que sea. Simplemente vomita algo más y bracea un poco.

Saúl se puso en pie de nuevo, esta vez lentamente, algo dubitativo.. Luego, con una mirada serena y distante, levantó el brazo en gesto de bendición y comenzó, con voz calmada y tranquila, pero potente:

--En verdad, hijos míos, os digo, que aquellos que sufran en mi nombre serán unos tontos del culo, porque yo no soy el camino, ni la verdad, ni la vida. Aquellos que tengan hambre de justicia morirán de hambre, pues mi padre en los cielos ha...

Conforme Saúl seguía hablando, el hecho de no hacer más que soltar disparates sin sentido casi parecía un detalle sin importancia. Los ricos y resonantes tonos de su voz, y la expresividad de su rostro, sus gestos, y su porte acarrearaban una convicción tan absoluta que Oscar y los demás casi podían verlo vistiendo una túnica blanca y ondulante en vez de su traje de negocios, de pie sobre un saliente de roca en el desierto ante una multitud de piojosos israelitas, en vez de sobre la alfombra de la sala de recreo de los Keller. No hubiera hecho falta mucha más imaginación para ver un halo de luz dorada a unas quince centímetros sobre su cabeza. La voz de Saúl proseguía, tan melodiosa y arrulladora ahora como antes lo había sido áspera e imperiosa. Nunca se quedaba sin palabras, y todas ellas sonaban a sus oyentes como algo que creían que deberían recordar vagamente, de las lecturas en la Biblia del Rey Jaime⁴⁸ de su infancia, aunque Saúl se lo iba inventando casi todo sobre la marcha. Mientras hablaba flotaba sobre él una emotividad abrumadora, junto a un fuerte sentimiento espiritual.

Oscar finalmente rompió el hechizo, levantándose.

--Saúl --dijo, casi incapaz de disimular su excitación-- tenemos un trabajo para ti

--Vas a ponerlo delante de la acera del Capitolio y hacerle predicar una cruzada contra los réprobos que hay en su interior --se rió Emily.

--Sí, va a predicar una cruzada, pero no sólo a los turistas que andan por fuera del Capitolio. Creo que tenemos la réplica a Billy Gresham, Jerry Caldwell, Jimmy Braggart, Pat Robinson, Moral Richards, y el resto de esa tropa cutre de adoradores de judíos. Saúl, ¿sabes algo sobre la doctrina de la Identidad Cristiana?

--Oh sí, un poco. Hace unas cuantas semanas leí un artículo en el *New York Times* del domingo, sobre la gente que sigue esa doctrina. Y antes ya había oído hablar de ellos un par de veces. Han cogido lo más esencial de la doctrina Fundamentalista y lo han vuelto del revés. Enseñan que nosotros somos el pueblo 'elegido', y que los

⁴⁸ *King James Bible*: Traducción al inglés realizada de 1604 a 1611 por la Iglesia Anglicana bajo el rey Jaime I.

judíos son unos impostores. Que el pueblo del Antiguo Testamento era en realidad ario y no semita. Y que el dios de los judíos -al que llaman 'Yahveh'- hizo un pacto especial con nuestros ancestros, no con los hebreos, o algo así. La gente del *New York Times* los odian realmente a muerte -les llaman neonazis y todo lo demás.

--Vale, bien. Yo también he leído ése artículo, pero además he investigado un poco. He leído todo lo que he podido encontrar sobre ellos en la biblioteca, aunque no ha sido mucho, e incluso he escrito a una de sus iglesias para conseguir algunos folletos suyos. Lo que realmente importa es que están teniendo un éxito bastante notable en el reclutamiento de cristianos convencionales. Son más fuertes en las zonas rurales. Muchos granjeros del Medio Oeste ya se han subido a su carro. En los últimos años han crecido mucho, a pesar de que no tienen ningún medio de comunicación de masas para divulgar su mensaje. Estoy convencido de que lo único que los refrena es que todos sus líderes y oradores son gentes de la clase trabajadora, que no son lo bastante sofisticados para competir con los pregoneros cristianos de altos vuelos como Caldwell. Pero a nivel personal, de boca en boca, parecen estarlo haciendo muy bien, y estoy seguro de que es porque su doctrina tiene un gran atractivo para los fundamentalistas.

--La razón de que no consigan reclutar más que a pueblerinos incultos es que su doctrina es demencial --interrumpió Harry--. Yo he conocido en persona a uno de ellos y he hablado con él. Era conductor de un camión para la compañía en la que estaba yo antes de venirme al Pentágono. Tienen una versión de la historia completamente lunática. Nadie que haya prestado algo de atención en la clase de historia del instituto puede creérsela.

--¿Más demencial que la doctrina de la Transustanciación o la Inmaculada Concepción? --contraatacó Oscar rápidamente--. ¿Crees que gente que cree que Jesús caminó sobre las aguas y resucitó a los muertos no puede aceptar una versión lunática de la historia? No todas esas personas son campesinos incultos, aunque el ser inculto puede que ayude. Lo que importa es que hay por ahí unos cien millones de tipos blancos en el país que ya creen en cosas no menos estrafalarias que la doctrina de la Identidad . Con Saúl como orador y una cadena de televisión como medio, el movimiento de la Identidad podría darles vuelta y media a Caldwell y compañía .

--No dará resultado --insistió Harry--. Una cosa de lo que entiendo es de cadenas de televisión. La única razón por la que Caldwell y los demás pueden usarlas tan eficazmente es porque trabajan codo a codo con los judíos. Si cualquiera de esos evangelistas de la tele desprendiera el más ligero tufillo a Identidad, no les volverían a dejar acercarse a una cámara en la vida.

--Oye, que no soy un inocentón --replicó Oscar, con un rastro de exasperación en la voz--. He pasado mucho tiempo pensando en el hecho de que los evangelistas de la tele han convencido a cuarenta millones de americanos de que cualquier cosa que quieran los judíos, hay que dársela -que oponerse al más insignificante deseo de los judíos es una perversión de la peor especie. Esos cuarenta millones de imbéciles fundamentalistas son los responsables, por ejemplo, de la política suicida de América en Oriente Medio, incluso más que los propios judíos. Están ansiosos por desencadenar

un holocausto nuclear sobre nuestras cabezas, con tal de asegurar que siga la expansión territorial de Israel; de hecho, hasta *esperan* que se produzca ése holocausto nuclear. Les han convencido de que éso significaría el cumplimiento de las profecías de la Biblia. También creen que ellos, personalmente, escaparán al holocausto al ser suavemente izados por los aires hasta las perlas puertas, en el último momento: la 'asunción'⁴⁹, le llaman.

»Ahora bien, ya sé que uno no puede sin más empezar a predicar contra los judíos en la televisión. No he querido decir que Saúl tenga que predicar la doctrina de la Identidad, ni ahora ni nunca. Pero existe un fenómeno ahí fuera que creo que podemos usar en nuestro provecho. Hay cuarenta millones de personas que se creen literalmente cualquier cosa que les digan Caldwell y los demás evangelistas; se lo creen con tanta fuerza que no solo les dan enormes sumas de dinero a esos pregoneros, sino que votan según sus creencias y están dispuestos a cometer asesinatos en masa para acelerar su cumplimiento.

»Claro que, si los pregoneros comienzan a dirigir a su congregación en una dirección que no les guste a los judíos, les cortarían el grifo al instante. Pero hay formas de sortear ésa dificultad. El problema para el que no veía ninguna solución era el de competir eficazmente con los demás pregoneros por la atención del rebaño. Quiero decir, Caldwell y los otros no son unos memos, conocen su negocio, y son condeadamente buenos en lo que hacen. Me he pasado horas observándolos. Pero ahora, ¡por Dios que nosotros tenemos alguien mejor!

Colleen había estado escuchando calladamente, pero ahora tomó la palabra:

--Oscar, no es tan fácil. Llevo toda mi vida de adulta trabajando en emisoras de televisión. Los judíos controlan absolutamente todos los aspectos del asunto, y le prestan una atención minuciosísima. Son enormemente conscientes del poder que les otorga, pero también del peligro en que se encontrarían si algún enemigo pudiera usarlo en su contra. Están siempre alerta. Nadie, pero *nadie*, consigue audiencia en las cadenas de televisión antes de que los judíos lo hayan examinado a fondo y estén completamente convencidos de que está bien domesticado. He visto una y otra vez cómo sucedía lo mismo. Tienen una enorme red de policía secreta, el *B'nai B'rith*⁵⁰, que mantiene al día archivos informáticos sobre cada incidente 'antisemita' que ocurre en el país. Si Fulano de Tal cuenta un chiste de judíos en una reunión del Club Rotary, y un miembro judío oye algo al respecto, la Liga Anti-Difamación⁵¹ del *B'nai B'rith* enseguida tendrá un expediente sobre Fulano. Si luego a Fulano se le ocurre alguna vez intentar conseguir que le dejen dirigir algún programa-tertulia, lo primero que hará el propietario judío de la emisora es cotejar sus antecedentes en los archivos de la ADL. Y no le darán el trabajo. Si el propietario de la emisora es un

49 *rapture*: éxtasis, suma felicidad. Pero (arcáico, y etimológicamente): raptó, abducción, secuestro; y en contextos místicos: enajenamiento, "ser sacado fuera de sí"; y también "asunción": ser izado al cielo por Cristo. —Merriam-Webster. (Decidir la palabra exacta requiere estudio.)

50 *B'nai B'rith*: Los Hijos del Alianza. Masonería judía de alcance mundial. También tiene sucursal en Barcelona.

51 ADL, Anti-Defamation League: sección de la *B'nai B'rith* que se encarga de escrutar los medios de comunicación mundiales en busca de 'ofensas' contra los judíos, y de tomar las medidas necesarias para actuar contra los 'ofensores'.

gentil, y contrata a Fulano, la que hará las comprobaciones en la ADL será la red a la que esté afiliada la emisora. Y el propietario enseguida recibirá el mensaje de vuelta: despide a Fulano -o lo que sea. Además, aun cuando Fulano de Tal estuviera completamente limpio, no le sería tarea fácil abrirse camino en la televisión. En la Tv se manejan cantidades ingentes de dinero, y hay mucha, pero mucha gente, además de Joe, a la que le gustaría ponerle la mano encima. No se introduce uno a fuerza de talento, aunque no cabe duda que algo ayuda tenerlo. Lo que importa es a quién conoces, quién te va a hacer el favor. Un extraño de fuera, en realidad no tiene la menor oportunidad.

--Colleen, agradezco tu preocupación. Estoy seguro de que conoces el negocio. Necesitaremos muchos consejos tuyos. Pero me guardo un par de trucos en la manga, y estoy convencido de que tenemos buenas probabilidades de conseguir que Saúl salga en las ondas. También estoy convencido de que Saúl es tan condenadamente bueno que una vez que haya comenzado, los judíos lo tendrán muy difícil para echarle, porque en un periquete habrá enganchado de verdad al rebaño. Por supuesto que tendremos que ser muy cuidadosos, y jugar bien nuestras cartas. Pero estoy convencido de que es algo que tenemos que intentar. Un regalo como Saúl no puede habernos caído en las manos para nada.

Harry resopló.

--Demonios, Oscar, estas comenzando a hablar tú también como uno del rebaño. ¿Qué quieres decir con eso de que Saúl es un 'regalo'? ¿Un regalo de Yahveh, quizá?

Oscar se ruborizó, luego echó un vistazo a su reloj de pulsera.

--Ya sé que se está haciendo tarde, amigos, pero tengo que comprobar un par de cosas con Colleen antes de que lo dejemos por esta tarde. Aún no pareces estar muy convencido, pero este proyecto va a ser una gran cosa para nosotros, y tengo intención de ponerlo en marcha ahora mismo.

Capítulo 23

Durante los días siguientes la excitación de Oscar siguió al máximo. Sus primeras consultas con Colleen habían revelado más obstáculos imprevistos que oportunidades, pero a pesar de todo se las arregló para presentar un plan de acción provisional, que tanto Harry como Colleen admitieron, aunque de mala gana, que quizá consiguiera llevar a Saúl a las ondas. Y sus posteriores encuentros y discusiones con Saúl reforzaron su impresión inicial del inusual talento que poseía.

El plan de Oscar consistía, en esencia, en poner a Saúl de telonero de alguno de los evangelistas televisivos ya consolidados, dejando que alguno de ellos viera en Saúl la suficiente habilidad predicadora como para convencerse de que podría serle útil, pero no tanta como para sospechar que pudiera hacerle sombra. Después de que los recursos evangelistas lo lanzaran al conocimiento del público, Saúl cortaría amarras y se permitiría caminar por cuenta propia. Entonces -y sólo entonces- comenzaría a reconducir el rebaño por una nueva senda.

El mayor problema inicial fue convencer a Saúl. No se trataba de que dudara de sus propias habilidades, sino más bien de que el hecho de llevar a cabo el plan de Oscar significaría para él cruzar un Rubicon personal, para lo que no se había preparado. Una vez que hubiera estado en el candelero y provocado un escándalo público como el que Oscar tenía pensado, difícilmente podía confiar en volver a ser profesor nunca más. Cuando Saúl empezó a considerar en serio la propuesta de Oscar, Emily se pudo como loca. Le amenazó con abandonarle como siguiera empeñándose en ello. Pero para Saúl el plan poseía una cierta fascinación fatal, porque dependía decisivamente de su peculiar talento, y al mismo tiempo apelaba a su fuerte deseo, largamente reprimido, de actuar ante el público.

El momento de la verdad llegó cuando Jerry Caldwell, el número dos entre los evangelistas de la televisión, accedió a concederle una audición a Saúl. Fue Harry quien propició que le hiciera la oferta. La compañía para la que estaba pluriempleado vendía, entre otras cosas, equipos de iluminación para estudios de televisión, y Caldwell era uno de sus clientes. Se dejó caer por el estudio de Caldwell durante una sesión de grabación de su "Hora del Evangelio de los Nuevos Tiempos", que se jactaba de tener una audiencia televisiva semanal de ocho millones, supuestamente para ver que tal funcionaban los equipos de su compañía. El formato habitual del programa de Caldwell requería la participación de varios predicadores auxiliares -algunas veces hasta cinco-, además del propio Caldwell, y entre estos auxiliares se producía una rotación de personal bastante rápida.

Al terminar la sesión, Harry le habló a Caldwell de Saúl, diciéndole que le había visto predicar en una emisora local de otro estado y se había quedado muy impresionado con su talento. Ahora Saúl estaba buscando una audiencia mayor, le dijo Harry,

y no le cabía ninguna duda de que a la menor oportunidad se vendría corriendo trabajar con un profesional de verdad como Caldwell. Los halagos funcionaron, y Caldwell le dijo a Harry que le enviara a Saúl a entrevistarse con él.

Después de que ser contratado como auxiliar por Caldwell, Saúl tuvo que hilar muy fino. Necesitaba dar un espectáculo lo bastante bueno como para mantenerle convencido de su valía, pero sin atreverse a dejar que su luz brillara ni remotamente cerca de su máxima potencia. Hacerlo centraría sobre él la atención de la audiencia, en lugar de sobre Caldwell, y en tal caso lo pondrían en la calle al minuto siguiente. Y tampoco es que hubiera, por lo general, muchas oportunidades de pillar a Caldwell con la guardia baja, con un *hecho consumado*, porque los sermones casi siempre se grababan por adelantado. Cuando Caldwell revisaba la cinta, no era en absoluto extraño que exigiera reediciones exhaustivas o incluso que se volvieran a grabar tomas enteras.

Aunque Saúl ponía mucho cuidado en autolimitarse y mantener una apariencia de humildad, a veces las cosas se desarrollaban de manera un poco engorrosa. Saúl era más de veinte centímetros más alto que Caldwell, y tenía una presencia mucho más imponente. Por este motivo Caldwell y él nunca aparecían juntos en pantalla, a no ser que se empleara algún tipo de truco de cámara para hacer menos evidente a los espectadores la diferencia de altura.

Saúl tenía muy claro que su jefe albergaba sentimientos contrapuestos hacia él. Caldwell, por un lado, reconocía el atractivo que tenía su auxiliar para la audiencia -Saúl ya se había ganado críticas favorables de varios comentaristas fundamentalistas-, y no era alguien que dejara pasar una oportunidad de aumentar su porcentaje de audiencia entre el público televisivo fundamentalista. Pero por otro, era un hombre cauteloso y calculador, y lo último que quería era ayudar a un rival -o a un potencial rival. Saúl se preguntaba cuánto tiempo duraría su relación

Hizo partícipe a Oscar de su preocupación, y ambos decidieron que sus mejores posibilidades de éxito en el lanzamiento de Saúl hacia una carrera independiente es-tribaban en actuar cuanto antes fuera posible -o sea, en la próxima ocasión que Caldwell diera una emisión en directo. Estas emisiones ocurrían cuatro o cinco veces al año, generalmente en ocasiones especiales, como Pascua o Navidad, o con ocasión de algún acontecimiento político; Saúl ya había participado en una, tan solo tres semanas después de comenzar a trabajar para Caldwell. Y en Pascua, dentro de poco más de un mes, iba a celebrarse un servicio religioso matinal.

--Bueno, ¿y qué vamos a hacer para llamar la atención de los aldeanos? --quiso saber Saúl-- La celebración va a ser al aire libre. A lo mejor podría invocar un rayo de los cielos a la cabeza de Jerry, y luego ocupar su lugar.

--Me temo que nuestra sección de efectos especiales no sabe proporcionar caídas de rayos bajo demanda --replicó Oscar--, pero hay algunas cosas que sí podemos hacer. ¿Qué te parecería tener un halo a tu alrededor durante tu parte de la celebración? ¿Crees que eso los dejaría boquiabiertos?.

--¿De verdad puedes hacer algo así?

--A lo mejor. He estado pensando en ello, pero aún necesito probar un par de cosas. Lo sabré en un día o dos. Mientras tanto, tú ve pensando en cómo vas a presentar tu mini-sermón.

No fue hasta mediados de la semana siguiente cuando Oscar estuvo preparado para probar su halo artificial para Saúl. En realidad no era más que un pequeña bombilla de alta intensidad, introducida en un chasis especial que Oscar había construido en su taller. Lo había diseñado para sacar partido de la excepcional dotación de cabellera de Saúl. Aunque comenzaba a menguar, la cabeza de Saúl tenía aún bastante pelo como para formar una melena bastante exuberante, aunque totalmente desgreñada, con esparcidos mechones de gris metálico que salían en todas las direcciones. La luz recibía corriente de un cinturón de pilas, parecido a los que usaban los cámaras de las noticias, conectado por un cable fino que recorría el cuero cabelludo de Saúl y bajaba por dentro del cuello de la ropa.

Oscar colocó el chasis cuidadosamente apretado al centro del cráneo de Saúl, lo ancló con un pegote de cera adhesiva y luego le volvió a peinar el pelo por encima. A menos que uno mirara a la cabeza de Saúl directamente desde arriba abajo, no se podía ver, y aún en tal caso era muy probable que un observador casual no notara nada. Oscar se colocó a algo menos de 5 metros de Saúl, en el lugar donde iba a estar la cámara de televisión cuando él estuviera en el púlpito, y luego hizo que Saúl conectara el interruptor del cinturón de pilas, activando un circuito electrónico que fue aumentando suavemente la potencia de la bombilla hasta su valor máximo.

--¡Eureka! --gritó Oscar--. Parece como si tuvieras el pelo en llamas. Difunde exactamente la luz suficiente para dar la impresión de un aura. Claro que en el centro es demasiado brillante, y a los lados falta luz, pero éso lo podemos arreglar.

De repente el pelo de Saúl comenzó a arder de verdad, y una fina voluta de humo acre ascendió haciendo rizos desde el centro de su cabeza, incluso después de que Saúl desconectara el interruptor. Afortunadamente el daño se limitó a unas cuantas hebras de pelo, justo encima de la bombilla caliente, y Saúl no se quemó el cuero cabelludo.

--Vamos a tener que vigilar éso --fue la reacción de Oscar--. La bombilla gasta 150 vatios cuando está encendida. Tendrás que reducir el pasaje más espectacular de tu sermón a unos cinco segundos, incluyendo un segundo más o menos para la secuencia de encendido y otro para la de apagado. Y tendremos que usar una laca para conseguir más cuerpo, e impedir que el calor haga que se te doble el pelo y toque la bombilla.

--También podrías ponerme algo más de aislamiento entre el chasis y la piel --sugirió Saúl--. Se pone desagradablemente caliente. Y ya que vas a buscar un espray de laca para el pelo, ¿por qué no buscas algo que sea incombustible? Si no, igual acabo convirtiéndome en una imitación improvisada de la zarza ardiente de Moisés.

Oscar se pasó la mayor parte de las dos semanas siguientes refinando su artilugio, e hizo pasar otras cuatro pruebas de comprobación a Saúl antes de darse completamente por satisfecho. La versión final consistía en tres bombillas independientes, y

hacían falta dos horas de dolorosos esfuerzos para colocárselo a Saúl, y volver a arreglarle bien el pelo una vez puesto. El interruptor lo trasladaron desde el cinturón de pilas a la articulación de la rodilla de Saúl, dentro de los pantalones. Sin más que apretar las rodillas podía encenderlo y apagarlo discretamente. Acortaron la secuencia de encendido a medio segundo, mientras la de apagado la alargaron a casi dos segundos, para conseguir un efecto apropiado.

--Cuando llegue el gran día tendremos que empezar a trabajar por lo menos tres horas antes de que salgas a escena, y tendrás que escabullirte del maquillador oficial de Jerry. Podrían parecer demasiados problemas solo para iluminarte un poco el pelo unos cuantos segundos, pero puede significar una gran diferencia en la forma en que te perciba la audiencia de la tele --comentó Oscar mientras tomaba notas que le servirían de recordatorio durante la instalación definitiva de las luces.

Capítulo 24

--Más vale que merezca la pena habernos levantado --refunfuñó Adelaida fingiéndose enojada, mientras Oscar ajustaba el color y el brillo de la televisión, en la habitación del motel. Se incorporó un poco en la cama y se estiró el cobertor hasta la barbilla. Oscar acababa de volver de la habitación de Saúl hacía unos minutos. Eran las 5:00 de la madrugada y el servicio de Pascua de Caldwell estaba a punto de comenzar. Adelaida y Oscar habían venido en coche desde Washington, el sábado, hasta la pequeña ciudad de Maryland, donde tenía su sede la iglesia de Caldwell y su estudio de televisión.

--Deja de quejarte --la amonestó Oscar mientras dejaba sus últimas prendas de ropa sobre la silla y se deslizaba en la cama a su lado--. Yo he estado levantado toda la noche.

--¡Como que no lo sé! --exclamó Adelaida, que seguía haciéndose la enfadada--. Me dices que venga contigo a pasar un fin de semana romántico en un motel, y luego me dejas toda la noche sola en el motel. ¡Vaya romance!

--¿Sabes qué, corazoncito?, en menos de un minuto te voy a dar todo el romance que puedas aguantar -si esta jugarreta nos sale bien sin problemas -. Si no, me pegaré un tiro.

Era la primera vez, desde que la conocía, que no se daba cuenta de la sensación del cuerpo desnudo de Adelaida junto al suyo. A pesar de su calidez y su embriagadora cercanía, estaba frío y tenso, y sentía un apretado nudo en el estómago. Tenía la desagradable intuición de que todo este arriesgado truco publicitario con Saúl era un terrible y estúpido error. Había demasiadas cosas que podían salir mal. ¡Cómo podía haber sido tan ingenuo, tan infantil, para creer que iba a poder colar semejante engaño con millones de personas observando! Casi seguro que alguno de los hombres de Caldwell que estuvieran cerca de Saúl notaría el truco enseguida y lo denunciaría. Comenzaron a entrarle sudores, y se le pasó por la cabeza la desesperada idea de que quizá hubiera aún alguna manera de poder hablar con Saúl y decirle que no siguiera adelante.

¡Pero no, ya era demasiado tarde! En la pantalla, otro de los auxiliares de Caldwell, que acababa de dirigir los cánticos de un himno, estaba ya presentando a Saúl. Oscar estaba tan aprensivo que casi no podía mirar a Saúl, mientras éste se movía balanceándose suavemente de un lado a otro en su minisermón. Miró subrepticamente la cara de Adelaida. Ella estaba ensimismada en lo que ocurría en la pantalla. Oscar no le había contado nada sobre el artificio con que había equipado a Saúl. Lo único que ella sabía es que esta mañana Saúl iba a intentar robarle a Caldwell el protagonismo del show, apartándose del guión y poniendo en juego todo su talento histriónico. Oscar volvió a mirar la pantalla.

--... y, hermanos y hermanas, nuestro Señor Jesús nos ordenó que nos amáramos todos los unos a los otros como hermanos y hermanas, sin importar cual sea nuestro puesto en la vida, sin importar cual sea nuestro color o nuestra raza, sin importar cual sea nuestra nacionalidad; sí, nos lo ordenó: ése fue su mensaje para nosotros --Saúl estaba aún interpretando su guión con una especie de sonrisa beatífica y distraída. Era ya casi el momento de concluir y devolver el púlpito a Caldwell.

De repente la voz de Saúl quedó como estrangulada en medio de sus perogrulladas, como si hubiera intentado tragar un hueso de pollo demasiado grande y se le hubiera atragantado. Su cuerpo se congeló en una postura retorcida y desmañada, y la sonrisa de su cara fue instantáneamente reemplazada por una intensa expresión, que parecía una mezcla de temor reverencial y de miedo, como un hombre que mirara fijamente y con fascinación irresistible hacia la caldera incandescente de un volcán en erupción que sabía que iba a incinerarlo.

Entonces Saúl habló de nuevo, pero esta vez con un susurro ronco y rasposo:

--¡Dios mío, el poder, *el poder!*

Parecía totalmente abrumado por algo que solo él pudiera ver. Pero esta fase no duró más que unos segundos. Luego la rigidez y torpeza desaparecieron de su cuerpo tan rápidamente como habían llegado, y se irguió sobre sí mismo en toda su completa e imponente estatura. Era como si de repente se hubiera vuelto más grande físicamente. Ahora la expresión de su cara había cambiado por completo. En lugar de miedo había serenidad; en lugar de temor había majestad. Giró sus penetrantes ojos, ahora centelleando con ese fuego que Saúl sabía como invocar desde sus propias profundidades, mirando directamente hacia la audiencia televisiva. Elevó lentamente sus brazos. Y Oscar se encogió al ver la luz que emanaba la cabellera de Saúl.

La voz de Saúl -pero ahora enteramente distinta de la voz con la que había estado dando su sermón- atronó:

--¡Ved! He vuelto de nuevo a vosotros, para que viváis. A través de éste, mi sirviente, Yo os hablaré --Oscar arqueó su brazo derecho hacia su propio pecho--. Oídme, y obedeced.

Con éstas últimas palabras, que continuaron retumbando sobre toda la asamblea al aire libre como atronadores ecos sonando y resonando desde distantes montañas, el brillo de su cabellera fue desvaneciéndose. La expresión de su cara cambió de nuevo, otra vez de majestad a temor reverencial, pero ahora mezclado con maravillado asombro en vez de miedo. Y al mismo tiempo pareció encogerse hasta perder una pulgada o más de estatura. Durante otro momento permaneció de pie sin habla y aparentemente confuso, luego se giró y bajó tropezando del púlpito, mientras un Caldwell con rostro apabullado se apresuraba a ocupar su lugar.

--¡Dios mío! --exclamó Adelaida-- ¿Ése era Saúl de verdad? --estaba visiblemente conmovida.

--¡Sí! --respondió Oscar, sintiéndose inmensamente mejor que hace tan solo un minuto--, ése era nuestro Saúl.

--¡Pero le salían rayos de luz de la cabeza! ¡Parecía como un dios!

Oscar se giró otra vez a mirar a Adelaida. Parecía casi tan afectada como Caldwell. Al ojo crítico de Oscar el efecto de halo le había parecido lastimosamente malo, escasamente pasable. No había visto que la cabeza de Saúl irradiara nada, sólo algo de luz entre su cabello que le había hecho parecer un poco luminoso. Pero Adelaida, al no conocer el truco en cuestión, pensaba que había visto más. Al parecer el poder de sugestión había funcionado con ella. Confiaba que también hubiera funcionado con el resto de los espectadores de televisión.

Adelaida, todavía mirando fijamente la televisión, donde Caldwell intentaba torpe e inexpresivamente volver a captar a la audiencia, comenzó a decir alguna otra cosa, pero Oscar le puso de pronto una mano sobre la boca. La empujó de espaldas sobre los cojines, suavemente pero con firmeza, y luego echó la manta hacia abajo, descubriendo las gloriosas curvas de sus senos. Su boca buscó ansiosamente uno de sus pezones, mientras su mano libre exploraba sus caderas bajo la sábana y la acariciaba sondeándola tiernamente. A los pocos segundos ella se relajó y comenzó a responder con entusiasmo a sus caricias.

Capítulo 25

--Bueno, Saúl, ¿cómo piensas superar tu actuación del domingo pasado? --quiso saber Harry, cuando tres días después se reunieron Oscar, Saúl, Colleen y él, en casa de Oscar--. ¿Vas a hacer levitar a una montaña para impresionar a los aldeanos, la próxima vez que salgas a las ondas?

--Durante una temporada va a tomarse con calma éso de los milagros --respondió Oscar--. Lo principal que tenemos que hacer es conseguirle su propio programa e ir acumulando audiencia. En estos momentos no quiero correr el riesgo de echarlo todo a perder con ningún otro truco barato. Caldwell está furioso y si Saúl intenta competir con él, amenaza con denunciarlo por impostor.

--Vaya, ¿tiene Jerry alguna idea de cómo hiciste el truco del halo? --Harry se giró hacia Saúl--. ¿Es que no se cree que fueras de verdad un intermediario de Jesús, durante el sermón?

--Ése mierdecilla cínico no cree en nada, excepto que en se la han jugado --dijo Saúl con una amplia sonrisa --. Aunque estaba viendo mi parte del servicio en su monitor, entre bastidores, no ha averiguado lo que pasó. Tenía que subir al púlpito después de mí, y yo me dirigí directamente a los aseos a quitarme del pelo el artilugio de Oscar. Luego fingí que no me sentía bien y me marché a casa. Después de la ceremonia Caldwell estaba para que le ataran. Lo que más miedo le da es que estrene mi propio programa y le birlé parte de sus donaciones. Ha tenido los teléfonos de la oficina sonando día y noche sin parar, desde el domingo por la mañana, con fieles llamando para expresar a Jerry su gratitud por haberles permitido oír hablar a Jesús a través mío. Sabe el efecto que he tenido sobre ellos, pero no sabe qué hacer al respecto. Todo lo que ha podido decirme ha sido: «¡Maldito seas, Rogers, que dios maldiga tu culo, como intentes aprovecharte de ésto, te ajustaré las cuentas, que dios te maldiga!». Aún sigue tan furioso que habla incoherentemente. Me ha estado manteniendo regularmente informado una de sus secretarias, que en estos momentos está convencida de que soy el auténtico portavoz de Jesús.

--Bueno, no la saques de su error --se rió Oscar--. Puede sernos útil. Y ahora, Colleen, dínos qué has conseguido, sobre poner a Saúl en las ondas.

--El mayor éxito lo he tenido en Washington --contestó--. La WZY-TV tiene un hueco libre el domingo por la tarde, y están dispuestos a vendérselo a Saúl. Pero además de éso, he estado hablando con Carl Hollys, que es el gerente de ventas de la Cadena Tiempo del Evangelio. Aunque aún no me ha dado ninguna respuesta en firme, creo que podemos alquilarles el transpondedor de satélite durante una hora de máxima audiencia por semana. Dice que los directores de la cadena quieren antes entrevistarse con Saúl, pero es la única cadena cristiana de todo el país que está realmente dirigida por cristianos, y yo creo que Saúl podrá entenderse con ellos -especialmente

teniendo en cuenta que en estos momentos la cadena tiene graves problemas financieros, y necesitan el dinero. Si todo sale bien, saldremos a antena en unas 370 televisiones locales por todo el país, pero casi todas son emisoras muy pequeñas, con audiencias rurales y de pequeñas ciudades. También tienen acceso a casi 100 sistemas locales por cable, a través de su convenio con Acme Cablevisión y de media docena de redes por cable más pequeñas.

»El problema es meter a Saúl en las emisoras independientes y potentes de las grandes áreas metropolitanas -sitios como Chicago, Los Ángeles, Nashville, Atlanta..., que es donde están las audiencias fundamentalistas más grandes. En estos momentos existe auténtico interés por Saúl en todo el país, pero las emisoras de la mayoría de las grandes áreas metropolitanas son muy precavidas. No es que tengan nada en contra de los trucos melodramáticos. Están emitiendo a Moral Richards, que simula curar tullidos, devolver la vista, y realiza 'milagros' varios en su espectáculo. Lo que ocurre es que Saúl es un incógnita. A Richard los judíos saben que lo tienen bajo control. Es uno de los mayores propagandistas de Israel. Tiene muchos intereses creados en mantener su línea pro-Israel. Pero de Saúl no saben nada, y no van a dejarle salir al aire hasta no estar seguros de que no representa ningún peligro para ellos. La luz verde en la WZY ha sido un golpe de suerte. Llevo años tratando con el director de la emisora, y me he hecho responsable de Saúl. Pero con las otras grandes emisoras éso no sirve. Es justo lo te decía al principio.

--Vale, o sea que tendremos que convencerles. Pero no veo por qué tendría que ser tan difícil. Después de todo, Saúl ha estado predicando con Caldwell, que llama a la Embajada Israelí hasta para pedir permiso para ir al retrete.

--Ha estado con Caldwell menos de tres meses --le interrumpió Colleen abruptamente--. No ningún interés personal en seguir en la línea de Caldwell. Lo que los judíos quieren es gente que tenga los mismos intereses que ellos. Ésa es la única manera de que se fien de alguien.

--Vale, pues haremos que Saúl grabe un cinta en la que pierda el culo por los judíos, igual que hacen Caldwell, Richards, Braggart y los demás. Les cocinaremos un sermón en el que explique al dedillo su propia postura teológica, que será una postura aún más servil con los judíos que la del resto de ese hatajo de evangelistas. Puedes enviar la cinta a las emisoras con las que queramos contratarnos. Vamos a hacer a Saúl tan pro-judío que la idea de que se les pueda volver en contra les resulte inconcebible.

--Pero si haces éso, ¿no corres el riesgo de dejar en mal lugar a Saúl? --preguntó Harry--. Quiero decir, si Saúl entra con fuerza en la línea judeo-cristiana estándar, luego, cuando de pronto cambie de chaqueta y empiece a decir justo lo contrario perderá credibilidad.

--Saúl no va a cambiar de chaqueta sobre los judíos --replicó Oscar--. El que va a cambiar es Jesús. Además, si te preocupas por la consistencia ideológica, es que no conoces a los cristianos fundamentalistas. Son perfectamente capaces de asimilar las inconsistencias más descabelladas que te puedas imaginar, sin ni siquiera parpadear.

Saúl se acarició la barba pensativo.

--Creo que puedo hacerme una idea razonable de lo que tienes pensado. Pero me parece que para nosotros lo más importante va a ser el factor tiempo. Necesitamos salir al aire ahora mismo, mientras aún estoy en el candelero. Pero luego también necesitaremos hacer que Jesús se aparezca de nuevo, muy pronto. Si me limito a repartir la misma papilla estándar que Caldwell durante mucho tiempo, no mantendré mi popularidad mucho tiempo. A menos que consiga que los aldeanos me presten atención, no podremos seguir pagando nuestro tiempo de programación indefinidamente. Nos arruinaremos.

--No te valoras en lo que vales. Caldwell y los demás siguen manteniendo la atención de los aldeanos con esa vieja papilla de siempre, y se embolsan cientos de millones de dólares.

--Miles de millones --corrigió Harry a Oscar--. El evangelismo por televisión es una industria de seis mil millones de dólares.

--Muy bien, supongamos que nos instalamos nuestra propio cepillo de colectas igual que Caldwell tiene el suyo, y la audiencia sigue dispuesta a pagar por esa papilla --continuó Saúl--. Nosotros no sabemos nada sobre la faceta empresarial de las operaciones de Caldwell. Él no consiguió establecerse de la noche a la mañana. Se ha pasado años construyendo su organización y aprendiendo los trucos de su oficio. Puede que yo le dé cien vueltas predicando, pero hace falta mucho más que éso. Nuestras instalaciones de grabación están muy bien para lo que hacemos, pero no están a la altura del estándar de Caldwell; la verdad es que nuestro estudio no está en absoluto preparado para hacer un trabajo de emisión comercial. Para hacer esa cinta que quieres enviar a los judíos dueños de las emisoras -que tendría que quedar tan pulida como se pueda- tenemos que usar un estudio y un equipo profesionales. ¿De dónde vamos a sacar dinero para éso?

--Aún no tengo todas las respuestas --replicó Oscar--. Manténte en contacto con la secretaria de Caldwell. Ella podría darnos algún consejo. No sé por qué no vamos a poder alquilar un estudio comercial para la primera cinta, y luego conseguir el resto del equipo que necesitemos para usar nuestro propio estudio para las cintas de emisión. De cualquier modo, al final acabaremos necesitando tener nuestro propio equipo de grabación si es que queremos intentar algún otro efecto especial. En cuanto a una inyección de dinero inicial, para ir poniendo todo en marcha, hay algunas personas a las que puedo llamar.

En realidad, no las había; Oscar no tenía ninguna idea concreta para conseguir dinero, pero estaba dispuesto a hacer lo que fuera para conseguirlo.

La conferencia duró aún otras tres horas. Acabó con un reparto detallado de responsabilidades. Oscar tenía que conseguir 200.000 dólares para los gastos de producción y para comprar tiempo de emisión. Colleen seguiría negociando con la gente de la cadena religiosa y con los propietarios de emisoras independientes. Harry tenía que hacer los preparativos para las instalaciones del estudio y comenzaría a reunir el ma-

terial que Saúl necesitaría para su propio estudio. Saúl se pondría a trabajar en una serie de sermones.

Oscar estaba decidido a esforzarse cuanto hiciera falta para conseguirle a Saúl un buen porcentaje de audiencia de la televisión evangélica cristiana, durante los próximos dos o tres meses. Presentía que una parte importante de su estrategia era, antes de intentar cambiar sus ideas sobre los judíos o sobre otros asuntos, quitar oyentes a los demás evangelistas, cambiar sus lealtades. Si Saúl se hacía demasiado fuerte demasiado pronto, quizá influenciaría momentáneamente a mucha gente, pero seguirían aún escuchando a Caldwell y demás evangelistas, quienes podrían convencerles de que Saúl era un falso profeta. Oscar quería debilitar de antemano a la oposición cuanto fuera posible para que, cuando comenzara el auténtico tiroteo, Caldwell y los otros se encontraran predicando a una bancada vacía..

Además, en cuanto Saúl comenzara a meterse con los judíos, las cosas comenzarían a desencadenarse a toda velocidad, cosas que mantendrían a Oscar muy ocupado. Antes de que eso ocurriera, quería encargarse de algunos otros asuntos, además de recaudar el dinero inicial para Saúl. Uno de ellos era el trabajo que le había encargado Ryan por teléfono, dos días antes de Pascua.

Capítulo 26

Desde su creación y el nombramiento de Ryan, hace poco más de cuatro meses, la Agencia de Seguridad Pública -"la Agencia", según se refería ahora Ryan a ella siempre, al igual que antes siempre se refería al FBI como "la Oficina"-, había avanzado a pasos agigantados. Había contratado a 800 agentes especiales y a casi 1000 oficinistas y demás personal auxiliar del FBI -prácticamente a toda la Sección Antiterrorista al completo-, como núcleo de la nueva organización, otorgándole capacidades operativas inmediatas.

Y había hecho uso extraordinariamente hábil de los medios de comunicación, concediendo conferencias de prensa semanales en las que hacía espectaculares crónicas de sus actividades. Montaba unas puestas en escena casi como los informes del Estado Mayor del Ejército en tiempos de guerra, donde Ryan daba los últimos avances informativos sobre el estado del campo de batalla, en la guerra de la Agencia contra el terrorismo durante la semana que acababa de transcurrir, y luego hacía intervenir a sus comandantes de grupo de batalla para dar informes sectoriales. En cuanto a Ryan, evitaba cuidadosamente toda pretensión de notoriedad, mantenía un porte sobrio, casi severo, y en la televisión daba la impresión de un comandante militar que rehuía el protagonismo pero enormemente enérgico y capaz, que libraba una decidida guerra de aniquilación contra las siniestras fuerzas de terror que amenazaban a la nación. Para Oscar estaba claro que el objetivo inmediato de Ryan era conseguir que él y la Agencia parecieran indispensables, y al mismo tiempo convencer a todo el mundo de que no representaba ninguna amenaza para los ciudadanos decentes y respetuosos con las leyes, ni para la estructura del poder establecido.

Oscar se maravillaba del gran éxito que ya había conseguido Ryan en este terreno. En solo unos cuantos meses se las había arreglado para magnificar hasta tal punto el espectro del terrorismo en la mente del público, que la mayoría de la gente aceptaba la necesidad de un organismo gubernamental específico para combatirlo, análogamente a como aceptaban la necesidad de un departamento de bomberos para apagar los incendios. Para conseguir esta hazaña había hecho un uso inmejorable, tanto de los pocos casos reales de lucha antiterrorista que existían, como de la notable libertad de acción de que gozaba la Agencia para inventarse casos adicionales. Y en la elección de sus objetivos había ejercitado una diplomática sutileza, equilibrando los intereses y los prejuicios de diversos grupos.

Había montado la puesta en escena de una espectacular incursión contra un club nocturno que servía de cuartel general de una banda del crimen organizado de la ciudad de Nueva York, cuyos miembros eran todos israelíes o judíos soviéticos emigrados, y que en otro tiempo había operado impunemente, gracias a la protección de oficiales corruptos de Nueva York y Washington. El FBI, siempre muy cauteloso para no ofender a los judíos, se había abstenido de tomar ninguna acción contra la banda,

aun cuando se había vuelto tristemente célebre por la magnitud de algunos de sus chanchullos y la despiadada brutalidad que mostraban asesinando testigos y potenciales delatores. Pero con la excusa de que habían estado involucrados en algunas actividades que Ryan interpretaba como 'terroristas' y por tanto caían dentro de su ámbito de competencias, sus hombres habían irrumpido en el club abriendo fuego con escopetas y rifles de asalto, matando a 14 miembros de la banda y apresando a más de 30, mientras tras ellos los equipos de televisión lo grababan todo para los noticiarios de la noche.

Dos días más tarde, justo cuando comenzaban a subir de volumen las quejas sobre «fuerza excesiva» y «brutalidad policial», sus agentes arrestaron en Detroit a nueve miembros de un grupo palestino, dejando casi muertos a dos de ellos en el proceso, y al atardecer Ryan salió en la tele mostrando el pequeño arsenal de armas capturadas, y proclamando que los palestinos se habían estado preparando para asesinar a líderes judíos en los EE.UU. Como por arte de magia, desapareció todo el gimoteo sobre presuntas violaciones de derechos civiles por parte de la Agencia en la incursión de Nueva York.

Luego hubo un tiroteo mortal en Chicago contra un supremacista blanco fuertemente armado al que buscaban para interrogar sobre un ataque a una pareja mixta. Se había atrincherado en su domicilio, y en el posterior intercambio de disparos con los hombres de Ryan resultaron muertos tanto él como su esposa. En la posterior conferencia de prensa, Ryan dijo que la Agencia tenía pruebas de que el hombre había viajado a Washington varias veces en los últimos meses. Se creía que había estado en Washington en las fechas tanto del asesinato de Horowitz como del atentado contra el Comité del Pueblo Contra el Odio, y era, por tanto, uno de los principales sospechosos de ambos actos terroristas. Oscar tomó nota de lo limpiamente que Ryan había atado estos cabos sueltos. Los muertos son unos excelentes chivos expiatorios -y no van por ahí contando historias.

Había unos pocos medios de comunicación que persistían en sus críticas a Ryan y la Agencia -comentaristas que todavía ponían en duda la prudencia de poner en manos del gobierno Federal semejante fuerza de policía incontrolada -, pero el hombre de la calle no tenía semejantes reparos. Ni la violencia de las operaciones de Ryan, ni el hecho de actuar sin las restricciones que afectaban a otras agencias de policía, parecía molestar al ciudadano medio; de hecho, John Q. Public⁵² lo adoraba. En su opinión los tipos malos llevaban demasiado tiempo saliendo impunes de sus crímenes; ahora había llegado el momento de quitarse los guantes y hacer lo que fuera necesario para restablecer la ley y el orden. Los sentimientos del propio Ryan al respecto parecían ser un reflejo exacto de los del público.

Ryan, por supuesto, tenían en mente para el futuro bastante más que la mera represión de los terroristas. En estos momentos una de sus mayores preocupaciones era llegar a quedarse sin terroristas -y sin justificación para el continuo reforzamiento de la Agencia. Su solución para ése problema era hacer que Oscar comenzara a atacar a

52 *John Q. Public: el hombre de la calle, el ciudadano normal y corriente. Hay otras denominaciones, como John Q. Citizen, John Q. Taxpayer, y más peyorativamente Joe Sixpack, Joe Blow. --wikipedia.*

objetivos del Mossad, dejando pistas que incriminaran a grupos palestinos. Cuando el Mossad contraatacara a los palestinos, como era inevitable que ocurriera, Ryan tendría el pretexto para una operación masiva contra la organización israelí. Entretanto el desencadenamiento de una campaña de terror entre israelíes y palestinos en las calles de las ciudades de América, era algo que ciertamente no iba a perjudicar sus planes.

En su llamada telefónica, Ryan había dicho a Oscar que escogiera una docena o por ahí de de agentes y oficinas del Mossad y los eliminara de alguna manera impaciente que garantizara una amplia cobertura mediática. Ryan había acabado con la frase: «Puedes alargar el asunto durante un par de meses si es necesario. Me llevará como mínimo ese tiempo consolidar mi posición lo bastante como para poder ir a por el Mossad. Pero ponlo en marcha ahora mismo. ¡Y, Yeager!, ten cuidado, pero hazlo todo lo aparatoso que puedas: muchos daños materiales, espectadores inocentes, y todo lo demás. Quiero todo el escándalo público que podamos. Y no seas demasiado brillante; si puedes, haz que parezca obra de aficionados: así es como hacen las cosas esos estúpidos árabes.»

Oscar no se sentía nada contento de que le encargara esta misión. Consideró la posibilidad de finiquitar su sociedad con Ryan. Por desgracia, ahora iba a ser mucho más difícil hacerlo con seguridad de lo que hubiera sido antes de que Ryan se convirtiera en jefe de la Agencia. Ryan podía hacer que lo mataran con toda la facilidad, pero para Oscar ya no era tan fácil llegar a Ryan. Por otra parte, Ryan estaba claramente en ascenso, y su conexión con él podría ser muy valiosa en el futuro.

Estuvo pensando en el asunto toda una semana, antes de decidirse. Su decisión fue aceptar el proyecto del Mossad y acabarlo en cuanto pudiera, antes de que Adelaida se mudara a vivir con él -y antes de que el proyecto de televisión con Saúl comenzara a ocuparle más tiempo aún-. También decidió que ya era hora de que la asociación comenzara a proporcionarle algún dividendo para sus propios planes. El viernes a primera hora devolvió la llamada a Ryan y le dijo que estaba preparado para proceder, pero que necesitaría fondos operativos.

--No hay problema --respondió Ryan--. Puedes contar con 50.000 dólares.

--No es suficiente. Necesitaré 250.000 --replicó Oscar, añadiendo, a lo que parecía una suma razonable para enfrentarse al Mossad, lo que necesitaba para Saúl.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado de la línea, y luego Ryan respondió secamente:

--Los tienes.

En otra llamada, al anochecer, Oscar recibió la dirección de un punto de recogida donde encontró una gran paquete que contenía, además de 25 fajos de 100 billetes de 100 dólares, tres artefactos explosivos radiocontrolados, una docena de detonadores retardados, un equipo de herramientas de alta tecnología para ladrones, un gran surtido de llaves maestras para vehículos de varias marcas y modelos y un variado surtido de otros artilugios útiles.. Para finalizar, el paquete contenía un bolígrafo con unos grabados en árabe, tres monedas sirias, y una manoseada edición de bolsillo del Co-

rán, en árabe: objetos todos ellos que debían ser discretamente abandonados en los escenarios de una o más de las acciones. Oscar quedó impresionado por la concienzuda minuciosidad de Ryan, y por su rapidez en entregarle el dinero que le había requerido.

Durante el fin de semana repasó cuidadosamente el los expedientes que Ryan le había entregado con anterioridad y escogió provisionalmente como primer objetivo una tienda de suministros de oficina en el centro de Washington, que servía como punto de contacto para los muchos espías no israelíes del Mossad de la zona, principalmente judíos con ciudadanía estadounidense que trabajaban para el Gobierno Federal o para contratistas del gobierno, que copiaban o robaban documentos u otras informaciones de interés para los israelíes. Para evitar un concurrido y embarazoso trasiego de gente en la la embajada israelí, llevaban dicha información a un complejo de oficinas en la parte trasera de la "Papelería George", en la calle K, donde una docena de agentes del Mossad trabajaban a tiempo completo recibiendo sus informes y asignándoles nuevas misiones de espionaje.

Era una tienda grande y moderna con amplias cristalerías, observó Oscar durante una visita de reconocimiento que hizo el lunes. Sería bastante fácil dejar subrepticamente un maletín lleno de explosivos en uno de los pasillos, pero por la disposición del edificio era probable que las oficinas traseras no sufrieran mucho daño. Una alternativa más atrevida sería meter una bomba en alguna de las propias oficinas del Mossad, pero no le gustaban los riesgos que conllevaba. Había un par de personajes, cerca de la parte trasera de la tienda, que estaban de alerta continua, aparentando recolocar mercancía en los estantes, pero en realidad escudriñando a cualquiera que se aproximara a la puerta que llevaba al vestíbulo trasero. Durante los tres o cuatro minutos que Oscar estuvo haciendo como que examinaba un contestador automático del escaparate, vio entrar a dicho vestíbulo a cinco hombres y tres mujeres, casi todos de aspecto inequívocamente judío. Todos habían entrado desde la calle, y cuatro llevaban maletines. A dos de ellos los pararon los supuestos empleados. A uno le permitieron continuar casi de inmediato, pero al otro lo retuvieron mientras uno de los porteros iba a la parte trasera y volvía, al parecer con un visto bueno para el visitante.

Oscar se quedó asombrado de la magnitud de sus operaciones. La arrogancia de los israelíes, llevando a cabo sus actividades de espionaje a semejante escala justo delante de las narices de su *goyesco*⁵³ benefactor y supuestamente 'aliado' le dejaba a uno sin aliento. Muy seguros debían estar de tener las espaldas bien cubiertas, y de que nadie iba a pedirles cuentas. Sintió que su determinación se fortalecía: iba a ser muy gratificante enseñarles algo de humildad a éstos insolentes extranjeros.

Salió afuera y caminó doblando la esquina hacia la estrecha callejuela que corría por detrás de las tiendas del bloque. Abriéndose camino entre enormes cubos de basura y camiones de reparto con motores al ralentí, encontró la entrada de reparto de la "Papelería George" en un hueco entrante justo lo bastante grande para acomodar un camión de tamaño mediano. Había una puerta forrada de acero y cerrada con llave, y con un pulsador rojo a uno de los lados para avisar al empleado. A la izquierda de la

⁵³ *goyische, goyish: relativo o propio de los 'goyim' (usado por los judíos, 'goy, goyim': no judío, gentil).*

puerta había una pequeña ventana mugrienta protegida con barras de acero. A menos de diez metros del hueco para aparcar había otras ocho ventanas mucho más grandes, también enrejadas, todas ellas con persianas venecianas apretadamente cerradas. Echó un rápido vistazo por la ventana pequeña. Pudo ver las estanterías de una habitación de almacenaje de la tienda, con una puerta de doble hoja que conducía hacia la sala de expositores. A la derecha podía ver una pared del almacén, más o menos donde comenzaban las otras ventanas más grandes. Por tanto tenían que dar a las oficinas usadas por el Mossad, era lo único que tenía sentido. Solo le llevó unos segundos más hacerse una idea del trabajo y decidirse: Ryan quería una operación de alto impacto mediático, así que de alto impacto mediático iba a ser.

Capítulo 27

Al día siguiente Oscar estuvo muy atareado con preparativos, tanto con el trabajo de la tienda de papelería como con el programa de Saúl. Primero, con la vista puesta en un futuro en el que tendría que compartir la casa con Adelaida, fue con el coche hasta Manassas, en la campiña de Virginia, a unos 40 Km al oeste de Washington, donde alquiló un bonito y sólido garaje.

Después se compró una camioneta de reparto Chevrolet. Con la camioneta se dirigió a un supermercado de piensos y abonos del extrarradio y compró 15 sacos de nitrato amónico en forma de fertilizante. Habría comprado más, pero calculaba que unos 700 kilos⁵⁴ era lo máximo que podía cargar estropear la camioneta. Después de descargar todo en el garaje, se llegó hasta un almacén de ferretería y suministros agrícolas, donde compró dos cajas de 22 Kg de cartuchos Tovex y una caja de detonadores eléctricos. El Tovex era una dinamita de gel acuoso aluminizado, de uso común entre los agricultores y constructores, para volar rocas y tocones de árboles.

Sabía que al hacer esta última compra tendría que enseñar un carnet de conducir, y dar su nombre, dirección y número de la seguridad social, así que usó el carnet de David Kaplan, que había cogido de la cartera que le quitó hace tres meses. Además se había puesto la peluca castaña que había comprado para el trabajo de Horowitz, a pesar lo cual la fotografía de Kaplan del permiso de conducir no guardaba mucho parecido con Oscar. Pero el dependiente no se paró ni un momento a considerar las discrepancias.

Una vez terminados éstos preliminares, llamó a Harry para concertar una cita, y se dirigió de vuelta a Washington. Necesitaría la mayor parte del día para preparar la bomba, y antes tendría que robar un camión apropiado para cargarla. Si madrugaba, quizá podría hacerlo todo mañana. Pero entretanto, estaba ansioso por dar un empujón a la carrera televisiva de Saúl.

....

Cuando Harry miró dentro de la bolsa de papel que le había entregado Oscar, y vio que estaba lleno de billetes de 100 dólares, se quedó sin habla durante unos cuantos segundos. Volcó el dinero encima de la baja mesita de café, calculó rápidamente el total, y dio un silbido.

--¿Cómo has reunido doscientos de los grandes tan rápido? --preguntó, con la voz cargada de una mezcla de temor, regocijo y sombrías sospechas.

--Me lo debía un amigo, por unos trabajos que tengo contratados con él, y me lo pagó por fin la otra noche --respondió Oscar sin mucha convicción.

--¿Siempre te paga en efectivo?

⁵⁴ 15 sacos de 100 libras (45 Kg) cada uno, 680 Kg en total.

--La verdad, cuanto menos hablemos de ello, mejor. Límitate a aceptar mi palabra: es dinero auténtico. ¿Qué tal llevas los preparativos para la cinta de presentación de Saúl?

--Podemos hacerlo en un día o dos..., en cuanto Saúl y yo tengamos dos o tres horas libres la misma tarde para grabar. Quizá mañana mismo. Saúl ha estado ensayando sus notas y ya está preparado. Yo he estado hablando con Producciones Capitol, y pueden programarnos casi en cualquier horario. Hacen un trabajo de primera calidad, y son gente que conozco desde hace años. Son caros, pero ahora parece que podemos permitirnos sus honorarios --Harry sonrió ampliamente. Al parecer había decidido no preocuparse sobre cómo habría conseguido Oscar el dinero--. En realidad solo estábamos esperando a conseguir la financiación.

Durante casi una hora estuvieron conversando sobre asuntos relacionados, y Oscar se sintió satisfecho con los progresos que se habían hecho. Harry calculaba que con una parte del dinero que había traído Oscar, en diez días podía tener el estudio de grabación de video de la Liga listo para emitir con niveles de calidad estándar. De hecho, estaba tan seguro de ello, que iba a hacer que Colleen programara la primera emisión de Saúl en la WZY-TV de Washington, para dentro de dos domingos.

Uno de las novedades más importantes, se enteró Oscar, era que los reporteros de los periódicos sensacionalistas habían estado intentando localizar a Saúl. La secretaria de Caldwell había recibido más de una docena de llamadas del *National Enquirer* y de otros tres o cuatro periódicos gratuitos⁵⁵ especializados en asuntos extraños y sensacionalistas. Hasta ahora Saúl no les había devuelto las llamadas.

Oscar le llamó desde la casa de Harry.

--Oye, esto es una gran oportunidad para nosotros. ¿Has pensado en qué vas a decirle a los reporteros?

--¿En serio crees que tendría que hablar con esos gilipollas? ¿No crees que si conseguimos un gran artículo en los periódicos de esos cretinos, perderemos credibilidad?

--Escucha, Saúl. La gente que se cree las historias del *National Enquirer* son exactamente la misma gente que se creará que Jesús ha vuelto para limpiar la nación. Si lo haces bien, podrías conseguir una publicidad de primera página, en donde más efectiva es, y a pesar de todo conservar un cierto grado de dignidad. Y desde luego el que se te vea en tantos sitios como sea posible no va a perjudicar nuestra campaña.

--Entonces ¿crees que tendría que actuar como un alma sencilla y tranquila que aún sigue conmocionada por su experiencia en la mañana de Pascua, y que no sabe por qué Jesús le escogió a como intermediario?

--¡Exactamente! Incluso puedes hacerles una descripción detallada de lo que se siente cuando Jesús tomó posesión de tu cuerpo mientras estabas al micrófono. Límitate a actuar con cierta timidez y un poco embarazado por todo el asunto, pero a pesar de todo decidido a seguir divulgando la palabra a los ignorantes... e incluso a dejar

55 «checkout stand paper»: literalmente, periódicos de expositor de caja del supermercado.

que Jesús vuelva a hablar a través tuyo, si quiere. Ya sabes: una especie de combinación entre «¿Por qué yo, oh, Señor?», y «Hágase tu voluntad».

--Muy bien. Les voy a devolver la llamada esta misma noche. Les diré que no he podido llamarles antes porque estaba ayunando y meditando. ¿Qué tal?

--¡Justo en el clavo!

Un poco después, esa misma tarde, estaba viendo las noticias nacionales en la televisión, con Adelaida. Acaban de hacerse públicas las últimas cifras de desempleo y estaban provocando un revuelo: durante el último mes se había producido un incremento de 0'7 por ciento, con lo que se llegaba al 7'9 por ciento. Algunos miembros del Congreso alegaban que la tasa real de desempleo era incluso mayor, y que la administración Hedges estaba haciendo juegos malabares con las cifras para evitar que el público se enterara de lo mal que estaban las cosas. Los analistas económicos predecían que para mediados del verano la mano de obra desempleada llegaría hasta el 10 por ciento, y que no había ninguna perspectiva de mejora. Además, tanto el déficit comercial como la inflación estaban aumentando abruptamente, componiendo un cuadro global sumamente lóbrego.

Ryan también salía en las noticias, otra vez. Anunciaba la detención de 42 miembros de un grupo militante antiabortista, el Comando Pro-Vida, del que se sospechaba que era autor de varios atentados contra clínicas abortivas y oficinas de Planificación Familiar. En otros lugares del frente terrorista, un francotirador desconocido había abatido a tiros a una pareja interracial en Chicago, y los negros se estaban amotinando en un suburbio de Miami, después de haber emboscado y matado a dos policías blancos.

Iba a ser interesante ver cómo se las apañaba Ryan con ésta última situación. Hasta ahora había perseguido a individuos y a grupos organizados; aún no había tenido que enfrentarse con la violencia desorganizada del populacho. No obstante Oscar estaba seguro de que en breve los negros alborotadores de Miami iban a estar preguntándose qué era lo que les había atizado. Estaba claro que Ryan era un policía que sabía lo que se traía entre manos y sabía como obtener resultados. A Oscar le resultaba asombrosa la clarividencia que tenía aquel hombre. La gente llevaba años haciendo pronósticos económicos pesimistas, pero nunca con la precisión con que Ryan le había dicho a Oscar, a finales del pasado noviembre, que para éste verano la economía estaría fuera de control. En estos momentos parecía como si hubiera acertado de pleno. Tendría que haberle preguntado en qué acciones invertir, se lamentó Oscar.

Capítulo 28

Al día siguiente Oscar malgastó cuatro horas intentando localizar alguna furgoneta de reparto o camioneta pequeña, apropiada para robarla y poner la bomba; no lo consiguió, pero al menos se las apañó para acabar de reunir todos los demás suministros que necesitaba. Además estuvo estudiando el fajo de expedientes del Mossad para comenzar a seleccionar sus siguientes objetivos.

Cenó con Adelaida en su apartamento y luego, a las diez en punto, salió de nuevo a reanudar la búsqueda del camión. Por fin, hacia medianoche, localizó una camioneta apropiada, en el aparcamiento de un centro comercial con supermercado abierto las 24 horas. Dejó su coche unas cuantas filas más allá y usando el juego de llaves maestras que le había proporcionado Ryan, abrió rápidamente la camioneta, la puso en marcha y se la llevó. La caja de carga era adecuada para lo que necesitaba, pero la chillona apariencia de la camioneta, de color amarillo brillante con letras rojas en los costados -«Dino's, Especialista en Papeles Pintados»- le hacía sentir que iba llamando la atención. En vez de correr el riesgo de dejar un vehículo tan llamativo aparcado toda la noche al aire libre, decidió llevárselo inmediatamente hasta Manassas.

En el garaje que había alquilado, vació la caja de camión -varios bidones de cola de empapelar de unos 20 litros y montones de rollos de papel pintado-, y cargó en su lugar cuatro grandes cubos de basura de plástico, de 150 litros que había comprado ése mismo día. Pasó las tres horas siguientes vaciando sacos de nitrato amónico en los cubos, y revolviendo un fuel-oil sensibilizador con los gránulos blancos de nitrato. Agrupó los cubos apretándolos alrededor de una de las cajas de Tovex de 22 Kg. Cuando por fin estuvo todo listo para colocar un detonador temporizador en el Tovex, pasaban ya de las cuatro de la mañana.

Se tumbó lo mejor que pudo en los asientos delanteros de la camioneta y durmió irregularmente hasta las 8:30 de la mañana. Luego salió con la camioneta del garaje y se metió en la corriente de tráfico que se dirigía a Washington en la hora punta. A las 9:50 doblaba la esquina hacia el callejón que recorría la parte trasera de la "Papelería George". Aparcó tan lo pegado a los ladrillos como pudo, justo al lado de dos de las dos ventanas tan cuidadosamente apantalladas con las persianas, en el muro trasero de la "Papelería George". Se inclinó un momento hacia atrás, hacia el espacio de carga, para ajustar el detonador a cinco minutos e iniciar la cuenta atrás, y luego salió al callejón, cerró con llave la camioneta, y volvió a la concurrida acera. Dobló la esquina y caminó de vuelta hacia la entrada principal de "Papelería George", parándose dos puertas más allá a contemplar el tráfico que pasaba.

La explosión se produjo a las 9:57 según su reloj. La sacudida fue más fuerte de lo que esperaba, haciéndole tambalear y casi tirándolo al suelo antes de poder recuperar el equilibrio. Las cristaleras de la "George's" se habían transformado en una letal

granizada de esquirlas brillantes, que derribaron a cuatro peatones que pasaban por la acera delantera de la tienda. Una densa humareda comenzó a desbordarse del interior del edificio. Nadie podría sobrevivir en el interior, comprendió Oscar con el corazón abatido. Si no les había matado ya el estallido, les mataría el humo enseguida. ¿Cuántos habría? De ser un lunes típico, habría en la tienda como una docena de clientes y dependientes.

Regresó al callejón a examinar los daños. El aire aún estaba espeso por el humo y el polvo; incluso tapándose la nariz y la boca con un pañuelo no dejaba de toser y atragantarse mientras se acercaba al punto de la explosión. Donde había estado la camioneta se abría ahora un cráter de casi cuatro metros de ancho. Por lo visto, debajo de la tienda había algún tipo de sótano que se extendía hacia fuera por debajo de la calleja. Unos 12 metros del muro trasero de la tienda habían volado, así como la mayor parte de los tabiques interiores de las oficinas del Mossad. Entre las ruinas de la oficina contó los restos de seis, quizá siete, personas. Indudablemente los demás estarían sepultados bajo los escombros.

Del cielo caían flotando papeles que revoloteaban por todo el callejón. Recogió uno y se fijó que estaba mecanografiado en caracteres hebreos. Con la policía municipal, así como el FBI y la Agencia, participando en la investigación del atentado, iba a ser difícil encubrir la verdadera naturaleza de los asuntos que se llevaban a cabo en las oficinas traseras de "George's". Otra pequeña situación embarazosa para los que creían que el «pueblo elegido» no era capaz de hacer ningún mal.

Una segunda explosión sacudió a Oscar, a la vez que sentía una bocanada de calor en la espalda. Había explotado el tanque de combustible de un camión que ardía a poco menos de 30 metros más allá. Aún tosiendo, volvió dando tumbos hacia la acera y se alejó rápidamente de la zona devastada.

Paró un taxi. Durante el viaje de vuelta hasta el centro comercial de Virginia donde había dejado su coche se sintió espantado por lo que había hecho. El atentado contra el Comité del Pueblo no le había producido ningún remordimiento, pero aquí era distinto, muchas de las víctimas eran personas inocentes que simplemente pasaban por ahí. Sabía que en todas las guerras la mayoría de las víctimas eran no combatientes, pero aún así no le gustaba. Ryan, por el contrario, es probable que se sintiera sumamente complacido.

¿Qué habrían sentido, se preguntó, las tripulaciones de los bombarderos que arrasaron las ciudades alemanas durante la Segunda Guerra Mundial? ¿Estaban tan imbuidos de propaganda de odio judía que se sentían felices de estar matando a todos aquellos civiles blancos? ¿de estar obedeciendo órdenes que sabían que eran inmorales, y de no tener coraje para hablar claramente en su contra?

Pero por otro lado, quizá Ryan y Keller tuvieran razón: quizá casi todos ellos fueran simples animales a los que no conmovían las dudas éticas; quizá solo les preocupaba lo que sus camaradas pensarán de ellos, y no tuvieran directrices morales propias. Quizá incluso los más sofisticados de entre ellos se limitaban a memorizar algunos clichés que los judíos les habían proporcionado para autojustificarse -«No, yo no odiaba a las mujeres y niños alemanes que estaba matando y mutilando con mis bom-

bas, pero estábamos obligados a hacerlo, para detener a Hitler»-, mientras que los menos sofisticados ni siquiera se preocuparían por ninguna excusa que los justificara.

Ya en casa, Oscar durmió hasta media tarde. Mientras hacía una comida tardía, pensó en sus diversas responsabilidades. Aunque había estado dedicando como unas doce horas por semana a su proyecto televisivo, en estos momentos Saúl parecía estar en buenas manos con los Kellers. Probablemente pasarían otras seis u ocho semanas antes de necesitar implicarse de nuevo en el proyecto mucho más estrechamente.

Faltaban cinco semanas para que Adelaida se mudara a vivir con él; era una chica bien organizada y estaba manejando muy bien todo el asunto por su cuenta. Incluso le había dicho a Oscar de cuáles de sus propios muebles tendría que deshacerse. Él apenas tendría que hacer nada más que suministrar músculo para mover las cosas pesadas, cuando llegara el momento.

Las Fuerzas Aéreas se daban por satisfechas por ahora, y hasta mediados de agosto no esperaban nada más de él; comenzaría a ocuparse de ello hacia el 10 de agosto. ¡Dios, que trabajo más cómodo era ser asesor del Departamento de Defensa!, pensó. Si quisiera, podría trabajar más duro, conseguir más contratos, y ganar más dinero, pero mientras se contentara con los 50.000 dólares o por ahí que ganaba ahora, le quedaba el 90 por ciento del tiempo libre para usarlo en otras cosas.

Pero sus preocupaciones más inmediatas eran los encargos de Ryan. Más en concreto, lo que le preocupaba era su responsabilidad personal. El peligro que conllevaba el trabajo era una consideración a tener en cuenta, así como el problema que suponía mantenerlo en secreto a Adelaida, pero lo que en verdad le preocupaba era que no estaba bajo su control, y que tenía serios recelos sobre las motivaciones que había tras ellos, y sobre a donde conducía todo esto. Aún así, su admiración por el talento de Ryan, que ya era grande, seguía aumentando, y simpatizaba en gran medida con él.

Por ejemplo, el matar a los agentes del Mossad era algo que indudablemente había que hacer. Incluso la estrategia de Ryan de provocar una guerra terrorista entre los árabes y los israelíes en suelo americano parecía justificable: mala suerte para los árabes, desde luego, pero de cualquier manera también iba a ser necesario echarlos a ellos, después de solucionar el problema israelí. Se sentiría feliz cuando viera marcharse a todos esos pringosos tipos del Oriente Medio.

Después de haber tenido tiempo para pensar en ello y acostumbrarse a la idea, se encontró con que incluso sentía, aunque de mala gana, una cierta simpatía hacia el programa de Ryan de reformas traumáticas para mejorar el carácter del pueblo americano.

Era innegable que el acuerdo al que habían llegado él y Ryan era valioso para su trabajo en la Liga -por no mencionar los 200.000 dólares extra que acababa de recibir-, y en el futuro podía llegar a serlo incluso más. A pesar de todo, Ryan le hacía sentirse intranquilo. Para que Oscar se sintiera a gusto con ésta relación necesitaba tener una idea más clara de hacia donde se dirigía Ryan exactamente, y de si quería o no en realidad recorrer con él ese camino en particular

Por ahora, sin embargo, se sentía inclinado a seguir adelante con el proyecto del Mossad, y acabarlo en cuanto pudiera. Había seleccionado provisionalmente como próximo objetivo a un tal Sheldon Schwartz, un auxiliar del Congreso, jefe de equipo del líder de la minoría del Senado. Era un judío nacido en América, pero en la década de los 70 había vivido en Israel durante cinco años. Se decía que tenía rango de coronel en el Mossad.

Su jefe nominal en el escalafón del gobierno de los EE.UU., el senador Howard Carter, era un *WASP*⁵⁶ que provenía de una eminente familia de Nueva Inglaterra, inmensamente rica. Además era uno de los políticos más poderosos del país y dirigía, entre otras cosas, el Comité del Senado para Asuntos Exteriores. Se había declarado no disponible como candidato Republicano a la Presidencia para las elecciones del próximo año, pero para dentro de cinco años se le consideraba el candidato más probable. Su imagen pública era solemne y honorable, como correspondía al poder que detentaba, pero su expediente del FBI revelaba que, a pesar de estar casado, era homosexual y pederasta.

Oscar se quedó escandalizado por esta revelación. ¡No era de extrañar que Ryan fuera tan cínico!

Carter ponía mucho cuidado en evitar que sus perversiones llegaran a ser de público conocimiento, pero al parecer estaba dominado por ellas. Schwartz no solo le servía como asistente legislativo, sino también de discreto alcahuete de chicos jóvenes. Era indudable que este doble papel le concedía a Schwartz un gran ascendiente sobre Carter, y colocaba al agente del Mossad en situación de poder enterarse de los secretos más estrechamente guardados de la nación, y de poder ejercer una influencia decisiva sobre toda la legislación clave de interés para Israel. Quizá ésto fuera la explicación de la total sintonía de Carter con el grupo de presión israelí⁵⁷.

Oscar estudió atentamente el dossier personal de Schwarz y sopesó las diversas formas en que podría matarlo. Después del atentado de hoy, el Mossad tomaría precauciones extraordinarias para proteger a su personal clave, así que la residencia de Schwartz estaría bajo vigilancia. Quizá sería más fácil pillarlo en el trabajo. Era poco probable que se arriesgara a llamar la atención sobre sí mismo poniendo como guardaespaldas en su oficina del Senado a sus compañeros agentes del Mossad. ¿O quizá sí? De los israelíes podía esperarse cualquier tipo de insolencia.

Oscar se fijó que eran casi las tres y media de la tarde, -un poco tarde ya para darse una vuelta por Capitol Hill hoy-. Pero por otra parte, odiaba desperdiciar ni siquiera parte de un día. No le llevó más que tres llamadas telefónicas, haciéndose pasar por reportero de un periódico, averiguar que la oficina de Schwarz estaba en el tercer piso del Edificio de Oficinas Hart del Senado, que Schwarz había salido un momento pero regresaría enseguida, y que seguramente estaría hasta las seis en punto.

⁵⁶ *WASP: White Anglo-Saxon Protestant = blanco anglosajón protestante.*

⁵⁷ *Israeli Lobby: conjunto de organizaciones judías que presionan al gobierno y parlamento de EEUU para orientar la política y legislación de EEUU en provecho de los intereses judíos. La principal es la AIPAC.*

Oscar dedicó media hora a colocarse la peluca y maquillarse la cara; luego se puso un traje, enfundó su pistola con silenciador en la pistolera, y se dirigió a Capitol Hill. Allí observó que la mayoría de la gente que entraba al Edificio de Oficinas Hart o bien llevaban alguna insignia identificativa de plástico, o bien les registraban los bolsos y bolsillos en la puerta.

Para observar mejor las medidas de seguridad, Oscar se acercó a una puerta y preguntó a dos guardias negros que estaban sentados al otro lado del umbral:

--Perdone, ¿es éste el edificio de Oficinas Dirksen?

Se fijó que todas las personas que entraban al edificio tenían que pasar a través de un detector de metales. Los guardias conversaban entre ellos y parecían aburridos y distraídos. Uno de ellos apuntó vagamente hacia el oeste y dijo con impaciencia:

--Es el siguiente edificio, en la Avenida de la Constitución --y siguió haciendo guasas con su compañero.

Durante el tiempo que Oscar había estado junto a la puerta, tres personas habían pasado a su lado y atravesado el detector de metales. Los guardias se limitaban a echar una rutinaria mirada a las tarjetas. Una mujer que entraba con un bolso, se había limitado a mantenerlo abierto mientras pasaba, de forma que los guardias pudieran ver el interior, si se hubieran molestado en hacerlo.

Oscar tenía la corazonada de que si lograba entrar al edificio sería fácil liquidar a Schwarz sin más interferencias. ¿Pero cómo entrar? Al otro extremo del edificio había otra entrada en uso, pero sin duda tendría las mismas medidas de seguridad que ésta. Volvió caminando hasta su coche, tres manzanas más allá, para pensar en el asunto. De camino observó la hilera de vehículos que salía del aparcamiento que había debajo del edificio y a la que un policía iba encauzando hacia el tráfico de la hora punta. Ahí debía ser donde aparcaban el coche todos los VIPs⁵⁸, y no parecía un sitio al que fuera fácil entrar.

Mientras Oscar se acercaba a su coche, que había dejado mal aparcado, saliéndose fuera del último espacio de aparcamiento de pago, junto al cruce, vio que el coche que estaba delante del suyo, contra cuyo parachoques trasero había apretado el suyo delantero, estaba intentando salir. El conductor sacaba la cabeza por la ventanilla mirando al coche de Oscar mientras maniobraba adelante y atrás murmurando juramentos para sí mismo. Oscar se acercó a la ventanilla del otro conductor para decirle que le llegaba ayuda:

--Oye, perdona que te haya bloqueado. Ahora mismo muevo el coche.

El otro hombre le miró enfadado con una cara cetrina salpicada de viruelas, y de repente Oscar se fijó en que llevaba abrochada una tarjeta de plástico en el bolsillo del pecho. Y bajo la foto saltaba a la vista el rótulo «Personal del Senado de los EE.UU.»

58 VIP: *Very Important Person = Persona Muy Importante.*

--¿También trabajas en el Edificio Hart? --le preguntó Oscar amigablemente--. Es una locura aparcar por aquí, ¿eh?

--Sí --contestó el otro, algo aplacado al creer que Oscar era otro colega empleado en el Senado--. Soy nuevo aquí, pero el próximo mes me darán un sitio en el aparcamiento de ahí arriba, en la Calle Tercera.

Fijándose de un vistazo que no había en este momento ningún otro peatón en este lado de la acera, Oscar tomó una decisión instantánea. Mientras abría la puerta del coche con la mano izquierda, sacó la pistola con la derecha, y apretándose al coche de manera que no se viera lo que hacía desde la calle, le pegó al hombre dos tiros en la frente. Mientras el conductor se desplomaba silenciosamente sobre el volante, Oscar desprendió hábilmente su tarjeta, y luego empujó el cadáver debajo del asiento, con la cabeza debajo de la guantera para que fuera menos visible.

Oscar movió su propio coche hasta un hueco de pago que había quedado libre al otro extremo de la manzana. Guardó la pistola, enfundada en la pistolera, escondida bajo el asiento, y alargó la mano hasta el parasol para coger un largo abrecartas de plástico que tenía allí sujeto. En realidad era un cuchillo, tan afilado como un navaja de afeitar, fabricado con dura y resistente resina reforzada con fibra. Se metió el cuchillo en el cinturón, donde quedaría oculto bajo la chaqueta, y se dirigió otra vez hacia el Edificio de Oficinas Hart. Mientras caminaba miró la tarjeta identificativa de la que se había apoderado. El hombre asesinado se llamaba Joseph Isaacson, y su acento le había sonado como de Nueva York. ¿O sea que era un judío? Oscar no lo sabía. Había tenido que obligarse a matar al tipo, y probablemente lo habría hecho de todas formas. Pero probablemente el aspecto y el acento del hombre se lo había puesto algo más fácil.

Mientras atravesaba al detector de metales echó un vistazo a su reloj de pulsera. Eran exactamente las 4:30, y la sala de recepción estaba llena de gente que se dirigía a la salida. Entró sin mirar directamente a los guardias, pero mientras pasaba pudo ver por el rabillo del ojo que se limitaban a echarle una rutinaria ojeada.

Para cuando Oscar llegaba al tercer piso y se orientaba, los vestíbulos estaban casi vacíos, excepto un grupo que esperaba al siguiente ascensor. Desafortunadamente el despacho de Schwarz formaba parte de una suite más grande asignada a Carter. La puerta principal del recibidor estaba abierta, y en la palaciega antesala había dos mujeres ante sus escritorios. Desde la antesala otras tres puertas conducían a las oficinas interiores. Una de ellas estaba abierta, pero desde el recibidor Oscar no podía ver el interior. No se le ocurrió nada mejor, así que se detuvo y fingió que estaba atándose los zapatos, para poder pensar durante algunos segundos. Cuando se levantaba de nuevo, del despacho abierto salía un hombre de unos treinta años, que obviamente no era Schwartz, cerrando la puerta tras de sí y poniéndose el abrigo. Oscar vio que señalaba con la cabeza hacia otra de las puertas cerradas y le oyó preguntar a una de las mujeres:

--¿El Senador aún no ha salido?

--No --respondió ella--, todavía está conferenciando con Shelly.

--Bien, buenas noches. No le dejéis que os haga trabajar hasta muy tarde --dijo alegremente mientras se dirigía al recibidor.

Oscar caminaba ya hacia un corredor lateral que cruzaba el vestíbulo principal, a unos 15 metros de la entrada a la suite. Seguramente un pez gordo como Carter no tendría que entrar y salir de su despacho por la puerta delantera, donde se vería obligado a codearse con los meros mortales. Tenía que haber alguna puerta trasera privada.

Efectivamente, a poco más de diez metros al doblar la esquina había una puerta sin ningún rótulo, en la pared del pasillo lateral que delimitaba la suite de Carter. Justo detrás había una puerta de ascensor con una placa que decía «*Sólo para Senadores*».

¿Se atrevía? Oscar sintió la helada transpiración en sus axilas. Dió un paso hasta la anónima puerta e intentó girar el pomo. Estaba cerrado con llave. Se sacó el letal abrecartas del cinturón y repiqueteó con los nudillos sobre uno de los sólidos paneles de roble.

No hubo una respuesta inmediata. Se fijó en una papelera que había unas metros más allá y sacó de ella un sobre vacío. Volvió a golpetear ligeramente en la puerta, e inmediatamente después deslizó el sobre por debajo. Éso debería llamar la atención de cualquiera, si es que había alguien en la habitación al otro lado de la puerta. A los pocos segundos la puerta giró hacia dentro y Oscar se encontró mirando a los ojos molestos y suspicaces de un hombre cuyas facciones le resultaban familiares por la fotografía incluida en el expediente que había estado estudiando hacía poco.

El cuchillo se deslizó fácilmente dentro del vientre de Sheldon Schwartz, y Oscar estiró salvajemente hacia arriba, destripándole y derramando sus entrañas sobre la alfombra. El eviscerado Schwartz apenas pudo proferir más que un largo gañido jadeante, mientras sus rodillas se doblaban y caía hacia delante.

Oscar alargó la mano izquierda para sujetar al hombre agonizante mientras caía al suelo, pero no fue lo bastante rápido para evitar que la sangrienta viscosidad le untara el frontal de los pantalones. Rápidamente dio unos pasos al interior de la habitación y cerró la puerta tras él, a la vez que llamaba a voces:

--Écheme una mano, ¿quiere, Senador? Creo que Shelly está enferma.

La puerta estaba en un nicho oculto por un par de pedestales con banderas estratégicamente situados. Oscar apartó las banderas y vio la espalda de Carter, mientras el legislador se levantaba de la silla de su escritorio, a unos nueve metros. Carter era un hombre alto de fuerte complexión, con una cabeza grande de pelo plateado y papadas caídas. Movía su corpachón con una dignidad lenta, imperial. Les separaban algo menos de cuatro metros cuando vio el cuchillo en la mano de Oscar. La interrogativa sonrisa de su augusto rostro se convirtió en una expresión de horror, quedándose congelado a mitad de una zancada. Sus últimas palabras fueron:

--¡Oh, mierda!

--Sí, y éso es todo lo que ella escribió, maricón --fue la respuesta de Oscar mientras hundía la lámina de 25 centímetros en el centro del pecho de Carter.

Agarró al hombre mientras caía, para evitar que el cuerpo produjera un golpe audible contra el suelo. Le dejó el cuchillo clavado y le comprobó rápidamente el pulso para asegurarse de que se le había detenido el corazón. Al salir dejó caer con cuidado el bolígrafo con grabados árabes en el charco de sangre del nicho de la puerta.

Paró en casa el tiempo justo para ducharse y cambiarse de ropa, y luego condujo al apartamento de Adelaida para cenar. Era ya pasada medianoche cuando aparcaba de vuelta en su garaje. Justo acababa de apagar el motor cuando oyó sonar el teléfono de casa. Era Ryan.

--¿Dónde demonios estabas? Llevo cuatro horas intentando localizarte --le espetó la voz del otro extremo, exasperada--. ¡Por amor de Dios, no hagas nada más hasta que yo te lo diga! ¿Qué te has creído que eres... ¿un jodido ejército de un solo hombre?

--Bueno, yo pensaba que querías que...

Otro arrebato de Ryan cortó a Oscar en medio de la frase.

--Maldición, cuando dije que quería que provocaras algún escándalo público, no quería decir que pusieras patas arriba todo el país. ¿Has estado viendo las noticias esta noche?

--Lo siento, he estado demasiado ocupado. ¿Me están dando buena cobertura?

--¿Cobertura? Se están volviendo locos. Están histéricos. El Presidente está que arde. El Vicepresidente está que arde. El Presidente del Congreso está que arde. Una docena de senadores están que arden. Están exigiendo la ley marcial. Nunca había ocurrido nada parecido en este país, a lo que has hecho tú hoy -ayer-. ¡Maldición, hombre! De verdad que se va a armar una gorda.

»Sabes, lo que yo pensaba que ibas a hacer era levantarle la tapa de los sesos con tu arma a uno o dos de esos 'yidis', a lo mejor cablear un cartucho de dinamita a uno o dos iniciadores, lanzar una mochila cargada contra el despacho de alguien. Éso es lo que esperaba que hicieras. Una lenta escalada de hostilidades entre los 'kikes' y los jinetes de camellos. Que me dieras tiempo para trabajarme un poco a la prensa, y luego tú siguieras atizándoles duro a los dos bandos.

»Pero no, tú vas y comienzas ya esta mañana tirando semejante bombazo justo en las principales instalaciones del Mossad, y cargándote a un tercio de sus cuadros en toda la zona de Washington, con un exceso de potencia del mil por cien. Y luego, sin darles tiempo a que recuperen el aliento, vas y masacas a su *primer* agente -y lo de primero lo digo en serio- del país, y además matas a su primer político 'goy', por no mencionar empleados gubernamentales varios. Has escalado las cosas hasta la fase termonuclear antes siquiera de que yo pueda aparecer en escena.

Oscar no respondió, y se produjo un silencio en la línea durante unos pocos segundos, antes de que Ryan continuara, algo más calmado.

--Yo había planeado ir dejando que se desarrollara esta situación mucho más lentamente, mientras trabajaba en algunas otras cosas, como los alborotadores negros.

Sin embargo algo bueno tiene la manera en que lo has comenzado tú, y es que has provocado el pánico entre los israelíes. Normalmente son bastante equilibrados, y uno de mis temores es que llegaran a imaginarse que no eran de verdad los palestinos quienes estaban dejando fuera de combate a sus chicos. Pero ahora los has vuelto tan paranoicos que se sienten obligados a tomar medidas drásticas inmediatamente, y eso será su perdición.

»La Agencia está interceptando casi todas sus comunicaciones, y sabemos que ya han llamado a un equipo de 20 asesinos entrenados de Israel, que llegarán aquí el domingo, en avión. Y mejor aún, están planeando secuestrar a Abu Kareem, el jefe de personal de la Misión de la OLP⁵⁹ ante la ONU, en Nueva York. Tienen intención de drogarlo, embalarlo en una caja, y embarcarlo de vuelta a Israel en un vuelo de *El Al*⁶⁰, exactamente igual que hicieron con Adolf Eichmann, para poder torturarlo y averiguar quién ha masacrado a a Schwartz y volado por los aires su centro de recepción de informes de la Calle K. Con suerte, ambas operaciones tendrán lugar al mismo tiempo, y podremos pillarlos con las manos en la masa. Luego, si consigo trabajar a los medios de la manera apropiada, podemos ir a por el resto de la tropa. Pero hasta que haya hecho éso no puedo permitirme más sorpresas, Yeager, así que coge el cuarto de millón que me has exprimido y tómate unas bonitas y largas vacaciones. ¿Entendido? No hagas nada más por ahora.

--Te pillo, socio. ¿Oye, han encontrado mi Corán? Lo dejé en la guantera, pero me pareció que no había quedado de la camioneta ni para llenar una caja de cerillas.

--Sí. Hemos encontrado el motor y casi toda la parte delantera de la camioneta en el sótano, y uno de nuestros hombres descubrió tu Corán, casi en cuanto la grúa sacó de nuevo los restos a la calle y comenzamos a examinarlos. Con los israelíes continuamente figándonos por encima del hombro, por supuesto.

Luego Ryan soltó su risita.

»Probablemente lo mejor que hayas hecho hoy ha sido algo que ni siquiera era parte de tu misión, y ha sido matar a Carter. Éso me garantiza las manos libres, más que cualquier otra cosa, sin interferencias de esos blandengues liberales del Congreso. No es que Carter fuera especialmente liberal, pero un tipo de crimen que esos bastardos están a favor de atajar como sea son los crímenes contra ellos mismos. Si a ti o a mí nos acuchillara un atracador negro, su mayor preocupación sería que los polis no violaran los derechos civiles del asaltante. Pero si al que acuchillan es uno de ellos... bueno, eso es otra historia.

⁵⁹ OLP: Organización para la Liberación de Palestina.

⁶⁰ El Al: Líneas aéreas de Israel. No seré yo quien diga que significa "Líneas Aéreas de Dios" ("El" Air Lines).

Capítulo 29

Durante las cuatro semanas siguientes Oscar siguió el consejo de Ryan, más o menos. No obstante, en vez de tomarse unas vacaciones, volcó su atención hacia su proyecto con Saúl, comenzando a dedicarle más tiempo. La emisión inaugural en la WZY-TV, el 10 de mayo, tuvo un enorme éxito. Ésto condujo, a los pocos días, a varias respuestas positivas de las grandes emisoras del Medio Oeste, en las que Colleen había estado intentando colocar a Saúl.

Cada vez en mayor medida, el mensaje de Saúl era diseñado por Oscar, el cual intentaba coordinar los planes de desarrollo de la base de influencia pública de Saúl con otros asuntos más o menos fuera de su control -principalmente, los que involucraban a Ryan-. A Oscar le resultaba ahora mucho claro que hace seis meses que el país se encaminaba hacia importantes cambios en un próximo futuro. Quería que Saúl estuviera en situación de poder hacer un movimiento decisivo en el momento adecuado. Por el momento, sin embargo, tenía mucho cuidado de no dejar que sus presentimientos le hicieran ir demasiado lejos ni demasiado rápido.

La temática de Saúl era más austera que la de Caldwell, pero en realidad no era radicalmente diferente. Predicaba acerca del peligro de que América fuera muy pronto azotada por el castigo de Dios, a causa de sus pecados. Flagelaba al gobierno por su corrupción y por su incapacidad para frenar la continua decadencia del país. Ya otros evangelistas habían recorrido en el pasado estos mismos derroteros, pero en los últimos años incluso éstos se habían acomodado al ambiente general 'gordo y feliz' del país, tomándose con calma lo de repartir azufre y apelando más bien al materialismo y autoindulgencia de la clase media. Al contrario que Oscar, no tenían acceso a información confidencial sobre lo repentino y la gravedad con que probablemente iban a golpear otra vez los tiempos difíciles, y además eran lentos en sentir la nueva ola de malos augurios y preocupación que ya comenzaba a filtrarse por entre conciencia del público.

La verdadera línea divisoria entre Saúl y el resto de los evangelistas era la atmósfera de cambio inminente que impregnaba sus sermones, las recurrentes insinuaciones a cosas enormes que estaban por llegar. De vez en cuando algunos de los evangelistas más casposos, muy marginales, predecían que el Día del Juicio estaba al caer, que alguna gran catástrofe estaba a punto de abrumar al mundo, pero Saúl ostentaba la capa de la profecía de otra manera, no solo con más dignidad sino también con más credibilidad. Su credibilidad se debía en parte a su vaguedad y en parte a su aparente humildad. No hacía predicciones específicas, ni siquiera proclamaba que supiera lo que estaba por llegar; en realidad, manteniéndose en su papel de médium, se limitaba a afirmar que se aproximaba un gran momento decisivo en los asuntos de los hombres, que las pruebas que tenía para hacer esta afirmación eran su propia expe-

riencia en la mañana de Pascua, y que sólo se enteraría de los detalles, junto con todos los demás, cuando Jesús quisiera utilizarle otra vez como intermediario:

--No sé lo que Nuestro Señor nos revelará o lo que exigirá de nosotros. Sólo sé que pronto nos hablará otra vez, y que tras ello el mundo ya no será el mismo.

La magia oratoria de Saúl confería tal aura de misterio y suspense a esta sencilla afirmación que mantenía en vilo a los espectadores de la televisión. A Oscar le preocupaba que la insinuación de una revelación que estaba por llegar les pusiera la mosca en la oreja a los magnates judíos de los medios, y se volvieran más desconfiados a la hora de permitir a Saúl acceder a la parte del espectro televisivo que controlaban; pero sus índices de audiencia iniciales, junto con su cinta de presentación firmemente pro-judía y pro-Israelí, parecieron superar todos los recelos por su parte. Colleen pudo comprar tanto tiempo de emisión como les permitía su presupuesto inicial. Hacia el 24 de mayo los índices de audiencia de Saúl sobre el total de toda la audiencia evangelista ascendían a casi el 50 por ciento. Los donativos por correo comenzaban a llegar a raudales, y estaba claro que habían puesto ya la cosa en marcha.

Tanto Oscar como Adelaida se arremangaron la camisa y se pusieron a ayudar con la carga de trabajo de secretaría, que crecía a marchas forzadas. Emily, quien pocas semanas antes había estado a punto de presentar una demanda de divorcio, dejó su trabajo y dedicaba todo su tiempo a intentar administrar el torrente de correspondencia de su marido. El auténtico punto de ruptura llegó cuando Saúl consiguió persuadir a su aliada secretaria en el campo de Caldwell de que abandonara a su antiguo jefe y se hiciera cargo de los asuntos de su propia oficina.

Durante todo este tiempo Oscar no se olvidaba de Ryan ni de la otra faceta de sus propias actividades. Pocos americanos se olvidaban, a decir verdad. Desde finales de abril, Ryan y sus asuntos estaban casi de continuo en el candelero. Uno de sus golpes de efecto más sensacionales se produjo cuatro días después de los dos atentados de Oscar contra el Mossad. La gran noticia del anochecer de ese lunes fue la redada que había efectuado la Agencia a tiro limpio, en un avión de línea de *El Al*, en el Aeropuerto Internacional Kennedy, y en la que, tras un tiroteo que se saldó con ocho guardias del Mossad y otros cuatro pasajeros judíos muertos, se recuperó una caja que contenía el cuerpo drogado de Abu Kareem.

Ryan convirtió todo el asunto en un auténtico espectáculo, con las cámaras de televisión grabando en directo la escena mientras se abría la caja y sacaban al inconsciente palestino, fuertemente atado de pies y manos. Luego las cámaras enfocaron las jeringas hipodérmicas y frascos de drogas que se le encontraron a uno de los guardias muertos del Mossad. Era el tipo de imágenes escalofriantes que impactaban contra el centro de flotación del mito de "los-judíos-siempre-víctimas-inocentes" que habían mantenido hasta entonces tan cuidadosamente la mayoría de los medios, y que les ponían muy difícil, incluso a los gentiles más servilmente voceros de Israel, quejarse de los violentos métodos empleados en la redada.

Esa misma noche, Ryan prosiguió la faena con cantidad de arrestos coordinados, de los miembros de la escuadra de asesinos del Mossad que habían entrado en el país por avión el día anterior. Al igual que en la incursión contra *El Al*, los arrestos fueron tan violentos como Ryan pudo hacerlos sin que se notara que era a propósito, y todos los equipos de arrestos iban acompañados por cámaras de noticias.

Para compensar, hizo que sus agentes acorralaran también a una docena de infortunados palestinos. Inmediatamente después, organizó una rueda de reconocimiento de todos los israelíes y palestinos que habían sobrevivido a los arrestos. Conforme la cámara escrutaba la fila de detenidos deteniéndose en cada cara, llenando la pantalla de jetas desgreñadas y apaleadas de las que colgaba al cuello un rótulo numerado, la voz en off de un portavoz de la Agencia iba leyendo la lista de alias y las correspondientes actividades terroristas de las que se le acusaba. Luego la cámara enfocó a una mesa sobre la que se habían dispuesto las armas requisadas a los agentes del Mossad. El portavoz destacaba cuidadosamente los silenciadores, los dardos envenenados, y otras horripilantes herramientas propias del oficio de asesino.

Finalmente, salió a escena el propio Ryan e hizo un sombrío sumario de las cosas. Durante demasiado tiempo, dijo, los americanos habían tolerado que despiadados mercenarios a sueldo de potencias extranjeras librasen en su seno una guerra terrorista. Detalló enérgicamente los diversos atentados contra oficinas árabes en los Estados Unidos que habían tenido lugar en los últimos cinco años, ninguno de los cuales había recibido apenas cobertura mediática en su momento. En cada caso fue mostrando escenas de los daños producidos, para enfatizar la gravedad de la acción. Luego pasó gradualmente a los acontecimientos recientes: el atentado contra las oficinas del Mossad en la parte trasera de la "Papelería George", el acuchillamiento del Senador Carter, el secuestro de Abu Kareem, y la afluencia de asesinos profesionales desde Israel. Dió a todos estos sucesos una continuidad que dejó a los espectadores con la nítida impresión de que estos últimos crímenes eran el resultado final de los atentados anteriores, y de que habían sido los agentes israelíes quienes habían comenzado todo el proceso. Concluyó su resumen diciendo que a él le habían asignado la responsabilidad de dar término a esta guerra terrorista, y que tenía intención de hacerlo, empleando cualquier nivel de violencia que fuera necesario.

Oscar podía imaginarse los vítores y aplausos que debían haber seguido a este anuncio en los bares de la clase trabajadora y en las salas de estar de la clase media, por toda América. Ryan había orquestado todo perfectamente, dejando sin argumentos con gran inteligencia a todos aquellos que de otra manera pudieran haberse opuesto al acorralamiento a gran escala de los agentes de Israel, que la Agencia llevó a cabo en los días siguientes.

La Agencia se contuvo de intervenir en los motines negros de Miami durante más de una semana. El gobernador de Florida había convocado a las tropas de la Guardia Nacional a patrullar las zonas amotinadas. Consiguieron arrestar algunos sa-

queadores y dispersar varias turbamultas, pero los incendiarios y francotiradores continuaban su actividad.

Al octavo días de desórdenes, un grupo de jóvenes negros lanzaron un bloque de cemento, desde el paso elevado de una carretera aledaña al barrio amotinado, contra el parabrisas de un coche que pasaba, atravesándolo y forzándolo a parar. Entonces se arrojaron sobre él como un enjambre y apalearon casi hasta la muerte al hombre blanco que lo conducía; luego sacaron a las dos quinceañeras blancas que iban en el asiento trasero y las arrastraron entre gritos hasta un cercano edificio en obras.

Esa tarde, después de que la madre de las chicas hiciera una desgarradora súplica por televisión, el gobernador llamó al Gobierno Federal para pedir ayuda.

A la mañana siguiente más de 600 hombres de la Agencia estaban en la zona amotinada, equipados con cascos, chalecos antibalas y fusiles de asalto M-16. Ryan en persona estaba con ellos, dirigiendo las operaciones desde un cuartel general de campaña instalado a toda velocidad. Arremetieron a través de todo el barrio, de un edificio de apartamentos tras otro, reventando los cerrojos de las puertas y abatiendo a tiros a cualquiera que no obedeciera sus órdenes al instante. A la caída de la noche habían arrestado a más de 400 negros, matado a 123, herido de gravedad a unos 200, y habían sofocado por completo los desórdenes.

Más tarde se supo que en cuanto había comenzado el amotinamiento Ryan había enviado a una docena de agentes secretos negros -de hecho, a todos los negros que habían pasado a formar parte de la Agencia desde la antigua Sección Antiterrorista de la Oficina-; luego, mientras esperaba el momento más políticamente propicio para hacer entrar sus músculos en acción, había reunido toda la información sobre la comunidad negra local -en particular, sobre los personajes clave que mantenían en marcha el motín- necesaria para usar decisivamente esos músculos.

Las repercusiones de esta acción no fueron en absoluto uniformemente favorables a Ryan. Los grupos negros se quejaron largo y tendido a grandes voces, y con ellos se solidarizó, como era predecible, una gran parte del clero blanco. Los judíos estaban desacostumbradamente divididos: la mayor parte de los grupos más pequeños, especialmente los de orientación izquierdista, y algunos columnistas y editores judíos a título individual, denunciaron la represión del motín por parte de la Agencia, pero la clase dirigente judía, incluyendo a los patrones de los medios de comunicación más importantes, o bien se mantuvieron en silencio, o aplaudieron comedidamente la restauración del orden. Sin embargo la reacción del público blanco fue tan abrumadora y entusiastamente favorable que las voces discrepantes resultaron completamente ahogadas por ella. A sus ojos era la primera vez que el gobierno trataba a los amotinados negros como merecían que les trataran.

Ryan se estaba convirtiendo en una especie de héroe popular blanco, a pesar del empeño que ponía en evitar ese papel. A Oscar le resultaba obvio que Ryan se había percatado de la desventaja que suponía que lo consideraran políticamente ambicioso. Necesitaba la cooperación de los medios, y quería la aprobación del público, pero lo que sobre todo quería era conservar la confianza de las jerarquías del poder. Tenía

que aparecer como el perfecto guardián de los intereses propios de esas jerarquías, y como nada más -al menos, en esta etapa del juego.

Diez días después de su operación en Miami, Ryan ejecutó otra jugada compensatoria, arrestando en una redada a 35 miembros de una comunidad de supervivencia⁶¹ blanca en una zona remota de Idaho. Al alba, sus hombres llegaron con gran estrépito en furgones blindados de tropas mientras sobre sus cabezas sobrevolaban helicópteros armados. Por todas partes había equipos de reporteros con cámaras, mientras sacaban a empujones a las adormiladas familias de sus cabañas y las esposaban. Las cámaras enfocaron a los agentes de Ryan desenterrando una taquilla envuelta con plástico y repleta de armas de fuego y munición, mientras allá al fondo se escabullía el ex-miembro reconvertido en confidente que les había dicho donde cavar.

Los miembros de la comunidad que habían sido arrestados no fueron acusados directamente de terrorismo -ni siquiera de nada ilegal-. Todo quedó en una mera insinuación. Uno de los agentes que había abierto la taquilla sacó un arma y la enseñó a la cámara.

--He aquí una ametralladora que nunca llegará a usarse en actos terroristas --dijo.

El experimentado ojo de Oscar reconoció el arma como un rifle semiautomático de un modelo corriente, pero lo que millones de otros espectadores de televisión creerían era que esta ametralladora iba a ser usada en actos terroristas. La gente de los medios tenía incluso más prejuicios aún en sus comentarios, refiriéndose sin excepción a los miembros de la comunidad como «terroristas». Entrevistaron al sheriff y al representante de una organización judía de Boise, y ambos elogiaron a la Agencia por ayudar a terminar con el peligro de terrorismo en Idaho, nuevamente sin mencionar ningún crimen concreto del que se acusara a los miembros de la comunidad.

Su verdadero crimen, sospechaba Oscar, era ser blancos, estar armados, y haber elegido no formar parte del gran experimento social multirracial en el que estaba participando todo el resto del país.

El 1 de junio se hicieron públicas las cifras de desempleo. El desempleo global había crecido hasta el 9'2 por ciento, tras el mayor incremento en un solo mes desde la Segunda Guerra Mundial.

61 *Survivalism: (EE.UU.) 'supervivencialismo'. Movimiento de ciudadanos que creen necesario asegurar su propia supervivencia para la eventualidad de acontecimientos catastróficos, dotándose de armamento y aprendiendo a vivir en la naturaleza* —Collins. (Principalmente nacionalistas blancos, por desconfianza en el gobierno.)

Capítulo 30

Definitivamente, el tener a Adelaida viviendo consigo había atemperado a Oscar. Ahora que su risa y su gracia estaban presentes en todas las comidas, y que su cuerpo ágil y cálido se acurrucaba contra el suyo siete noches por semana, en vez de sólo dos o tres, Oscar no podía evitar tener una visión de las cosas más positiva.

¿Habría perdido también algo de su intrepidez?, se preguntó a sí mismo. Echó la vista atrás sobre algunas de las salvajadas que había hecho en los últimos meses, y se maravilló de haber tenido semejanza osadía. En estos momentos lo que más fervientemente esperaba era que Ryan no volviera a llamarle para ninguna otra operación especial. ¿Tenía que echarle a Adelaida la culpa de este exceso de prudencia? ¿No se sentía excesivamente temeroso de perder el gozo que ella había traído a su vida?

Quizá. Y quizá fuera también por al menos otra cosa: con anterioridad había emprendido aquel camino por una sensación de desamparo, de frustración por no poder hacer nada al respecto de las odiosas cosas que veía ocurrir en torno suyo; vivía en un mundo que se había vuelto tan intolerable que en realidad no importaba lo que le hiciera.

Pero ahora tenía un plan, o al menos los comienzos de un plan; ahora tenía al menos un atisbo de esperanza, de poder influir en algo, de poder colaborar en hacer un mundo mejor. Y esa esperanza le hacía ser prudente. Incluso la más pequeña posibilidad de poder llegar a conseguir algo de valor duradero era demasiado preciosa como para arriesgarla con temeridades.

Esa nueva posibilidad para el futuro, por supuesto, recaía sobre Saúl. A través suyo, Oscar llegaba a los oídos de millones; a través de él esos millones podrían ser espoleados a una acción decisiva en algún momento crítico. Incluso antes de ese momento, podía usar a Saúl -cuidadosamente- como un medio para alcanzar ideas constructivas, un medio con un potencial de transporte mucho mayor que cualquier otro que la Liga o él mismo pudieran razonablemente confiar en desarrollar con sus actuales recursos. Durante semanas había estado reflexionando acerca de las ideas que podrían propagar a través de Saúl, considerando no solamente la viabilidad estratégica -es decir, qué tipo de ideas podrían irles colando a los judíos sin alarmarlos ni provocar que le cortaran a Saúl el contacto con la audiencia-, sino también su propio valor intrínseco: ¿Cuáles eran las ideas que realmente era importante introducir en la mente del público, o en ese segmento al cual Saúl tenía acceso?

También hablaba con Harry sobre esas ideas. Hacia finales de junio, con los asuntos finales de la operación de Saúl más o menos bajo control, tuvieron tiempo para varias tertulias. Una de ellas tuvo lugar en la casa de Oscar, en la sobremesa de un sábado, después de haber previsualizado juntos, con Adelaida, Colleen y Saúl, la cinta del sermón de Saúl que se iba a emitir al anochecer. Oscar había sugerido que

había llegado ya el momento de comenzar a usar los sermones para elevar la conciencia racial de la audiencia de Saúl.

Harry era escéptico.

--¿Qué sentido tiene? Quiero decir, ¿qué pretendes conseguir con éso?

La pregunta irritó a Oscar, y su irritación se traslucía en el tono de su voz.

--El sentido es que nuestra raza se está yendo por el retrete, y uno de las principales razones es el bajísimo nivel de conciencia racial que tienen los blancos. Tenemos que hacer lo que podamos para corregir esa situación.

Harry suspiró, como disponiéndose a explicar algo por décima vez a un alumno retrasado.

--Claro. Nuestra meta es evitar que la raza se vaya por el retrete, si podemos. Yo aún diría más, es reencaminar la raza a una senda ascendente, ponerla de nuevo al trabajo de preparar el camino a una raza superior que está por llegar. Uno de los pre-requisitos para hacer algo así es la conciencia. Pero la conciencia ha de basarse en el conocimiento, y la audiencia de Saúl es destacable por su poco conocimiento. No sé si es ni siquiera factible intentar hacer nada al respecto. Lo que quiero decir es que son cristianos fundamentalistas. Podemos exaltarlos, es verdad, ¿pero educarlos? Yo creo que muy escasamente, o nada. A mí me parece que deberíamos intentar aprovecharnos de su exaltabilidad y olvidarnos de intentar educarlos.

--Supongo que no comparto tu pesimismo --replicó Oscar--. Ya sé que tenemos ahí fuera a un montón de gente supersticiosa de muy pocas luces, pero seguro que es posible enseñarles algo. A fin de cuentas, la mayoría ha aprendido algo sobre la Biblia, hasta cierto punto, así que tendríamos que ser capaces de enseñarles algo sobre historia racial y sobre la situación racial actual. Pero bueno, una cosa que no tengo clara es esa distinción que haces entre conocimiento y conciencia.

--El conocimiento es una recopilación de datos -datos organizados, se entiende en la mente de alguien, junto con un sistema que les otorga cierto sentido. El conocimiento es lo que uno adquiere cuando uno estudia francés o aprende a manejar un ordenador -o cuando escucha una conferencia sobre la historia de la raza-. Si uno está capacitado para ello, entonces puede que además adquiera uno, conjuntamente con los datos en bruto, un cierto grado de comprensión.

»Pero la conciencia es un estadio de desarrollo superior. La conciencia es el conocimiento, más la percepción constante y alerta, más la motivación. El conocimiento sólo implica una facultad mental; la conciencia involucra un acoplamiento de facultades mentales y espirituales. El conocimiento reside en la mente, en las profundidades; la conciencia pasa a formar parte de la personalidad; reside tanto en la superficie como en las profundidades; impregna todo el ser.

»Si estudio la historia de mi raza, puede que al cabo de un tiempo llegue a tener un conocimiento racial. Quizá pueda citarte un montón de hechos, decirte la composición étnica de los ejércitos que se enfrentaron en los Campos Catalaúnicos en el 451 y en Tours en el 732, o hacerte una lista de más de veinte diferencias de base genética entre los blancos y los negros, aparte del color de la piel. Pero todo éso no me

hace racialmente consciente. En las facultades de nuestras universidades hay mucha gente con grandes conocimientos raciales, pero prácticamente ninguno es consciente. Para hacerse racialmente consciente uno tiene que elevar su conocimiento racial a un grado tal, que en verdad llegue a gobernar la conducta y los pensamientos de uno; tiene uno que ser consciente de ello en todo momento; tiene que sentirlo. Uno puede conseguir conocimiento leyendo libros o escuchando sermones, pero el alcanzar la consciencia, y mantenerla, por lo general implica cambiar la forma de vivir.

--¡Uuuu! --respondió Oscar--. Me parece que tú ya habías dado antes esta pequeña conferencia --reflexionó durante un momento sobre lo que Harry acababa de decir, y luego prosiguió--. Supongo que estoy de acuerdo con esa distinción que haces, pero aun así no veo por qué no podríamos intentar iluminar a la audiencia de Saúl, y gradualmente ir devolviendo al menos a una parte de ellos un cierto nivel de consciencia racial. A lo mejor no son todo lo buenos alumnos que uno podría esperar, pero son lo que tenemos. Los predicadores de la Identidad han reeducado exactamente al mismo tipo de gente y luego les han construido una especie de consciencia. ¿Por qué no podemos meter unas cuantas lecciones sobre la raza en los sermones de Saúl, y luego acicateamos a la audiencia para que se las tomen lo bastante a pecho como para hacerse lo que tú llamarías 'conscientes'? No tendríamos por qué decir ni una palabra sobre los judíos. Puede que lleguen a la conclusión de que Saúl es un 'racista', pero mientras no vean una amenaza directa contra ellos, probablemente no llegarían a atreverse a quitarle el programa.

--No es tan fácil concienciar a la gente, Oscar. Los judíos no están tan concienciados sólo porque estudien los hechos históricos de su pueblo. Lo que les hace conscientes, y les mantiene conscientes, es la tensión constante entre ellos y el mundo no judío. La mayor parte de todo lo que les enseñan de la historia judía -sus familias, sus rabinos, los periódicos y los libros judíos-, está calculado para aumentar esa tensión. Es una historia distorsionada deliberadamente: por ejemplo, sus famosos mitos sobre las 'cámaras de gas' de la Segunda Guerra Mundial. Lo que les enseñan es que el mundo quiere acabar con ellos, y que la única forma de sobrevivir es acabar ellos antes con el mundo. El asunto con el que machacan sin cesar a sus chavales, una y otra vez, es la persecución, la persecución, y la persecución. La historia que se han inventado es un registro de cómo han sobrevivido a una persecución tras otra, superando en astucia a todos los pueblos anfitriones entre los que han vivido; sus festividades principales son siempre conmemoraciones de la supervivencia de una u otra persecución -y de la forma en que lograron vengarse del presunto perseguidor involucrado-. Los judíos jóvenes crecen considerando a los gentiles que les rodean como enemigos a los que tienen que superar en astucia -¡o atenerse a las consecuencias!. Les enseñan que el mundo les odia. Y como es obvio, con semejante actitud, lo que suelen lograr es hacer realidad sus peores temores y sospechas. Éso es lo que a ellos les confiere su consciencia racial. Éso es lo que los hace tan fuertes.

»Y los Cristianos Identitarios, en la medida en que tienen una consciencia, lo consiguen de manera bastante similar. O sea, ellos, al igual que los judíos, se consideran a sí mismos como 'el pueblo elegido', herederos de los antiguos israelitas que

hicieron el pacto con Yahveh. Creen que los judíos, que son los esbirros de Satanás, les han desposeído fraudulentamente de su herencia. En respuesta, los judíos han usado sus medios de comunicación masiva para denigrar a los seguidores de la Identidad; han azuzado al gobierno contra ellos, y han intentado convertirlos en parias. Éso los ha puesto a la defensiva y hace que se sientan como una minoría perseguida -hasta cierto punto, al menos, aunque es cierto que no tanto como los judíos-. Y de la tensión resultante ha surgido un cierto grado de consciencia. Entre los mormones ocurrió algo parecido, al menos en sus inicios. Ocurre de la misma manera en todos los grupos de auténticos creyentes, si se les arreglan para hacerse lo bastante impopulares.

»Pero es muy difícil conseguir que éso funcione para la mayoría -y la audiencia de Saúl se considera a sí misma parte de la mayoría-. Puede que sientan, en cierta medida, que están rodeados de pecadores, pero no se sienten perseguidos, les falta la percepción constante y alerta de la hostilidad y el peligro, que se precisa para construir la consciencia del grupo.

--Bueno, ¿y qué pasa con nosotros? --explotó Oscar, frustrado--. ¿Cómo es que nosotros sí hemos desarrollado la consciencia racial que tenemos?

Harry se echó a reír.

--Claro, nosotros sí que tenemos un cierto grado de consciencia. ¡Ojalá se acercara a ser tan fuerte como la de los judíos! Nuestra consciencia, en vez de basarse en el sentimiento de peligro personal, de amenaza personal, depende de nuestra capacidad de abstracción. Percibimos que hay una amenaza hacia todo lo que es bueno y bello en el mundo. Quizá algunos lo expresaríamos de manera un poco distinta, quizá algo más personal, y dirían que en ése ciego avance hacia un igualitarismo cada vez más exhaustivo, hacia una democracia cada vez más envilecida, y todas las consecuencias que conlleva -cada vez más fealdad, cada vez más desorden, cada vez más degradación racial-, lo que percibimos es una amenaza contra el significado de nuestra existencia. Nosotros no estamos amenazados personalmente, físicamente, pero sí que está amenazado aquello con lo que nos identificamos, aquello que da un sentido y un propósito a nuestras vidas. Nos identificamos con nuestra raza, con una idealización de nuestra raza -yo aún diría más, con un proceso cuyo agente principal es nuestra raza, el proceso hacia estructuras organizativas superiores, un proceso que es el principio activo de Dios.

Harry se ruborizó un poco, casi imperceptiblemente, quizá al darse cuenta de que había desnudado su alma ante sus oyentes más de lo que hubiera querido. Oscar lo miró penetrantemente y luego dijo en voz baja:

--No me había dado cuenta de que fueras un hombre religioso, Harry.

Harry se echó a reír de nuevo, esta vez para disimular su embarazo.

--En este combate no hay ningún ateo, podríamos decir citando lo que dijo algún otro --luego continuó, de nuevo en tono serio:-- No quiero dar a entender que la gente que ve los programas de Saúl no sea capaz de desarrollar un cierto grado de consciencia racial, a pesar de no sentirse amenazados personalmente. Lo único que digo

es que conseguirlo será un trabajo muy difícil, y lo que consigamos no bastará para suponernos ninguna diferencia significativa. Recordad que éste era el público que solía ver a Caldwell. Su religión no se basa en el idealismo, se basa en la idea de conseguir llegar al cielo, de conseguir, una porción del pastel del cielo, cuando sea la hora. Les han enseñado que Jesús odia a los racistas, que los racistas no van al cielo. No sólo vas a tener que volver del revés esa creencia, sino que vas a tener que convertir en idealistas a unas personas que son en esencia despreocupados materialistas.

»Y aún hay más al respecto. Para ser efectivamente útiles a nuestra causa, la gente necesita algo más que tener conocimiento y estar concienciados; necesita disciplina, además. No existe ninguna manera de que Saúl pueda inculcar disciplina a gente que ha crecido sin ella. La autodisciplina, el autocontrol, se origina en un proceso que dura toda la vida, un proceso que no sólo requiere un autoentrenamiento de la voluntad, sino que en casi todos los casos requiere también haber crecido en un ambiente que imponga un cierto grado de disciplina externa. La gente sin disciplina, por mucho que quiera colaborar con una causa, no es capaz de hacerlo eficazmente, porque no tienen suficiente control sobre sus propios recursos

»A lo que nos lleva todo ésto es a que a los espectadores de Saúl se les podría usar de algunas maneras que fuesen naturales y fáciles -es decir, de maneras que se adapten a su carácter-. Se les puede persuadir de que voten a un determinado candidato: el candidato al que Jesús quiere que voten. Se les podría persuadir de que boicoteen determinados productos en las tiendas. Se les podría persuadir para que envíen un aluvión de cartas a Washington oponiéndose o apoyando alguna ley específica de la que Saúl les diga que es de enorme importancia para Jesús. Hasta se les podría provocar para que causaran desórdenes civiles de algún tipo, si Jesús les habla a través de Saúl de manera enérgica.

»Pero intentar cambiarles para obligarles a hacer cosas que no les resultan cómodas ni naturales... ésa es una tarea de magnitud totalmente diferente. Lo que tenemos que saber es qué queremos hacer con la influencia que tiene Saúl. ¿Queremos dar un vuelco al resultado de unas elecciones? ¿O queremos construir un ejército de guerreros que combatan por la raza blanca? Y antes de intentar hacer ésto último, hay que asegurarse de que tenga sentido, de que encaja en nuestra estrategia global.

Durante más de un minuto todos estuvieron callados. Oscar se encontró otra vez asombrado por la sorprendente semejanza entre lo que le decían dos hombres tan distintos como William Ryan y Harry Keller. Sin embargo, al reflexionar sobre ello, tenía además la fuerte sensación de que había una diferencia importante entre los puntos de vista de ambos: una diferencia que no era capaz de identificar con claridad, pero que hacía que le resultara mucho más fácil digerir lo que decía Harry que aceptar la misma, o muy similar verdad, según la expresaba Ryan.

--Muy bien --dijo Oscar por fin--. Muy bien. A lo mejor me dejo llevar un poco por mi entusiasmo, a veces. Supongo que lo que me preocupa es que a largo plazo tenemos que cambiar las ideas del público; tenemos que construir un sentido de conciencia racial en el ciudadano medio. De otro modo, dar un vuelco a unas elecciones, o el provocar un amotinamiento, no puede tener ningún efecto duradero.

--Tienes razón, por supuesto --replicó Harry--. Pero recuerda que los judíos han empleado décadas en hacer virar las actitudes del público hasta las que tienen ahora, y que para hacerlo han contado con una influencia mucho mayor que un simple programa de televisión una vez por semana. Para poder hacer cambiar de rumbo al público, también nosotros necesitaríamos una capacidad de influencia similar. A lo mejor, si usamos a Saúl inteligentemente podamos conseguir una influencia mayor. A lo mejor al final podamos conseguir una capacidad de influencia lo bastante grande como para competir eficazmente con los judíos por la mente y el corazón de nuestro pueblo. Lo que me preocupa es que lo usemos ahora, con su pequeña e ineficaz influencia, y al hacerlo perdamos la oportunidad de conseguir posteriormente una capacidad mucho mayor y más efectiva.

--¿Y aparte de la experiencia que vamos ganando ahora en el uso de emisiones televisivas, ¿cómo piensas que podríamos usar las emisiones de Saúl para conseguir mayor capacidad de influencia sobre el público?

--No lo sé. Se me ocurren varias posibilidades, pero en este momento creo que tenemos que seguir tanteando con mucho cuidado éste camino, y estar preparados para aprovechar cualquier nueva oportunidad que pueda surgir. El hecho de estar consiguiendo tanto dinero con las emisiones de Saúl nos augura más capacidad de hacer cosas nuevas de la que nunca hemos tenido antes. Si las cosas continúan al ritmo que van, dentro de un año podemos tener fácilmente 100 millones de dólares en el banco. Entonces podríamos pensar en serio en comprar un par de periódicos de alguna gran ciudad. Pero es un negocio peliagudo. Podríamos gastar 100 millones en periódicos y luego, si los judíos se enteran de nuestras intenciones y ponen en marcha un boicot de publicidad contra nuestros periódicos, encontrarnos con que estamos perdiendo 50 millones al año. Acabaríamos teniendo que venderlos con enormes pérdidas. La ventaja que tienen ellos es que están organizados a fondo. Antes de apoderarse los medios de comunicación, establecieron un fuerte control sobre las fuentes de la mayor parte de ingresos publicitarios de los medios. No tenemos esperanzas de poder hacer otro tanto.

--Lo cual, me parece a mí, es el motivo por el que tendríamos que ponernos a trabajar en hacer llegar al público nuestras ideas ahora mismo --replicó Oscar--. No podemos hacer las cosas de la misma forma que las hicieron los judíos. Sólo con dinero no podemos. Pero quizá podamos hacerlo con ideas, con inspiración. Por supuesto, comprendo que ya ahora estamos haciendo llegar ideas a personas concretas, con nuestros libros y cintas de video; entiendo la importancia de éso; la gente a la que ahora llegamos es gente más inteligente, mejor educada, y más capaz de participar en nuestros esfuerzos, que cualquier persona de la audiencia de Saúl. Pero no podemos permitirnos por más tiempo el dejar que el público vaya a la deriva en cualquier dirección que quieran llevarles los judíos.

Se calló un momento, luego se inclinó hacia delante mientras vislumbraba los comienzos de un plan tomando forma en su mente.

»Supongamos que comenzamos con algo lo bastante sutil, como para que no suponga peligro para el programa de Saúl, pero que comience a trazar una base para

ideas posteriores, más obvias. Por ejemplo, podemos hacer que comiencen a pensar en las raíces. Podíamos comenzar a contrarrestar la doctrina judía de que todos somos nada más que individuos, sin raíces y sin responsabilidades excepto para sí mismo.

Saúl, que hasta ése momento se había limitado a escuchar, comenzó a hablar de pronto.

--¿Algo como ésto? --preguntó, y luego comenzó a declamar:-- Hermanos y hermanas, ¿es que acaso es el hombre nada más que un átomo? ¿Acaso vais por este mundo solos y a la deriva? No, hermanos y hermanas mías, no vais solos. Dios nos enseña en la Biblia que el hombre es como un eslabón de una cadena. Vosotros sois el eslabón que une el pasado con el futuro. Vosotros sois el eslabón entre todas las generaciones que han sido antes, y aquellas que serán después. Vosotros sois lo que sois a causa de lo que vuestros antepasados fueron, y de la forma en que ellos se comportaron, de la forma en que eligieron a sus esposas y a sus maridos. Lo que sean vuestros descendientes dependerá de la forma en que vosotros os comportéis ahora. En otras palabras, hermanos y hermanas, Dios nos ha dado la responsabilidad de determinar cómo será el mundo en el futuro. Él espera que nos tomemos esta responsabilidad muy en serio. Porque Dios ama el mundo, y Él quiere que nosotros se lo cuidemos. Sí, hermanos y hermanas, Él lo quiere. El propio Jesús nos dice, en la Biblia, «Dios amó al mundo de tal manera, que le dio Su único Hijo engendrado», éso es lo que dijo Jesús. Y así, cuando nosotros traemos nuestros propios hijos al mundo, haríamos bien en prestar atención a lo que hacemos. Haríamos bien en asegurarnos de que sean gratos a los ojos del Señor, de que sean la especie de niños que complazcan a Dios y le hagan sentir que nos estamos tomando en serio nuestra responsabilidad.

--¡Exactamente, Saúl, exactamente! --respondió Oscar muy excitado--. Ése detalle sobre ser 'gratos' a lo mejor provoca algunos graznidos de los mezcla-razas y de nuestros cofrades más morenos, pero yo creo que cosas así de sutiles las podemos ir colando sin demasiado peligro.

--Claro que tendré que hacer todo un aliño de parábolas para ilustrar el mensaje. Los hermanos y hermanas no son capaces de entender nada a menos que esté lleno de parábolas. Pero me gusta la idea esencial. Ya sabéis, yo me crié en un ambiente fundamentalista. Esta gente suele ser bastante sencilla, pero no es mala gente. Me hace sentirme un poco incómodo el tratarlos como a un rebaño de animales a los que podemos lanzar en estampida en determinada dirección cuando llegue el momento apropiado. Me siento mucho mejor al respecto si los incluimos en la raza, junto con los compañeros algo más avanzados a los que vendemos nuestros libros. Estoy seguro de que con el tiempo y la paciencia suficientes podemos deshacer mucho del daño que se les ha hecho, y hacer emerger de nuevo lo mejor de sus instintos. Lo único que es una vergüenza es que para conseguirlo tengamos que usar una religión judía y unas escrituras judías, en vez de poder a la vez sacarlos de todo ése fango.

--Bueno, lo primero es lo primero, Saúl --replicó Oscar--. Antes de que puedan liberarse de toda una vida de supersticiones ajenas, tienen que aprender a pensar según nuevas directrices. Tenemos que darles un nuevo marco global a través del que

puedan ver el mundo, y verse a ellos mismos. Tenemos que ayudarles a alcanzar un sentido de identidad racial, una mejor comprensión de su relación con el resto del cosmos, y un sentido del propósito de sus vidas.

Harry había estado observando, pensativo, mientras Saúl y Oscar hablaban. Ahora tomó la palabra de nuevo.

--No veo nada malo en lo que tienes pensado. Puede que pasen cinco años, incluso más, antes de que estemos preparados para hacer nada emocionante con el público de Saúl. Para entonces puede que hayamos hecho progresar mucho a algunos de ellos. Está claro que no a todos, ni siquiera a la mayoría. El Cristianismo es una religión de esclavos, y por desgracia se adapta perfectamente al carácter de muchos blancos. No pueden pasarse sin la idea de un Gran Padre bondadoso en el cielo que cuide de ellos. Nunca aprenderán a andar por sí solos, a pensar como aristócratas, a tener una religión aristocrática. Pero algunos de ellos lo harán, y éstos pueden convertirse en una fuente importante de nuevos reclutas para nosotros. Pero tendremos que tener mucho cuidado con la manera en que intentamos hacerles cambiar de rumbo, no vayamos a perder al grueso del público, o a despertar las suspicacias de los judíos.

--Los judíos están condenados a ser suspicaces --intervino Oscar de nuevo--. Serían suspicaces aunque no intentáramos meter ningún mensaje racial en los sermones de Saúl. Está en su naturaleza, ser suspicaces. Pero si lo mantenemos a un nivel subliminal y tenemos cuidado de no atacar a ninguno de sus intereses más inmediatos, tales como Israel, creo que podemos salirnos con la nuestra. En estos momentos los índices de audiencia de Saúl son tan buenos que están encantados con él. Atrae a los espectadores, y les está haciendo ganar dinero a ellos tanto como a nosotros. Y recordad, tenemos planeado hacer crecer a Saúl hasta convertirlo en una operación multimedia, exactamente igual que Caldwell y los demás. Aquellos que respondan bien a su mensaje televisivo podemos llevarlos más allá, enviándoles por correo material impreso. Así podremos ir separando gradualmente a las cabras de las ovejas, sin avanzar más lejos de lo que sean capaces de ir las ovejas.

Tres días más tarde, el 1 de julio, se hicieron públicas las cifras del desempleo de mayo. El desempleo total había aumentado un 0'5 por ciento desde abril, hasta el 9'7 por ciento, pero el incremento mensual había sido menos de la mitad del del mes anterior, y el portavoz del gobierno declaró que el desempleo estaba «bajo control», prediciendo con confianza que muy pronto estaría de nuevo a la baja.

Capítulo 31

En realidad, el gobierno no tenía las cosas tan firmemente bajo control como le hubiera gustado. Junto con el desempleo, habían estado subiendo ininterrumpidamente los índices de criminalidad. Los asaltos, robos en domicilios y robos de coches habían aumentado vertiginosamente mes tras mes. Los disturbios laborales también eran un problema cada vez mayor. La mayor parte de éstos eran de alcance local, pero el Cuatro de Julio se produjeron enormes manifestaciones de trabajadores en paro en Nueva York, Washington, Detroit, San Francisco, y media docena de otras ciudades importantes. Tanto en Washington como San Francisco las manifestaciones se volvieron violentas, dejando tras de sí un rastro de cristaleras destrozadas y vehículos volcados en llamas. En Washington los negros se habían dedicado a saquear tiendas a gran escala. Cuando la policía intentaba detenerlos, los negros se ponían a provocar incendios. Hacia el atardecer del 5 de julio, había en la capital 20 manzanas enteras ardiendo por los cuatro costados, con francotiradores que mantenían a raya a los bomberos.

Ryan se contenía nuevamente, esperando el momento adecuado para emplear los músculos, cuando pudiera contar con la aprobación oficial y del público para sus acciones. Dicho momento llegó después de que, durante la noche, el viento rolara arrastrando el humo de la zona incendiada hasta las zonas residenciales blancas, en la parte oeste de ciudad. Una inversión térmica, un fenómeno muy raro en Washington, mantenía el humo a ras de suelo. El denso y asfixiante manto era especialmente espeso en Georgetown, donde tenían sus apartamentos o casas familiares muchos legisladores, diplomáticos y funcionarios. Un aterrizado intento de éxodo en automóvil atascó enseguida las estrechas calles, y los atosigados conductores abandonaron sus vehículos, obligando a hacer otro tanto a los que venían detrás. Los equipos de rescate tuvieron que entrar a pie con máscaras de gas para encaminar hacia zonas seguras a miles de otros residentes. A la mañana siguiente los líderes del Congreso estaban furiosos y exigían actuaciones enérgicas e inmediatas. A las 11 en punto, el Presidente llamó a Ryan.

Ryan estaba preparado. Al igual que en Miami, en cuanto comenzaron los disturbios había estado reuniendo información proveniente de sus agentes secretos. En su "cámara de guerra" de los cuarteles generales de la Agencia, un enorme mapa electrónico de la ciudad cubría la pared, indicando la ubicación, actualizada segundo a segundo, de todos los incendios, las barricadas callejeras, los puntos de reunión de los negros amotinados, y de los francotiradores conocidos.

Entró justo antes de mediodía con una docena de helicópteros armados. Cada uno de ellos transportaba una escuadrilla de agentes fuertemente armados, y un equipo de reporteros de televisión. Los edificios desde los que se había informado de disparos de francotiradores fueron atacados con cohetes y acribillados repetidamente

con fuego de cañón de 20 mm, para inmediatamente después hacer descender sobre el tejado a los agentes, protegidos con chalecos antibalas y armados con rifles de asalto.

Otros helicópteros se cernían sobre grupos de negros en las calles y les dejaban caer en medio improvisados racimos de granadas conmocionadoras. Esta táctica daba unos resultados espectaculares, y proporcionaba un espectáculo especialmente entretenido para quienes seguían en directo la cobertura televisiva del asalto de la Agencia contra los amotinados. En un momento dado, la pantalla mostraba allá abajo una calle llena de cientos de negros, gritando obscenidades y sacudiendo los desafiantes puños hacia el helicóptero que tenían encima. Entonces se veían un centenar de flashes prácticamente instantáneos y dispersos por entre la multitud, junto con el 'stacatto' de ensordecedoras explosiones. Tras ésto, todo lo que se podía ver eran cuerpos horizontales de negros grotescamente estirados sobre el pavimento. Finalmente, más o menos la mitad de los cuerpos conseguían ponerse en pie tambaleantes y comenzaban a correr en todas direcciones tan deprisa como podían llevarles las piernas. De los demás, algunos comenzaban a gatear o intentaban escapar a rastras, mientras el resto permanecía inmóvil. Un portavoz de la Agencia se refirió a los dispositivos descargadores de granadas con los que estaban equipados los helicópteros como "revienta motines". La Agencia acababa de desarrollarlos, y se esperaba que en el futuro constituyeran un equipamiento estándar.

En dos horas, el asalto de la Agencia había suprimido por completo la actividad de los francotiradores, y prácticamente había limpiado de negros las calles de la zona amotinada, excepto en dos grandes aparcamientos vacíos, donde estaban congregando a más de mil prisioneros hasta poder evacuarlos en autobús. A la caída de la noche todos los incendios habían sido apagados.

La impresión que recibió el público de la supresión del motín de Washington por parte de la Agencia fue de decisión, profesionalidad y fuerza irresistible. El contraste con las ineficaces tácticas de la policía de Washington era ineludible. Igual que tras el motín de Miami de dos meses antes, los sondeos de opinión mostraban una abrumadora aprobación a la Agencia por parte de los blancos, cuyos únicos discrepantes dignos de mención eran los clérigos. Los comentarios que se expresaban en las 'Cartas al Director' y en las tertulias radiofónicas variaban desde el remilgado y conservador «el gobierno tiene la obligación de ser firme con los elementos rebeldes», hasta el contundente «por fin tenemos en Washington a alguien que sabe como tratar a los 'negros'». Los 312 negros que resultaron muertos por los agentes de Ryan al sofocar el amotinamiento se convirtieron en una mera estadística en las páginas interiores, sólo citada por los coléricos líderes negros, que la comparaban con el tiroteo de 1960, de la policía sudafricana contra amotinados negros, en Sharpville.

El 22 de julio el congreso aprobó un presupuesto adicional para que permitir a la Agencia contratar y entrenar a 2.500 agentes más, y a otros 1.500 empleados de soporte -lo que suponía más que duplicar sus fuerzas.

El 24 de julio, la Oficina de Estadísticas Laborales anunció una revisión de sus cifras de paro de abril y mayo, elevando ambos totales en casi un punto porcentual. El 3 de agosto se publicaron las cifras de junio: el total de dicho mes era del 13'6 por ciento. Se estimaba que para julio las cifras habrían llegado hasta el 15 por ciento.

Ese mismo día el Presidente firmó un Decreto Presidencial por la que se suspendían los derechos civiles de cualquier persona sospechosa de conspiración para la comisión de actividades que pudieran causar revueltas u otros desórdenes públicos.

Durante el mes de julio hubo otras noticias que acapararon el interés del público, pero por entonces comenzaron también a aparecer las primeras informaciones sobre arrestos y persecuciones en base al Decreto Ley Horowitz. Exactamente como había predicho Harry siete meses antes, los primeros sujetos de escrutinio que escogió la Junta de Inspección para examinar y aprobar o desaprobar libros sospechosos y otros documentos impresos fueron el Ku Klux Klan y un surtido de variopintos grupos neonazis. Los grupos civiles libertarios ni siquiera abrieron la boca, y los controlados medios de comunicación crearon la impresión de una aprobación pública casi unánime a favor de la supresión de los grupos «de odio» y de quemar su bibliografía.

La única disensión destacable se produjo en agosto, cuando la Junta recomendó la prohibición de un libro recién publicado sobre el SIDA -"La creciente amenaza del SIDA sobre América"-, y el procesamiento de su autor y editor. El libro, escrito en un estilo semi-divulgativo por el Dr. Harvey Crossland, un prominente investigador médico de la Universidad John Hopkins, analizaba las vías por las que la enfermedad infectaba a los blancos heterosexuales, que hasta recientemente se habían mantenido prácticamente a salvo de ella. Hacía recaer una buena parte de la culpa sobre los bisexuales, que actuaban como portadores de los virus HIV, desde su reservorio entre la población homosexual hasta la población heterosexual relativamente no infectada; y sobre las personas blancas promiscuas que entablaban relaciones sexuales tanto con negros, que constituían otro reservorio del virus, como con blancos. Hacía notar que la única manera realmente efectiva de impedir que la letal enfermedad siguiera extendiéndose sería chequear a todo el mundo y luego poner en cuarentena a los que portaran el virus.

Cuando se hizo pública la prohibición, el libro ya estaba en la lista de los más vendidos del *New York Times*, y la Junta de Inspectores fue asediada por una inmediata ola de protestas. Durante un periodo de varias semanas la tormenta siguió aumentando de intensidad, al ir apuntándose a la refriega editores, educadores, escritores, expertos legales, políticos, y portavoces de diversos grupos minoritarios, ya fuera a favor de un lado o del otro.

Un cierto número de personas más moderadas, de entre los partidarios originales del Decreto Ley Horowitz, intentaron calladamente persuadir a la Oficina de que retirara la prohibición, pero sus esfuerzos iniciales resultaron infructuosos.

Los doce inspectores de la Junta habían sido seleccionados por un alto funcionario de la Casa Blanca, de entre los miembros supervivientes del Comité del Pueblo Contra el Odio, con los inevitables equilibrios: había un obispo católico, un rabino, un ministro protestante, un miembro de un grupo de presión a favor de los derechos

civiles de los negros, una militante feminista, un indio americano, un gitano, un activista homosexual masculino, y así sucesivamente. Éste último había sido quien insistió en que la Junta actuara contra el libro sobre el SIDA. Estaba encolerizado por la suposición que hacía el libro de que los homosexuales suponían una amenaza sanitaria para el resto de la sociedad y de que habría que poner en cuarentena a la mayoría de ellos. Consiguió convencer al miembro negro de que el libro también difamaba a los negros como grupo. La feminista, de la que se rumoreaba que era tanto de esta acera como de la de enfrente, fue su aliado natural. Lo mismo el ministro protestante, y por la misma razón. Entre los cuatro avasallaron a otros tres inspectores haciéndoles votar a favor de la prohibición, en base a que el libro incitaba al odio al estigmatizar el sexo interracial.

El alboroto no se calmó hasta que no intervino el propio Presidente, quien presionó a dos inspectores para que cambiaran su voto. Antes de llegar a ésto, sin embargo, estuvieron produciéndose casi a diario pendencieras manifestaciones de homosexuales en el exterior de las oficinas de Nueva York del editor del libro, Harmon House. Durante la segunda semana se produjo un incidente particularmente horripilante en el que dos homosexuales derramaron unos recipientes de sangre infectada con SIDA encima de una secretaria de Harmon House que salía de la oficina.

A la mañana siguiente se derramó mucha más sangre infectada con SIDA sobre la acera, pues el marido de la secretaria paró el coche junto al bordillo, a menos de 10 metros del grupo de manifestantes, asomó por la ventana el cañón de su escopeta semiautomática de calibre 12, y les descargó siete perdigonadas de postas del N°4; luego recargó la escopeta y disparó otras siete veces.

Asombrosamente, mientras el justiciero marido se dedicaba a embutir cartuchos nuevos en la escopeta, ninguno de los aproximadamente 30 policías que habían sido asignados para mantener el orden en el lugar de la manifestación llegó a intervenir. Cuando un novato asumió posición de combate con la pistola apuntando a la cabeza del hombre y comenzó a gritarle que soltara el arma, el sargento al mando le apartó el brazo de un golpe al joven policía y le soltó un sermón que le hizo enrojecer a fondo y devolver la pistola a la funda rápidamente. A otro policía que encañonaba al hombre con su rifle, le hizo coléricos gestos, con similar resultado.

Varios policías volvieron sus armas hacia los ensangrentados manifestantes, que intentaban huir, y evitando cuidadosamente tocarles, les obligaron a tumbarse sobre la calzada allá donde estaban. Otros manifestantes que huían tropezaron sobre ellos y se cayeron despatarrados. Los amontonamientos resultantes fueron una diana fácil cuando se reanudó el tiroteo unos segundos después. Tras la segunda andanada el sargento dio un suspiro, se dirigió calmadamente hasta el coche, le quitó educadamente la escopeta al hombre, y le esposó.

Cinco de los sodomitas murieron silenciosamente allí mismo, pero otros 11 estuvieron chillando y sangrando durante más de una hora, pues los equipos de las ambulancias se negaban a tocarles mientras no les proporcionaran trajes protectores especiales, con guantes y caperuzas. El *New York Times*, reflejando los sentimientos de la comunidad homosexual, estaba furioso y exigía que se les abriera un proceso a los

policías, pero en ningún momento hubo la menor posibilidad de que se produjera. La explicación oficial fue que la principal responsabilidad de la policía había sido proteger al público, evitando que los homosexuales salpicados de sangre abandonaran la zona inmediata del tiroteo y pudieran infectar a otros con su sangre.

El público estuvo de acuerdo, vehementemente y casi unánimemente, según indicaban por igual en los sondeos informales y en sus hechos. Cuando posteriormente un portavoz de los homosexuales anunció planes para una marcha de protesta contra el comportamiento y la actitud de la policía, alguien les lanzó una bomba incendiaria contra la oficina. Cuando una docena de sus camaradas aparecieron delante del Ayuntamiento con pancartas, un grupo de operarios de la calle les atacaron con tuberías y palas, apaleándoles hasta dejarles sin sentido. El lanzamiento de la sangre contaminada contra la secretaria había calado en la mente del público de una forma que los propios homosexuales jamás hubieran imaginado; había despertado un horror y una revulsión profundos, que los medios no iban a poder reprimir fácilmente con amonestaciones contra la «intolerancia». Ésto se reflejó de manera unánime en un repentino incremento del número de ataques contra homosexuales por todo el país, por parte de cabezas rapadas y otros.

También hubo demandas de que se presentaran cargos contra Crossland y Harmon House por conspiración para provocar los disturbios que tuvieron lugar delante de las oficinas de éste último, pero ninguna de ellas prosperó.

No obstante, hubo varias consecuencias oficiales del suceso. En primer lugar, el Presidente recompuso calladamente la Junta de Inspectores, designando personas más pragmáticas en sustitución de todas las que habían votado a favor de la prohibición del libro de Crossland.

En el Congreso, los partidarios más furibundos del Decreto Ley Horowitz se movían en dirección opuesta, presentando nuevos proyectos de ley que concedían poderes más amplios a la Junta. En vez de actuar meramente en función de quejas sobre libros específicos que ya habían sido publicados, ejercería la censura previa; se exigiría que todos los editores presentaran ante la mesa el texto de los libros nuevos, para ser aprobados antes de proceder a su publicación.

Quizá antes del escándalo sobre el libro del Dr. Crossland hubiera sido posible promulgar semejante legislación, pero ahora no había ninguna posibilidad. Se había roto el hechizo. La histeria orquestada por los medios de comunicación, que al comienzo había permitido aprobar el Decreto Ley Horowitz, se había apagado. La gente se había atrevido a hablar en contra la grosera censura de la Junta, incluso a riesgo de parecer estar favoreciendo el «odio». No hubo ningún movimiento para derogar el Decreto Ley, o para restaurar los derechos de parias tales como los hombres del Klan o los neonazis, pero antes de que el gobierno pudiera hacer más movimientos para asegurar que no se publicaran libros nuevos que pudieran ofender a ninguna minoría favorecida, tendrían que retejer cuidadosamente el hechizo.

No obstante, los partidarios del Decreto Ley Horowitz consiguieron una victoria. Consiguieron que las competencias para su cumplimiento fueran transferidas del FBI a la Agencia. Su argumentación era que la bibliografía del «odio», y las organizacio-

nes del «odio» estaban asociadas al terrorismo y por tanto deberían estar bajo jurisdicción de la Agencia. Alegaban que el reciente tiroteo de manifestantes homosexuales era una consecuencia terrorista de la publicación de un libro que debería haberse prohibido. Sus motivos reales eran las expectativas de que la Agencia de Ryan impondría un cumplimiento más riguroso que el FBI.

Capítulo 32

--¿No se dan cuenta los maricones éstos de que todo el odio que están acumulando contra ellos puede hacer que cualquier día de éstos el público explote y los deje a todos escaldados a muerte? ¿De verdad creen que pueden seguir frotándoles la mierda por los morros a los tipos normales indefinidamente, y sin llevarse nunca su merecido? --preguntó Oscar.

Él, Harry y Saúl estaban teniendo otra reunión de tarde de domingo, en la sala de ocio de los Keller, en sesión de planificación del programa de Saúl. Durante las últimas diez semanas Saúl había estado pronunciando sermones de elevación de consciencia, muy cuidadosamente diseñados para incorporar un mensaje racial, pero sin mencionar literalmente a la raza en ningún momento. Los espectadores recibían el mensaje sorprendentemente bien, y sus índices de audiencia continuaban subiendo. Dos domingos después de que se hicieran públicos los últimos índices de Nielsen, mostrando que el porcentaje de audiencia fundamentalista de Saúl había subido hasta el 55 por ciento, Caldwell, Braggart y Richard acusaron simultáneamente a Saúl de ser un «racista» y acusaron a sus sermones de «no cristianos» y «provocadores de disensión».

Saúl, por supuesto, negó con gran vehemencia estas acusaciones y mantuvo sus sermones exactamente en la misma línea. La semana siguiente después de ser acusado había dado su sermón más osado hasta la fecha, comenzó por el relato del Antiguo Testamento sobre las medidas de Esdras para evitar que sus compatriotas judíos se casaran entremezclándose con sus vecinos gentiles, y acabando por una admonición a la audiencia de que no deshicieran lo que Jehovah había tenido tanto cuidado en hacer:

--Dios no se pasó mil generaciones haciéndoos lo que sois, sólo para que vosotros lo echéis todo a perder ahora. Él quiere que os diga, hoy, lo mismo que hizo decir a Esdras a los israelitas, hace 1.500 años. Les hizo desembarazarse de todas sus 'extrañas esposas', y también de los hijos que habían tenido con esas esposas. Si no eran israelitas de sangre pura tenían que marcharse. Éso es lo que Dios quería. Vosotros, jóvenes, pensad en cómo son vuestros padres y vuestros abuelos. Pensad en su semblanza, en su conducta, y luego escoged para vosotros parejas con la misma semblanza y conducta.

Y con todo, seguía sin haber ninguna mención explícita de la raza. Saúl podía haber estado hablando lo mismo a una audiencia negra que a una blanca. La controversia provocada por los ataques de sus colegas evangelistas hizo que sus índices se dispararan todavía más hacia arriba.

El comentario de Oscar sobre los homosexuales surgía a raíz de una discusión que estaban teniendo sobre una noticia que venía en el *Washington Post* de ése día.

La Asociación de Educación Nacional acaba de dar su respaldo a un proyecto de ley modelo que obligaría a que, en las escuelas de los estados en los que el proyecto se aprobara como ley, todos los estudiantes siguieran un curso titulado "Orientaciones Sexuales Alternativas"⁶². El pretendido propósito del proyecto, que había sido redactado por una coalición de grupos homosexuales trabajando conjuntamente con la Liga Anti-Difamación del *B'nai B'rith*, sería «combatir contra la intolerancia» y minimizar las probabilidades de posteriores «tragedias» como la reciente matanza de la acera en Nueva York. El programa de curso bosquejado en el proyecto de ley «ayudaría a los jóvenes a comprender que las personas con una orientación sexual distinta de la suya propia» son exactamente igual de «normales» que cualquier otra, y que ninguna «orientación» específica es más moral o deseable que cualquier otra.

--Habrà algunos que se den cuenta --replicó Harry--, pero la verdad es que los maricas no son racionales. En algunos aspectos se parecen mucho a los judíos: no saben cuando tienen que dejar de empujar. De hecho, muchos son judíos. Pero tú eres un optimista si crees que el público está ni por asomo dispuesto a comenzar a aplastar a esas sabandijas. Ése asunto del lanzamiento de sangre, allá arriba en Nueva York, ha recibido una enorme repercusión en los medios, y ha horrorizado a muchos ciudadanos, pero solo ha sido una casualidad. Espera y verás; dentro de seis meses o de un año, apenas levantarán la voz cuando obliguen a sus chavales a recibir clases donde les van a decir que género de sus parejas sexuales algo irrelevante, y que lo peor que pueden hacer es herir los sentimientos de alguien que tenga SIDA.

--Venga, Harry --respondió Oscar malhumorado--, no creerás de verdad que somos las únicas personas del país que estamos echando pestes.

--No, no lo creo. Millones de personas -quizá hasta una cuarta parte de la población blanca- están muy descontentas con la forma en que van las cosas. No todo el mundo se cree lo que les dicen que crean. Muchos de ellos darían gritos de alegría si se abriera la tierra para tragarse hasta el último marica, hasta el último judío, y hasta el último negro -pero ni uno entre diez mil tiene la iniciativa o los huevos de hacer nada que ayude a que suceda. No van hacer ningún sacrificio, ni van a correr ningún riesgo, así que lo que crean no es en absoluto tan importante. Si nuestra raza se está yendo a pique no es por falta de buenas ideas; es por falta de carácter.

--No voy a llevarte la contraria a éso último --respondió Oscar--, pero no estoy de acuerdo con tus estadísticas. No creo que hombres como el marido de esa secretaria, el de la escopeta, sean tan raros como tú piensas. Yo creo que hay miles más como él, y si pudiéramos motivarles responderían con la misma energía. Y luego, después de que estos miles hubieran dado ejemplo, cientos de miles más saldrían de detrás del burladero.

--Bueno, puede que sea demasiado pesimista, pero tú te pasas de optimista --repuso Harry--. El único momento en que vas a encontrar a cientos de miles de americanos blancos volviéndose contra sus enemigos será cuando estén convencidos de que es totalmente seguro hacerlo. Cuando haya un judío colgado de cada farola, y es-

62 (En la cual han debido inspirarse, en la España de 2009, para "Educación para la Ciudadanía".)

tén seguros de que no hay peligro y que no les va a costar nada, entonces saldrán y escupirán sobre los cadáveres, pero éso es todo para lo que puedes contar con ellos.

--Sabes --dijo Saúl con firmeza --, no todo es cuestión de cuantos blancos queden aún con algo de carácter. Lo que hace que un hombre haga lo que tiene que hacer es tanto el tener dentro lo que hay que tener, como el que se den las condiciones adecuadas. Si se dan las condiciones adecuadas, hasta el más miserable cobarde puede convertirse en un héroe, y hasta el egocéntrico más egoísta puede llegar a sacrificarse por una causa. Sobre mejorar el carácter de los americanos no hay mucho que podamos hacer, en el tiempo que tenemos; éso es una tarea que llevará generaciones --después de la revolución-. Pero sobre las condiciones, a lo mejor podemos hacer algo, y a mí me parece que éso es en lo que tendríamos que ponernos a pensar.

--A menos que sepas algo que los demás no sabemos, vamos a tenerlo igual de crudo para intentar cambiar las condiciones del país, que el carácter --replicó Harry--. ¿Qué crees que podemos hacer?

--Bueno, no estoy seguro --fue la respuesta de Saúl--. Pero ya hemos cambiado un poco el clima ideológico. ¿Quién habría pensado, hace sólo tres meses, que tendríamos a casi nueve millones de cristianos fundamentalistas, a los que durante los últimos 30 años les han enseñado que Dios quiere que se vayan a la cama con los '*negros*', comenzando a sentirse orgullosos de ser blancos, y desarrollando un auténtico interés hacia sus raíces raciales en Europa? ¿Habéis visto algunas de las cartas que hemos estado recibiendo?

--Sí. Estoy sorprendido de lo bien que esos santurriones se han tomado tu mensaje. Creo que la oposición es demasiado poca⁶³, pero no pasará mucho tiempo antes de que se recuperen de la sorpresa y comiencen a tomar contramedidas. Odio ser un aguafiestas, pero creo que hemos ido demasiado deprisa. Deberíamos habernos tomado dos años para hacer lo que has hecho en diez semanas, y tendríamos que haber sido mucho más sutiles al respecto. La mayor parte de tu audiencia podría haber absorbido le mensaje sin ni siquiera darse cuenta de lo que pretendías; pero tan seguro como el demonio que a los judíos no les estamos engañando. Me temo que ahora hemos volado nuestra tapadera y vamos a tenerlo mucho más difícil para aumentar nuestros recursos mediáticos. De hecho, puede que lo tengamos difícil incluso para conservar lo que hemos conseguido. Escuchad ésto --y Harry se puso a leer un artículo que había recortado del último ejemplar de la "*Semana Judia*". Desollaba al programa de Saúl, no sólo por su mensaje racial subliminal, sino por lo que llamaban las «resonancias antisemitas» de su sermón sobre Esdras.

--Demonios, no dije nada que pudiera interpretarse como antisemita --protesto Saúl.

--Claro que lo dijiste --replicó Harry--. Dijiste, exactamente, que si para los judíos es bueno evitar los matrimonios interraciales, entonces también es bueno para nosotros. Estás elevándonos a nosotros los '*goyim*' al mismo mayestático nivel que el

63 (En el original «the opposition is too», errata: tiene sentido si es «the opposition is too low».)

Pueblo Elegido. Ellos consideran eso como delito de *lesa majestad*, la peor de todas las formas de antisemitismo, y no van a perdonártelo.

La discusión continuó durante otra hora, pero Oscar intervino de forma menos vigorosa a como acostumbraba. Se encontró dando la razón al dictamen de Harry, de que habían ido demasiado deprisa. Pero, maldita sea, habría sido más cauteloso si no hubiera tenido la impresión de que Harry iba como arrastrando los pies de mala gana en todo este plan global de usar el programa de Saúl para el adoctrinamiento ideológico. Para demostrarle su idea a Harry, se había visto forzado a sacar pecho y presionar a Saúl un poco más de lo que habría hecho en caso contrario.

El programa difícilmente podía ir mejor. El correo y el dinero entraban a raudales. Habían tenido que contratar a otra docena de chicas para procesar el correo entrante, y en estos momentos había otros dos miembros locales más de la Alianza, dedicados a tiempo completo a preparar el material impreso que se enviaba como respuesta, que cubría una gama completa, desde las notas de 'gracias' generadas por ordenador que parecían haber sido escritas a mano por el propio Saúl, hasta material de lectura más serio, para los miembros de la audiencia televisiva que parecían estar preparados para elevarles algo más la consciencia.

Últimamente uno de los quehaceres más fastidiosos de Oscar había sido pensar qué hacer con todo el dinero. Por el momento lo había invertido casi todo en depósitos a plazo fijo de seis meses, mientras estudiaba varias posibilidades de inversión en bonos fiduciarios o en acciones de bolsa.

Sin embargo, a Oscar le rondaba por la cabeza un persistente temor de que todo el proyecto estaba en peligro. Se habían colocado en una posición expuesta y vulnerable, sin tener ninguna idea clara de qué hacer a continuación. El comentario de Saúl sobre cambiar las condiciones del país le intrigaba, pero respecto a cómo hacerlo, se encontraba tan perdido como Saúl, aparte de continuar aumentando la consciencia racial de unos cuantos millones de cristianos. Volvió a casa, esa tarde, con el ánimo ligeramente deprimido y preocupado.

Capítulo 33

A pesar de haber visto ya tres veces las grabaciones del último sermón de Saúl, en diversas etapas de su desarrollo, volvió a verlo una vez más, a las ocho, cuando lo emitió la WZY-TV, respaldado en la cama junto a Adelaida. Esta vez el mensaje racial era ligeramente más subliminal que la semana anterior. Saúl había tomado como tema el empeoramiento de la drogadicción, culpabilizando del aumento del consumo de drogas, en parte, a la pérdida de un sentido de identidad racial por parte de los Americanos -nuevamente, sin mencionar a la raza en ningún momento.

La esencia de su sermón era:

--La gente solía sentir que pertenecía a un grupo de otras personas, con las que de alguna manera se sentían vinculadas, gente que se parecía a ellos y que pensaba como ellos, gente que sentía una afinidad hacia, ya fuera un pueblo, o toda una nación, allá en Europa. Ésa es la forma en que Dios diseñó el mundo. Y la gente sentía que tenían unas obligaciones hacia el grupo del que formaban parte, ciertas normas de conducta que tenían que respetar. Todo el grupo tenía unos valores bastante similares, las mismas normas. Ésa es la forma en que Dios quiso que fueran las cosas. Pero en América, desafortunadamente, las cosas ya no son así. A unos cuantos hombres, poderosos pero malvados, no les gustaba el camino de Dios. Decidieron que América tenía que convertirse en una especie de *'almirez'*⁶⁴ donde se mezclaran todas las distintas especies de gente, con todas las especies de conductas que uno pueda imaginar. Y éso es en lo que se ha convertido, porque estos hombres malvados consiguieron mover los hilos para lograr que fuera así. Desafiaron a Dios. Y el resultado es que ya no existe ninguna norma. Nadie siente que tenga ninguna obligación. Todo el mundo hace simplemente lo que le viene en gana, o lo que cree que puede hacer impunemente. Y éso incluye el consumir drogas. Y ésa es la razón por la que el problema de las drogas continuará entre nosotros mientras sigamos siendo un *'almirez'*. Sufriremos el azote de las drogas hasta que no volvamos a la senda del Señor.

Éste mensaje se vio reforzado por el programa de noticias nacionales que venía inmediatamente tras el de Saúl. Había dos reportajes sobre drogas inusualmente sensacionalistas. Uno era sobre una persecución a tiro limpio, esa misma tarde en Washington, entre agentes antidroga, y miembros de una banda de traficantes, negros y colombianos. Cuando la policía irrumpió en su guarida, varios miembros de la banda huyeron en automóvil, con los agentes del gobierno pisándoles los talones. La persecución les llevó hasta la Avenida de Pennsylvania, hasta pasar la Casa Blanca, don-

64 *«mixing pot»: almirez. Es frecuente encontrar en español la expresión 'melting pot', o 'mixing pot', entrecomilladas y sin traducir. 'melting pot'= cuenco de amalgamación, usado para alear de metales. 'mixing pot'= almirez, cuenco metálico, normalmente de bronce, usado para machacar, triturar y mezclar especias. Son dos expresiones inventadas por el judío Israel Zangwill, a principios del siglo XX, para designar a EE.UU. como un país de mestizaje racial y cultural. (No lo era, al menos no todavía.)*

de el coche de los pandilleros, con los neumáticos reventados a tiros, saltó por encima del bordillo y se estrelló contra la verja de la Casa Blanca. Dos miembros de la banda saltaron del coche, tomaron como rehenes a un grupo de alelados turistas, y se abrieron paso a través de la verja rota a los jardines de la Casa Blanca, donde de inmediato se encontraron bajo el fuego de los guardias del Servicio Secreto. En el consiguiente tiroteo, todo lo cual fue grabado por las cámaras de televisión, resultaron muertos los miembros de la banda y cinco turistas.

El otro reportaje se refería al arresto de cuatro oficiales del más alto rango de la Policía del Estado de Florida, acusados de dar protección a contrabandistas de droga a cambio de sobornos. Las detenciones eran la culminación de todo un año de investigación de agentes secretos de la DEA⁶⁵. Los cuatro detenidos habían contribuido a mantener abierta una ruta por la que entraban al estado drogas procedentes del Caribe por un valor estimado de tres mil millones de dólares al año, dando a los contrabandistas información detallada sobre todas las operaciones antidroga de relevancia, a cambio de lo cual el cartel de narcotraficantes les pagaba millones de dólares.

Difícilmente podían haber llegado en mejor momento estas noticias, pensó Oscar con satisfacción.

La noticia final de la noche trataba sobre Oriente Medio. Los israelíes habían cometido otra de sus atrocidades. Después de que un grupo de niños palestinos apedrea-se un coche conducido por un colono judío, éste había pedido ayuda a otros colonos armados, quienes formaron una patrulla para llevar a cabo un asalto contra una población palestina de las cercanías, matando a más de una docena de habitantes. La incursión se produjo durante el día, cuando los hombres palestinos estaban fuera en el trabajo, así que todas las víctimas fueron mujeres y niños. Los judíos se autojustificaban como siempre por el incidente, diciendo que utilizarían cualquier medida de fuerza que creyeran necesaria para mantener a raya a sus súbditos palestinos, y que, en todo caso, no era de la incumbencia del resto del mundo.

Se pidió la opinión sobre esta atrocidad a varios portavoces. La Casa Blanca y el Departamento de Asuntos Exteriores farfullaban sin saber qué decir, balbucearon que lamentaban cualquier acto de violencia, pero rehusaron condenar a los israelíes. Luego, sorprendentemente, entrevistaron a los portavoces de dos grupos hostiles a las políticas israelíes. Uno era un antiguo senador de los EE.UU., de ascendencia libanesa que representaba a un grupo árabe-americano; se limitó a repetir su consabida proclama a favor de un recorte de la ayudas económicas y militares de los EE.UU. a Israel. El otro era un clérigo izquierdista británico, representante de un grupo interconfesional Cristiano-Islámico, que anunció un boicot internacional contra las mercancías fabricadas en América, que duraría tanto tiempo como los EE.UU. continuaran suministrando armas y dinero a Israel.

--Los hombres y mujeres con moral --dijo el clérigo--, ya sean cristianos o islámicos, no seguirán tolerando la afrenta contra sus conciencias que supone ése apoyo, no importa cuán indirecto sea, a los que masacran y oprimen a los palestinos. Mien-

65 DEA: Drug Enforcement Agency = Agencia Antidroga.

tras los gobiernos de los EE.UU. sigan financiando esa matanza, todas las personas con conciencia harán lo posible por evitar financiar a los EE.UU.

El entrevistador no parecía considerar esta amenaza de boicot como algo de lo que mereciera la pena preocuparse: al parecer la organización que la respaldaba no era ni grande ni poderosa.

Sin embargo, las palabras del clérigo se le quedaron a Oscar grabadas en la mente, y estaba sintiendo que comenzaba brotar el germen de una idea, cuando Adelaida apartó las sábanas y gateó hasta el pie de la cama para estirarse a apagar la tele. La vista que ofrecían sus nalgas desnudas y suavemente redondeadas, a un metro escaso delante de sus narices, le barrió de inmediato cualquier otro pensamiento de la cabeza.

El germen, sin embargo, persistía, y a la mañana siguiente, sentados a la mesa del desayuno, le preguntó:

--¿Cariño, qué crees que ocurriría si de repente diez millones de cristianos anunciaran que iban a dejar de pagar sus impuestos, y a comprar mercancías importadas en vez de fabricadas en EE.UU, siempre que pudieran escoger, y que si eran autónomos, no iban a rellenar el formulario 1040⁶⁶, o, si eran asalariados, que iban a solicitar legalmente que les reembolsaran la totalidad de las retenciones, y que iban a comprar Hondas y Datsuns en vez de Fords y Chevrolets... hasta que el gobierno prometiese que no iba a enviar nunca más ni un solo céntimo más a Israel?

--Supongo que hablas de la audiencia de Saúl. ¿Pero cómo es que ha subido a diez millones? Pensaba que eran más bien como unos siete millones y medio.

--Éso era hace un mes, antes de que Caldwell y los demás se le echaran encima. En estos momentos creo que se acerca bastante a los diez millones. Nueve y medio, en todo caso.

Después de reflexionar brevemente, Adelaida respondió:

--En tiempos normales, dudo que tuviera mucho efecto. Pero con lo duras que están ahora las cosas, si tanta gente dejara de comprar coches fabricados en EE.UU. podría ser que el desempleo creciera otra fracción de un punto porcentual. Y si realmente dejaran de pagar los impuestos, éso además podría subir algo la inflación. En conjunto, no creo que hiciera tanto daño al gobierno como para obligarle a cambiar sus políticas hacia Israel. Pero podría producir disturbios, sobre todo cuando el gobierno comenzara a meter a tanta gente en la cárcel, por no pagar los impuestos.

--Bien, y supongamos que al mismo tiempo hubiese un boicot internacional contra los productos de EE.UU. ¿No crees que si seis o siete millones de americanos se unieran al boicot le daría un gran impulso, y convencería a muchos otros extranjeros de apoyarlo también?

66 *Formulario1040: Declaración de Hacienda de trabajadores autónomos. -wikipedia.*

--Puede ser. Probablemente. Si se redujesen las exportaciones de EE.UU. en, digamos un 25 por ciento, podría elevar el desempleo un par de puntos más, y éso sí que le haría daño de verdad al gobierno. ¿Pero no estarás pensando en serio hacer éso, verdad? Pensaba que os estábais tomando un montón de trabajo para convencer a los judíos de que Saúl era pro-Israel, y así poder seguir emitiendo. Si ahora sale con que está en contra de Israel, ¿no lo cortarían de un plumazo?.

--Claro que lo cortarían. Pero es probable que lo corten de todos modos. Solo estoy explorando algunas posibilidades.

Oscar cambió de tema llevando la conversación hacia preocupaciones más concretas:

--Corazoncito, creo que deberías entregar al Pentágono tu preaviso de dos semanas. Tengo tantas cosas en las que necesito tu ayuda, en estos momentos, que no tiene sentido que conserves ese empleo.

--Por mí no hay problema. Pero si piensas que el programa de Saúl no va a durar mucho, ¿no crees que sería arriesgado que lo deje ahora? ¿No sería mejor esperar hasta que estemos seguros de que seguirá llegando dinero?

--Considerando los tiempos que corren y lo que estamos haciendo, nunca podemos estar seguros de nada, más que con unos pocos días de antelación, cariño. Ahora apostamos a lo grande, y los treinta mil al año que te paga el gobierno no cuentan mucho, la verdad. Tengo más de ocho millones de pavos invertidos a plazo fijo, que he ido sacando de las emisiones de Saúl hasta la fecha, y aún en el caso de que los judíos intentaran cortarle la próxima semana, aún recibiríamos otros cuatro o cinco millones en donaciones antes de que se sequen del todo.

--Pero éso es el dinero de la Liga. Si tenemos un bebé, estaría muy bien tener algunos ahorros nuestros.

--Claro que estaría bien, corazoncito. En realidad el dinero pertenece a “La Hora de Fe Americana, S.L.”. Es una fundación sin ánimo de lucro que constituimos exclusivamente para el programa de Saúl, y yo soy el presidente del consejo de administración. Hasta ahora no he cobrado ningún sueldo porque no lo hemos necesitado. Pero podríamos ponerte a ti en nómina, con el mismo sueldo que te pagan en el Pentágono, y entonces podrías meterlo todo al banco. La consideración principal es que ahora estamos en un momento histórico decisivo, y no podemos permitirnos el lujo de malgastar nuestro tiempo en asuntos irrelevantes, en nada que no suponga ninguna diferencia. Ahora tenemos una oportunidad, aunque sea quizá una pequeña oportunidad, de cambiar la forma en que discurren las cosas, de cambiar el resultado final. Tenemos que darlo todo, todo lo que tengamos.

Durante el día, conforme seguía con su trabajo, Oscar tenía la cabeza en otros asuntos más familiares y predecibles: extender cheques, planificar el horario de grabaciones para las próximas emisiones, entrevistar a un posible nuevo empleado. Hizo

falta una llamada de Colleen, a media tarde, para devolverle al estado de ánimo de urgencia temeraria que había sentido antes.

--Nos cierran, Oscar --la voz de Colleen mostraba un tono de desesperación y resignación.

--¡Y un cuerno, nos van a cerrar! Dime lo que sepas.

Tanto Colleen como Harry habían dejado sus anteriores trabajos y se dedicaban por entero al programa de Saúl, y todo lo relacionado con ello. Colleen, que era el agente de enlace con las emisoras de televisión que emitían el programa de Saúl, informó a Oscar de los detalles:

--Hoy he recibido ocho llamadas, por ahora: Los Ángeles, WARJ de Chicago, Seattle, y muchas más; todos dicen que nos cancelan el contrato. Al parecer, los judíos han lanzado un ataque sorpresa coordinado contra nosotros. De hecho, han llegado a enviar gente para amenazar personalmente a los propietarios no judíos de emisoras. Todos se están derrumbando..

--¿Qué hay de la Cadena Tiempo del Evangelio? Todavía están con nosotros, ¿no?

--Lo siento, Oscar. Estoy tan alterada que he olvidado mencionárvolos. Carl Hollis fue el primero en llamar, esta mañana. Estaba demasiado avergonzado para decir gran cosa, pero ha sido tajante: La Cadena Tiempo del Evangelio no emitirá más sermones de Saúl. Ha dicho que si no cortaba a Saúl los judíos le amenazaban con llevar su cadena a la bancarrota.

--!Pero bueno, ¿qué demonios?! No pueden cancelar nuestros contratos unilateralmente. A la mayoría de ellos les hemos pagado por adelantado.

--Técnicamente, la mayoría de ellos no pueden. Están obligados a darnos el resto del tiempo especificado en los contratos; y después, nos los pueden cancelar. Pero me temo que seguirán adelante e intentarán cortarnos en el acto, sea como sea, aunque les amenecemos con llevarlos a juicio. Están realmente asustados.

--¡Muy bien, maldita sea! Cómo intenten éso les vamos a dar por el culo. Voy a hablar con Bill ahora mismo.

Bill Carpenter era el asesor legal de la Liga. Había sido él quien revisó los contratos que tenía Oscar con las emisoras, en el momento de su negociación. Por teléfono, Oscar le expuso brevemente la situación, y a continuación se dirigió a su oficina. Para cuando llegó, Bill ya había telefonado a dos de las emisoras y hablado con sus abogados.

--He sido bastante duro con ellos. Les he dicho que usaríamos todos los medios a nuestra disposición para obligarles a respetar sus contrato, y que como nos jodieran perseguiríamos sus activos hasta los confines de la tierra. El WMAB de Los Ángeles han sido bastante insolentes: un asqueroso bocazas, algún abogado judío, me ha dicho, en resumidas cuentas, que me fuese a tomar por el culo. La gente de Tiempo del Evangelio ha sido más razonable. Su abogado ha dicho que creía que el consejo de directores deseaba respetar el contrato en vigor, durante las ocho semanas que le que-

dan. Ha quedado en llamarme otra vez antes de las cinco. Pero en conjunto me parece que vamos a tenerlo muy difícil para hacer que las emisoras cumplan sus compromisos; la mayoría prefiere enfrentarse a un pleito contra nosotros que a un boicot de los judíos.

--¡Venga, Bill! Algo habrá que podamos hacer para obligarles a cumplir, incluso a los más tercios --explotó Oscar.

--Bueno, podríamos conseguir órdenes de interdicto contra ellos. Dudo que ninguno quiera enfrentarse a un interdicto --se rió Bill.

--¡Entonces hagámoslo!

Bill lo miró entre perplejo y sarcástico.

--¿Hablas en serio? ¿Te das cuenta de lo que supondría éso?

--No me importa lo que suponga. Hay mucho en juego aquí. Tenemos que hacer lo que sea para asegurarnos de que Saúl salga al aire por lo menos un domingo más, por todas las emisoras con las que tenemos firmado. Usaremos todos los recursos que tengamos para conseguirlo. No tengas en cuenta ninguna consideración sobre esfuerzo o coste.

--Demonios, hombre, lo que tienes aquí son 216 contratos distintos. ¿Esperas que consiga órdenes de interdicto para todos ellos?

--Si es necesario contrata a otros 215 abogados que te ayuden. Límitate a hacer el trabajo. No podemos perder.

Bill suspiró y se quedó pensando durante un momento. Luego, hablando más bien para sí mismo que para Oscar dijo:

--Claro que... podríamos invocar el estatuto del brazo largo⁶⁷. Si hiciéramos éso sólo tendríamos que ir al tribunal del Distrito Federal de aquí, y reclamar que tiene jurisdicción sobre todos los contratados, porque todos ellos son parte contratante con nosotros. También podríamos alegar conspiración de todas las emisoras. El hecho de que estén actuando todos conjuntamente contra nosotros presta credibilidad a dicha alegación. Podríamos atizarles a todos juntos con una única demanda. Aún así será un trabajo peliagudo, pero quizá podamos hacerlo.

--Que probabilidades tenemos de conseguir las órdenes de interdicto?

Bill estuvo cavilando durante otro minuto antes de responder:

--En realidad, son bastante buenas. Lo que se disputa aquí no son hechos, en realidad. Las emisoras quieren romper unos contratos claros y concisos que tienen contigo. Puedes alegar con toda la credibilidad que si lo hacen sufrirás daños irreparables. Ellos difícilmente pueden hacer una alegación equiparable. Quiero decir que seguro que no van a atreverse a venir al juzgado a decir que, si cumplen los compromisos que tienen contigo según los contratos, entonces los judíos tomarán represalias contra ellos. ¿Y qué otra cosa pueden decir? Creo que si presentamos las solicitudes a tiempo conseguiremos las órdenes de interdicto. Ahora bien, te das cuenta de que pedir

67 «'Long arm' statute» or «long arm jurisdiction»: (jurisprudencia) En los EE.UU., concesión legal de jurisdicción a tribunales locales sobre litigantes y/o acusados de otros estados. --wikipedia.

órdenes interdicto contra estos tipos es algo que considerarán como una acción hostil. Si no están ya furiosos contigo, lo van a estar. ¿Contra quiénes quieres solicitar la orden de interdicto?

--No vamos a correr el riesgo de que los indecisos cambien de opinión en el último momento. Solicítalas contra todos. Si logramos salir al aire el próximo domingo, no me importa nada lo furiosos que estén luego contra nosotros.

--Sabes, menos mal que es lunes en vez de viernes --respondió Bill, mientras se servía una taza de café y se preparaba para una larga noche de trabajo--. Si los judíos hubiesen sido más listos habrían esperado al jueves o el viernes para presionar a las emisoras. Así ya no habríamos tenido tiempo de ir al juzgado.

Oscar usó el teléfono de Bill para llamar a Saúl y concertar una reunión para las cinco en punto. Justo cuando iba a salir del despacho de Bill, llamó Colleen para decirle que otras cuatro emisoras les habían cancelado el contrato.

Ya en casa de Saúl y Emily, les explicó las líneas generales de lo que tenía en mente para el próximo domingo.

--Tenemos que impactarles de lleno. Hemos ido un poco demasiado fuerte antes de la cuenta, y nos hemos metido en este lío en que estamos, así que ahora los tenemos que aplastar. Es posible que podamos obligar a la mayoría de nuestras emisoras a dejarnos salir al aire hasta que finalice nuestro contrato, y el tiempo que consigamos lo usaremos tan eficazmente como podamos. Pero de lo único que podemos estar razonablemente seguros es de este domingo. Y como cabe la posibilidad de que no tengamos demasiadas ocasiones de réplica, tenemos que emplear un poco de judo: tenemos que conseguir que sean otros los que nos lleven la pelota, si podemos. Creo que el tema que mejor se presta para ésto es Oriente Medio.

--¿O sea que piensas que ya es hora de que Jesús les diga a los fieles que dejen de mandar los dólares de sus impuestos para apoyar a los asesinos de Cristo? --conjeturó Saúl.

--Algo parecido --asintió Oscar--. Hay montones de gente que están ya a favor de cerrar el grifo a Israel. Los judíos han podido acallar sus voces hasta ahora -y controlar a sus representantes en Washington-. Queremos intentar airear el tema con tanta fuerza que anime a hablar en voz alta a algunos de esos millones que están intimidados. También estaría bien si pudiéramos vincularlo con ese boicot que respaldan algunos de los cristianos más liberales de Europa.

--Bueno, no tengo muy claro éso de liar a mi audiencia con complejidades económicas y políticas --respondió Saúl--. No estoy seguro de que pueda hacerles entender que comprando coches japoneses van a perjudicar a los asesinos de Cristo, sin tener que dar un montón de explicaciones, y creo que no quedaría bien que Jesús se ponga a darles lecciones de economía. Pero por otro lado, quizá podría mantener la parte de Jesús simple y apodíctica, y luego añadir yo alguna pequeña explicación. Deja que me lo piense un poco. ¿Cuanto tiempo tenemos?

--Horas, tío, horas --repuso Oscar sombríamente--. Afortunadamente íbamos algo retrasados con la cinta que ya tenías grabada para el próximo domingo, y no enviamos las copias por correo el sábado pasado, como solemos hacer. Colleen tenía pensado llevarlas a la oficina de correos esta mañana, justo cuando han empezado a llegar las cancelaciones. Lo que tendríamos que hacer es grabarlas esta noche y mañana por la mañana enviarlas por correo, aunque supongo que también podemos grabar durante la mañana y enviarlas por la tarde. Recordad que nos lleva casi cuatro horas hacer todas las copias y tenerlas listas para el envío.

--Éso es un poco justo de tiempo, pero haré todo lo que pueda. Ya tengo un par de ideas.

--Estoy seguro de que puede hacerlo, Saúl. Esta vez no hace falta que te andes con sutilezas. Puedes minimizar las insinuaciones subliminales y maximizar tu talento histriónico, que es tu punto fuerte. Cuanto más fuerte les atices a los judíos, tanto mejor. Lo que queremos es provocarles para que nos ayuden a mantener la olla hirviendo, y es difícil que exista otro tema con el que sea más fácil sacarles de sus casillas.

....

Esa tarde al anochecer Oscar y Adelaida vieron las noticias. La noticia del día era el amotinamiento de los negros de Chicago. En realidad había comenzado el domingo por la tarde, pero los noticiarios del domingo por la noche se lo habían callado. Las tropas de Ryan habían entrado en acción y mantenían los disturbios bajo control, pero los negros tenían mucha más potencia de fuego que en Washington. Al parecer tenían algunas armas pesadas, porque habían derribado uno de los helicópteros armados de Ryan. Oscar no tenía ninguna duda de que Ryan dejaría rápidamente fuera de combate a los amotinados, pero la situación se complicaba por el hecho de que las patrullas ciudadanas blancas estaban actuando por libre. En algunos barrios blancos habían montado barricadas para controlar el tráfico de vehículos, y los coches conducidos por negros se arriesgaban a que los acribillaran a tiros. Además, otros blancos habían tomado la iniciativa de minimizar las probabilidades motines negros en sus barrios, quemándoles la casa a los negros que se habían mudado al barrio recientemente. Al principio fueron bandas de cabezas rapadas que deambulaban por los barrios mixtos con cócteles molotov, prendiendo fuego a los edificios habitados por no-blancos. La idea les pareció bien a otros blancos, que decidieron que era el momento propicio para crear una pequeña tierra de nadie alrededor de sus barrios, y prendieron fuego a cientos de edificios en las áreas limítrofes.

Capítulo 34

--Y ahora, hermanos y hermanas míos, debo deciros algo, aunque me sea muy difícil: Nuestro señor y salvador vino de nuevo a mí hace siete noches, después del programa del último domingo --Saúl había dedicado casi 40 minutos del programa en ir preparando esta declaración y, de hecho, en ir preparando a la audiencia. En principio, su porte digno, casi austero, le confería ante la audiencia mayor credibilidad que sus rivales, más dados al relumbró y más populacheros. Sus pretensiones sobrenaturales -visiones, curas milagrosas, y cosas por el estilo- casi siempre emparejadas con peticiones de donativos sobre la marcha, les hacían quedar más bien como charlatanes ambulantes vendiendo unguentos de aceite de serpiente. Saúl había evitado tales pretensiones, entre su "posesión" durante el programa de Pascua de Caldwell y ésta noche, Y ahora actuaba casi como apenado, mientras continuaba.

--Había ido a mi biblioteca para comenzar a preparar nuestra charla de esta noche, y de repente sentí otra presencia en la habitación. Entonces, antes de que comprender qué era esa presencia, la habitación se llenó de una luz tan brillante que no podía ver nada más, y sentí como *Él* apoyaba su mano en mi hombro, y oí *Su* voz --la voz de Saúl se quebró en éstas últimas palabras; sollozó, hizo un esfuerzo para recuperar el control de sí mismo, y luego continuó, con la tensión claramente audible en su voz.

»Me dijo que su corazón estaba abatido. *Él* había muerto por nosotros en la cruz, me dijo, a fin de que nosotros pudiéramos alcanzar la vida eterna. Pero casi todos nosotros habíamos rechazado el inestimable regalo que nos ha ofrecido. Lo hemos rechazado al rechazar la justicia, al rechazar la compasión, al rechazar la decencia, y al aliarnos nosotros mismos con los mismísimos que le enviaron a la cruz -los mismos que hoy día están crucificando a otros inocentes, en la misma tierra donde *Él* habitó cuando estaba en este mundo -. *Él* me dijo que nuestros pecados pueden sernos perdonados si aceptamos su amor, pero que no hay perdón para quienes rechazan su sacrificio y se alían con sus enemigos e incluso les ayudan a cometer hoy día la misma clase de maldades que ya cometían hace dos mil años.

Aquí Saúl hizo una larga pausa, para dar tiempo a que su audiencia comprendiera lo que acababa de decir, antes de continuar:

»*Él* me ha dicho que *yo* también estoy entre los que han rechazado su amor, porque me he aliado con sus enemigos y he apoyado sus mentiras y sus falsas pretensiones, y no he alzado mi voz contra su depravación. ¡Y, oh, hermanos y hermanas mías, es la verdad! ¡Es la verdad! La angustia y la pena en la voz de Saúl resultaban sobrecogedoras. Se colapsó por completo, llorando incontroladamente.

Era una actuación magistral, lo mejor que Saúl había dado nunca. A Oscar se le salían las lágrimas al contemplarlo; Adelaida se sorbía la nariz y tuvo que buscar un clínex en la mesilla.

Habían enviado las cintas del programa por correo urgente, el martes pasado por la tarde, y dos días después Bill Carpenter había tenido éxito y había conseguido las ordenes de interdicto que había solicitado. La mayoría de las emisoras no habían opuesto auténtica resistencia ante el tribunal, y los judíos no estaban dispuestos aún a desvelar públicamente que eran ellos la verdadera fuerza impulsora de las cancelaciones de los contratos. No obstante, los interdictos solo eran válidos para éste programa, y las emisoras tendrían esta semana su oportunidad de presentar alegaciones en contra de su conversión en permanentes. Era seguro que las organizaciones judías saldrían entonces de entre bastidores y pondrían en juego todo su músculo legal.

Pero el momento culminante de la velada aún estaba por llegar. Saúl, una vez lo bastante recuperado de su desconsuelo como para poder continuar, comenzó a confesar sus pecados:

--Hice como todos los demás evangelistas; alabé a Israel, y yo sabía que éso estaba mal. Tuve mucho cuidado de no criticar nunca a aquellos que crucificaron a nuestro Señor, cuando yo sabía que debían ser criticados. Como todos los demás, dije que cuando los judíos asesinaron a los legítimos habitantes de Tierra Santa, y robaron sus derechos de nacimiento, era el cumplimiento de la profecía; y yo sabía, cuando lo decía, que estaba blasfemando. Como cualquier otro estudioso de la Biblia, yo sabía que los judíos rompieron su pacto con Dios hace miles de años, y que por ello han sido malditos desde entonces; que la Biblia dice claramente que hace mucho tiempo que perdieron todo derecho que hubiesen podido tener sobre Tierra Santa. Yo lo sabía, pero tuve miedo de decir la verdad. Todos tuvimos miedo. Sabíamos que si queríamos permanecer en las ondas teníamos que alabar a Israel, teníamos que blasfemar, teníamos que mentir sobre la palabra de Dios, teníamos que prostituirnos. Teníamos miedo de los judíos y del poder que tienen, del poder de su dinero. Los otros aún tienen miedo, ¡y tienen motivos para ello, si me dejáis que lo diga! Tan pronto como comenzó a filtrarse el rumor, la semana pasada, de que ya no iba a mentir más, de que iba a dejar de proteger a aquellos que crucificaron a nuestro Señor, ellos comenzaron a intentar echarme de las ondas. Este mismo canal de televisión en que me estáis viendo ahora, ha intentado impedir que esta noche hablase con vosotros. He tenido que ir a los tribunales para obligarles a cumplir el contrato que tienen conmigo. Y todo es porque también ellos tienen miedo de los judíos. Y hasta que Jesús puso su mano sobre mi hombro, la semana pasada, y me habló, yo tenía tanto miedo como los demás. Sabía lo poderosos que son. Pero desde que Jesús me habló, hay otra cosa de la que he tenido miedo, aún más que del poder de los judíos. He tenido miedo de perder el don de amor que Jesús ofreció a todo hombre y mujer que lo aceptase. He tenido miedo de perder mi alma inmortal.

--¡Dios, menudo actor! --exclamó Oscar, rompiendo momentáneamente el hechizo que desprendía la magia de Saúl--. Es el mentiroso más convincente que he conocido en mi vida. Si se hubiera dedicado a la política, seguro que ahora sería Presidente.

Adelaida, aún embelesada, se acurrucó arrimándose más a Oscar, silenciosamente y sin apartar los ojos de la televisión ni un momento.

Después de una pausa la voz de Saúl, que en sus últimas palabras se había reducido a un ronco susurro, comenzó a elevarse de tono e intensidad:

--Yo quiero el amor de Jesús. Quiero la vida eterna que sólo él puede otorgar. No seguiré por más tiempo blasfemando para proteger a aquellos que lo odian. No alabaré por más tiempo a aquellos que lo crucificaron. No seguiré justificando su tiranía y sus asesinatos. Hablaré alto y claro contra su depravación. No temeré su poder, porque Jesús está conmigo. Y yo os convoco, a cada uno de vosotros, hermanos y hermanas míos en Cristo, para que os alcéis a mi lado. Os convoco a dar la espalda a los que odian a nuestro Señor, a que les neguéis vuestro apoyo, a que condenéis su depravación al igual que yo hago. Y hago también un llamamiento a nuestro gobierno para que rompa las cadenas con las que los judíos le han encadenado. Llamo a los administradores de Washington a que dejen de enviar nuestros impuestos a esos asesinos, a esos tiranos que odian a Jesús. Les emplazo a que rompan todos sus vínculos ¡con esa abominación llamada Israel!

La voz de Saúl, potente con la furia de los justos, era ahora resonante.

--El miedo no paralizará mi lengua, y aquellos que sirvan a los enemigos de Cristo no me silenciarán. Yo os daré la verdad que necesitáis para salvaros. Os diré como podemos quebrar el poder de los judíos sobre nuestras vidas y sobre nuestro gobierno. Yo os... Yo...

La cara de Saúl mostró una mirada perpleja y se le rompió la voz. Luego jadeó:

--¡El viene de nuevo! ¡Nuestro Señor viene!

Sus manos se aferraron al atril, como si temiera ser transportado físicamente. Entonces su postura se transformó de la misma manera que ocurrió durante el sermón de Pascua. Se relajó y al mismo tiempo pareció aumentar de estatura. Los espectadores pensaban que sentían un cambio de presencia. Entonces su halo comenzó a refulgir. Esta vez, con los recursos de su propio estudio, el efecto había sido mucho más fácil de conseguir, y era aún más impresionante. La voz de Saúl, profundamente cambiada, atronó por el estudio de grabación, a través de la audiencia, y por las llanuras y montañas, por los campos y bosques y ciudades de la nación, como una irresistible marea de poder y serenidad:

--Hijos míos, He sufrido en extremo, para que vosotros podáis vivir. No os junéis con aquellos que me persiguieron. No sirváis a aquellos que me odian. Creed en mí y caminad por la senda de la virtud. Prestad oídos a mi siervo Saúl y obedecedle, y moraréis conmigo en los cielos para siempre.

La luz abrasadora de los ojos de Saúl fue apagándose a la vez que se extinguía el aura que rodeaba su cabeza, y se desplomaba hacia delante sobre el atril, como vacia-

do de energía. Tras algunos segundos, con un visible esfuerzo de voluntad, se enderezó, e intentó hablar varias veces, pero ningún sonido salió de su garganta. Por fin recuperó de nuevo la voz y, luchando por controlar sus emociones, dijo con voz entrecortada:

--Estoy tan contento de que haya venido otra vez esta noche para hablaros. Tenía miedo de que no me creyeráis, pero ahora se ha mostrado a vosotros también. Ahora ya lo sabéis. Y ahora, hermanos y hermanas mías, debemos hacer lo que nuestro Señor nos ha ordenado.

La sincronización, los gestos, los cambios de postura y de voz habían sido perfectos. Ningún actor podría haberlo hecho mejor. Saúl empleó los últimos minutos de su sermón para explicar sencillamente lo que Jesús quería que hicieran sus fieles. Iban a protestar de la manera más enérgica posible ante los políticos de Washington, contra el continuo envío de dinero y armamento a Israel. Si los políticos no respondían de inmediato, entonces iban a dejar de pagar sus impuestos. Iban a presionar al gobierno de todas las formas posibles. Si continuaban permitiendo que los dólares de sus impuestos fueran utilizados para pagar los malvados actos de aquellos que habían entregado a Jesús a la crucifixión, entonces arriesgarían sus almas al tormento eterno. No les pidió que boicotearan los automóviles fabricados en América, porque en el último momento Oscar había decidido que éso requeriría demasiadas explicaciones. Lo mantendrían lo más simple posible y verían como respondía la gente. Quizá entonces, posteriormente, fuera viable un boicot.

--Es una lástima tener que recurrir a estas triquiñuelas para convencer a la gente de haga lo que es correcto --comentó Oscar a Adelaida con una mueca de disgusto, después del sermón de Saúl--. Hace que me sienta mal. Mi tendencia es decirles directamente lo que está mal y lo que hay que hacer. Ya sé que no podemos hacer éso; sé que no daría resultado. A esta gente -a la mayoría de la gente-, *hay* que engañarla. Sencillamente no están lo suficientemente desarrollados como para reconocer la verdad, o para distinguir entre lo que está bien y lo que está mal. Les engañan los judíos, les engaña el gobierno, les engañan las iglesias y los demás evangelistas, les engañan los medios de comunicación bajo control, y ahora tenemos que engañarlos nosotros también. Nacieron para estar engañados durante toda la vida. Pero aún así creo que es una lástima que no tengamos tiempo para ir atrayéndolos lentamente hacia la manera correcta de ver las cosas, mediante la educación, aunque tuviéramos que hacerla subliminalmente. Creo que Saúl estaba consiguiendo algo con sus sermones, ayudando a sus espectadores a enderezar su manera de pensar, hasta que los judíos nos forzaron a actuar.

Miró fijamente a Adelaida, se echó a reír y continuó:

»Claro que, aclarado que estas artimañas van en contra de mis principios también me preocupa lo bien que funcionan. ¿Tú que piensas? ¿Crees que Saúl habrá convencido a la mayoría de sus espectadores esta noche?

Adelaida vaciló un momento antes de contestar.

--Sí, yo creo que los hemos convencido. Yo nunca he sido cristiana, ni creyente en nada sobrenatural, desde que era estudiante de primer año, y antes tampoco era demasiado creyente. Y aún así, esta noche Saúl casi ha estado a punto de convencerme de que era Jesús el que hablaba a través suyo. Ha estado realmente convincente. Estoy segura de que casi todo el mundo que haya visto la tele esta noche se habrá conmovido profundamente, y que en estos momentos creen de verdad que lo que Jesús quiere es que dejen de enviar sus impuestos a Israel. Pero...

--¿Pero qué? --preguntó Oscar impaciente.

--Bueno, sólo es que no sé cuantos de ellos serán consecuentes con sus convicciones. La gente es tan pasiva. Y son tan inconstantes, tan fácilmente influenciables, que no sé cuanto les durará esta nueva convicción, antes de que los otros evangelistas les hagan de nuevo cambiar de opinión. ¡Ojalá Saúl pudiera seguir hablándoles, semana tras semana! Entonces sí que estoy segura de que podría convencerlos, al menos a una parte, de que hicieran algo de verdad.

--¡Sip, maldita sea!, ése es el problema. En realidad solo hemos tenido esta única oportunidad. Estoy seguro que podremos mantener a Saúl en alguna de las emisoras, por algún tiempo más, pero después de esta noche los judíos no se detendrán ante nada en su campaña para silenciarle. Y nosotros sencillamente no podemos hacer frente a su potencia económica ni política, y están totalmente decididos a quitarnos la audiencia. Pero les combatiremos por cada centímetro del terreno.

Capítulo 35

Las repercusiones al escándalo provocado por el programa de Saúl del 27 de septiembre se dejaron sentir de inmediato en el lado judío, y a lo largo de la semana en el de los espectadores de Saúl. Los judíos literalmente enloquecieron como fieras. Cuando se dieron cuenta de que uno de esos odiados *goys* se la había dado con queso; que alguien a quien habían permitido usar uno de *sus* medios de comunicación, lo había transformado en un arma en su contra; que quien les habían hecho creer que era un cristiano domesticado, se les había colado a hurtadillas en el redil de ovejas, y había soltado a millones de otros cristianos a los que llevaban décadas domesticando, y que ahora estaba metiéndoles en la cabeza a saber qué clase de ideas peligrosas -el darse cuenta de todo ésto, arrastró a muchos judíos a un frenesí de rabia y odio tal que abandonaron toda cautela y moderación.

El lunes por la mañana, un turba de rabiosos judíos irrumpió en los estudios de la WFKZ, la emisora de Nueva York que emitía el programa de Saúl, y los saqueó, destruyendo los equipos y golpeando a todos los infortunados empleados que caían en sus manos; una secretaria de 19 años tuvo que ser hospitalizada con fractura de cráneo y lesiones internas, después de ser apaleada con bates de béisbol. El lunes por la noche una bomba destruyó la antena de la emisora de Saúl en Los Ángeles. Y en el exterior de otra docena de emisoras que emitían el programa de Saúl, en las principales ciudades por todo el país, se produjeron ruidosas manifestaciones de judíos que gritaban, maldecían y escupían, aterrizando a los empleados y provocando daños a las propiedades.

Los editoriales de los periódicos nacionales eran totalmente predecibles: etiquetaban a Saúl como un «odiador» y como «neonazi», y sugerían que había sobrepasado los límites de la permisible libertad de expresión, que semejantes sermones deberían ser tan poco tolerados como los gritos de «¡fuego!» en un teatro abarrotado. En los editoriales abundaban las manipulaciones más descaradas de lo que Saúl había dicho; Oscar veía en ésto el frío cálculo de que entre los lectores de los periódicos los que no habían visto el programa de Saúl superaban por 20 a 1 a los que sí lo vieron, por lo que la mayoría de los lectores no se darían cuenta de que les estaban mintiendo cuando les decían que la emisión de Saúl había estado llena de «desvarios hitlerianos» y de «porquería antisemita». Los que lo habían visto quizá se asombrarían de lo que leían en los periódicos, pero en medio de esta frenética campaña de los medios para minimizar los daños causados por la emisión de Saúl, el que a unos cuantos se les abrieran los ojos al hecho de que los periódicos estaban editados por embusteros, suponía un pérdida aceptable.

Los demás evangelistas se atropellaban unos a otros en sus ansias por denunciar a Saúl. Caldwell era el más vociferante. Lo habían entrevistado en las "Noticias de la Tarde", de la NBC, donde evocó recuerdos de los campos de concentración y las cá-

maras de gas, y se lamentaba de que los pobres e inocentes judíos estuvieran todavía perseguidos y acosados por antisemitas como Saúl. Estar en contra de la continuación del apoyo a Israel era estar contra Dios, declaró Caldwell; culpar a los judíos por la muerte de Jesús era cometer blasfemia.

Curiosamente, sin embargo, sin embargo, ninguno de los evangelistas acusó a Saúl de fraude; ni uno solo cuestionó la autenticidad de su experiencia como intermedio de Jesús. Se limitaron a no mencionar el asunto; para Oscar estaba claro que el tema de los falsos milagros era algo que todos preferían no sacar a colación.

Los políticos tampoco perdieron tiempo en subirse al carro, aunque para el fin de semana unos cuantos ya se habían vuelto a bajar de un salto. Era un hecho archisabido que los judíos tenían en el bolsillo a por lo menos 75 miembros del Senado de los EE.UU.: tres cuartos del Senado que, si los judíos se lo exigían, estaban dispuestos a firmar cualquier petición, o a votar a favor o en contra, de cualquier proyecto de ley sin preguntar ni hacer la mínima objeción. Otros 15 senadores más o menos, generalmente acababan alineándose con ellos, con un poco de persuasión. El lunes, ochenta y tres de ellos estamparon su firma en una declaración que denunciaba a Saúl y a su programa. Esa misma tarde, en el noticiario, un sondeo descubría que ni uno sólo de los 83 había visto su programa.

Luego, comenzó a llegar la reacción de la audiencia. Los fundamentalistas que habían visto la sesión de Saúl lo respaldaban plenamente. El miércoles comenzaron a llegar sus cartas a Washington. Para el viernes, en las oficinas de la mayoría de los legisladores del '*Cinturón Bíblico*'⁶⁸ tenían que apilar el correo en sacas que llegaban hasta el techo. Ocho. También el viernes, ocho senadores que inicialmente habían firmado la declaración judía contra Saúl se retractaron públicamente de sus acusaciones, explicando que desde el lunes habían tenido ocasión de visionar una grabación de la emisión, y no la encontraban tan censurable como les habían hecho creer.

Estaba claro, en lo relativo al control de los políticos, que los judíos aún tenían la sartén por el mango, por un considerable margen. Pero también estaba claro que, entre la gente, Saúl contaba con apoyo suficiente como para dar la batalla. La constatación de este hecho servía de acicate a los judíos para mantener sus niveles de alarma en cotas febriles. Durante la semana siguiente a la emisión de Saúl, las publicaciones de varias organizaciones judías rebosaban de ominosas predicciones, sobre el peligro que representaría permitir que el cambio de actitud hacia Israel que Saúl había conseguido entre su audiencia televisiva se extendiera a otros segmentos de la población.

Una controversia prolongada sobre el asunto del apoyo a Israel conduciría con toda seguridad a que muchos otros *goyim* se alinearan con Saúl, y por tanto había que evitarlo a toda costa. Había que silenciar a Saúl de inmediato, y al mismo tiempo echar tierra encima -calladamente- del debate que había provocado.

La "*Semana Judía*" alertaba que el creciente descontento público derivado del empeoramiento de la economía podían fácilmente transformarse en un resurgimiento

68 "*Bible Belt*": "*Cinturón Bíblico*", ciertas regiones de los EE.UU., especialmente en el sur, y también en Canadá occidental, donde predomina el fundamentalismo protestante. -Collins.

masivo de sentimientos y actuaciones antijudías. Todo lo que hacía falta para detonar semejante transformación sería que las masas gentiles en general se percataran de que, mientras ellos tenían que esforzarse para llegar a fin de mes, los políticos de Washington controlados por los judíos los cargaban de impuestos para proveer subsidios masivos a los judíos de Israel. La ayuda total, económica y militar, a la nación judía ascendía a casi cinco mil millones de dólares, lo que daba una media de unos 5.000 dólares por año para cada familia israelí de cuatro miembros -más que suficiente para suponer una gran diferencia para la familia media americana.

Tras ésto, el cambio de enfoque del asunto en los medios de comunicación fue tan rápido como profundo. El nombre de Saúl virtualmente desapareció de los periódicos. A la furiosa batalla entablada en los tribunales por su derecho a continuar emitiendo le concedían la mínima cobertura posible, con minúsculas notas en las páginas interiores, y aún allí la única explicación que se daba era que los dueños de las emisoras se oponían al "racismo" de sus sermones. No había ni el más mínimo indicio de implicación judía en el litigio.

La otra cara de la moneda consistía en una inundación de nuevos y lacrimógenos relatos sobre el «Holocausto», y reposiciones de viejas historias, un truco al que siempre recurrían los amos de los medios, cada vez que creían que había que refrescar la memoria al público gentil sobre lo mucho que habían sufrido los pobres judíos, y la enorme deuda que el mundo tenía con ellos.

Al domingo siguiente a su sermón 'bomba', el programa de Saúl fue emitido por algo menos de dos tercios de las emisoras que lo emitían normalmente, y al siguiente algo más de la mitad. Bill Carpenter había reclutado refuerzos y estaba presentando una dura batalla en los tribunales, pero estaba claro que en el mejor de los casos, a lo más que podían aspirar era a un retraso del apagón total de las emisiones, durante unas cuantas semanas más. Los judíos sencillamente los superaban en potencia de fuego. Hacía mucho tiempo que el sistema judicial de América había degenerado hasta tal punto en el que el espíritu y la letra de la ley ya no eran los factores determinantes; en nuestros días tenía mucho mayor peso en los juzgados el dinero y la política que la justicia. La facción con más influencia política o con más aclamación en la prensa tenía una ventaja substancial respecto la facción que solamente tuviese más razón de su lado. Los abogados de todas las facciones carecían totalmente de escrúpulos, y los propios jueces parecían mucho más políticos-abogados que juristas; las sentencias que impartían en sus tribunales se basaban fundamentalmente en decisiones sobre su carrera profesional, más que en consideraciones legales.

No obstante, mientras durase el litigio, Oscar y Saúl hacían lo posible por aprovecharse al máximo de él. Saúl hablaba a sus espectadores brevemente sobre la situación en Oriente Medio: sobre cómo los judíos, que prácticamente no habían tenido ninguna presencia en Palestina desde la época romana, habían intrigado para sacar partido del conflicto global de la Primera Guerra Mundial, usando su influencia política para forzar a los EE.UU. a entrar en la guerra al lado de Gran Bretaña, a cambio

de un compromiso (la Declaración Balfour⁶⁹) del gobierno británico de establecer una «patria» judía en Palestina tras la guerra; sobre las traiciones, los chanchullos y los asesinatos en masa de que los judíos se habían valido para convertir la cabeza de puente conseguida gracias la Declaración Balfour en una posición dominante en Palestina, tras la Segunda Guerra Mundial (en cuya instigación no fue pequeño el papel que desempeñaron); y sobre la genocida campaña que habían desencadenado a partir de entonces contra los nativos palestinos.

No obstante, la historia y los asuntos extranjeros eran algo demasiado abstracto para la mayor parte de su audiencia, por lo que el énfasis principal lo ponía en lo que los judíos estaban haciendo en los propios Estados Unidos.

Los impuestos, la corrupción política y judicial, la decadencia moral y social, la tendenciosidad de los medios de comunicación y entretenimiento controlados por los judíos, el actual estancamiento de la economía -cosas de las que los espectadores tenían, quizá no una verdadera comprensión, pero sí una experiencia de primera mano-, todo ello se veía en los sermones de Saúl directamente relacionado con el poder que detentaba en los Estados Unidos la tribu de los asesinos de Cristo.

Mantenia su mensaje simple y convincente, y sus espectadores se lo tomaban muy a pecho. El número de éstos en realidad seguía creciendo, a pesar de haber retirado su programa de muchas de las emisoras, pues millones de personas no fundamentalistas lo habían sintonizado por curiosidad, a resultas de la andanada inicial de denuncias contra Saúl en todos los medios; y luego, en cuanto le pillaban gusto a su mensaje, llamaban excitados a sus amigos para que lo sintonizaran también. Cuando a mediados de octubre se hicieron públicos los índices Nielsen, mostraban que, a pesar de haber perdido el 45 por ciento de las emisoras, el número de espectadores de Saúl había subido desde los algo menos de nueve millones del mes anterior, hasta casi 12 millones.

El frenesí de los judíos no conocía límites. Aunque los medios de comunicación seguían guardando silencio sobre el asunto, las publicaciones de sus propias organizaciones y comunidades estaban histéricas.

En octubre, el desempleo subió por encima del 17 por ciento. El FBI rehusó revelar las últimas cifras nacionales sobre el crimen, pero las cifras locales, allá donde se publicaban, se habían disparado astronómicamente. Los asaltos, robos en domicilios, y atracos a mano armada se habían vuelto en amenazas tan omnipresentes en las ciudades que por las noches los blancos prácticamente desertaban de las calles, abandonándolas a merced de las bandas de minorías étnicas y a la policía. Aquellos que, por razones de trabajo, estaban obligados a salir en las horas de oscuridad, intentaban viajar en grupo, manteniendo bloqueadas las puertas de los coches, temiendo alguna avería, y constantemente preocupados por la seguridad de los hogares que dejaban desprotegidos. Las tiendas y almacenes que anteriormente solían permanecer abiertos

69 Lord Arthur Balfour era criptojudío: «El mundo ni siquiera supo, hasta 1999, que Lord Balfour era realmente un judío.» —David Duke, “Supremacismo judío”, pág. 271. (“Hunter” se publicó en 1984.)

por la noche, cerraban en cuanto se ponía el sol, tapiando los escaparates con persianas metálicas. La gente que se dedicaba a este negocio de instalar persianas metálicas, alarmas, cerrojos y candados de seguridad, verjas para las ventanas, y otros dispositivos de seguridad, nunca había conocido una demanda semejante.

Los desórdenes civiles también se convirtieron en una parte casi cotidiana de la vida, a pesar de las draconianas medidas adoptadas por el gobierno mantenerlos a raya. Las frecuentes marchas y manifestaciones para protestar contra las condiciones económicas acababan a menudo en enfrentamientos con la policía, o en otros tipos de violencia. Grupos de ocupas desempleados se apoderaban de edificios vacíos, y la policía rara vez conseguía desalojarlos pacíficamente.

Las mini-reveltas de carácter racial también eran un fenómeno en auge. Muchos blancos que en el pasado, cuando se veían cara a cara con el hermano de color como inexorable hecho de la vida, se habrían limitado a hacer las maletas y mudarse a un suburbio más retirado, ya no tenían los medios para llevar a cabo dicha retirada; se veían obligados a mantenerse en sus posiciones y combatir. En el mes pasado no se había producido ningún otro enfrentamiento de escala parecida a los motines e incendios de septiembre en Chicago, pero había habido un buen número de confrontaciones raciales menores.

Y por fin,, pareció volver a ponerse de moda el auténtico terrorismo político. En las últimas semanas habían tenido lugar atentados contra bancos y edificios del gobierno a una escala desconocida desde comienzos de los 70, con una apabullante serie de organizaciones del estilo de las de los años 60 que reivindicaban su autoría y divulgaban manifiestos y ultimátums.

Sin duda la situación hubiese sido mucho más caótica sin los esfuerzos de la Agencia de Seguridad Pública, pero Oscar encontraba divertido contemplar el desbordado ritmo de actividad que ahora le caía en suerte a Ryan. Se preguntaba si en verdad creería poder seguir tapándolo todo hasta que mejorara la economía -si es que mejoraba.

Capítulo 36

Acababa Oscar de poner la televisión para ver las últimas noticias cuando llamó Ryan.

--Esta vez te he preparado uno fácil, Yeager. ¿Tienes a mano lápiz y papel?

--Claro. ¿De qué se trata?

--Necesito que me quites de encima a un predicador de la tele.

Oscar sintió que se le revolvió las tripas y se licuaba su contenido; antes de que Ryan dijese nada más, ya sabía exactamente a qué predicador de la Tv quería quitarse de encima su interlocutor. Escuchó en un paralizado silencio, mientras Ryan continuaba.

--Se llama Saúl Rogers. Vive en la calle South Glendale, número 1202, de Alejandría. No tiene guardaespaldas ni ningún sistema de seguridad, y es fácil de reconocer -es un tipo realmente llamativo-. He dejado un paquete con información sobre él, incluida una fotografía, en sitio de entrega habitual. Debes recogerlo esta misma noche. Habría que hacer el trabajo de inmediato, antes de que tenga ocasión de grabar otro sermón. Y no hace falta que te preocupes de que parezca un accidente. A este tipo hay tanta gente que quiere verlo muerto que la policía podría pasarse cinco años interrogando sospechosos.

Oscar recuperó el habla y preguntó tartamudeando:

--No... no comprendo. ¿Por qué quieres que mate a un predicador? ¿Qué tiene eso que ver con la seguridad nacional?

--Cantidad. En primer lugar, está provocando una escandalera tremenda; ha exaltado los ánimos de los verdaderos creyentes a base de bien, haciéndoles creer que es el portavoz de Jesús. Muchos de ellos se han puesto a mandar cartas a sus congresistas diciendo que no van a pagar más impuestos. Como alguien consiga organizarlos, podría estallarnos entre las manos una rebelión contra los impuestos.

--¡Por amor de Dios, no le pegas un tiro a la gente por eso! Si es que ha hecho algo ilegal -incitar al desorden o lo que sea-, tú tienes autoridad para hacerlo arrestar. Con tus nuevos poderes puedes retenerlo hasta seis meses sin fianza. Éso pondrá fin a cualquier problema que esté causando.

--Podría arrestarlo, Yeager, pero no quiero. Me sería bastante fácil acusarlo, en aplicación de la reciente orden ejecutiva del Presidente, pero no quiero interpretar el papel de enemigo de Jesús. El hombre tiene mucho apoyo popular por ahí fuera, y no quiero que todo ese apoyo se vuelva contra mí. Aparte de eso, hay otras razones por las que necesitamos librarnos de él.

--¿Qué razones?

--Pues ya que quieres saberlo, absolutamente todos los jefazos judíos del país están clamando su sangre a gritos. Están ejerciendo mucha presión sobre el presidente para que lo haga callar. Y dependemos de estos tipos para mantener las cosas en calma, para que no animen los desórdenes ni empiecen a criticar al gobierno en los medios que controlan.

--¿Judíos? ¿Pero qué demonios? ¿Es que has cambiado de bando, Ryan?

La voz de Ryan era cortante cuando replicó:

--Escucha, Yeager, no tengo tiempo de explicártelo todo. Limitate a aceptar mi palabra. Necesitamos la cooperación de estos jefazos judíos, cuyos intereses en este momento da la casualidad que coinciden con los del gobierno, y con los míos propios.

--Bueno, supongo que vas a pensar que soy bastante obtuso, y bastante obstinado --repuso Oscar--, pero antes me convenciste de que todo tu juego consistía en cortar el paso a los judíos e impedir que se adueñasen de todo. Ahora suena como si estuvieras recibiendo órdenes de ellos. No tengo nada en contra de matar gente, sean predicadores o no, pero me gusta saber las razones de lo que hago. Me gusta sentir que es por una buena causa, si entiendes lo que te digo.

--Estás comenzando a cabrearme, Yeager. No estoy recibiendo órdenes de los judíos. Estoy intentando mantener el orden en este maldito país, en unas condiciones muy arduas. Los jefazos judíos son lo bastante listos para comprender que si permitimos que este desplome económico degenera hasta un desorden general, es muy probable que les echen buena parte de las culpas, y se produzca un gran resurgimiento del antisemitismo, y posiblemente incluso violencia directa contra los judíos.

»En cierto sentido, ahora les tenemos pillados por las pelotas; por una vez podemos hacer que se comporten, y que hagan nos mantengan a raya al resto de los judíos.

--¿Que se comporten? ¿hablas en serio? Sabes tan bien como yo, Ryan, que de cuando en cuando los judíos tienen que pasar por un periodo de consolidación. Por lo general medran en el desorden: crean ellos mismos los desórdenes, de todas las maneras que pueden, para desmenuzar una sociedad y así poder digerirla. Desde la Segunda Guerra Mundial no han parado de descomponer nuestra sociedad ni un momento, aniquilando nuestro sentido de identidad, poniendo patas arriba todos nuestros cimientos morales, inyectándole su veneno espiritual a toda máquina. Y ahora han llegado a una fase de consolidación. Las nuevas leyes que eliminan libertades civiles están diseñadas para consolidar de manera inamovible los cambios que han hecho, para impedir que los blancos puedan deshacerlos. Necesitan a un tipo como tú que mantenga a raya a los tipos como yo, durante una generación, hasta que se extinga la última resistencia y el público crea que este nuevo estado de cosas es el estado natural de las cosas.

La voz de Ryan era ahora gélida y apenas lograba mantenerla bajo control:

--No voy a discutir contigo, Yeager. Te he dicho lo que quiero que hagas, y será mejor que lo hagas --Luego, al igual que otras veces anteriores, Ryan se aplacó lige-

ramente y continuó:-- Supongo que tendría que estar orgulloso de ti por lo bien que has llegado a conocer a los judíos, máxime teniendo en cuenta que fui yo quien te inició. Pero no cometas el error de creer que ya lo sabes todo. Te dije hace ya mucho que iba a imponer orden en el país, y eso es lo que estoy haciendo. No es el orden judío lo que busco. Es *mi* orden. Ellos no son los únicos que mueven los hilos. Si consigo mantener las cosas controladas, tengo bastantes probabilidades de ganarles la partida. Y en todo caso no tiene sentido llorar por la leche ya derramada. Claro, los judíos han arruinado este país. Pero a lo que tenemos que enfrentarnos ahora es al hecho de que está arruinado. No importa demasiado quien lo haya hecho. Los blancos, que según piensas ya no van a poder recomponer las cosas porque se lo impiden las nuevas leyes, no tendrían más probabilidades de recomponerlas que las que tuvieron todos los caballeros del rey con Humpty Dumpty⁷⁰. Lo único que podrían hacer es provocar un caos total, y del caos no sale nada bueno. Al menos yo mantengo unido lo que queda, y le doy al pueblo americano una oportunidad de sufrir de una manera ordenada, y a lo mejor hasta de conseguir algo de carácter con la experiencia. Y créeme, si hay alguien que vaya a escarmentar a los judíos en el futuro, ése voy a ser yo. Piensa un poco, chico: cuando te cargues a ese timador de Rogers, serán los judíos quienes se lleven las culpas. Los ha estado atacando en su programa, y todo el mundo dará por supuesto que lo han matado ellos para callarle la boca. Los millones de evangélicos que creen que es alguien especial odiarán a los judíos por haber matado a su gurú.

Después de colgar Oscar el teléfono, Adelaida, que había oído por casualidad algo de lo que le decía a Ryan, preguntó preocupada:

--¿Qué es éso de pegarles tiros a la gente?

--Nada, cariño. Solo ha sido una discusión retórica con un tipo que conozco.

Oscar le puso una excusa y salió con el coche, ya de noche, a recoger el paquete de información. Necesitaba tiempo para pensar, y quería saber exactamente qué información tenía la Agencia sobre Saúl.

Pronto descubrió que la información era mínima: nombre, dirección, lugar y fecha de nacimiento, empleos anteriores, descripción física. Todo ello en un formulario estándar de la Agencia, que adjuntaba una foto de Saúl tomada de los archivos de personal de la escuela donde había estado trabajando. También había una fotocopia de un formulario de personal de la escuela, que Saúl había rellenado hacía años. Pero en el espacio del formulario de la Agencia donde se preguntaba por afiliaciones a organizaciones aparecía mecanografiada la palabra «Desconocido». Al parecer la Agencia desconocía su pertenencia a la Liga.

Esa noche Oscar apenas pudo dormir. Lo último que deseaba era una confrontación con Ryan. Si rehusaba matar a Saúl, era probable que Ryan se arriesgara a en-

⁷⁰ *Humpty Dumpty: personaje del cuento "Alicia en el país de las maravillas", de Lewis Carroll.*

cargarle el trabajo a un hombre de la Agencia. En tal caso, no sólo su relación con Ryan resultaría irremisiblemente dañada, sino que estaría en peligro su propia vida. Y lo que era peor, como preparación del asesinato, la Agencia podría investigar más a fondo a Saúl, y descubrir su conexión con la Liga, lo que pondría en peligro a otras personas. La situación era mala, mala, mala.

Una cosa especialmente desesperante era que los pros y los contras no estaban claros. Oscar no podía decir que realmente *le gustara* Ryan, pero sí que le había llegado a tener un gran respeto. Entremezclados con sus ambiciones Pretorianas, había algunos ideales sinceros. Y en el combate contra los judíos para resolver de una vez la cuestión de la supervivencia racial, el combatir en más de un frente era algo que a Oscar le parecía tener sentido estratégica.

Era indudable que Ryan, aun cuando tuviera en mente unos objetivos ligeramente distintos, estaba ya en mucha mejor posición que la Liga para influir sobre el resultado de la lucha. De hecho, estaba en una situación histórica mundial, y interferir imprudentemente en éso le parecía a Oscar una de las peores irresponsabilidades. La situación global, aparte del problema inmediato sobre Saúl, podría estar mucho, mucho peor, con cualquier otro jefe pretoriano que no fuese Ryan.

Esa era una cara de la moneda. La otra es que Oscar sentía mucha mayor armonía espiritual con los planteamientos de la Liga sobre la lucha, que con los de Ryan. La naturaleza de Oscar era tal que le parecía correcto y natural luchar a la manera en que estaban luchando con el programa de Saúl, intentando despertar y reeducar a cuantos blancos pudiera, rescatar a todo el que pudiera ser rescatado, y luego alistarlos en la causa común de la supervivencia racial; o, si ésto fallara, tomar las armas y combatir de la manera en que había estado combatiendo él antes de que le atrapara Ryan.

Sencillamente, no estaba tan dispuesto como Ryan a optar por el estancamiento, a renunciar a toda posibilidad de limpiar la situación racial y empezar de nuevo. Si tuviera que elegir entre el estancamiento del cesarismo de Ryan, o por la incertidumbre y flujo de una guerra civil, elegiría esta última.

Por fin, hacia las tres de la madrugada, Oscar se sumió en un inquieto sueño. Adelaida lo despertó a las ocho. Después de una taza de café fuerte y caliente, sentado a la mesa de desayuno, se le fue ocurriendo una idea. Supongamos, pensaba, que fingía un intento de asesinato contra Saúl, un intento fallido pero aparatoso. Éso le daría a Saúl un excusa plausible para rodearse repentinamente de un equipo de seguridad, y la publicidad le haría mucho más peligroso a Ryan echarle encima un asesino de la Agencia. Y además, sacaría a Oscar del atolladero -eso esperaba. No le entusiasmaba la idea de fingir que había hecho una chapuza; la mera idea de pensar en ello le hería el orgullo. Y podría hacer recelar a Ryan. Como mínimo reduciría en gran medida la confianza que Ryan tenía en él. Pero le haría ganar algún tiempo -el suficiente, quizá, para que Saúl continuase con su programa hasta que los judíos consiguieran chantajear por fin a todas las emisoras y se lo cortasen.

Después del desayuno llamó a Harry y le pidió que hiciera una llamada a Saúl desde un teléfono público y usara algún pretexto -sin mencionar el nombre de Oscar-

para que se pasara enseguida por el estudio de grabación. A Oscar no le preocupaba que su propio teléfono pudiera estar intervenido, ya que lo último que quería Ryan sería que nadie de la Agencia se pusiera a investigar a Oscar, pero sí que se temía que el teléfono de Saúl no fuera seguro. Llegó al estudio antes que los otros, y se puso a pensar cómo explicarles el asunto a Saúl y Harry. Necesitaba contarles parte de la verdad, pero no estaba preparado para contarles toda la verdad. Comenzó:

--Escucha, Saúl, no me insistas que te dé detalles, pero ocurre que me he enterado de que han puesto precio a tu cabeza. Hay algunos tipos que quieren verte muerto lo antes posible. Vamos a tener que pararles los pies un poco -confío en que durante tanto tiempo como podamos mantenerte en las ondas-, y creo que sé como hacerlo.

Harry miraba penetrantemente a Oscar:

--Oye, compadre, ¿tienes contactos en la Mafia?

--No, de ninguna manera. Pero sí que tengo algunas fuentes oficiosas. La verdad es que no puedo deciros mucho más que esto. Tendréis que limitaros a creerme. Los tipos que han puesto precio a la cabeza de Saúl son pesos pesados, y van muy en serio. Pero también tienen miedo de la publicidad. Solo actuarán si creen que se llevará las culpas algún otro; no quieren arriesgarse a que se la echen a ellos. Lo que ahora necesita Saúl para estar seguro son dos cosas: necesita la mejor fuerza de seguridad que podamos comprar, y necesita mucha publicidad sobre la amenaza que pende sobre su vida. Así que esto es lo que vamos a hacer.

»Harry, tú vas a ponerte al teléfono y vas a reclutar un equipo de seguridad. Que sean profesionales, no voluntarios de la Liga. Una docena, por lo menos, para que haya siempre una pareja en la casa de Saúl, otra para que le acompañe a todas partes, alguien que esté día y noche junto a cualquier vehículo que vaya a usar, alguien que duerma en el estudio -y en cualquier otro sitio donde suela ir regularmente. Reclúta-los hoy, pero no les digas que vengán a trabajar hasta mañana por la mañana.

»Saúl, tú hoy vas a seguir con tu rutina diaria, como si no hubiera cambiado nada, y esta noche yo preparo un atentado contra tu vida. Volarte el coche, por más detalles. Quiero algo espectacular y aparatoso, que atraiga al máximo la atención de los medios.

»Vamos a ver, oscurece a las siete. Esta tarde, el coche que tengas mejor asegurado lo aparcas fuera del garaje, bien lejos de tu casa y de cualquier otra cosa que no quieras que sufra daños. A las siete yo le pegaré en los bajos una bomba con detonador radiocontrolado. A las siete y media le dices a Emily que vas a pasarte como una hora por el estudio, para revisar algunas ideas para el próximo sermón. Te metes al coche, arrancas el motor, enciendes las luces, y entonces recuerdas que has olvidado algo. Dejas el motor en marcha y las luces encendidas, y vuelves a la casa tan rápido como puedas. Ahí es cuando apretaré el botón. ¿Lo has entendido?

Saúl lo miró muy poco convencido.

--Oscar, ¿estás *seguro* que sabes de lo que hablas?

Capítulo 37

Ryan no estaba nada contento. Oscar había llevado a cabo el plan, tal y como se lo había explicado a Saúl y Harry, usando a propósito una bomba mucho más potente de lo necesario. No sólo había volado el Mercedes de Saúl, partiéndolo en dos mitades retorcidas a más de 15 metros una de la otra, sino que había hecho añicos todas las ventanas de la vecindad en un radio de dos manzanas alrededor de la casa de Saúl. A los pocos minutos había un enjambre de policías y agentes del FBI pululando por toda la zona, y a la mañana siguiente los periódicos y televisiones no paraban de hablar del asunto.

Saúl, con la cara vendada por los cortes de los cristales que habían salido despedidos, explicaba en una entrevista a una cadena televisiva de noticias cómo había salvado la vida milagrosamente al recordar que había olvidado su Biblia en casa.

--En cuanto arranqué el coche sentí la presencia de Jesús, y oí una voz que decía «Tu Biblia, Saúl». Si no hubiera sido por esta advertencia, habría volado en pedazos --Luego añadió:-- Ya sé que los partidarios de Israel quieren silenciarme. Están chanfajeando a todas las cadenas que emiten mis sermones, amenazándolas con arruinarles, si no rompen los contratos que tienen conmigo. No creía que pudieran llegar tan lejos para hacerme callar. Sé que el miedo a los judíos ha silenciado a muchos otros que querían llevar la verdad al pueblo, pero yo no les temo porque sé que Jesús protege mi vida, y hará todos los milagros que tenga que hacer, mientras esté a su servicio.

El verdadero milagro fue que las declaraciones de Saúl salieron en efecto en los programas de noticias, sin censura alguna.

--¡Maldición, Yeager, esta vez la has cagado de veras! --dijo Ryan cáusticamente, al llamarle esa misma tarde.

--Lo siento, Ryan. Me figuré que querría utilizar su coche anoche, al verlo aparcado fuera del garaje. Le adosé 7 kilos de Tovex a los bajos, con un imán. Le había sujetado uno de esos detonadores radiocontrolados que me diste. Luego volví a mi coche, que tenía aparcado a menos de 200 metros calle abajo, y esperé. Cuando vi que encendía las luces, apreté el botón. Desde donde estaba no pude ver que justo después de encenderlas había salido del coche para volver a casa. De verdad que he intentado hacer un buen trabajo, pero a veces estas cosas pasan.

--Bueno, pues lo tendrás que intentar de nuevo, y ahora vas a tenerlo mucho más difícil. El muy bastardo se ha rodeado de guardaespaldas.

Oscar había tenido la esperanza de que, en vista de toda la publicidad sobre el atentado, Ryan echaría marcha atrás y le daría un respiro. Ése había sido el objetivo principal de todo este montaje del atentado. Quería a toda costa evitar un enfrenta-

miento con Ryan, y cuando le oyó insistir en seguir adelante, se le cayó el alma a los pies. No obstante, había previsto ésta eventualidad, y se había preparado para ella.

--Lo que tú digas. Sólo que tendré que idear alguna otra manera de llegar hasta él. Oye, escucha: casi lo olvidaba. Encontré algo realmente interesante en el coche de Rogers. Cuando estaba examinándolo vi un maletín en el asiento trasero. La puerta no tenía echado el seguro, así que fisgoneé un poco en el maletín. Agarré un fajo de papeles y me los metí al bolsillo. Cuando llegué a casa les eché un vistazo, y ¡adivina qué! Rogers está planeando meterse contigo en uno de sus sermones. Tiene un buen surtido de material sobre ti. Parece que proviene del FBI.

--¿De qué demonios hablas, Yeager? ¿Qué material? --la alarma era evidente en la voz de Ryan.

--Tengo los papeles abajo en el sótano. No recuerdo todo lo que pone, pero hay varios informes de investigaciones del FBI sobre violaciones de los derechos civiles, que supuestamente cometió tu Agencia al sofocar las insurrecciones de los 'negros', en Washington y Chicago. Rogers ha revisado los informes con mucha minuciosidad, subrayando cosas y escribiendo anotaciones al margen que dicen «Usar ésto», y cosas así. Al parecer está obteniendo la información de alguien del FBI que quiere poner las cosas difíciles. Recuerdo que una de las notas al margen decía algo como «Ver otra vez a Thornstein el jueves en el Edificio Hoover para más detalles».

--¿Thornstein?

--Thornstein, Thurnstein, o algo parecido.

--¡Thonstein! ¡Jules Thonstein! ¡Ése bastardo! --explotó Ryan.

La ignorancia de Oscar sobre el deletreo y la pronunciación del nombre era fingida. Sabía muy bien que Jules Thonstein era el director de la Sección de Extorsiones de la Oficina. Recordaba haber visto su nombre en las noticias, en la época en que se estaba constituyendo la Agencia; se le mencionaba como posible candidato para encabezar la nueva organización. Oscar había calculado que ése hecho por sí solo convertiría a los dos hombres en rivales, y había calculado bien. Ryan reaccionó casi exactamente como Oscar pensaba que haría.

--Vale, Yeager, escucha. Tienes que darme esos papeles enseguida. No puedo correr el riesgo de caigan en manos de nadie más. Voy a ir al Capri, ¿conoces ese restaurante, en Georgetown?

--Sí, he oído hablar de él. Creo que sé donde está.

--Muy bien, estaré ahí en media hora. Tú estate allí también, con todos esos papeles. A las 8:30 exactamente entraré al lavabo de caballeros. Tú entra a las 8:25 y me pasas los papeles en cuanto yo entre.

--No, no, Ryan. si tengo que encontrarme contigo de nuevo, quiero que sea en algún sitio donde nos podamos sentar y hablar unos minutos cara a cara. Si estos papeles son tan importantes para ti como empiezo a pensar, seguro que se te ocurrirá alguna manera de deshacerte de tus guardaespaldas durante una hora y encontrarte conmigo donde podamos hablar en privado.

--¿Qué te ronda por la cabeza? ¿No pensarás que me vas a chantajear, verdad, Yeager? --la voz de Ryan denotaba un intenso recelo.

--Es lo último que se me pasaría por la cabeza. Pero las cosas han cambiado mucho desde que formamos nuestra pequeña sociedad. Necesito aclarar algunas cosas, para saber exactamente cómo va a ser nuestra relación en el futuro.

Hubo una pausa mientras Ryan consideraba el asunto, luego dijo:

--Muy bien, Yeager. Tengo un barco en el puerto deportivo, bajando por la Avenida Maine. ¿Sabes donde está?

--Sí.

--Mi barco está en el puesto K-2, uno blanco grande, con una franja azul. Lo verás a la primera. Voy ahora mismo para allá. Sube a bordo entre las 8:30 y las 8:40, y hablaremos durante... puedo darte media hora, ¿vale?

--Sí, probablemente será suficiente.

--Y asegúrate de traer contigo todos esos papeles que encontraste... *todos*.

Tras colgar, Oscar dio un suspiro. Bien, Ryan había caído limpiamente en la trampa. Casi desearía que no hubiera funcionado.

Capítulo 38

--Vamos, entra, Yeager --Ryan hizo señas a Oscar hacia el interior de la espaciosa pero tenuemente iluminada cabina de su yate de 16 metros de eslora. Oscar se fijó en que las claraboyas estaban cerradas con contraventanas estancas. Ciertamente, parecía un sitio ideal para reuniones privadas.

Mientras seguía ojeando los alrededores, Oscar sintió la pistola de Ryan clavársele en la espalda.

--Tranquilo, Yeager. No sé qué te ronda exactamente por la cabeza esta noche, y como te he dicho otras veces, soy un hombre cauteloso.

Oscar se dejó cachear expertamente por Ryan. Éste le quitó el revólver del cinturón, acabó de registrarlo y le exigió:

--Muy bien, Yeager, ¿dónde están los papeles?

--No hay ningunos papeles.

--No intentes quedarte conmigo, hijo de puta --ahora Ryan estaba enfadado.

Ignorando el arma en la mano de otro, Oscar se giró para dar la cara a Ryan, y dijo:

--Te dije que quería hablar contigo, Ryan. Me he inventado la historia de los papeles encontrados en el coche de Rogers sólo para convencerte de que te reunirías conmigo unos minutos.

--De verdad te gusta vivir peligrosamente, Yeager. Debería matarte ahora mismo y terminar con ésto. Haría que me sintiera bien. ¿Cómo se te ha ocurrido montar este truco tan tonto? ¿No te das cuenta de lo ocupado que estoy?

--Sí, estoy seguro de que eres un hombre muy ocupado --replicó Oscar--, y estoy seguro de que vas a estar más ocupado aún en el futuro, teniendo en cuenta cómo va el país. Así que es mejor que aclaremos algunas cosas ahora y no más tarde. Me he jugado el cuello por ti, Ryan. No estarías donde estás hoy si no fuera por algunos de los trabajos que te he hecho. Y puede que luego quieras que te haga algunos más. Me parece que unos cuantos minutos de tranquila tertulia de vez en cuando, los podrías considerar bien empleados.

Los ojos de Ryan lanzaron destellos y su nariz aleteó ante la afirmación de que le debía el puesto a Oscar.

--Te quedan grandes los pantalones, hijito --le espetó a Oscar--. No eres más que un maldito chico de los recados, y si yo no hubiera decidido salvarte el pellejo para mejores fines, ahora mismo estarías sentado en el pasillo de la muerte esperando tu zumo⁷¹. Claro, claro, me conozco muy bien éso de la batalla que se perdió por la fal-

71 «on the death row waiting for the juice»: «el zumo» quizá sea una referencia a la inyección letal?

ta de un clavo en la herradura del caballo, pero harías bien en meterte en la cabeza que no eres el único clavo de herradura que hay por aquí.

Tras haberse permitido este pequeño desahogo, Ryan cambió del tono amenazador a otro brusco y preguntó:

»Muy bien, ¿y que te ronda por la cabeza esta noche? --movió el brazo indicando a Oscar una silla tumbona que había a un lado de la cabina y él se sentó al otro lado, sobre el sofá. Les separaban algo más de 4 metros y una mesita de café. Ryan echó un vistazo a su reloj de pulsera y luego colocó su pistola sobre el cojín que tenía al lado, fácilmente al alcance de la mano.

--¿Es realmente necesario matar a Saúl Rogers --comenzó Oscar.

--¿Éso es lo que te tiene preocupado? ¿No quieres terminar el trabajo de ése predicador? ¿Qué pasa, Yeager? Ya has matado a predicadores antes. Cuando volaste al Comité del Pueblo Contra el Odio, te debiste cargar a una docena. A lo mejor te crees que éste Rogers es de verdad el portavoz de Jesús, ¿eh?

--Venga ya, Ryan, sabes que no soy supersticioso. He oído algunos de las emisiones de Rogers. Yo... ésto..., he conseguido algunas cintas de un amigo que graba sus sermones. Rogers está diciendo cosas que tiene que ser dichas. Está realmente de nuestro lado, y puede hacer mucho para ayudarnos a neutralizar a los judíos. Simplemente es que no veo porqué hay que matarlo. No hay nadie que esté volviendo en contra de los judíos a tantos americanos normales y corrientes como él.

Ryan suspiró y luego comenzó su réplica en un tono conciliatorio.

--Mira, Yeager, si fuera por mí, me inclinaría por dejar al tipo ése en paz, al menos por ahora. Y si de verdad pareciera que sus seguidores pudieran crearle problemas económicos al gobierno, le reventaría todo el tinglado a la manera como solíamos hacerlo allá en la Oficina, cada dos por tres: le colaría a un infiltrado en su organización, un voluntario de aspecto idealista, del 'Cinturón Bíblico', que se ofrecería a ayudar en la oficina casi sin cobrar. Encontraríamos algo por lo que incriminar a Rogers -irregularidades en su contabilidad, conspiración para incitar al desorden, lo que fuera-. Y si no podíamos encontrar lo que necesitábamos, se lo fabricaríamos nosotros mismos. Luego haríamos que nuestro hombre fuera a la Policía Local, o a la Oficina -no a la Agencia-, aparentando estar indignado por lo que había descubierto. Así fue como pusimos fuera de juego a un buen montón de organizaciones radicales, allá en los setenta, tanto de izquierdas como de derechas, y a Rogers podríamos hacerle lo mismo. Y podríamos hacerlo de tal manera que yo ni me enteraría del cabreo de sus seguidores.

»Pero ya ves, no soy el único preocupado por el alboroto que está armando Rogers. Si le dejo que siga metiéndose con los judíos, ellos comenzarán a contraatacar. Comenzarán a zarandear el barco otra vez, y yo no puedo permitirlo. En este momento los más astutos, los de arriba, saben que lo que más les conviene es que el gobierno pueda apaciguar las cosas, y mantener el orden. Y créeme, ellos son los únicos que pueden mantener bajo control al resto de los judíos, cuya tendencia natural es crear problemas. Mientras los jefazos judíos estén convencidos de que el gobierno -o

sea, yo- les va a proteger de la gente como Rogers, entonces se contendrán y también obligarán a contenerse a sus correligionarios más furiosos. Y lo que es más, me ayudarán a mí a mantener bajo control al gran público. ¿Has notado la calma con la que se tomaron los jefazos de los medios mis medidas de pacificación, cuando los negros se pasaron de la raya? No ha sido ningún descuido por su parte, es un política calculada. Hace unos cuantos años, como el gobierno se hubiera puesto rudo con sus queridísimos negros, habrían armado un buen Cristo. Y ahora, como se les ocurra pensar que no puedo o no quiero protegerles, a ellos y sus intereses, desencadenarán todos los infiernos. Provocarán un sinfín de disturbios: amotinamientos, huelgas, manifestaciones, cualquier cosa para desestabilizar a la mayoría blanca, cualquier cosa para impedir que los seguidores de Rogers se organicen y comiencen a tener alguna influencia sobre más aspectos de la opinión pública y la política gubernativa. ¿Comprendes?

--Comprendo todo éso perfectamente bien, Ryan. Incluso comprendo por qué has decidido asesinarlo en vez de preparar un montaje para incriminarlo. Preparar un montaje podría llevar meses, y si Rogers sigue en el aire todo ese tiempo la situación de los judíos se vería gravemente dañada...

Ryan le interrumpió:

--Tienes toda la maldita razón, preparar un montaje para incriminarle llevaría demasiado tiempo. Ésta historia tiene que quedar resuelta en unos cuantos días, como mucho.

Oscar continuó:

--Como decía, si dejaras tranquilo a Rogers, hay una buena probabilidad de que te neutralice a los judíos, así que su capacidad de crear problemas se vería sustancialmente reducida. ¿Por qué no...?

Ryan le interrumpió de nuevo.

--Una buena probabilidad no es suficiente, Yeager. Y aún en el caso de que pudiera volver a una mayoría del pueblo en contra de los judíos... -que no podrá; quizá a un 20 ó 30 por ciento, como mucho; en este país hay demasiada gente cuyos intereses están ligados a los de los judíos: los cristianos de las principales iglesias, las feministas, los maricones, muchos de los grandes capitalistas-, pero aun cuando volviera a una mayoría en su contra, aún seguirían siendo capaces de crear todo tipo de problemas.

--¿Problemas que tú y la Agencia no podríais manejar?

--¡Exacto, maldita sea! Mira, yo puedo vérmelas con el crimen organizado; con la policía secreta israelí, ahora que los he metido en cintura, con tu inapreciable ayuda; con los alborotadores negros; y con terroristas políticos de todo tipo, individualmente o en grupo. Pero no puedo ocuparme de todo el país a la vez. Al menos no todavía, aún no estoy preparado para éso. Hay que mantener a la ciudadanía más o menos pacificada, más o menos bajo control. Y los que hacen éso son los medios de comunicación. Son los culebrones y las comedietas, los concursos y los deportes del balón, y sus comentaristas de noticias favoritos. Mientras que los medios de comuni-

cación les sigan diciendo que deben aguantar las dificultades económicas presentes, sin quejarse, éso es lo que hará la mayoría. Pero si los medios comienzan a decirles que les están jodiendo y que tendrían que empezar a armar jaleo, vamos a pagarlo caro.

»Y yo, ahí, no puedo hacer nada. ¿Qué crees que pasaría si comenzara a hacer una redada de todos los judíos de los medios de información y entretenimiento? Te voy a decir lo que sucedería. Que nos quedaríamos sin *ningún* medio de comunicación ni de entretenimiento. No hay forma alguna de que pudiera reemplazar a todos esos judíos editores y publicistas, y guionistas y directores, y directores de programas, y productores... no hay manera. Toda la industria al completo está plagada de ellos, a todos los niveles, y llevaría años reemplazarlos por gentiles. La máquina se pararía por completo. Las pantallas de la televisión se quedarían en blanco. Los nativos⁷² se iban a poner muy intranquilos. A mí me gusta tan poco como a ti, pero estoy dispuesto a enfrentarme a los hechos, mientras que tú no pareces ser capaz de hacerlo. Y los hechos son que, para bien o para mal, los medios son los que *controlan* a la inmensa mayoría de la gente de este país. Les dicen que pensar y cómo comportarse, y la mayor parte de la gente les hace caso. Ahora mismo es para bien. No quiero que se convierta en para mal.

Oscar miró fijamente a Ryan durante un momento, antes de responder.

--¿Crees que es para bien que los judíos que controlan los medios, a la vez que dicen al público que sonría y sobrelleve sus dificultades económicas, les digan también que sonrían y sobrelleven la mezcla racial, la inundación descontrolada de inmigrantes no blancos que atraviesan nuestras fronteras, la imparable conversión de América en un barrio de chabolas tercermundista? ¿Crees que es para bien que los escolares americanos reciban continuamente una versión falsificada de la historia, y que continuamente se les eduque, de forma premeditadamente calculada, para suprimir cualquier sentimiento de identidad racial o de orgullo racial? ¿Que sometan a la ciudadanía en general a dosis cada vez más masivas de insensateces sobre el 'Holocausto', y de historias de atrocidades falsas, dirigidas a desviar de los judíos cualquier culpa que les puedan echar por las circunstancias actuales? ¿Que se produzca propaganda pro-israelí como churros, como no se había visto nunca?

Se detuvo durante sólo un segundo, y continuó:

»¿Es que no ves, Ryan, que lo que los judíos están haciendo es *aprimionarnos* en este conjunto actual de tendencias, y que *no podemos ni debemos* tolerar éso? Como contrapartida por ayudarte a mantener el orden, mantienen también las tendencias que con toda seguridad, y no muy lentamente, van a destruir a nuestra raza. ¿De verdad que éso es lo que quieres?

--Sabes que no, Yeager. Pero maldita sea, hombre, ¿no puedes comprender que lo que yo quiera o lo que tú quieras es irrelevante? Tenemos que enfrentarnos a los hechos, no a los deseos ni a las fantasías. Y el hecho es que sólo tenemos dos opcio-

⁷² No está claro a quién se refiere Ryan con "los nativos", si a los ciudadanos en general, o a las minorías étnicas. «native»: (despectivo,raro) cualquier persona no blanca -Collins.

nes. Podemos, o bien seguir tirando como hasta ahora, a la viejas y buenas maneras democráticas, solo que dejando que todo vaya cada vez a peor, mientras en el gobierno todos evitan cuidadosamente hacer nada de lo que puedan echarles la culpa. En cuyo caso también seguiremos sufriendo todos los males que acabas de mencionar, y además se producirá un colapso general del orden y la moral pública.

»O bien podemos hacer lo que yo estoy haciendo, o sea patearles bien el culo a los elementos ilegales con la fuerza suficiente para impedir que se desmanden, mientras que la gente, en general, aprende la disciplina del sacrificio y la obediencia. Es posible que el país se esté yendo a la mierda, pero mientras yo esté al cargo de la Agencia, se irá a la mierda de manera ordenada y disciplinada.

Ryan soltó una risita y comenzó de nuevo antes de que Oscar pudiera replicar nada.

»En realidad, no creo que vaya a ser ni la mitad de malo que te imaginas. Quizá los judíos crean que nos están aprisionando a su control definitivo, pero yo tengo otras ideas. Déjame que te diga cuál es el punto de vista de los peces gordos, los que están en la cúspide de la estructura del poder, como el senador Herman y el Presidente. En este preciso instante están auténticamente preocupados. Están continuamente informados del estado de ánimo del público, por las encuestas de opinión que no dejan de hacer. Saben que el público, casi al completo, está completamente descontento con el gobierno, que al pueblo en realidad no le gusta ni confía en ninguna autoridad, que la estabilidad civil actual es muy precaria, y casi cualquier cosa podría romperla.

»Sabes que incluso ellos tienen relativamente poco control sobre la situación, y que solo hay dos fuerzas que mantienen aglutinadas las cosas y les salvan sus despreciables traseros: los judíos con sus medios de comunicación, que mantienen al gran público más o menos anestesiado; y yo, que estoy preparado, dispuesto, y puedo fundir a hostias a cualquiera que intente joder la marrana. Así que ahora no hacen más que en lamernos el culo a ambos. A los judíos les dan más dinero y más armas para Israel, y más leyes "anti-odio" para reprimir a cualquiera que sienta ganas de señalarles con el dedo. Y a mí me han dado mano prácticamente libre para ocuparme de los elementos antigubernamentales.

Ryan se inclinó hacia Oscar y adoptó un tono conspirativo.

--Y ahora te voy a contar un secreto, Yeager. Muy pronto mi mano libre va a ser mucho más fuerte que ahora. A los peces gordos no les gusta que los mantengan en estado de constante ansiedad. No les gusta tener que estar lamiéndoles el culo a los judíos y preguntándose cuando les clavarán el cuchillo por la espalda, los muy bastardos. Tampoco les gusta depender tanto de mí, pero al menos en mí confían algo más que en los judíos. Les gustaría inclinar la balanza más hacia mí y alejarla de los judíos. Les gustaría que la estabilidad dependiera más de mis poderes policiales y menos de la habilidad de los judíos de manipular el estado de ánimo del público. Les preocupan como el demonio las elecciones del año que viene, porque hay demasiadas cosas que pueden descontrolarse. En concreto, que hay demasiados de sus propios colegas dispuestos a hacer lo que sea, incluso zarandear el barco, para salir reelegidos. Los judíos están ansiosos de que lleguen las elecciones, calculando que podrán

meter aún más de sus propios marionetas, y así inclinar la balanza a su favor. Pero, ésto entre tú y yo, muy bien pudiera ser que no hubiera elecciones.

--¿Qué quieres decir con éso? Seguro que el gobierno tendría muchos peores problemas si intentara suspender las elecciones. Los medios de comunicación pondrían el grito en el cielo.

--Ahora mismo, sí que lo pondrían. Pero no dentro de seis meses. No después de que yo haya sofocado la insurrección.

--¿Qué insurrección?

--Una cuya preparación he tenido bajo estrecha vigilancia durante los últimos dos meses. Estamos hablando sobre "el público" y sobre cómo los judíos lo tienen bajo su control, pero la verdad del asunto es que ahí fuera hay demasiadas facciones inquietas, cada una con sus propios planes: los latinos revanchistas, que quieren arrebatar el sudeste a los *gringos* y reanexionarlo a Méjico; la mayoría de los cristianos fundamentalistas, como ésos a los que ahora manipula Rogers; los supremacistas blancos, que quieren acabar con las minorías; los nacionalistas negros, que quieren hacer lo mismo con la mayoría blanca; y muchos otros. Pues bien, en cualquier momento de las próximas semanas -seguramente el mes que viene-, los nacionalistas negros van a organizar una sublevación coordinada por todo el país, y yo voy a aplastarla. Pero antes de que la aplaste, va a hacer el daño suficiente, y hacer que se cague de miedo la gente suficiente como para que el público se conforme con la paz a cualquier precio. Parte de ése precio será que no habrá más elecciones, aunque éso nuestros amigos los judíos no lo saben todavía.

--¿Saben lo de la sublevación?

--En realidad no. No los detalles. Lo que saben es que muchos líderes negros andan tramando *algo*. No tienen las fuentes de información sobre la comunidad negra que tengo yo. He estado interceptando la planificación de todo el asunto desde el principio, dándoles un empujoncito en la dirección correcta de cuando en cuando, ayudándoles, ayudando a su desarrollo cuando era necesario -todo sin que los negros dieran cuenta, por supuesto-. Lo que sí saben los judíos es que entre los líderes negros -los auténticos líderes, quiero decir, los nacionalistas negros, no los Tío Toms puestos por los judíos para que sirvan a sus propios intereses-, hay muchísima más hostilidad hacia ellos que en cualquier otro segmento de la población, y éso les preocupa. Todos los líderes negros dan por sabido el dominio judío sobre los medios -que es algo que la mayoría de los blancos ni se imaginaban antes de que Rogers comenzara a contárselo-, y están realmente cabreados por que los medios no armaran el menor escándalo cuando reprimí sin contemplaciones a los alborotadores de Washington, Chicago, Miami y unos cuantos sitios más. Llevan años adoctrinando a las masas, de que la aparente simpatía de los judíos para con los negros es puramente interesada, que los judíos les dejarán colgados en cuanto convenga a sus propósitos; y al día de hoy las masas negras lo creen. Cuando el mes próximo comiencen los tiroteos y los incendios, van a ir a por los judíos, y a por los negocios judíos, con toda la saña. Así que, por parte de los medios, no voy a tener ninguna interferencia digna de mención, cuando aniquile al movimiento nacionalista negro de una vez por todas.

Tengo previsto que los combates duren una temporada, y el Presidente declarará el estado de emergencia, suspenderá la mayoría de las libertades civiles, y pospondrá indefinidamente las elecciones. Cuando se asiente la polvareda, los judíos comprenderán que han perdido la ocasión de inclinar las cosas a su favor, pero se sentirán tan felices de al menos seguir con vida que continuarán apoyando al gobierno.

--Ryan, sigo sin ver cómo todo éso mejora la situación. No son los nacionalistas negros quienes deberían preocuparnos. Los que constituyen la amenaza real para la raza son los '*negros*' domesticados, los asimilacionistas, los mezclarazas, ésos que buscan un matrimonio interracial para hacerse tan blancos como puedan. Si quitas de en medio a los nacionalistas, la comunidad negra se quedará sin ninguna fuerza separatista, ninguna fuente de sentimientos separatistas. Estoy tan seguro como el demonio de que no es éso lo que queremos. Y los judíos aún seguirán al mando de los medios, seguirán bombeando su veneno en las mentes y los corazones de la población blanca.

--No debes haber oído lo que acabo de decir, Yeager: las elecciones se pospondrán indefinidamente. ¿Te enteras? No más elecciones. Éso será la mejor maldita cosa que le haya sucedido nunca a este país.

--Bueno, te aseguro que no soy un defensor de la democracia. Pero el país seguirá gobernado por un puñado de criminales. Este hatajo de corruptos que tenemos ahora en el Congreso, la Casa Blanca y los tribunales es una banda tan penosa como cualquier otra que haya acabado en la picota. No veo el porqué tener más elecciones iba a empeorar las cosas.

--No caes en la cuenta de una cosa, Yeager. De dos cosas, en realidad. Primero, no se trata sólo de que ya no vayamos a cambiar más a los corruptos de la cúspide cada pocos años; vamos a cambiar todo el sistema. Eliminaremos el ciclo de cuatro años, el viejo juego de los cubiletos de cambiar de un lado a otro entre Republicanos y Demócratas. Tendremos la oportunidad de conseguir una verdadera estabilidad. Nos desembarazaremos de la irresponsabilidad, del derroche, y de la mala administración que se deriva de que la gente que lleva el gobierno no pueda pensar ni planificar con más antelación que las siguientes elecciones. Y segundo, no va a ser la pandilla actual los que gobiernen las cosas -en realidad no. Voy a ser yo.

--¿De dónde te sacas éso, Ryan?

Ryan respondió con otra pregunta.

--¿Qué opinión tienes del Presidente Hedges? ¿Qué tipo de persona piensas que es?

--Bueno, supongo que tú debes saberlo mejor que yo. Yo sólo le he visto en la tele. A mí me da la impresión de ser un tipo bastante superficial y sin mucho carácter.

--Le has juzgado bien. Es un condenado actor, nada más. Está completamente hueco. No tiene nada dentro, nada de nada. Solo es una cáscara. A éste hombre ni siquiera le interesa el poder. Lo único que le preocupa es la apariencia del poder, los oropeles del poder. Le ufana el ser un personaje importante, toda la deferencia, la

atención, los pluses y privilegios, la *idea* de ser el líder de la nación. Y la verdad es que se las da bastante bien de presidente, pero en realidad el que lleva la administración es el Gabinete. Lo único que puedo decir a su favor es que es lo bastante inteligente para darse cuenta de sus propias limitaciones, y ni siquiera intenta ser él quien lleve la política.

»Los hombres del Gabinete no son malos administradores, la mayoría, pero aparte de mí sólo hay uno que tenga cojones.

--¿Hemmings, el Secretario de Estado?

--Exacto, Hemmings. El cabroncete es un tipo duro. Y por supuesto, es un hombre de los judíos al cien por cien. Dirige el Departamento de Estado como si estuviese en Tel Aviv, en lugar de en Washington. Pero por fin he averiguado *por qué* está al servicio de los judíos. He descubierto lo que han hallado en el muy bastardo, y creo que podré mantenerlo bajo control. Si no puedo, entonces haré que se lo cargue algún nacionalista negro. O quizá haga que te lo cargues tú. Pero de una manera u otra, voy a ser yo el que lleve la batuta.

Oscar miró al otro durante un momento; luego sacudió la cabeza.

--Ryan, no sé qué habrás bebido para la cena. No dices más que cosas sin sentido. Sabes que no puedes dirigir el país por tu cuenta. Quizá dentro de 20 años a partir de ahora pudieras, si te pasaras todo ese tiempo construyendo la maquinaria de control. Pero ahora mismo, como has admitido hace unos minutos, no tienes nada con lo que sustituir a los medios de comunicación. Los judíos podrían desenchufarte en cualquier momento que les apetezca. Sólo puedes gobernar a gusto tuyo.

--Y ellos sólo pueden sobrevivir al mío.

--En otras palabras, tendrás que llegar a una alianza con ellos. Tendrás que negociar con ellos: ellos impedirán que las ovejas se te desmanden ni se te subleven demasiado, y tú les permitirás que sigan esparciendo su veneno.

--No es así de simple, Yeager. Yo también tendré un papel que jugar en mantener las ovejas bajo control. He estado haciendo mis propios sondeos de opinión, y no estoy carente de apoyos ahí fuera. De hecho, entre los blancos de clase media y trabajadora, soy en estos momentos el hombre más popular del gobierno. He estado manteniendo un perfil bastante bajo para evitar envidias, pero cuando los negros hagan lo suyo el mes próximo, ya no voy a ser tan tímido, en absoluto. Y cuando todo se haya acabado, ya no voy a ser una especie de misterioso jefe de la policía secreta que anda tras los bastidores; voy a presentarme ante el público de manera regular. Voy a hablar a la gente. Ya sé que los judíos estarán buscando una oportunidad para apuñalarme por la espalda, pero no pienso dársela. Y el veneno que vayan a dar a la gente, no creo que vaya a ser peor que el que les han estado dando hasta ahora. Y voy a ponerme a trabajar en construir esa maquinaria que has mencionado. Así que ya ves, cualquier compromiso a que me vea obligado a llegar ahora con los judíos, no tiene por qué ser irreversible. En 15 ó 20 años, estaré en condiciones de inclinar la balanza un buen trecho a mi favor.

Oscar sacudió de nuevo la cabeza.

--Bueno, Ryan, tu plan tiene algunos aspectos atractivos. Yo, si estuviera en tu lugar, estaría un poco más preocupado de lo que parece estar tú, sobre eso de hacer que los judíos se comporten. Pero aparte de éso, supongo que no se me ocurre nadie más cualificado que tú para llevar adelante tu plan y luego mantener controlada la situación.

Oscar hizo una pausa, se reclinó en el respaldo de la silla, estiró brazos y piernas por un momento, y continuó:

--El problema es, sencillamente, que yo no puedo estar a favor de ninguna situación que implique el mantener la situación racial actual, ni el actual control judío sobre los medios. Puede que consigas estabilidad. Puede que te hagas con un gobierno más fuerte y que funcione mejor. Pero el gobierno no es un fin en sí mismo. Es la raza, lo que importa. Es la misión racial de mejorarse a sí misma, de hacer que nazca una clase superior de ser humano, éso es lo que importa. El gobierno solo debería existir para servir a ése objetivo. La estabilidad solo es deseable cuando sirve a ése objetivo. Y en tu visión del futuro no veo en absoluto nada que sirva a ese objetivo. ¿Por qué no podemos combatir a los judíos? ¿Por qué no podemos dejar que Rogers continúe emitiendo su mensaje al pueblo? ¿Por qué no podemos elevar la conciencia de los blancos, o al menos de una parte considerable de ellos, y luego mandar a los judíos al infierno? ¿Y qué, si no hay televisión durante una temporada?, ¿y qué, si la plebe se amotina cuando las pantallas se queden en blanco? Tú sigue adelante con tu sublevación negra, si quieres, pero luego, cuando acabes con los negros, usa el apoyo público que consigas para deshacerte de los judíos, cueste lo que cueste. Deja que Rogers siga acumulando apoyos para esa jugada. Entonces yo también podré apoyarte al cien por cien.

Ahora fue turno de Ryan de sacudir la cabeza, y luego respondió:

--Tengo que confesar, Yeager, que hay algunos aspectos de tu visión que me atraen. Es una visión romántica. Pero yo dejé de ser romántico y me hice realista para cuando pasé la pubertad. Me parece que tú aún no has hecho esa transición.

Ryan se rió ligeramente de la pulla verbal que le había metido, luego se volvió serio y continuó:

»Si hubieras hecho un estudio serio de la historia como he hecho yo, habrías reconocido algunas verdades muy generales de la vida, o quizá tendría que decir algunas verdades generales del desarrollo histórico. La historia tiene su inercia. Cualquiera evolución histórica, como la que hemos atravesado en este país en este siglo, conforme ha ido cambiando de ser una nación esencialmente homogénea, blanca, y cristiana hasta convertirse en una plebe heterogénea, multirracial, políglota y heterodoxa gobernada por judíos y por políticos leguleyos corruptos aliados de los judíos, tiene una inercia enorme. Se mueve tectónicamente, como una placa de la corteza terrestre. Ha acumulado su movimiento durante un largo periodo de tiempo, un movimiento que está impulsado por fuerzas históricas. Simplemente, no hay forma de dar marcha atrás en esa evolución. Lo máximo a que uno puede aspirar es a comprender su dinámica y aprender la mejor forma de adaptarse a ella. Éso es lo que yo tengo intención de hacer. Tú, por el contrario, quieres ignorar las leyes históricas y arremeter

de cabeza contra todas las fuerzas que arrastran América en la dirección que lleva. Y en particular, quieres placar de cabeza contra los judíos. De esa forma, no puedes ganar.

--No sé nada de tus "leyes de la historia", Ryan. Estoy seguro de que la podredumbre que podemos ver a todo nuestro alrededor tiene unas raíces muy profundas, pero no estoy convencido de que tengamos que volver a sentarnos como meros espectadores mientras nuestra raza se va por el desagüe. Me inclino a darte la razón en que el proceso de decadencia ha ido demasiado lejos como para revertirlo, pero aún queda gran cantidad de material humano sano que podríamos salvar. Yo creo que hay formas de llevar a cabo con éxito una operación de salvamento. Por ejemplo tú podrías dejar que la rebelión negra se produzca según lo planeado, pero luego, durante la confusión general provocada por la rebelión, usar la Agencia para liquidar a los líderes judíos, a los judíos que controlan los medios y a la gente del dinero. La rebelión serviría de gran estímulo para la consciencia de los blancos, y podríamos organizar a los elementos salvables en una fuerza eficaz que corte por lo sano y aisle al resto de la podredumbre. Que las pantallas de la televisión se queden en blanco, y que ardan las ciudades. Cuanto más amotinamientos del populacho mejor. A final de año podríamos tener todos los elementos bastante bien separados, y podríamos comenzar a reconstruir incluso mientras se completaba la eliminación del material putrefacto.

--Estás soñando de nuevo, Yeager. Tienes en la cabeza una imagen idealizada del hombre blanco. Es una imagen de lo que tú crees que *debería ser* el hombre blanco, no de lo que *realmente es*, no de aquello en lo que realmente *se ha convertido*. Te imaginas que cuando los negros se subleven y comiencen a incendiar y saquear, a violar y matar al por mayor, se materializarán cientos de miles de esos heroicos hombres blancos que sólo existen en tu cabeza, junto con sus heroicas mujeres, y tú los organizarás en una fuerza disciplinada con la que barrer a los judíos, a los maricas, a las feministas, a los liberales amantes de los '*negros*', a los políticos, y a todos los demás traidores a la raza, a los gilipollas cristianos, a los '*spics*', a los '*gooks*', a los '*cabeza-toalla*'⁷³, y a lo que quede de los negros después de que yo aplaste su rebelión. Pero éso no va a suceder, Yeager. No es más que es un sueño.

»Solo porque tú y yo tengamos las pelotas y las ganas de apuntarnos a semejante batalla no significa que todos los demás las tengan. Somos únicos. Ya no queda gente como nosotros, en esta época degenerada. Acabarías con unos cuantos centenares de voluntarios blancos, y te encontrarías con que además son imposibles de disciplinar. El resto, se quedarían sentados en casa esperando que volviera a funcionar la televisión para decirles qué pensar; o correrían a juntarse a los '*negros*' para saquear y violar; o se pondrían a rezar para que los salve Jesús. ¿Comprendes?

»Lo que tienes en mente no funcionará. Los blancos se han abandonado demasiado. No entienden de disciplina, sacrificio, de empujar todos juntos en pro de una causa común. Son demasiado débiles, demasiado tímidos, demasiado malcriados, egoís-

73 'towel-head': cabeza-toalla= los '*shijs*' (de la India), por su turbante.

tas e indisciplinados. El último ejército blanco que existió sobre la tierra, con alguna posibilidad de hacer lo que tú quieres hacer, fueron las legiones de las SS de Hitler, y sencillamente no fueron suficientes para lograrlo. La chusma les aplastó por pura fuerza numérica. Y el populacho te aplastaría también a ti, mil veces más rápido. ¿Acaso crees que mi Agencia es la única fuerza armada del país? Invocarían al Ejército contra vosotros, y os aplastarían sin importar lo superiores que sean vuestras cualidades raciales, o cuanto mejor sea vuestra disciplina.

La cabina se quedó en silencio, mientras los dos hombres se miraban fijamente el uno al otro. Por fin Ryan echó una mirada a su reloj, y Oscar habló, con la voz ronca por la emoción.

--No dudo que hay mucha verdad en lo que dices. Sin duda nos enfrentaríamos a una lucha desesperada y arriesgada. Pero *debemos* arriesgarnos, Ryan. *Debemos* interrumpir las tendencias actuales. Debemos al menos darle a nuestro pueblo una oportunidad de salvarse y comenzar de nuevo. *No podemos* permitirnos que nos aprisionen en otro periodo de estancamiento, mientras los judíos siguen controlando los medios. Éso sería inevitablemente letal. El orden y la estabilidad son cosas buenas cuando la situación es de progreso, cuando un pueblo está imbuido de un espíritu constructivo y está construyendo un futuro mejor para su progenie. Pero cuando la situación es regresiva, entonces el orden y la estabilidad se convierten en enemigos de la vida, en los enemigos del verdadero progreso⁷⁴.

Ryan resopló con impaciencia, mientras replicaba:

--Yo voy a decirte lo que *tenemos* que hacer, Yeager. Tenemos que terminar ahora mismo con éste debate inútil. He desperdiciado más de una hora contigo ésta noche. Mas te valdría olvidar esos sueños y aceptar el hecho de que en este país *va a haber* orden. Puedes elegir ser parte de ése orden o no. Si quieres ser parte de él, entonces vas a tener que quitarme de encima a Rogers pero ya mismo, sin más deslices. Y si no quieres ser parte de él, te lo puedo arreglar ahora mismo.

Ryan echó un vistazo a su derecha y alargó la mano hacia la pistola que tenía sobre el cojín de al lado. En ese momento Oscar apretó con fuerza sobre el clip del bolígrafo que había sacado del bolsillo de la camisa hacía unos minutos, y con el que había estado jugueteando distraídamente mientras conversaban. Se produjo un tenue sonido apenas audible, como de una burbuja rompiéndose, y el extremo del bolígrafo, que apuntaba directamente hacia Ryan, escupió un chorro de líquido que divergió formando un estrecho cono de vapor conforme se aproximaba a su objetivo. Ryan jadeó, profirió un sofocado juramento, y se tambaleó trastabillando y derribando la mesa de café.

Mientras Ryan, momentáneamente cegado por el gas lacrimógeno, tanteaba el sofá en busca de su pistola, asfixiándose y resollando en busca de aire, Oscar saltó como un resorte, apartó a Ryan de un puñetazo y se apoderó de la pistola, luego giró sobre sí mismo, y cuando el otro se abalanzaba sobre él le disparó dos rápidos dispa-

⁷⁴ Cita: «El peligro más fundamental de los medios de comunicación de masas reside en su capacidad de exagerar el consenso existente hasta el extremo de una embotada unanimidad, y de esta manera conducir a un estancamiento social y económico.» -- J.T.Klapper. --Merriam-Webster / stasis. (serendipia).

ros. Ryan se agarró el abdomen, dio un gemido y se derrumbó al suelo. Oscar se arrojó a su lado y le tomó el pulso. Ryan aún vivía.

--Lo lamento mucho, Ryan. De verdad que no quería hacerlo. De verdad que quería seguir trabajando contigo. Creo que habríamos tenido muchas mejores posibilidades contigo al mando de la Agencia, ojalá hubieras podido cambiar tus prioridades y poner la raza por delante del orden.

--¿Entonces por qué...? --jadeó débilmente Ryan, mortalmente herido.

Oscar pensó un minuto antes de responder.

--Me parece que, discusiones aparte sobre lo que es realista o lo que no, lo he hecho por aquella chica de 14 años, la hija del hombre del Klan de la que me hablaste, Ryan.

Oscar se irguió sobre sus pies, apuntó cuidadosamente la pistola a la nuca de Ryan, y le disparó el tiro de gracia⁷⁵. Luego recogió su propia pistola y salió, deslizándose en la noche.

⁷⁵ 'coup de grace', en francés en el original.

Capítulo 39

El simulacro de intento de asesinato de Saúl tuvo algunas consecuencias casuales colaterales. Dos días más tarde -la mañana después de que Oscar matase a Ryan-, el FBI anunció el arresto del líder y de otros tres miembros de la Liga de Defensa Sionista, y les acusó de conspiración para el atentado contra el coche de Saúl.

Al parecer el grupo militante judío llevaba varias semanas hablando de matar a Saúl, y un confidente del grupo había estado informando sus conversaciones al FBI. Era difícil decir con certeza si estas conversaciones sobre asesinar a Saúl iban o no en serio, pero el grupo tenía un largo historial de acciones violentas, entre las que se incluían un buen número de atentados contra personas que se habían pronunciado contra el apoyo de EE.UU. a Israel. Del registro del domicilio del líder del grupo resultó el hallazgo un gran alijo de explosivos y armas ilegales, lo que bastó para convencer al FBI de la responsabilidad del grupo en el atentado contra la vida de Saúl.

Al atardecer de ese mismo día, con los noticiarios rebosantes de informes sobre las detenciones de los judíos y las exigencias de justicia de los fundamentalistas seguidores de Saúl, se encontró el cadáver de Ryan en su yate. A pesar de que no había el menor indicio que involucrara a los judíos en su muerte, la coincidencia fue desafortunada para ellos. El jefe de la Agencia era especialmente popular entre los partidarios de la ley y el orden, que conformaban una buena parte de los seguidores de Saúl, y los rumores de que le habían matado los judíos se volvieron incontenibles. En una docena de ciudades del 'Cinturón Bíblico' se produjeron incendios de sinagogas y saqueos de supermercados judíos. Otra consecuencia de éstos rumores fue la designación de un gentil, por parte del presidente, como sucesor de Ryan, a pesar de las fuertes presiones entre bastidores para que el cargo fuera a parar a un judío. Hedges y sus asesores temían que el nombramiento del candidato de los judíos, Sherman Davidson, fuera interpretado por mucha gente como una confirmación dichos rumores, y desviara la ira de los seguidores de Saúl contra la Administración Hedges. Así pues, el nuevo jefe de la Agencia fue George Carruthers, que había sido el segundo al mando de Ryan. Carruthers era un excelente administrador, y un hábil diplomático y negociador, pero totalmente carente de las cualidades pretorianas de Ryan. Tenía por costumbre pasar a la acción sólo tras cuidadosas deliberaciones y prolongadas consultas con comisiones de asesoramiento, y jamás con la audacia ni la intuición que guiaban a Ryan. Oscar daba por supuesto que el hombre compartía el punto de vista de Ryan sobre los judíos, o no lo habría elegido como su subdirector. Quedaba por ver como se las arreglaría para aplastar la prevista rebelión negra, pero Oscar tenía la impresión de que lo iba a pasar mucho peor que Ryan.

Oscar tenía la suficiente fe en la previsiones de Ryan como para convertirlas en el tema del siguiente sermón de Saúl. Éste dio a su propia predicción de la rebelión un tratamiento bastante críptico, con objeto de evitar más acusaciones de «racismo»

que pudieran perjudicar la batalla legal en curso sobre la continuidad de las emisiones -y también para minimizar las probabilidades de frustrar el acontecimiento predicho-. Permitted hablar otra vez a Jesús a través suyo, con halo y todo, y las palabras exactas de Jesús fueron:

--Ved, mis enemigos os han engañado, y os han confundido, y os han llevado a la locura de acoger una gran bestia en vuestro seno. Os han dicho que entreguéis vuestros hijos a la bestia, que yacéis con la bestia, como una mujer yace con un hombre, y que aceptéis de la bestia todo tipo de males. Os han cegado, para que no veáis lo que la bestia os hace. Y ahora mis enemigos han ordenado a la bestia que se alce contra vosotros y os quite la vida. Y la bestia se alzaré, y destruirá vuestras ciudades y deshonrará a vuestras mujeres y contaminará a vuestro hijos, y quitará la vida a muchos de vosotros. Y vuestra sangre correrá por las calles de vuestras ciudades a causa de vuestra locura y a causa del odio que mis enemigos sienten por vosotros.

»Y, mirad, todas estas cosas vendrán a suceder muy pronto. Pero mi padre tendrá misericordia de vosotros, y os congregará en medio de vuestras tribulaciones, y os conducirá contra la bestia y contra mis enemigos, que han traído este mal sobre vosotros. Y vosotros les quitaréis la vida a ambos, la bestia y y mis enemigos, y triunfaréis sobre ellos, y limpiaréis la tierra de su presencia hasta que ni siquiera su memoria perviva.

Durante los quince días siguientes esta profecía y su posible significado generaron muchas especulaciones entre los fieles. Luego, cuando con el Día de los Cuchillos Largos comenzó la rebelión negra, todo se volvió claro de repente, sin la menor sombra de duda.

En ese primer día las pérdidas blancas sólo fueron importantes en las grandes áreas urbanas. En Nueva York asesinaron a más de 12.000, algo menos de 3.000 en Boston, casi 4.000 en Washington, 2.000 en Atlanta, 5.500 en Chicago, 9.000 en el área de Los Ángeles... unos 58.000 por todo el país. Aunque estas cifras no eran muy elevadas -algo más de los que morían cada año en accidentes de tráfico, o una sexta parte de los que mataba el tabaco-, el impacto psicológico fue enorme.

Cuando en ése primer lunes de la rebelión, exactamente a mediodía, Hora Diurna del Este, los empleados negros de oficinas, tiendas y fábricas a todo lo largo del país sacaron armas de debajo de la ropa y comenzaron a atacar a sus compañeros de trabajo blancos, la reacción de éstos fue de pánico y terror.

En la mayoría de los casos se trataba de armas de fuego -a veces rifles o escopetas recortados-, y no de cuchillos, pero la imagen que quedó grabada en la mente de casi todos los blancos que fueron testigos de la rebelión fue la de negros salpicados de sangre blandiendo chorreantes cuchillos, punzones de hielo, cuchillas de carnicero, o hachas, y que corrían de escritorio en escritorio, de mostrador en mostrador, de un puesto de trabajo a otro, acuchillando, dando tajos y hachazos, rebanando, macheteando, en medio de los alaridos y quejidos de sus víctimas.

En unos pocos casos, principalmente en sitios obreros, los trabajadores blancos se defendieron vigorosamente, desarmando a los atacantes negros y administrando justicia de forma sumaria. Sin embargo, por regla general, los blancos eran víctimas fáciles. Con el cerebro lavado por décadas de propaganda de «hermandad» inductora de culpa, se encontraban moralmente desarmados, e incapaces de defenderse. Cuando los negros comenzaron su faena letal, algunos blancos se precipitaron a ponerse a salvo, pero otros, paralizados por el miedo, solo fueron capaces de mirar y esperar. Fueron muchas las escenas grotescas y terribles que se vieron ese día.

En las oficinas de una gran empresa de Boston, que solo empleaba a cuatro negros y más de 50 blancos, dos de los negros -una secretaria y un abogado en prácticas- eran nacionalistas. A mediodía, sacaron ambos sus armas y agruparon a todos los demás, excepto a una docena o así de blancos que ya habían salido a comer, en una gran sala de conferencias, donde les ordenaron arrodillarse en el suelo.

Mientras el joven abogado esgrimía una pistola despotricando contra el «racismo blanco» y la «injusticia», la secretaria negra iba metódicamente de un blanco arrodillado a otro, degollándoles con una navaja de afeitar. Los blancos se limitaban a esperar su turno, algunos callados, otros llorando. Uno de los dos negros que no participaron en la matanza, testigo ocular, proporcionó un relato de primera mano.

En Washington, minutos después de mediodía, los negros bloquearon un extremo del túnel de la carretera nacional que corre bajo Capitol Hill, atravesando coches en la calzada. Los aterrorizados funcionarios que intentaban huir de la ciudad enseguida quedaron atrapados en un enorme embotellamiento en el interior del túnel. Comenzando por el extremo bloqueado, una pandilla de unas dos docenas de jóvenes negros, armados con machetes y hachas, empezaron a sacar a rastras a los conductores y pasajeros blancos de sus vehículos y hacer una masacre. A medida que los negros se abrían camino adentrándose por el túnel, la mayoría de los blancos se quedaban en sus coches, observando horrorizados cómo sacaban del coche a los blancos que tenían delante, arrastrándolos entre gritos por los parabrisas rotos, para despacharlos a salvajes machetazos. Unos pocos blancos corrieron retrocediendo por el túnel hasta una rampa de salida e intentaron hacer venir a la policía, pero la policía estaba ya demasiado ocupada por todas partes. La carnicería del interior del túnel se prolongó durante casi cuatro horas, hasta que los asesinos negros estuvieron demasiado exhaustos para seguir matando. En esas cuatro horas murieron en el túnel más de 300 blancos.

En conjunto, en la violencia inicial sólo participó un pequeño porcentaje de los negros de América -menos de 40.000 en todo el país-. Eran los miembros de una u otra organización nacionalista militante, aquellos que durante años se habían imbuido en la retórica de la autocompasión y del odio hacia el «opresor blanco», y que lleva-

ban meses preparándose para la rebelión, y a los cuales habían informados de la hora del levantamiento y de las instrucciones finales con 24 horas de antelación. Era asombroso que, con tanta gente compartiendo el 'secreto', fuera la Agencia la única rama del gobierno que tuviera de antemano un detallado conocimiento de la rebelión.

La mayoría de los militantes negros eran hombres jóvenes, aunque también estaban implicadas un número sorprendentemente alto de mujeres. Muchos de ellos tenían educación superior; era en éstos donde el resentimiento alcanzaba su máxima expresión. Tras haber recibido interminables garantías de «igualdad», por parte de los medios de comunicación, de los seleccionadores del colegio, y de sus compañeros blancos de clase y de trabajo con complejo de culpabilidad, luego se habían dado de bruces contra sus propias limitaciones, de manera mucho más humillante que sus hermanos de lucha más humildes.

Sin embargo, después del primer día, muchos otros negros se sumaron de hecho a la rebelión. La subclase social negra al completo -las bandas callejeras, los desempleados crónicos, aquellos que siempre estaban listos para cualquier actividad que prometiera una ocasión de saqueo, para apuntarse a darles caña a los '*blanquitos*', o para armar un poco de jaleo-, aun sin estar formalmente afiliados a ninguna organización nacionalista ni recibir órdenes de ellas, servían estupendamente a la causa participando por su cuenta en el saqueo y la destrucción.

No obstante, los militantes también tuvieron éxito en el reclutamiento formal de negros para la causa, durante las primeras semanas de combates: algunos se unían porque se sentían intimidados, y otros porque tenían simpatías o resentimientos que ya les predisponían hacia el nacionalismo negro. Según iba comenzando a tomar forma la reacción blanca, con las consiguientes manifestaciones de sentimientos antinegros, creció la polarización entre las razas, y muchos negros que esperaban poder mantenerse al margen del conflicto no tuvieron más remedio que tomar partido.

A Oscar la rebelión le parecía un regalo de los dioses, casi demasiado bueno para ser verdad. Lejos de compartir la antipatía de Ryan hacia los negros nacionalistas, confiaba en que resurgieran de la rebelión con más influencia incluso que antes, hacia su propia raza. Pero el destino de los negros era un asunto secundario. El auténtico valor de la rebelión subyacía en tres cosas.

La primera, contribuía a elevar la consciencia racial y la receptividad del segmento de la población blanca aún acomodada, más de lo que habrían hecho diez años de sermones con todos los medios a su disposición.

Segundo, reforzaba enormemente el gancho de Saúl sobre su segmento particular de la población blanca: no sólo había afianzado su credibilidad como un auténtico profeta de inspiración divina al servir de portavoz de Jesús para una predicción inequívoca de la rebelión, sino que había estado predicando sobre la importancia de la raza, aunque algo disimuladamente, con meses de anticipación, mientras los otros supuestos secuaces de Jehovah le atacaban por sus esfuerzos.

Y tercero, la rebelión dañaba de manera irreparable el prestigio y la credibilidad de las autoridades establecidas: principalmente del gobierno, a los controlados me-

dios de comunicación,, y a las iglesias más importantes, todos los cuales se percibía como conjuntamente culpables de ella.

....

Al anochecer del segundo día de la rebelión, los cuadros dirigentes de la Liga Nacional mantuvieron una reunión de emergencia en el sótano de los Keller, para planificar una estrategia.

--¿Habéis tenido problemas para llegar hasta aquí? --preguntó Harry mientras Oscar y Adelaida entraban a la habitación, con diez minutos de retraso.

Esa misma tarde el Presidente había declarado el estado de emergencia, y declarado la ley marcial en el área de la capital. Había toque de queda a las 6:00 pm, y patrullas militares recorrían las calles para vigilar su cumplimiento. Y encima estaba el peligro de los negros, en muchas zonas.

--En realidad no --replicó Oscar--. Podríamos haber llegado antes del toque de queda, si no fuera porque hemos ido a dar con un control policial en Washington Boulevard, y para evitarlo me he tenido que meter por calles laterales. Por desgracia el camino que he escogido atravesaba una barriada negro, y alguien le ha pegado un par de tiros al coche. Nos ha entrado una bala de rifle por la luna trasera, y ha salido por el parabrisas. Ha sido bastante emocionante. Sólo que esta noche preferiría no intentaría volver por el mismo camino. De todas formas, hemos traído nuestros sacos de dormir, espero que tengáis un poco de sitio en el suelo para nosotros.

La discusión se centró en estrategias para aprovechar la rebelión para promover la causa de la Liga, a la vez que hacían frente a la prohibición del gobierno contra las publicaciones o actividades que pudieran incitar al desorden. Kevin Linden levantó un ejemplar de la última edición del *Washington Post* para que todos lo vieran. El titular principal era «Los negros responden al racismo blanco con violencia». Debajo, en tipografía algo más pequeña ponía: «El Gobierno debe reparar los agravios a los negros, e impedir la revancha de los blancos».

--Esto deja muy claro la línea que van a seguir los judíos sobre la rebelión --se rió Kevin--. Hasta ver ésto, pensaba que se alinearían con la Agencia para mantener a raya a los negros. Pero ahora su principal preocupación parece ser mantenernos a raya a nosotros. Se dedican a quitar importancia a las atrocidades cometidas por los rebeldes, e incluso a buscarles excusas, igual que hacían antes de que crearan la Agencia. Ni siquiera arman demasiado jaleo por el hecho de que los negros parezcan escoger especialmente los negocios judíos para saquearlos e incendiarlos.

--Éso es un poco engañoso --dijo Bill Carpenter en voz alta--. Yo me llevo muy bien con una secretaria de una gran empresa judía, en el vestíbulo de entrada de mi oficina, "Abramowitz y Cohen". Me ha dicho que los empresarios judíos han estado llamando frenéticamente todo el día de ayer y hoy, y que Abramowitz les decía que no se preocuparan, que el gobierno les cubriría de sobras todas sus pérdidas, en aplicación de una de las disposiciones del Decreto Ley Horowitz. He consultado la ley y, efectivamente, contiene una cláusula que estipula un reembolso del triple del monto global de las pérdidas sufridas por cualquier miembro de un grupo minoritario identi-

ficable como resultado de un 'acto racista'. Por lo general el reembolso se efectúa con los bienes confiscados al perpetrador, pero siempre que el perpetrador sea desconocido o por cualquier otra razón no pueda ser obligado a pagar, será el gobierno quien pague a la víctima en su lugar. Abramowitz aseguraba a los que le llamaban que la reparación estaba asegurada, que todas las pérdidas que sufrieran los judíos serían atribuidas a su premeditada y 'racista' elección como víctimas por parte de los rebeldes, que ellos cumplían los requisitos para ser considerados miembros de una minoría identificable, y que recibirían un reembolso triple. Lo más gracioso, me dijo la secretaria, era que cuando los judíos le oían decir ésto a Abramowitz, algunos aún se quedaban más preocupados. Uno se lamentaba de que justamente la semana pasada acababa de presentar la cifras de inventario de su almacén de joyería, y que si hubiera sabido que se iba a producir la rebelión habría valorado sus existencias por lo menos en el doble. Estaba inconsolable. Otro se quejaba de que los negros no habían hecho más que romperle los escaparates de su tienda de ropa y llevarse unos cuantos abrigos, en vez de incendiarlo todo. ¡Y que no se atrevía a volver para prenderle fuego él mismo!

--Excelente --exclamó Oscar--. A duras penas podría uno imaginar una situación más odiosa. Imagínate cómo se sentirán los empresarios blancos cuando vean que a sus competidores judíos les reembolsan el triple, a costa del tesoro Federal, mientras que la mayoría de ellos no van a ver ni diez centavos, ni siquiera de las compañías aseguradoras, porque sus pólizas excluyen las pérdidas sufridas por guerra o insurrección.

»Aún así estoy sorprendido --continuó--. Tenía una fuente de información fiable dentro de la Agencia que me dijo que los judíos estaban muy preocupados por la posibilidad de que los escogieran como objetivos, si había un levantamiento negro, y que esta preocupación los llevaría a respaldar a la Agencia, en esa eventualidad. Parece que los judíos tenían calculadas las cosas de manera algo distinta a como él pensaba. Por lo menos, está claro que estaban más preparados para lo que ha pasado de lo que le hicieron creer a mi fuente, y ni la mitad de preocupados. Da la impresión de que lo tenían todo preparado para saltar en la dirección que les pareciera más ventajosa. Para cuando fue a prensa el *Washington Post*, a últimas horas de anoche, ya debían tener claro que este levantamiento no constituía en sí mismo una amenaza real para ellos, y que mientras los blancos no se indisciplinen demasiado, pueden reanudar sin peligro su política de usar a los negros y demás no blancos como su principal arma para destruir lo que queda de resistencia blanca a su dominio. El que los nacionalistas negros les odien a muerte o no, es algo que les trae sin cuidado.

--Estar siempre preparados para saltar en la dirección más ventajosa ha sido siempre la clave de la supervivencia judía durante miles de años --le interrumpió Harry--. Lo que hay que tener siempre muy presente sobre ellos es que al hacer sus planes nunca, pero nunca, tienen en consideración ningún otro interés que no sean los suyos propios. Más de un político o burócrata que pensaba que tenía una alianza con ellos ha descubierto ésto, para su desgracia. Y podéis estar seguros de que ya habrán pensado en las consecuencias, de cara a las relaciones públicas, de aprovecharse de

este levantamiento negro, y se habrán puesto bien a cubierto sus traseros. Para empezar harán que los medios creen la impresión de que ellos son prácticamente los únicos que han sufrido pérdidas; luego, cuando alguien comience a quejarse por las compensaciones preferentes que obtienen del gobierno, harán que sus marionetas del Congreso y de las iglesias cristianas se pongan a cacarear sobre el horroroso 'antisemitismo'. Creedme, habrá muy pocos empresarios que tengan los huevos de quejarse en público, por mucha mala sangre que se hagan en privado.

--Muy bien, chicos. Ya basta de anécdotas y teorías --dijo Kevin bruscamente--. Nuestro trabajo de esta noche consiste en pensar qué tenemos que hacer para desbaratar los planes judíos y sacar la máxima ventaja que podamos de estos desórdenes, tanto durante los próximos días, mientras aún duran, como luego en los meses posteriores.

La discusión prosiguió hasta altas horas de la madrugada. Las conclusiones generales a que se llegó fueron que el gobierno probablemente tendría controlada la rebelión en un plazo de una o dos semanas, incluso a pesar del hecho de que en estos momentos un cierto número de unidades del ejército parecían incapaces de sofocar los motines de negros que habían estallado en sus propias filas; que un llamamiento público de la Liga a los blancos conllevaría la inmediata ilegalización de la Liga por parte del Gobierno, y que había llegado el momento de que la Liga desplazara la mayor parte de sus recursos a la acción clandestina o encubierta.

La única excepción a esta última conclusión era el programa de Saúl. Oscar y Saúl defendieron con éxito que Saúl debería seguir en las ondas tanto tiempo como pudiera, para continuar llevando a sus espectadores a posiciones de las que más tarde la Liga pudiera sacar provecho. Al mismo tiempo, Saúl podía incluso reforzar su posición en relación al gobierno, mediante el lanzamiento una dosis masiva de «dad al Cesar lo que es del César», y demás retórica de 'ley y orden', en sus sermones de las próximas semanas, momento en que el gobierno se sentiría agradecido de todo el apoyo que pudiera obtener.

Aparte de ésto, sin embargo, las actividades que tenían planeadas difícilmente iban a granjearles el afecto de los líderes políticos de la nación y de las autoridades de cumplimiento de la ley. Iban a usar todos los medios que tuvieran disponibles para alertar a la población blanca del país, no tanto de los aspectos raciales de la presente rebelión, algo que de todos modos ya era más o menos obvio por sí mismo, sino de los menos evidentes aspectos judíos. En otras palabras, iban a propagar, esencialmente, el mismo mensaje que Saúl, pero por otras vías, sin los ornamentos cristianos, e incluso con un lenguaje mucho más contundente. Usarían emisoras de radio piratas, folletos lanzados desde el aire, pintadas sobre los puentes de las carreteras, y globos aerostáticos, para instigar todo el resentimiento posible contra las políticas raciales del gobierno y para hacer recaer de lleno la culpa de estas políticas sobre el control judío de los medios de comunicación y entretenimiento. Iba a ser una ruptura total con la anterior política de estricta legalidad de la Liga, pero había un acuerdo unáni-

me de que la oportunidad que representaba la rebelión había que aprovecharla por todos los medios disponibles, legales o no. En todo caso, era indudable que durante las próximas semanas el gobierno tendría las manos totalmente ocupadas intentando pacificar a los negros, así que una moderada discreción en el desarrollo de sus actividades debería bastar para minimizar los riesgos.

El área de responsabilidad propia de Oscar, además de continuar con la administración de los programas de Saúl, sería instalar una emisora móvil pirata, lo suficientemente potente para cubrir el área metropolitana de Washington y alcanzar el interior de los estados adyacentes. Esa noche, antes de retirarse a su saco de dormir, comenzó a hacer una lista del equipo que Harry tendría que conseguirle al día siguiente. Si estaba todo disponible, calculaba que podría estar emitiendo dentro de tres días.

Más tarde, ya tumbados en el suelo él y Adelaida, dentro de sus sacos de dormir, en un rincón de la habitación a oscuras, ella le dijo:

--Hemos estado demasiado ocupados para mencionártelo antes, pero esta tarde, mientras estabas fuera, ha llamado mi madre. Ha estado viendo algunas noticias sobre la rebelión en esta zona, y estaba preocupada por mí. Le he preguntado por la situación en Iowa, y ha dicho que por allí las cosas están bastante pacíficas. Había oído en la radio algunas noticias sobre tiroteos hechos por negros en Davenport y Cedar Rapids, pero en los periódicos de esta mañana no decían nada de ellos. Algunos de los vecinos están hablando de comprar más armas y municiones, pero el Reverendo Malone ha estado llamando por teléfono a todo el mundo, para decirles que conserven la calma y no cometan ninguna imprudencia. Hace algún tiempo se estuvo hablando de quemar un campo de reasentamiento vietnamita que construyó el gobierno hace dos años, siguiendo algo más adelante por nuestra carretera, y le preocupa que alguien pueda hacerlo ahora.

--¡Justo lo que podría esperarse de un buen reverendo! --resopló Oscar--. En estos momentos es difícil decir cómo van a reaccionar exactamente los paisanos de Iowa y otras partes del país que apenas se han visto afectadas por la rebelión, pero apuesto a que no van a aprender gran cosa. Mientras los judíos controlen la televisión que ven, y los periódicos que leen -y mientras a los cómplices de los judíos, como el Reverendo Malone se les permita hacer su trabajo-, las ovejas seguirán caminando tan tranquilas hacia el matadero.

--Bueno, hay algunas cosas que sí que les harían reaccionar, a la gente que yo conozco allá en Iowa --replicó Adelaida--, aparte de tener bandas de negros armados merodeando por el campo. No creas que le tienen tanto cariño al gobierno de aquí en Washington, hay muchas cosas con las que no están de acuerdo. Pero mientras haya comida en el frigorífico, gasolina en el coche, y algo que ver en la tele, no moverán un pelo. Mi abuelo no es el único de nuestro condado que siente lo que siente, lo que pasa es que es el único que no tiene miedo a lo que pueda decir el Reverendo Malone, así que él habla en voz alta mientras que los demás se callan. Pero si se quedasen

sin electricidad durante unas cuantas semanas, por ejemplo, y se les estropeará toda la comida de los frigoríficos, y las televisiones se quedarán en blanco, el abuelo tendría un montón de compañía. Hasta sería capaz de movilizar una partida de linchamiento de buen tamaño e ir a por el Reverendo Malone. Mucha gente aún está que arde contra él, porque fue el que hizo que Washington reasentara a esos 'viets' ⁷⁶ en nuestro condado.

--Espero que tengas razón, corazoncito --contestó Oscar--. Me gustaría creer que aún queda algún espíritu de lucha en nuestra raza. Ahora será mejor que durmamos un poco.

Le dio un beso y luego cogió postura acomodándose en su saco de dormir, pero no se durmió de inmediato. En vez de éso se puso a pensar en la nueva situación que tendrían que afrontar él y sus camaradas, tras el desenlace de la rebelión negra. Qué lástima, reflexionó, que los negros hubieran planeado tan lastimosamente su sublevación. Hacer picadillo a unos cuantos miles de 'honkies' ⁷⁷ no les iba a reportar demasiado beneficio a largo plazo; no cuando aún quedaban otros 150 millones. En vez de éso, tendrían que haber ido a por la infraestructura económica del país: plantas energéticas, embalses, fábricas, centros de transporte, depósitos de agua, cosas que pudieran ser quemadas o destruidas o inundadas o envenenadas, y que interrumpieran el flujo del comercio, detuvieran la producción de mercancías, que desenchufasen los frigoríficos del país, y dejasen a oscuras las televisiones. Entonces ellos podrían haber llevado América a una situación de auténtica guerra civil; podrían haber destrozado seriamente los mecanismos judíos de control mental, y los mecanismos gubernamentales de mantenimiento de la ley; podrían haber tenido a los 'blanquitos' desestabilizados el tiempo suficiente para conseguir algún apoyo real a sus reivindicaciones.

Y, en realidad, éso era exactamente lo que tendría que hacer la Liga, no sólo reaccionar al levantamiento con una momentánea andanada de nueva propaganda. Había tenido la esperanza de poder acabar con sus operaciones de comando de un solo hombre, con todo el riesgo que conllevaban, y dedicarse a actividades más seguras y menos violentas, tales como dirigir los programas de Saúl. Pero él también había hecho su elección, cuando Ryan le obligó a hacerla, de elegir el flujo en vez del estancamiento. Actuando en solitario no podía esperar infringir los daños masivos a la infraestructura económica que podrían haber conseguido unos 40.000 nacionalistas negros organizados y altamente motivados, pero había otras cosas que sí podría hacer. Al matar a Ryan había incrementado sustancialmente el potencial a favor del flujo. Seguro que había otros hombres en posiciones clave cuyas muertes también podrían influir en el curso de los acontecimientos. Tanto el empeoramiento de la economía como el levantamiento de los negros conducirían a un ambiente más inestable en el país, la clase de ambiente que él tenía que hacer todo lo posible por exacerbar. Sólo

⁷⁶ viet: vietnamita.

⁷⁷ honkey, honky, honkie: (EEUU, despectivo, usado por los negros) blanco. (Literalmente hace referencia a sonido de los gansos, a la voz nasal, la nariz grande, el sonido de sonarse la nariz, etc., así que podría traducirse como "narigones" o "gansos".)

en un ambiente así podría la Liga tener alguna esperanza de llegar a competir eficazmente con los judíos por los corazones y las mentes del público blanco.

Dió un suspiro. Bien, durante unos cuantos días iba a estar ocupado delegando las responsabilidades en las que ya había incurrido. Pero después de éso, sería el momento de salir otra vez de caza.

....

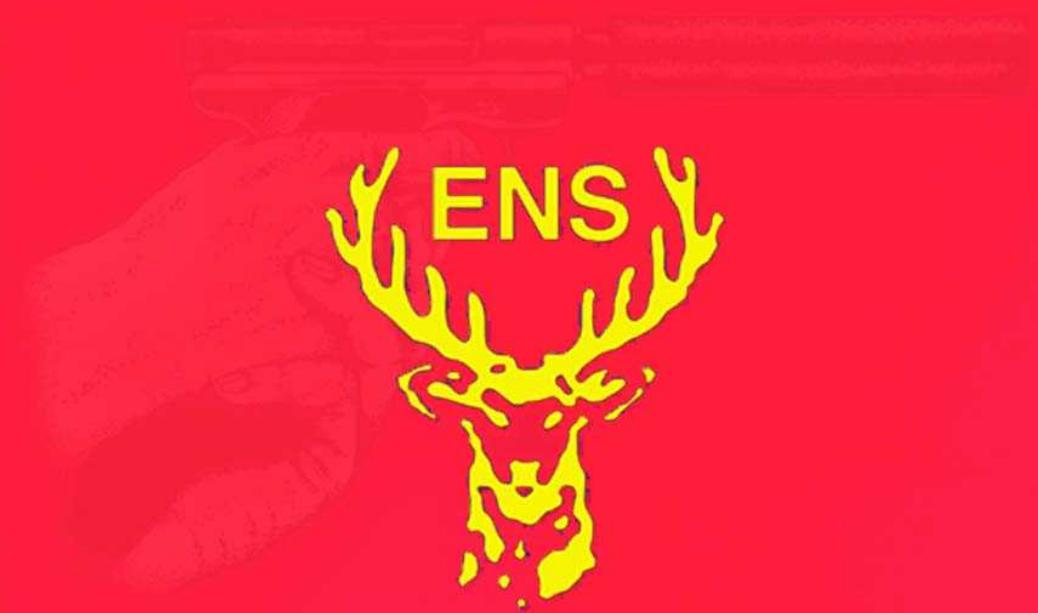
FIN

Traducido y maquetado por www.europans.org.

Maquetado con [OpenOffice 3.10](#).

En noviembre de 2009.

HUNTER



Andrew Macdonald